

PAUL DOHERTY

El brujo Templar

La ambición de un hombre pone en peligro la Orden...

de

Lectulandia

Ha transcurrido medio siglo desde la fundación de la Orden del Temple, y Jerusalén continúa en manos de los cruzados, pero el ansia de poder ha reemplazado los nobles ideales de antaño, y la propia Orden acumula ya tentadoras riquezas.

En 1152 el conde Raimundo de Trípoli es brutalmente asesinado. ¿Quién ha provocado su muerte? ¿Acaso la temida secta de los hassassins? ¿O quizás un templario renegado y expulsado de la Orden por brujo y hereje? La investigación de esa muerte dejará un reguero de sangre a su paso y llegará hasta la propia Inglaterra, donde el rey Esteban mantiene una cruenta guerra contra el primo de su prima Matilde, el futuro Enrique II.

Lectulandia

Paul Doherty

El brujo templario

El Templario - 2

ePub r1.0

Titivillus 17.03.18

Paul Doherty, 2009
Traducción: Juan Miguel Lobo Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a la memoria de nuestra maravillosa
madre Kathleen Elizabeth Kenny.
Carmel, Brigid, Siobhan, Rosaleen,
Michael y Kathleen.
Ha sido una bendición haber tenido
una madre como tú.
Descansa en paz.
Que Dios te bendiga.

NOTA HISTÓRICA

Llegado el año 1152, los grandes nobles francos habían mantenido su ocupación de Ultramar (Palestina) durante cincuenta años, desde que los capitanes de la Primera Cruzada asaltaron las murallas de Jerusalén y tomaron la Ciudad Santa. En aquel entonces, se había convertido en el puesto avanzado de los francos en Occidente. Estos poderosos señores habían elegido a su rey, Balduino III, y se apresuraban a dividir Ultramar en parcelas de poder. Los barones se disputaban el poder, tratando de ocupar el mayor número de plazas, ciudades y puertos. La Orden templaria, fundada por Hugo de Payens una década después de la toma de Jerusalén, había expandido también su área de influencia. Los templarios se habían convertido en un movimiento de ámbito internacional, encabezados por los más altos señores, consagrados por el papado y constituidos como el brazo militar profesional en Occidente. Contaban con sus propios acuartelamientos en Jerusalén y su poder crecía con rapidez, a medida que conquistaban o levantaban nuevos castillos y fortalezas en Ultramar. La orden también trataba de extender sus raíces a lo largo de Europa, ya fuera por Francia, Inglaterra, Alemania o España. Los templarios representaban los ideales del caballero occidental, el paladín que, llevado por su amor a Cristo, ofrecía su espada para defender a la Santa Madre Iglesia.

Hicieron también acopio de grandes fortunas, y la combinación de riquezas, poder y posición les condujo a realizar conjuras y pactos con los señores más poderosos, con el objetivo de consolidar y expandir aún más su poder. Supuestamente, Hugo de Payens visitó Inglaterra y quedó convencido de las posibilidades de expansión de su orden allí. A la llegada del año 1150, el Temple había establecido ya sus cuarteles en Londres y poseía mansiones a lo largo y ancho del reino. Sin embargo, la expansión de la orden obligaba a los grandes señores a reclutar a más subditos, y el Temple no solo atraía a idealistas y románticos, sino también a todo aquel que tenía algo que ocultar.

En ningún otro lugar se hizo esto más evidente que en Inglaterra. La invasión de los normandos, en 1066, había dado como resultado la creación de un cuerpo militar de élite, cuya principal obsesión era la conquista de nuevas tierras y riquezas. La influencia normanda se extendía hasta las fronteras de Gales y Escocia, y las constantes escaramuzas entre los caudillos normandos dejaban patente la necesidad de que el soberano de Inglaterra se convirtiera en un poderoso líder militar. Guillermo el Conquistador y sus dos hijos, Guillermo Rufus y Enrique I, supieron adoptar hábilmente este papel. Sin embargo, tras la muerte de Enrique sin dejar heredero varón (su hijo Guillermo había perecido ahogado en el naufragio del *Barco Blanco*),

la corona inglesa se convirtió en objeto de intensa disputa entre Matilde, hija de Enrique, y su primo, Esteban de Blois. Inglaterra se sumió en una guerra civil tan amarga y violenta que llegó a decirse que aquella fue una época en la que Dios y sus santos dormían. En ambos bandos se reclutaron a los peores mercenarios del extranjero, junto con caballeros pendencieros de los condados rurales de Inglaterra, incansables en su ambición de procurarse botines de guerra. La guerra, que tuvo lugar entre los años 1135 y 1154, se hizo aún más salvaje y brutal cuando el hijo de Matilde, Enrique Fitzempres, heredó la causa de su madre y se fijó la propia corona de Inglaterra como único objetivo. Los adversarios tomaban posiciones mientras reconocían en secreto que el final de la guerra y la consecución de una paz duradera solo sería posible si una de las partes quedaba totalmente arrasada...

Las citas que aparecen al principio de cada capítulo de la primera parte proceden de la crónica de Guillermo de Tiro, su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* (*Historia de gestas de allende los mares*). Las de la segunda parte pertenecen a la crónica *Gesta Stephani* (*Las hazañas de Esteban*). Al final, una nota del autor proporciona un contexto apropiado para muchos de los acontecimientos que se relatan en esta novela.

PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

ULTRAMAR

Balduino III: Rey de Jerusalén.

Raimundo: Conde de Trípoli.

Melisenda: Esposa del conde Raimundo.

LA IGLESIA

Eugenio III: Papa, obispo de Roma.

Teodoro: Arzobispo de Canterbury.

Enrique Murdac: Líder de los cruzados normandos del sur de Italia.

Tomás Becket: Clérigo y canciller del reino; posteriormente, arzobispo de Canterbury.

Bernardo de Claraval: Uno de los fundadores de la Orden Cisterciense. Figura internacional, orador y político. Ardiente seguidor de la nueva Orden de los Templarios.

INGLATERRA

Guillermo el Conquistador: Rey de Inglaterra, 1087.

Guillermo II, o Rufus: Hijo de El Conquistador, rey de Inglaterra, 1087-1100; murió de forma misteriosa durante una cacería en el Bosque Nuevo.

Enrique I: Hermano de Rufus, rey de Inglaterra, 1100-1135.

Príncipe Guillermo: Hijo y heredero de Enrique I. Pereció ahogado en el naufragio y hundimiento del *Barco Blanco*.

Matilde: Hija de Enrique, emperatriz. Se casó con Enrique, el sacro emperador romano, y posteriormente con Godofredo, conde de Anjou.

Esteban de Blois: Nieto del Conquistador, por parte de su hija Adela. Rey de Inglaterra, 1135-1154.

Eustaquio: Hijo y heredero de Esteban.

Guillermo: Segundo hijo de Esteban.

Enrique Fitzempress, o el Angevino: Hijo de la emperatriz Matilde, por la cual reclamó la corona de Inglaterra. Rey de Inglaterra, 1154-1189. Fundador de la dinastía Plantagenet.

Godofredo de Mandeville: Conde de Essex. Figura importante en la guerra civil, muerto en batalla. Ciertas crónicas le atribuyen una muy siniestra reputación.

Simón de Senlis: Conde de Northampton. Uno de los más leales partidarios del rey Esteban.

TEMPLARIOS

Hugo de Payens: Fundador de la Orden de los templarios, 1099-1100.

Bernardo de Tremelay: Gran maestro de la Orden del Temple, 1152.

André de Montbard: Gran maestro de la Orden del Temple, 1153.

Jacques de Molay: Último gran maestro de la Orden del Temple. Ejecutado por Felipe IV de Francia, 1313.

Bueso Baiocis: Posible maestro de la Orden templaria en Inglaterra, hacia 1153.

FRANCIA

Felipe IV, o El Hermoso: Rey de Francia de la dinastía de los Capeto, fallecido en 1314. Principal artífice de la destrucción de la Orden templaria, 1307-1313.

Roberto de Bruce: Rey de Escocia. Expulsó a los ejércitos ingleses de Eduardo I y Eduardo II; proporcionó un santuario para los templarios tras la disolución de su orden.

PRÓLOGO



Abadía de Melrose, Escocia

Otoño de 1314

El monje alzó la cabeza y escuchó el eco del repique de campanas entre los edificios de la abadía. Se estaba celebrando un funeral. Se entonaban salmos fúnebres y cantos que se disipaban en el aire, mecidos por la brisa de la tarde. De nuevo comenzó el tañido de campanas. Si era una mujer la que iba a ser enterrada, dos repiques; sí un hombre, tres. Si se tratase de un clérigo, las campanas resonarían tantas veces como órdenes menores hubiese recibido.

—¿Te han mostrado alguna vez las puertas de la muerte? ¿Has visto a los guardianes de las sombras?

El hermano Benedicto se giró rápidamente. Observó a aquella anciana. Llevaba oscuras ropas de luto, que delataban su condición de viuda; se había sentado sobre una silla de amplio respaldo, junto al catre del clérigo, recubierto de mantas de tela escocesa.

—Señora —el joven monje benedictino se disculpó con una leve sonrisa—. Estaba distraído. En realidad, no os esperaba hasta mañana, la víspera de la festividad de Lammas...

—Pero he llegado hoy —la anciana se aferró a su bastón con la empuñadura tallada—. He estudiado los manuscritos.

Suspiró profundamente y se puso en pie. Dejó de mirar al benedictino y fijó ahora su mirada en la ventana arqueada que había tras él. El día llegaba a su fin, y la débil luz del sol palidecía por momentos. Junto a la ventana colgaba una figura de la Virgen María, una talla de madera de la Virgen Madre y de su hijo divino.

—¿Las puertas de la muerte? —susurró el hermano Benedicto—. ¿Los guardianes de las sombras?

—¡Magia, hermano! —susurró la mujer.

—El hermano Guiberto, nuestro preceptor, asegura que se encontró con un hechicero que hablaba de un monasterio que se hundió en la tierra y que después resurgió, como Cristo en el día de Pascua.

—No, no —la anciana sacudió la cabeza. Dio unos golpecitos al arca de la cancellería, junto a ella, y dirigió sus pasos hacia el monje, que permanecía sentado en la silla del escritorio—. Hermano Benedicto —agarró la silla con una mano y miró con gesto grave al joven monje—, debes escribir, siguiendo mi deseo y el de su majestad Roberto de Bruce, rey de Escocia, la historia de nuestra orden, los templarios. ¿Está claro? —continuó mirándole fijamente, con unos ojos turquesa que delataban la ardiente exaltación que inflamaba sus entrañas—. Nuestra orden —repitió—, la de los templarios, fundada por nuestro poderoso y sagrado ancestro, Hugo de Payens, y ahora destrozada por Felipe, el severo rey de Francia. Ordenó quemar a Jacques de Molay en una pequeña isla, en el Sena. Ataron a nuestro gran maestro a un poste con sogas y cadenas y, junto a él, a Godofredo de Charnay. Los dos hombres, hermano Benedicto, protestaron hasta el fin contra las acusaciones de magia negra, hechicería y brujería lanzadas por los abogados del rey. Ensalzaron la piedad, santidad e inocencia de los templarios. Pero bueno —añadió, e hizo una

pausa—. Más tarde, algunos adeptos secretos de nuestra orden, aquellos que habían conseguido sobrevivir a la oscura y brutal traición, la tortura y las truculentas mazmorras, se deslizaron a nado por el Sena y recogieron entre sus dientes los sagrados y carbonizados restos de estos valientes guerreros. Aunque —la anciana, que se emocionaba ante el nombre familiar de los De Payens, asió con fuerza el puño de marfil de su bastón— tal estado de inocencia no se ha dado siempre en la misma medida. Aquí, en estas islas... —dijo, con voz entrecortada.

El joven monje la miró con ojos expectantes.

—Señora, esas diabólicas acusaciones, lanzadas con frecuencia contra los templarios, han sido siempre mentiras.

—¿Es eso cierto? —susurró la anciana—. Escucha atentamente. Nuestra orden fue fundada por el gran Hugo de Payens en Ultramar. Recibió la bendición de Bernardo de Claraval, fue consagrada por papas y favorecida por los más egregios príncipes de este mundo. No es de extrañar que los templarios pronto se hicieran fuertes y poderosos; pero al final, monje, los sueños mueren, las visiones se desvanecen. *Ab initio*, desde el principio, hubo muchos que se aplicaron en la caza de reliquias sagradas y en conseguir el poder que estas podrían otorgarles. Peor aún —masculló—, algunos de ellos comenzaron a adorar a siniestros ídolos, abrazaron los cultos oscuros, conjuraron demonios que moraban en las llameantes entrañas del infierno; reclutaban a brujas que recogían hierbas venenosas de Tesalia; extendieron la simiente de la hechicería, emponzoñando nuestra orden como la mala hierba que hunde sus raíces profundamente en la tierra, alcanzando las tumbas de nuestros muertos y succionando de ellos vapores malignos que envenenaban el aire. Así pues —la anciana posó la mano sobre unos manuscritos amontonados en la tapa de un arcón de madera y hierro—, hermano, estúdialos bien, minuciosamente. Escribe igual que hiciste la última vez; bázate en los manuscritos, teje el tapiz de los hechos y cuenta tu historia —guió sus pasos hacia la ventana ojival y observó tras ella la niebla de la tarde, que avanzaba como un velo de seda por la campiña de Melrose—. Invoca al pasado —su voz se tornó estridente—. Los petirrojos y los ruiseñores no sobreviven mucho tiempo enjaulados. Tampoco lo hace la verdad cuando la mantienen cautiva. Lee todos estos manuscritos, hermano, y hallarás al mismo Satán, refulgiendo como un zafiro ante el resplandor del fuego del infierno.

PRIMERA PARTE

Trípoli, Ultramar

Otoño de 1132

CAPÍTULO 1



El conde Raimundo cayó fulminado
bajo las espadas de los asesinos,
a la entrada del pórtico.

—¡Una época de turbulencias, visiones, augurios y presagios! ¡El cielo se crispa sobre nosotros porque hemos errado el camino! Nuestras almas, ulcerosas, se deslizarán renqueantes hacia el infierno. A nuestro alrededor no quedará nada, excepto tumbas vacías y cadáveres en descomposición. Las aguas inundarán la tierra. La sangre empapa los cielos, implorando que la justicia divina caiga sobre nosotros como un relámpago. Los pecados cometidos en bóvedas oscuras y secretas desfilarán por las espaciosas calzadas y plazas del infierno, donde el potro de tortura, la horca y las ruedas de martirio ocupan su lugar ante las llamas eternas de la ira de Dios. Os conmino a que os arrepintáis. ¡Hemos tomado Jerusalén, pero hemos perdido el camino!

El predicador, envuelto en sucias pieles, levantó su báculo y apuntó hacia el cielo azul intenso que envolvía la esplendorosa ciudad blanca de Trípoli, bañada por el mar Medio.

—¡Arrepentíos! —gritó, en un último intento de provocar a su audiencia—. Arrepentios antes de que se abran las puertas del Juicio Final y se desate todo el poder del infierno.

Edmundo de Payens, caballero de la Orden templaria, se inclinó ligeramente y tocó la muñeca de su camarada inglés, Felipe Mayele.

—¿Estás asustado, Felipe? ¿Sientes miedo ante lo que está por llegar?

Una sonrisa apareció en el rostro alargado y curtido del inglés. Acarició con los dedos los flecos de deslustrado pelaje de la capa blanca que caía sobre sus hombros. Se alisó la barba y el bigote; sus ojos marrones brillaban con cinismo.

—Edmundo, eres un alma indulgente, capaz de dejarte arrastrar por negras tormentas antes de llegar a endurecerte. Mira a tu alrededor. La vida es tal como era en un principio, y así seguirá, ahora y siempre, por los siglos de los siglos —estalló en una sonora carcajada al ver el gesto fruncido de Edmundo ante su burla del gloria al Padre.

De Payens recordó enseguida su decisión, tras su última confesión, de no dejarse ofender con excesiva facilidad. Esbozó una sonrisa forzada y sacudió la cabeza, sujetando firmemente las riendas de su corcel entre los dedos. Mayele y él bajaban lentamente la calle de Alepo, hacia las puertas de la ciudad de Trípoli. Escoltaban al conde Raimundo, el señor franco de la ciudad, que se disponía a partir para reconciliarse con su alejada esposa, Melisenda, en Jerusalén. De Payens cerró los ojos ante el ajeteo del gentío. En realidad, deseaba estar de vuelta con su hermandad, sus apreciados monjes guerreros. Abrió entonces los ojos y dirigió una mirada de soslayo a Mayele. No todos los hermanos eran cazadores de sueños o visionarios; no en vano, Mayele había sido excomulgado fulminantemente por haber matado a un sacerdote en Coggeshall, una ciudad en esa isla brumosa del fin del mundo llamada Inglaterra.

—*Cruciferi, á bas, á bas!* —se escuchó un grito desdeñoso en provenzal, un alarido gutural emitido por un turco. Sacó bruscamente a Edmundo de su ensueño y cayó en la cuenta de la muchedumbre que se agolpaba a su alrededor. Frente a ellos,

los mercenarios turcopoles de Raimundo de Trípoli, ligeramente armados, se abrían paso entre la multitud, con sus corazas laminares resplandeciendo bajo el inclemente sol. Edmundo escrutó sus rostros, pero ninguno de ellos se atrevía a mirarle a los ojos. Aquello se habría interpretado como un tremendo insulto. La mayoría de los hombres escondía la cabeza bajo turbantes blancos sus semblantes se ocultaban tras el velo que les protegía ojos y boca del viento cargado de polvo y de las hordas de moscas negras. De Payens se sentía incómodo. Les envolvió una súbita nube de polvo, cargando el aire con el hedor de los excrementos de caballos y camellos. Por doquier se elevaban los gritos de comerciantes anunciando sus productos. Allí, en Trípoli, judíos y musulmanes, católicos y ortodoxos, francos y turcos compartían el espacio, rozando sus hombros con inquietud en oscuros callejones, ruidosos bazares y soleadas plazas. Trípoli era el lugar de encuentro de religiones y culturas muy dispares, apaciguadas por el puño acorazado del viejo conde, que cabalgaba tras ellos con su escolta de oficiales y guerreros. Sobre sus cabezas, los espléndidos estandartes azules y amarillos, representando los cipreses plateados de El Líbano, agitados por la brisa de media mañana.

—¡Sosegaos, templario!

La poderosa voz del conde obligó a De Payens a girarse en su montura. El templario agitó la cabeza con cortesía ante Raimundo, lamentándose de no llevar puesta la cota de malla ni las brafoneras; tan solo unas botas livianas, un jubón acolchado y unas calzas de malla bajo la blanca túnica con su cruz roja cosida al pecho. Sobre su espalda colgaba un escudo cóncavo; ciñendo su cintura, un simple cinturón del que colgaban daga y espada. ¿Sería esta suficiente protección si tras los improperios lanzados se desatara la violencia? De Payens arqueó el cuello, tratando de limpiarse el sudor que manaba bajo su larga cabellera. Agarró con firmeza las riendas entre los dedos desnudos que asomaban de los mitones y murmuró la oración templaría: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*», «No con nosotros, oh Señor, no para nosotros; que la gloria sea únicamente para ti».

Debía tener presente que era un pobre caballero del Temple, entregado a la pobreza, obediencia y castidad. Había jurado seguir a la cruz templaría, con inquebrantable lealtad hacia su gran maestro, y era por eso por lo que Mayele y él estaban allí. Durante los últimos meses habían permanecido acuartelados en Chastel Blanc, una fortaleza templaría situada al sur de Trípoli. Allí se les encomendó que escoltasen al conde Raimundo hasta Jerusalén. Le satisfacía verse libre de la rigurosa rutina de Chastel Blanc y volver a ver Jerusalén, pero recordó enseguida que su misión era su principal deber. Estaba obligado bajo juramento. La Orden templaría se fundó para que sus caballeros patrullasen los caminos que conducían a Ultramar, Palestina, la tierra de *le Bon Seigneur*. Jesucristo, encarnación de Dios en la Tierra, había caminado, dormido, comido y hablado a sus amigos, predicado, muerto y resucitado en este mismo suelo. Sin embargo, De Payens sentía un inquietante desasosiego que martilleaba su corazón y le nublaba la mente. Trípoli era ruidosa y

delirante, un crisol de colores cambiantes envuelto en una eterna nube de polvo y un aplastante calor, mortificada por legiones de persistentes moscas. Estaba empapado en sudor, y su corcel se agitaba inquieto. La multitud que le rodeaba podía igualmente amparar amigos o enemigos.

—Mantente despierto —Mayele se irguió ante una ráfaga de aire cargado de vapores de sudor y cerveza—. Mantente despierto, Edmundo, pues aún no conoces ni el día ni la hora. ¡Se deslizará hacia ti como un ladrón en la noche!

De Payens se enjugó el sudor de la frente y se humedeció los labios, rebozados en sal y arena. El calor le envolvía como una espesa manta. Al contrario de lo que solía hacer en circunstancias similares, no debía soñar con la casa de sus abuelos, con su blanca frescura entre los cipreses y los olivares del norte de El Líbano. Se agitaba nerviosamente sobre la silla de montar, golpeando suavemente la empuñadura de su espada y jugueteando con la daga. La formación recorría ahora la avenida principal en dirección al gran portón amurallado, sobre el que se agitaban los estandartes de Trípoli en los mástiles dispuestos entre las almenas. De la horca de cada cadalso colgaba un cuerpo inerte, con un cartel cosido al pecho. Esa zona se había convertido en el principal merendero de milanos, águilas y buitres, que agitaban sus alas impregnadas de sangre para ahuyentar a los negros enjambres de moscas que danzaban bajo la luz del sol.

El ruido era ensordecedor. Las mulas y los burros rebuznaban ante el olor dulce del agua. En el aire flotaban el tintineo de vasijas y sartenes, el cadencioso redoble de timbales y los gritos de los comerciantes en un millar de lenguas. La muchedumbre se extendía como un cardumen de peces multicolores alrededor de un mar de tiendas. Edmundo fijó su mirada en una mujer. Su cabello, negro como el azabache, caía a ambos lados de la frente, amplia y suave como la seda, sobre unos bellos ojos y unas cejas arqueadas. La parte inferior de su rostro se ocultaba bajo un velo, que solo contribuía a realzar su belleza misteriosa. La joven le dedicó una sonrisa. El interés de Edmundo crecía cada vez más. De repente, desvió la mirada, distraído por un grupo de judíos, embutidos en sus largas batas negras, que salían de un callejón para mezclarse con maronitas, de origen sirio y pobladas cabelleras, y con coptos de piel morena, procedentes de las enigmáticas tierras al sur del Nilo. De una iglesia cercana se escapaban el débil murmullo de cantos y plegarias y la peculiar fragancia del incienso.

El eco de los cantos fue creciendo según se abría paso entre el gentío un grupo de sacerdotes griegos, lanzando bendiciones a una caterva de niños harapientos mientras portaban sus preciados iconos y estatuas ataviadas con costosos trajes y piedras preciosas, en dirección a algún sepulcro o capilla. Tras ellos desfilaba una hilera de camellos, cimbreados ante sus pesadas cargas como carracas en la mar; junto a ellos, sus jinetes y guías se abrían paso a voces entre las masas.

De Payens hizo un esfuerzo por ignorarlos. Se encontraban ya muy cerca del portón, donde aguardaban los mercenarios del conde Raimundo. El suave acento

provenzal se mezclaba con la lengua gutural de Suabia. A su alrededor, decenas de carpinteros y herreros golpeaban hachas, martillos y espadas, provocando un ruido ensordecedor. Se escucharon trompetas y el repique de címbalos. Los tambores redoblaron, saludando a la comitiva. Los mercenarios se dispusieron por rangos para inclinarse ante su señor. El sol alcanzaba su cénit en un día que se disponía a resquebrajarse y desmoronarse entre una orgía de sangre y muerte.

De Payens se sobresaltó ante el vuelo de una bandada de palomas sobre su cabeza. Mayele soltó algunos improperios en voz alta. Edmundo se agitó sobre su silla de montar. Súbitamente, apareció un grupo de sacerdotes maronitas, vestidos con túnicas marrones y con el rostro oculto bajo sus espesas cabelleras, y se acercaron hacia el conde Raimundo con la intención de leerle algunas peticiones. El señor de Trípoli les indicó con un gesto que se aproximaran. Los maronitas reaccionaron con rapidez, como una jauría de perros que acabase de encontrar el rastro. Se situaron alrededor del señor franco y de su primer caballero, lanzando su juramento de sangre, *¡hassassins!* El conde y su secuaz quedaron ligeramente separados; su escolta se apresuró a acudir. De Payens y Mayele agitaron furiosamente las riendas de sus corceles. ¡Demasiado tarde! Los asesinos abandonaron su farsa; los trozos de pergamino blanco volaron por los aires como mariposas. Sacaron largas dagas curvadas y decoradas con cintas de color rojo, que cortaron el aire e hicieron presa en el conde, desprotegido como estaba con sus calzas, gabán, capa y botas de piel suave. Ni él ni su acompañante pudieron siquiera musitar el miserere, ni desenvainar la daga o la espada. Los sicarios les rodearon, lanzando sobre ellos una lluvia de cuchillos y haciendo que la sangre brotara como el vino de un pellejo rasgado. De Payens desenvainó su espada. Mayele arremetió contra la multitud que bullía a su alrededor, lanzando el grito de guerra de los templarios, *Beauséant! Beauséant!* Sus caballos se estremecieron ante la súbita violencia y el olor penetrante de la sangre fresca. La figura del conde comenzó a inclinarse y a caer sobre la grupa de su caballo, mientras los puñales seguían describiendo arcos alrededor de su cuerpo. Dos de los asesinos se separaron del grupo y corrieron hacia De Payens. El templario espoleó al caballo en su dirección, abalanzándose sobre los dos espada en mano y exclamando oraciones, maldiciones y gritos de guerra. El frenesí sangriento se apoderó de él, mientras su acero repartía tremendos golpes entre más y más asesinos que comenzaban a rodearle; habían terminado con el conde y acudían prestos en ayuda de sus compinches para matar al odiado templario. La furia guerrera de De Payens se materializó en una nube carmesí. Continuó agitándose sobre su caballo, cuyas afiladas pezuñas se clavaban en la carne de sus atacantes hasta que, finalmente, desistieron de su intento y se batieron en retirada entre la multitud.

Los oficiales del conde Raimundo, recobrados ya de la sorpresa, estaban sedientos de sangre. No corrieron tras los asesinos, sino que, al igual que Mayele, comenzaron a atacar con furia a todo aquel que se mantenía al alcance de su espada. Arremetieron contra la masa aterrorizada como segadoras, seccionando, golpeando y

destrozando a sus víctimas con mazas, hachas y espadas. Algunos de los transeúntes trataron de repeler el ataque; la masacre se extendió como una tenebrosa nube del averno. La guarnición de las puertas de la ciudad, un puñado de mercenarios sedientos de sangre, no necesitaba mayor estímulo para descargar su rabia salvaje.

—¡Hagamos que cuervos y buitres se den un festín esta tarde! —gritó Mayele mientras atacaba a un grupo de mercaderes y camelleros.

De Payens, libre al fin del fragor de la batalla, miró horrorizado a su alrededor. Los cuerpos del conde Raimundo y su escudero, que yacían sobre un gran charco de sangre, comenzaban a ser retirados, envueltos en sus capas. La muerte se abría paso con rapidez a ambos lados del empedrado, como la brisa entre las arenas del desierto. Grupos de arqueros, apostados sobre las murallas y las puertas de la ciudad, oscurecieron el cielo, cubriendo a la multitud con una densa lluvia de saetas y flechas. Las espadas, teñidas de sangre hasta la empuñadura, destellaban bajo el sol. Los adoquines, cubiertos de polvo, se enfangaron con la sangre que manaba de los miembros amputados. Cabezas segadas rodaban por el suelo como sucios matorrales. Las blancas paredes de las casas se cubrieron de manchas escarlata procedentes de esta lluvia siniestra. Los niños gritaban presas del pánico; las columnas de humo negro se estremecían en el cielo azul. El caos se extendió por buena parte de la ciudad. La gente huía hacia las casas y las iglesias.

Edmundo escuchó un grito descarnado en el patio interior, junto al portón. Dos jóvenes sirias luchaban por librarse del cruel abrazo de unos mercenarios suabios, que habían dejado sus enormes hachas de dos cabezas en el suelo mientras forcejeaban con ellas. Los suabios trataban de desnudar a las sollozantes jóvenes y las empujaban una contra la otra. Las chicas chillaban desconsoladas. Una de ellas señalaba el cadáver sangriento de un hombre que yacía junto a ellas. Edmundo montó en cólera. Luchó por templar su caballo, pero era demasiado tarde. Los mercenarios parecían haberse aburrido de su juego, o bien habían reconocido la amenaza que se cernía sobre ellos. Se echaron a un lado y uno de ellos tomó el hacha con rapidez y segó las cabezas de ambas mujeres. El resto se giró para hacer frente a De Payens. El templario frenó bruscamente a su caballo y observó horrorizado los dos cadáveres, cubiertos de la sangre que aún manaba de sus cuellos cortados; sus cabezas, recubiertas de una maraña de cabellos, rodaban y rebotaban sobre los adoquines.

De Payens se dio la vuelta, asqueado. Espada en mano, espoleó a su corcel hacia los escalones de una iglesia ruinosa que apenas se tenía en pie, cuyas puertas se habían abierto de par en par para que entraran los ciudadanos en busca de refugio. Subió los escalones, echando a un lado a empujones a los fugitivos. En el interior del templo, el aire estaba cargado de vapores de mirra, áloe e incienso. La oscuridad solo se turbaba con la débil y sinuosa luz de las velas encendidas ante iconos y estatuas. En el extremo opuesto se adivinaba el altar, oculto bajo una espesa tela oscura con una píxide de plata bordada en el centro. La nave principal del templo se estaba llenando rápidamente de refugiados de todas las confesiones y de ninguna. Las

familias se abrazaban entre sí, presas del terror; los niños lloraban desconsolados. Un sacerdote griego, acompañado por sus acólitos y un monaguillo, comenzó a desfilar desde la puerta de la sacristía, alzando una cruz dorada entre las manos. El clérigo bramaba que todos aquellos que no fueran *cruciferi*, portadores de la cruz, debían abandonar el templo enseguida. Tras él aparecieron unos mercenarios, enfundados en cotas de malla, arrastrando pesadamente sus sucias botas, con sus escudos colgados a la espalda y gesto de feroz expectación.

—¡Fuera! —gritó el sacerdote, mientras su escolta golpeaba el suelo con sus espadas—. ¡Infieles, herejes, cismáticos! ¡No hallaréis santuario aquí!

Sus proclamas se recibieron con sonoros gemidos. De Payens avanzó con su caballo hasta un haz de luz que se colaba por una de las altas ventanas del triforio. Los rayos de sol caían sobre su capa negra, resaltando la cruz roja cosida a su hombro derecho.

—Nadie debe salir de aquí, dómine —declaró en lengua franca.

El sacerdote resopló, tocándose el cuello con la punta de la cruz. Sus escoltas, sedientos de sangre, pillaje y violación, gruñeron amenazadoramente; pero un caballero templario, blandiendo su espada y montando su corcel bañado en sangre, era una objeción a tener en cuenta. El sacerdote hizo una reverencia y, chasqueando los dedos a sus sabuesos soldados, se introdujo de nuevo en la sacristía.

De Payens hizo guardia ante las puertas abiertas de la iglesia. Permitió el acceso a todos los huidos, que entraron en la nave con los rostros desencajados por el horror. Cualquier perseguidor era obligado a retirarse por el adusto centinela, envuelto en su capa y reposando su espada sangrienta sobre el hombro. Permaneció allí sentado, inmóvil, como una estatua de granito, observando la gran calzada sembrada de cadáveres y teñida de sangre bajo el despiadado sol. Las moscas se congregaban en nubes negras. Los buitres y águilas describían círculos en el cielo, impacientes por comenzar su banquete. Unos perros callejeros se movían de uno a otro cuerpo, olisqueando las ropas, preparándose para clavar sus colmillos en la carne. Tan solo se apartaron ante la llegada de los bandidos y saqueadores de cadáveres, en busca de cualquier tesoro oculto entre los despojos. Un mercader, agradecido por su huida, ofreció al templario una porción de pastel de semillas de sésamo y una jarra de agua. De Payens comió y bebió mientras continuaba observando el macabro escenario. Su mente oscilaba como un navío sobre un mar tempestuoso. Se sintió frío, muerto. ¿Para esto se había alistado en la gran orden y jurado servir a Dios, Cristo y la Virgen María y obedecer al maestro del Temple?

Tratando de controlar sus nervios, De Payens recordó su misa de ordenación e investidura, al despuntar el alba. Visualizó en su mente cuando recibió la túnica de la orden, el cinturón de cordón de lana que simbolizaba la castidad, el tocado que simbolizaba la obediencia, y todo ello sellado con el beso de paz del maestro. Apenas habían transcurrido dos años desde aquello, aunque ahora le parecían una eternidad. Se había presentado en el patio delantero del templo de Jerusalén con sus mejores

galas. Allí le recibió un grupo de ujieres templarios que le escoltaron a través de la Gran Calzada, donde moraban los caballeros templarios. Cruzaron pórticos, columnatas y pasajes abovedados, alumbrados por la luz tenue de las lámparas. El eco de sus pasos sobre las losas de piedra resonaba con fuerza. Después de recibir la bendición y la imposición de óleos en la antecámara, le condujeron hacia la gran sala capitular, donde aguardaban los templarios; sus blancas túnicas mostraban la cruz roja, cubrían sus cabezas con suaves cofias de seda y descansaban las manoplas sobre la empuñadura de sus espadas, desenvainadas y apoyadas en el suelo. Bajo juramentos escalofriantes en aquella sala cavernosa, fría y oscura, donde danzaban las sombras bajo la temblorosa luz de las lámparas de aceite, De Payens juró que pertenecía a una casta de caballeros, que era de cuna legítima, buena salud, ferviente partidario de la religión católica según el rito latino de Roma, que no estaba casado y que se encontraba libre de tales compromisos. Allí, en aquella inquietante penumbra, cerca de los establos en los que Salomón mantuvo una vez a su caballería, a escasos pasos de donde el Salvador había predicado y expulsado a los prestamistas, se escucharon los grandes juramentos de los caballeros blancos. Bernardo de Tremelay, el gran maestro, proclamó el gran desafío con voz poderosa:

—Deberás renunciar totalmente a tu propia voluntad. Deberás someterte a la de otros. Deberás ayunar cuando estés hambriento y pasar sed cuando desees beber. Mantendrás una estricta vigilia incluso cuando te sientas cansado.

—Así lo haré, dómine, si es ese el deseo de Dios.

Parecía un susurro en comparación. Después de haber hecho el juramento, tuvo lugar la investidura, mientras los templarios entonaban el salmo: «Comprobarás lo beneficioso que es para los hermanos vivir en unión y armonía».

Una vez investido, le escoltaron hasta el refectorio para recibir allí las felicitaciones de sus abuelos, Teodoro el Griego, con su suave sonrisa y su naturaleza amable, y su imponente abuela Leonor, hermana del gran Hugo de Payens, fundador de la orden. Después de aquello volvieron a El Líbano, mientras él permaneció en Jerusalén para recibir la estricta disciplina y entrenamiento para llegar a convertirse en un pobre caballero de Cristo.

Relegaron a De Payens a los aposentos más humildes, en el patio interior del templo. La obediencia no era una opción, sino una dura realidad; las penurias y privaciones, una constante día y noche. Dormía cada noche completamente vestido, sobre un catre que no era más que una alfombra extendida en el suelo, con un candil a un lado y, al otro, sus armas preparadas para su uso. Su sueño se veía interrumpido constantemente con llamadas a la oración. Unas exiguas viandas constituían su único sustento. Duros entrenamientos en el manejo de la espada y la lanza, bajo el cruel sol del mediodía, se repetían invariablemente cada día. La caza, la cetrería y las mujeres estaban terminantemente prohibidas y se imponían severos castigos a aquel que osara infringir las normas: cuarenta días de ayuno para el que agrediese a un compañero. Los que habían caído en semejante desgracia debían disputar la comida a los perros

en el suelo, y no se les permitía apartar de su lado a los animales.

Tras acabar la instrucción, le enviaron a patrullar polvorientos caminos que serpenteaban entre inquietantes desfiladeros, o entre vastas extensiones arenosas salpicadas de escasos oasis, cuyas preciosas aguas brotaban bajo los torcidos troncos de sicomoros, terebintos y palmeras datileras. Sirvió como escolta de peregrinos, que llegaban a las costas dispuestos a caminar fatigosamente en ese duro paisaje para acabar arrodillados a la sombra del Santo Sepulcro. Protegió a los mercaderes y su equipaje de sacas de cáñamo, maletas de cuero, cestas y arcones de mimbre cargados sobre las espaldas desnudas de sudorosos porteadores, además de a importantes mensajeros, dignatarios y oficiales. Durante tales misiones, había tenido que enfrentarse a los hoscos hombres del desierto, de largas barbas, que aparecían de entre el polvo con sus estandartes verdes y aullando sus gritos de guerra. Con la ayuda de otros templarios, persiguió a esos hombres por todo el árido desierto, donde el sol golpeaba inmisericorde como una maza de guerra. Salieron en busca de los campamentos de los moradores del desierto, como solían llamarles, con sus pabellones anaranjados, atacándoles y dándoles muerte, buscando entre ellos a sus caudillos vestidos con túnicas de terciopelo, fajas de plata y turbantes. Mujeres y niños cayeron aplastados bajo los cascos de su corcel de batalla. Durante uno de esos ataques, capturó a una mujer joven, que había escapado y huido hacia los páramos baldíos. Rogó por su vida, presionando el cuerpo contra el suyo; presionó las manos del caballero contra sus senos turgentes y su suave y delgada cintura, mostrando unos bellos ojos y labios carnosos que prometían placeres prohibidos. El templario se dio la vuelta, tembloroso y espantado ante la tentación y, cuando quiso volver a mirarla, la joven había desaparecido.

Aquel encuentro había cambiado a De Payens. Le acosaban los fantasmas, súcubos de la noche de piel suave y perfumada y ojos seductores. Le perseguía la imagen de un cuerpo sinuoso, estremeciéndose sobre el suyo, con el rostro cubierto por cabellos de seda. Como acto de contrición, se postró en la sala capitular y confesó sus pensamientos, recibiendo como condena una dieta de pan enmohecido y agua salobre. Se arrastró hasta la cruz de la capilla del templo e hizo penitencia en algún mar de rocas, bajo el sol inclemente del desierto. Y algo más importante: había perdido el apetito por la sangre; no por el furor de la batalla, por la lucha de espada contra espada, sino por el combate contra aquellos que no podían defenderse. Evocó en su memoria las fabulosas historias sobre los antiguos paladines, cuyas hazañas había aprendido de la indomable Leonor. ¿No le había susurrado que el gran Hugo había establecido la orden de defender al débil y al indefenso, ya fuera cristiano o turco? Ella también le había insistido en la inutilidad de la muerte, aun cuando fuera ese el objetivo que planea sobre el campo de batalla. Le había proporcionado su libro de cabecera y su rueda de oraciones, citándole poemas sobre las secuelas de la matanza. ¿Cómo eran aquellos versos?

«Muchas lanzas bajo un frío amanecer. Las alzamos hacia el cielo, pero el harpa

del poeta no levantará a los guerreros caídos; mientras tanto, el vuelo sombrío de las águilas transmitirá las nuevas a los buitres, de cómo han desgarrado y engullido la carne, de cómo ellos y los chacales han dado buena cuenta de los cadáveres...».

—¡Mi señor, mi señor!

De Payens sintió el tacto de una mano sobre su muslo. Se giró y observó a una mujer de ojos expresivos, con el rostro lleno de magulladuras y una melena gris desaliñada y chamuscada.

—Dómine —sus labios apenas se movían. Señaló hacia la puerta de la iglesia—. Tenemos una tienda de vinos con un pequeño viñedo en la parte trasera. Vinieron los soldados. Se llevaron a mi marido, le colocaron bajo la prensa del vino y la tensaron hasta que la cabeza le estalló como una nuez, desparramando la sangre y los sesos sobre nuestro vino. Mi señor, ¿por qué han hecho tal cosa?

—¡Son demonios! —De Payens le acarició gentilmente la frente—. Demonios encarnados. El mundo se está llenando de ellos —apartó a la mujer a un lado, al observar que el ruido en el interior de la iglesia comenzaba a aplacarse, volvió a ponerse en guardia y se preguntó qué debía hacer. Una figura chamuscada y andrajosa se aproximaba tambaleándose desde el patio interior, gritando:

—¡Por Cristo y su Santo Sepulcro!

De Payens le hizo una señal para que se acercase. El hombre subió los escalones a duras penas y se puso en cuclillas ante la puerta, bebiendo como un perro sediento de un pellejo de agua que le ofreció una mujer. Una vez saciada su sed, alzó los ojos hacia De Payens.

—¡Que Dios os maldiga a todos! —murmuró—. Una buena parte de la ciudad está en llamas. Dicen que los responsables son los *hassassins*, enviados por el Viejo de la Montaña.

—¿Por qué? —preguntó De Payens.

—¡Sabe Dios!

El hombre se incorporó y se lanzó hacia él dando trompicones. Agarró con una mano las riendas del caballo, mirando al templario con ojos furiosos.

—La ciudad está inundada hasta las rodillas de cuerpos desmembrados, el suelo está embarrado de sangre y vísceras. Hombres como vos...

De Payens se movió aprisa, girando su caballo mientras bloqueaba con su espada el rápido movimiento descrito por la daga que aquel hombre llevaba oculta en su manga derecha. El arma cayó ruidosamente al suelo. Las mujeres chillaron aterrorizadas; los hombres se pusieron en pie de un salto, lanzando gritos de advertencia. De Payens presionó la punta de la espada contra la barbilla del hombre, forzándole a retroceder hasta la claridad. Su asaltante no imploró por su vida; los ojos apretados en aquella tez oscura no titubearon en ningún momento.

—¿Cómo lo habéis sabido? —susurró.

—Sois diestro, pero habéis utilizado la mano izquierda para coger las riendas — De Payens escrutó el rostro de aquel hombre; inteligente, decidido, de nariz

respingona, boca generosa y mentón prominente—. ¿Por qué? —preguntó.

—¡Asesinos! —replicó el hombre—. Asesinos enviados por el infierno para hacer su trabajo. Todos seréis llamados a las puertas de la muerte y os reuniréis con los guardianes de las sombras.

—Estáis citando el Libro de Job —replicó De Payens—. ¿Qué sois? ¿Un erudito, un clérigo?

—Un médico que ha presenciado tanta muerte que ha quedado saturado para toda la vida.

De Payens bajó su espada.

—Entonces, recoged vuestra daga y venid tras de mí. No soy ningún demonio, al menos, no por ahora.

El hombre se deslizó por delante de él hacia la oscuridad de la iglesia. De Payens tensó sus músculos, tratando de agudizar el oído en busca de algún sonido que le avisara de un nuevo ataque. Sin embargo, el hombre se acercó a su lado y envainó su daga mientras susurraba:

—Un horror del crepúsculo, cegado y abotagado de sangre, acecha la ciudad, revestido de pieles de león. Tras él arrastran las cadenas de la muerte. Legiones completas dirige...

De Payens bajó la vista hacia él.

—Me parecéis mucho más un sacerdote que un médico.

Se escucharon unos gritos provenientes del patio interior. Aparecieron tres figuras doblando la esquina, corriendo hacia la iglesia, apresurándose como sombras bajo el sol, esquivando los cadáveres y mirando atemorizados a su alrededor. Ya casi habían alcanzado la escalinata de la iglesia cuando apareció su perseguidor, vestido de blanco y con la cabeza cubierta por una caperuza. ¡Mayele! Cabalgó al trote a través del patio y se detuvo en seco. Vio a Edmundo, pero no hizo señal alguna de haberle reconocido. Al contrario, levantó su saeta sarracena con frialdad, tensó la cuerda y la soltó, y volvió a tensarla. Cada flecha salió disparada como una maldición, rápida y fatal. Dos de los hombres se encogieron al recibir el impacto de las flechas en la espalda; el tercero, que llevaba un puñado de joyas en la mano, había subido ya la mitad de los escalones, pero Mayele era un arquero letal. El proyectil se hundió en la nuca del fugitivo, haciendo añicos su cuello sudoroso. Se desplomó en un charco de sangre, mientras Mayele guiaba serenamente su caballo a través de la plaza; seguidamente, se detuvo y dirigió una sonrisa a De Payens.

—Eran infieles, profanadores de cadáveres.

—¿Qué prueba tenías de ello?

Mayele señaló al tercer hombre.

—Había robado una píxide.

—No es una píxide —dijo De Payens, señalando con la espada—. Son alhajas. Huía en busca del santuario, era inocente, Felipe, como tantos que han muerto hoy aquí.

—¿Inocente, culpable? —replicó Mayele, mientras aseguraba la saeta en el cinturón de su silla de montar—. ¿Quién sino a Dios corresponde juzgar? Que él decida...

CAPÍTULO 2



Es extraño que una empresa, maldita en sus inicios y perversa en su propósito, pueda llegar a buen fin.

Edmundo de Payens, vestido únicamente con su taparrabos, se puso en cuclillas cerca de la puerta del gran refectorio de la casa de los templarios, construido en la esquina de la Gran Calzada, en el corazón del recinto del antiguo templo de Jerusalén. Se limpió las gotas de sudor que regaban su pecho, espantando a las moscas, tratando de ignorar a los enormes sabuesos que trataban de disputarle las hogazas de pan. Se aferró a su copa, rebosante de vino, y dirigió una mirada furiosa a Mayele, que llevaba un atuendo similar al suyo. Ambos sufrían el mismo castigo por el caos provocado en Trípoli. La masacre no consiguió sofocarse hasta que el estandarte de Balduino III, rey de Jerusalén, comenzó a desfilar solemnemente por las calles de la ciudad, entre trompetas y heraldos, demandando el cese de la matanza bajo la amenaza de un inmediato escarmiento que se cobraría vidas y amputaría miembros de los infractores. Las horcas pronto comenzaron su trabajo entre todos aquellos que se negaron a obedecer. El decreto promulgado por el rey se vio secundado por multitud de decapitaciones, amputaciones y castraciones. Finalmente, se izó el estandarte real ante las puertas de la iglesia. De Payens y Mayele, que habían emprendido su regreso al castillo, fueron arrestados inmediatamente por orden del gran maestre, Bernardo de Tremelay, que dictaminó que ambos templarios debían ser desprovistos de sus vestiduras, encadenados y llevados de vuelta con deshonor. Pasaron dos semanas recluidos en las mazmorras del templo, tras lo cual siguieron sufriendo castigos y humillaciones.

Edmundo vació ansiosamente su copa de vino aguado. Trató de mirar a los ojos a Mayele, pero su compañero estaba demasiado ocupado tratando de acabar su comida antes que los perros. Edmundo alzó la vista hacia la sala del templo y observó la tarima situada sobre el gran estandarte templario, una cruz negra sobre una tela de brocado. Allí permanecía sentado Bernardo de Tremelay con sus senescales, alguaciles y otros oficiales de la orden. Edmundo reflexionó y concluyó que no le gustaba Tremelay. Era un hombre altanero, orgulloso y arrogante, endurecido por la ira; un alma colérica que no temía a Dios ni a hombre alguno. De cabellos rojos como el fuego, malhumorado e irascible, Tremelay había lanzado palabras de desprecio contra De Payens y Mayele, acusándolos de fracasar en su misión de proteger al conde Raimundo y de haber sido incapaces de capturar o aniquilar a los asesinos. En presencia de toda la orden, el gran maestre les había humillado con este castigo. Ahora reposaba sentado en la tarima, degustando manjares y bebiendo de una copa de cristal puro, la mejor protección conocida contra el envenenamiento, mientras De Payens y Mayele se revolvían por los suelos, entre los perros. Edmundo se preguntaba si debería ladrar; entonces, sonrió suavemente para sus adentros. Miró de reojo a Mayele, que permanecía sentado con la espalda apoyada en la pared, masticando un trozo de cartílago, con una sonrisa burlona en el semblante. Mayele le devolvió la mirada y escupió el trozo de carne a los perros, que aguardaban ansiosos.

—Edmundo De Payens —susurró—, noble miembro de una noble familia.

Su voz resonaba con sarcasmo, pero De Payens no replicó. Mayele era su

hermano de armas, un hombre extraño y sediento de sangre, que parecía no temer a nada. Durante la reunión en la sala capitular, en la que habían sido juzgados y castigados, había clamado ruidosamente su inocencia, discutiendo acaloradamente con Tremelay, gritando que el gran maestro debería ocuparse de buscar la razón para asesinar al conde Raimundo y de demandar al legado papal una investigación completa del incidente. Tremelay había respondido encolerizado, ordenándoles a voces que se desnudaran y se postraran ante el cabildo. De Payens obedeció enseguida; Mayele se negó, por lo que le agarraron entre varios hombres, le desnudaron y le azotaron con una vara afilada. Los verdugones púrpuras y los moretones habían desaparecido ya, recubiertos de piel nueva, pero Mayele no había perdonado ni olvidado los azotes, ni la humillación pública.

—*Pax et bonum*, hermano —dijo Mayele, inclinándose hacia él. Agarró la copa de De Payens, le dio un sorbo y se la devolvió—. Esto no durará mucho. Nuestros hermanos han intercedido por nosotros. Ni más ni menos que tu gran amigo y patrón Guillermo Trussel ha hablado a nuestro favor.

De Payens asintió con la cabeza. Trussel era una leyenda, un inglés que se había unido a Hugo de Payens después de que los *cruciferi* hubieran asaltado y tomado Jerusalén, hacía ya cincuenta y tres años; un hombre bien entrado en los setenta y cinco años, un veterano respetado como un héroe, que gozaba del favor y la confianza de la orden.

—Ah, buen día, hermano Baker, hermano Turifer, hermano Smith, hermano Cook —el saludo sarcástico de Mayele resonó por el patio mientras los ujieres de la orden hacían su entrada para tomar su comida principal de la jornada.

Su burla contenida debió de llegar al gran maestro pues, poco después, aparecieron unos fornidos ujieres. Ambos fueron llevados a rastras a lo largo de un pasillo abovedado y a través del pavimento hasta el reformatorio, detrás de la antigua mezquita. De Payens se estremeció cuando sus pies descalzos sintieron las candentes piedras del suelo. La luz le cegaba, y el sol calentaba tanto como las llamas de un incendio. Mayele trató de aliviar su malestar danzando una peculiar giga, para diversión de sus guardianes. Mientras estos trataban de refrenar a su compañero, De Payens se protegió los ojos y observó la silueta que se elevaba sobre las murallas del templo: las torres y los campanarios de la iglesia del Santo Sepulcro. Aquí, reflexionó De Payens, en el corazón de Jerusalén, mientras el ejército de los *cruciferi* recorría las calles de la Ciudad Santa como una manada de lobos hambrientos, Hugo de Payens y sus compañeros cruzaban la Gran Calzada hasta la Cúpula de la Roca, bajo la cual, oculta entre penumbras, se hallaron una vez los establos del gran Salomón. Según la leyenda, Hugo y sus hermanos, el primer grupo de los Pobres Caballeros del Manto Blanco, habían encontrado tesoros más valiosos que el oro, la plata o los magníficos rubíes: reliquias, ¡artefactos de la época de Cristo! La corona de espinas que había mortificado la cabeza sagrada, los clavos que atravesaron sus pies y manos, el sudario en el que se envolvió su cuerpo y la sábana que cubrió el

rostro del Salvador, en la que quedó milagrosamente impresa su silueta.

—¡Señor!

Los ujieres mantenían ahora sujeto a Mayele. El hombre que estaba al mando hizo señas a De Payens para que los siguiera.

Bajaron unos empinados escalones hacía un oscuro y frío pasillo abovedado. Apeataba a aceite y brea; las paredes a ambos lados resplandecían, como si estuviesen caladas de agua. Se abrió una puerta que daba paso a una mazmorra y empujaron a su interior a De Payens y a Mayele, que cayeron sobre unos jergones cubiertos de paja.

—¿Cuándo —preguntó De Payens— acabará esto?

—Pronto —Mayele gateó, cogió una lámpara y la dejó entre los dos.

—¿Y por qué? —preguntó De Payens—. ¿Por qué habrán asesinado al conde Raimundo?

—Los rumores recorren las calles como los ratones en un granero de heno —murmuró Mayele—. ¿Qué era el conde sino otro gran señor en busca de territorios, dividiendo Ultramar como si fuera una hogaza de pan? Una riña de barones —Mayele se rio de su propio chiste—. Señores orondos respaldados por sus aún más abultados sacerdotes.

—Pero, ¿quién le mató, y por qué?

—Dicen que los fumadores de hachís, los *hassassins*, un culto secreto del islam bajo el mando de su maestre, el Viejo de la Montaña. Son odiados por los francos y aborrecidos por los turcos. Los rumores los señalan como responsables. Ellos y sus líderes viven en las montañas, entre los nidos de las águilas, extendiendo la muerte. Vamos, Edmundo —la voz de Mayele se transformó en un susurro—, seguro que has escuchado las leyendas. Dicen que cuando el Viejo sale de su morada, le precede un heraldo que porta una enorme hacha danesa, con una empuñadura forrada de plata de la que cuelgan varios nudos trenzados. Mientras avanza, el heraldo proclama: «Abrid paso ante aquel que tiene en sus manos el destino de los reyes».

La voz de Mayele palpitó entre las sombras, inquietando aún más a De Payens.

—Pero, ¿por qué al conde Raimundo? ¿Por qué querrían matarle los *hassassins*?

—Sabe Dios.

—¿Y por qué nos mandaron venir desde Chastel Blanc para escoltarle?

—Solo Dios y nuestro gran maestre lo saben, Edmundo. Llevamos un año apartados de Jerusalén, encerrados en la fortaleza de El Líbano.

—Tú no —replicó De Payens, revolviéndose sobre el incómodo catre—. Has servido de mensajero entre Chastel Blanc, Jerusalén y otros destinos —se quedó callado ante el penetrante sonido de un cuerno, seguido del distante tañer de campanas, que marcaban la hora de la relajación para la hermandad.

—El tiempo pasa de puntillas —murmuró Mayele—, como un ladrón. A la luz del día, Edmundo, todo saldrá al descubierto. Sí, yo era un mensajero templario. He recogido todos los chismes y habladurías de los hermanos, separando la paja del trigo. ¿Conocías a Walkyn, uno de nuestros hermanos, un inglés?

De Payens sacudió la cabeza.

—¡Expulsado de la orden!

—¿Con qué cargos?

—Algunos hablan de brujería, de que tuvo escarceos con la magia negra, de que conjuraba a los demonios del ángel oscuro. No conozco toda la verdad. Los rumores aseguran que le arrestaron, le juzgaron en secreto y le declararon culpable. Supuestamente, debían mandarle encadenado de vuelta a Inglaterra. Otro inglés, Ricardo Berrington, recibió la orden de escoltarle. ¿Conoces a Berrington?

Edmundo sacudió de nuevo la cabeza.

—En cualquier caso —suspiró Mayele—, puede que Walkyn haya escapado. Berrington ha desaparecido del mapa, o eso dicen las habladurías.

—Quizá el gran maestro quiera que nosotros hagamos lo mismo.

Mayele rio y sacudió la cabeza.

—No, hermano, no es eso.

—¿Qué ocurrió? —De Payens volvió a hacer la pregunta que le tenía intrigado—. ¿Qué pasó en realidad en Trípoli? ¿Por qué estábamos allí? ¿Por qué mataron al conde Raimundo?

Mayele no respondió. Se escuchó el eco de unos pasos acercándose por el pasillo. Se descorrió el pestillo de la puerta y esta se abrió de par en par. Tras ella, un guardián les hizo señas para que se pusieran en pie y le siguieran.

Bernardo Tremelay aguardaba en su cámara octogonal de la casa templaria, una amplia habitación decorada con tapices de tonos brillantes. El primero de ellos describía la caída de Jerusalén, unos cincuenta años atrás. El segundo representaba la historia de los templarios, desde su fundación hasta la época bajo el auspicio de Bernardo de Claraval. El tercero describía la aceptación de la orden por el papado y la emisión del decreto *Milites Dei et Militiae Dei*, «Soldados de Dios, ejército de Dios». Aparecía el papa, flanqueado por san Pedro y san Pablo, con el título del decreto que sometía completamente a los templarios a la autoridad papal inscrito sobre una lengua de plata que salía de su boca.

Tremelay permanecía sentado bajo esas preciosas telas, tras un amplio escritorio de madera de canela pulida. En la esquina opuesta, dos escribientes copiaban documentos, mientras un tercero derramaba gotas de cera caliente sobre los manuscritos para estampar el sello de los templarios, que representaba a dos caballeros pobres que compartían el mismo caballo, sugiriendo así la idea de camaradería y humildad. Se adivinaba poco de tales virtudes en el rostro colérico y enrojecido del gran maestro, o en sus lujosos aposentos, con sus muebles opulentos, sus alfombras de lana y sus cirios de cera de abeja. Tremelay se reclinó sobre el respaldo de la silla y apuntó con el dedo a De Payens y a Mayele.

—Seréis readmitidos en nuestras filas mañana, en la sala de capitulaciones. Y como preparación para tal evento...

Alzó la mano y chasqueó los dedos. Uno de los guardias recogió dos capas de una

percha de la pared y se acercó apresuradamente. De Payens y Mayele las recogieron y se sentaron en los taburetes que habían dispuesto para ellos.

—Como preparación para el evento —repitió Tremelay—, leeréis el libro del gran Bernardo, *De Laude Novae Militiae, Elogio a la nueva caballería*.

—Ya lo he leído —replicó Mayele.

—Pues lo leerás de nuevo.

—Dómine —De Payens eligió las palabras cuidadosamente—, ¿qué ocurrió en Trípoli?

—El conde Raimundo murió a manos de los *hassassins*, los nizaríes, herejes islámicos que acechan a sus víctimas bajo el mando del que llaman su príncipe, el Viejo de la Montaña. ¿Y por qué? —Tremelay hizo una mueca—. El conde asaltó un caravasar que estaba bajo su protección —miró intensamente a De Payens; sus ojos azules refulgían vidriosos, y su barba rojiza oscilaba en su barbilla temblorosa, como si se estuviera preparando para rebatir cualquier objeción.

«Estás mintiendo», concluyó rápidamente De Payens para sus adentros. «Todo esto son bravatas, pero ¿por qué?».

—Y lo que es más importante —continuó Tremelay, desviando la mirada—, el conde Raimundo se encontraba bajo la protección del Temple. Debe someterse a investigación al Viejo de la Montaña; debe rendir cuentas, aceptar el poder del Temple. Vosotros dirigiréis una delegación hacia las montañas —acalló con la mano el intento de objetar de De Payens—. Os llevaréis seis ujieres y un clérigo. Demandaréis de él una disculpa y una compensación.

—¿Y qué ocurrirá —gruñó Mayele— si devuelve nuestras cabezas desolladas y reseca en una cesta?

—No hará tal cosa —replicó Tremelay en tono tranquilizador—. Ya he recibido garantías tuyas por escrito. Se os recibirá honorablemente.

—¿Ha negado la acusación? —preguntó De Payens.

—No niega nada, no ofrece nada.

—Los asesinos —insistió Mayele—. ¿Encontraron sus cuerpos?

—No —Tremelay sacudió la cabeza—. En aquel baño de sangre se cortaron cabezas y miembros, se despedazaron muchos cuerpos —el gran maestro se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué se ha culpado a los *hassassins*? —insistió De Payens.

—Nizaríes —interrumpió Mayele—. Ese es su auténtico nombre. ¡Herejes!

—Son verdugos, sayones, merodeadores —replicó De Payens—. Sin embargo, ¿qué prueba tenemos de que fueron realmente ellos?

—Es cierto, no se encontraron sus cuerpos —respondió Tremelay—, pero sí uno de sus medallones. Una pieza que suelen dejar sobre los cuerpos de sus víctimas.

Le hizo un gesto al clérigo, que mostró un círculo de cobre, de unos quince centímetros de diámetro, con el contorno repleto de símbolos de fuerza y una víbora en posición de ataque en el centro. De Payens y Mayele la estudiaron unos instantes y

se la devolvieron al clérigo, que les mostró a cambio dos largas dagas curvadas, con las empuñaduras de marfil decoradas con cintas de color rojo sangre. De Payens recordó haber visto cuchillos similares en manos de aquellos asesinos de túnicas marrones que se abalanzaron sobre el conde.

—También se encontraron allí —rugió Tremelay—. Es prueba suficiente, al menos por el momento. Ahora... —hizo una pausa—. He dicho que vais a viajar con seis ujieres y un clérigo. El último se ha ofrecido voluntario.

Chasqueó los dedos y susurró unas palabras a uno de los guardias, que salió de la sala apresuradamente para volver junto a una figura vestida con la toga oscura de los ujieres de la orden. El extraño se mantuvo oculto en las sombras, tras el pupitre del gran maestro. De Payens tuvo que mirar fijamente para dar forma a una silueta y un rostro que le resultaban familiares.

—Creo que ya os conocéis.

Tremelay hizo un gesto para que aquel hombre se adelantara hacia la luz. De Payens se sobresaltó al reconocerlo. Se trataba del médico que había tratado de apuñalarle en la iglesia, tras la masacre. Los oscuros cabellos, bigote y barba de aquel hombre aparecían ahora escrupulosamente recortados, su tez morena aceitada, sus ojos profundos más sosegados y su rostro, desprovisto de la máscara violenta que había observado De Payens. El recién llegado hizo una reverencia y extendió sus manos.

—Thierry Parmenio, señores —murmuró—. Médico, trotamundos, perpetuo peregrino.

—A quien debería haber colgado de una soga —bramó Tremelay, aunque con un tono sorprendentemente afable, como el de un hombre que hubiera bebido algo más de la cuenta. De Payens observó la copa de cristal a prueba de envenenamiento, colmada de vino, sobre la pila de manuscritos enrollados que abarrotaban el escritorio.

El invitado del gran maestro se adelantó con la mano extendida. De Payens se levantó y la tomó en señal de saludo.

—Mis disculpas, domine, mis disculpas —el apretón de manos de Parmenio fue cálido y fuerte—. Dejadme que me explique.

Se apoyó sobre el escritorio del gran maestro y se giró hacia Mayele, que se levantó, mirando de soslayo al recién llegado; entonces, se encogió de hombros y le tomó la mano extendida. Parmenio suspiró profundamente e hizo un gesto hacia De Payens.

—Me encontraba en Trípoli porque debía estar allí —comenzó a relatar—. Asuntos con el rey Balduino. Yo soy, señores, médico y clérigo, formado en la escuela catedralicia de Génova y, más tarde, un ávido estudioso en Salerno. Siento la mayor de las aversiones hacia la violencia. He sido testigo de los horrores y las tropelías cometidas por los mercenarios del conde Raimundo. Pensé que vos, Edmundo, erais uno de ellos.

—¿Vistiendo el atuendo templario? —dijo Mayele con sorna.

—En mi conmoción, no caí en la cuenta de ello —Parmenio respondió con mucho tacto, mirando aún con ojos sonrientes a De Payens—. No es más que otro asesino, pensé. No reconocí quién erais realmente hasta más tarde, y fui consciente de lo que habíais hecho y del gran pecado que había estado a punto de cometer. Me apresuré a confesarme ante el gran maestro, que me absolvió y me dio el perdón. Me ofrecí para cumplir penitencia, para rectificar lo que había hecho. Así que —volvió a extender los brazos con las manos abiertas—, durante un tiempo, he estado llevando las vestimentas de un ujier de vuestra orden y cabalgaré con vos hasta las montañas.

—¿Por qué, señor? —preguntó De Payens.

Parmenio sonrió abiertamente.

—Me miráis como si de mi cuello colgara una guirnalda de dedos de cadáveres. No soy un bribón, ni un pordiosero de los caminos, sino un hombre de cultura dispuesto a extender algo de bálsamo sobre una herida...

De Payens abandonó los aposentos del gran maestro desconcertado y sobresaltado. Mayele le dio una palmada en la espalda y describió sonriente a Parmenio como a un genovés charlatán y pretencioso. De Payens sacudió la cabeza, pero Mayele se limitó a mofarse, añadiendo que había poco que pudieran cambiar de esta situación. El gran maestro había declarado que debían partir en dos días, así que había muchos preparativos por hacer. Fueron juntos a la pañería a recoger telas nuevas, capas, cotas de malla, utensilios de cocina, cazos para beber y todo el material que pudieran necesitar para realizar el viaje. Oficiales del *scriptorium*, la cancillería y el registro de la propiedad proporcionaron multitud de mapas y manuscritos. Los mozos de cuadra y los palafreneros prepararon las piezas de ganado más robustas y los ponis que iban a necesitar. Los seis ujieres ya habían sido seleccionados a dedo por el gran maestro: provenzales enjutos y fuertes, hoscos aunque diestros. De Payens comprendió que debía lealtad únicamente a Tremelay, y no a los templarios que escoltaban. Parmenio se unió a ellos, siempre afable, fuente inagotable de historias divertidas, anécdotas y fábulas, relatos de antiguos viajes, de las maravillas que había presenciado y de la gente que había conocido. Mayele se mantenía cauteloso con él, mientras De Payens, aún intrigado por lo que había sucedido realmente en Trípoli, aprovechó una oportunidad para escapar de sus compañeros y visitar al anciano inglés, Guillermo Trussel.

Al honorable veterano le habían asignado una cámara espaciosa, con vistas al empedrado del templo. Sus grandes ventanas abiertas proporcionaban una impresionante panorámica de la ciudad y del Monte de los Olivos. La reluciente madera de cedro pulida, empleada en el suelo y los muebles, despedía una agradable fragancia. Bellos tapices decoraban las paredes; extensas alfombras bordadas cubrían los suelos. El techo era cóncavo y de su centro colgaba una rueda catalina, cuyo contorno rodeaban numerosas lámparas; esta podía descenderse, y las mechas se encendían cuando caía la tarde. Sobre unos enormes arcones planos se apoyaban

varios cuencos repletos de frutas: naranjas, higos y manzanas. En las esquinas había cestas colmadas de flores frescas, jaras, campanillas y malvarrosas. Su agradable fragancia se mezclaba con el suave aroma de los bálsamos de casia y mirra que contenían unos pequeños saquitos, situados en pequeñas rendijas de las paredes. El lanudo gato atigrado de Trussel, *Tortosa*, descansaba desparramado como un emperador sobre un taburete. Trussel estaba sentado en una silla de respaldo alto, hojeando un leccionario situado estratégicamente para recibir la luz que se colaba por la gran ventana abierta que había tras él.

El anciano inglés se puso en pie cuando entró De Payens. Era un hombre alto y de facciones angulosas, con los hombros encorvados y los largos brazos de un experimentado espadachín de larga trayectoria. Su cabello gris enmarañado caía sobre los hombros; su rostro recordaba a De Payens el color del manuscrito manoseado. Tomó la mano de De Payens y le condujo remilgadamente hasta un taburete que había junto a su silla. Mientras intercambiaban cumplidos, De Payens estudió secretamente a su anfitrión. Trussel era un veterano que contaba con el favor de la orden, un héroe que había asaltado las murallas de Jerusalén, avanzando entre las filas de los avezados soldados egipcios que constituían la principal defensa de la ciudad. Se abrió paso entre ellos, decapitando a las brujas que el gobernador egipcio había dispuesto en la retaguardia: malignas hechiceras con el rostro deformado por el odio que escupían maldiciones por sus hediondas bocas. En sus días de juventud, Trussel había conocido a todos los héroes de la orden: Hugo de Payens, Geofredo de San Omer, Leonor de Payens y su imponente marido, Teodoro el Griego. Fueron Teodoro y Leonor los que criaron a Edmundo quien, desde que guardaba memoria, había visitado periódicamente a Trussel, que le había rellenado la mente con todas las ilustres y nobles gestas del Temple. Sin embargo, aquel hombre se había debilitado; su antaño poderosa figura acusaba ahora el azote de fiebres y úlceras que jamás cicatrizaron. A veces su mente divagaba; sus ojos asumían una apariencia vidriosa y su rostro descolgaba con flacidez, pero aún parecía mantenerse bastante alerta y activo. Señaló hacia el manuscrito que estaba leyendo.

—Fulquerio de Chartres, su descripción de la expedición a Jerusalén. Muy bien, Edmundo —recobró la compostura, enrolló el manuscrito y miró tímidamente a De Payens—. Siento mucho lo que he oído sobre lo que ocurrió en Trípoli. Cómo te echaron la culpa de aquello. Tremelay es un estúpido, arrogante y taimado...

Iba a continuar, pero se golpeó el pecho.

—*Mea culpa*, he pecado. No debería hablar así de nuestro gran maestro. Edmundo, ¿me denunciarás en la sala capitular?

De Payens se acercó y rodeó gentilmente el rostro del anciano con sus manos.

—Maestro, dómine, agradezco mucho vuestra amable intervención, pero estoy confundido. ¿Por qué asesinaron a Raimundo de Trípoli? ¿Qué está ocurriendo aquí, en la orden? Debéis de haber oído también que nos envían a Felipe Mayele y a mí a reunimos con el Viejo de la Montaña.

Trussel asintió con la cabeza; su rostro se entristeció de repente. Posó su nervuda mano sobre el manuscrito y desvió la mirada hacia uno de los tapices.

—Tengo visiones, ya lo sabes. En la oscuridad de la noche, aparecen los sueños. Los barcos zarpan hacia occidente —su voz se convirtió en un susurro—, con sus hinchidas velas negras y sus mástiles encorvados frente a los impetuosos vientos que los conducen rápidamente hacia la inmensidad. Llegará, Edmundo, la venganza: Jerusalén sitiada. La cruz se marchará, y las visiones de los *cruciferi* no serán más que sueños de los jinetes de las sombras —levantó una mano para aplacar la exclamación aterrada de De Payens—. Sueño —continuó— que a lo largo de los caminos que conducen al oeste resuenan los cascotes de los caballos, extendiendo su sombrío mensaje por los aletargados campos, dorados por el otoño —alzó la vista—. Se agruparán en los cruces de caminos, ante los portones de las catedrales y las portezuelas de madera de las capillas de aldeas y poblados. Se congregarán bajo la exigua luz de las tabernas, o ante el fuego de las chimeneas de los castillos, saturando la fría oscuridad con quejidos y lamentos por nuestros estúpidos pecados de orgullo y avaricia. Escucha, Edmundo: los estandartes del anticristo volverán a ser izados, los blasones de Satán ondearán sobre esta ciudad, consagrada antaño por la presencia de Cristo y santificada con su propia sangre. Se acerca una tormenta que no se aplacará con plegarias y encendidos sermones —continuó, con una sonrisa amarga en los labios—. Estoy escribiendo mi propia crónica sobre la vida aquí, en Ultramar. Hemos ganado la tierra, tomado la ciudad, pero mira a tu alrededor. Nuestro rey, Balduino III, está siendo blanco de conspiraciones. Los grandes señores dividen Tierra Santa en condados, ciudades y distritos. Se emplean en riñas y disputas, mientras una gran amenaza se cierne sobre ellos. La realidad no es distinta en la casa del Temple. Tremelay es ambicioso e inflexible, aunque no posee el don de la clarividencia. Nuestras raíces están aquí, pero estas se extienden hasta Francia, Borgoña y Renania. Tremelay quiere más. Ha hablado de enviar emisarios a Inglaterra para intervenir en la guerra civil entre el rey Esteban y su primo Enrique Fitzempres, el Angevino. Quiere extender raíces hasta allí, ocupar un lugar junto a la corona —Trussel hizo una pausa, pestañeó y se secó un hilo de saliva entre los labios—. *Omnia mutanda*, las cosas deben cambiar. Mírame, Edmundo. Una vez tuve que comer cabezas de rata a las puertas de Antioquía, antes de que Bohemundo consiguiera tomarla al asalto. Comí ratas y mastiqué el cuero de correas y arreos. Ahora, cada día me proporcionan tres tipos de sopas en honor de, la Trinidad.

—¿Y Trípoli? —preguntó De Payens.

Trussel sacudió la cabeza.

—Algo no concuerda —murmuró—. Solo Dios sabe por qué estabais allí. Yo no lo sé, Edmundo, te lo aseguro —hizo una pausa—. Hay fuerzas siniestras que amenazan nuestra orden.

—¿Maestro?

—Aquí, en la casa del Temple de Jerusalén, se habla de que Enrique Walkyn, uno

de los nuestros, ha sido arrestado y expulsado —miró nerviosamente a su alrededor y por encima del hombro de De Payens, como buscando a alguien que pudiera estar escuchando a escondidas—. ¡Brujería y hechicería! —susurró.

—¡Tonterías! —murmuró De Payens.

—No creas, no lo son tanto —replicó Trussel, acercándose más a él—. Hemos hallado reliquias aquí. Aún se mantienen ocultas. Además, existe el conocimiento secreto. Durante cincuenta años, nuestra orden se ha relacionado con místicos del islam y ha estudiado la Cábala de los judíos. Todos los secretos del reino se esconden aquí. Tú opinas que son tonterías, y yo estoy de acuerdo, pero tras esas murallas acecha Satán. ¡Sí, el mismo Satán! —Trussel se mantenía alerta, inclinándose mientras recitaba—. «Sus cejas están pobladas, su rostro ovalado, tiene ojos de búho y el hocico de un gato, sus fauces de lobo se abren amenazantes, mostrando unos enormes colmillos de jabalí, sanguinolentos y afilados». Un relato para niños, Edmundo, pero Satán sigue merodeando por aquí, al igual que por los páramos desiertos. Desde luego que sí, yo le he visto —sus dedos se alzaron hasta los labios—: una pequeña silueta negra, aferrada a la cresta del acantilado. Se escabulle como un insecto; sus ojos brillan con un resplandor verde a la luz del día, hurgando como un gusano en los corazones de los hombres.

—¡Maestro, maestro, por favor!

De Payens se mordió el labio. ¿Estaría Trussel perdiendo su juicio, confundido por los sueños?

—Mira a tu alrededor, Edmundo —dijo Trussel, mirándole a los ojos—. Nuestras filas se alimentan de nuevos reclutas, que vienen de tan lejos, al este como Iberia y al norte, de los páramos helados de Noruega y Suecia. Nosotros, los templarios, somos tan poderosos como los benedictinos o los cistercienses. Estamos bajo la autoridad directa del papa. Nuestro es el corazón del Templo, los castillos de Acre, Giza y Chastel Blanc. Poseemos los grandes tesoros de nuestra fe, aunque muchos de los nuestros quieren más; y, precisamente por eso, ¿estamos considerando realmente a quiénes estamos admitiendo en nuestras filas? Hombres que han asesinado, cometido sacrilegios atroces; hombres que buscan asilo, considerados peor que las alimañas en sus propios países. Tremelay tiene mucho por lo que responder. Es tan codicioso...

—¿Y aquí en Jerusalén? —De Payens trataba desesperadamente de devolver la conversación al objeto de su interés.

—Tremelay recoge lo que ha sembrado. Dicen las habladurías que se organizan asambleas, fraternidades secretas dentro de la hermandad con una u otra finalidad, aunque podrían no ser más que chismes de taberna. Nos encontramos bajo asedio, y las torres del infierno, abarrotadas de nuestros enemigos, se acercan cada vez más —Trussel cerró el puño con fuerza—. ¡Algunas almas oscuras se han infiltrado ya en nuestra orden!

—Maestro, ¿qué queréis decir?

—¿Has oído que han expulsado de la orden a Walkyn bajo la sospecha de

brujería?

—Sí, Mayele me lo susurró al oído.

—¡Ah, Mayele! —Trussel esbozó una sonrisa cínica, hizo una pausa y miró a su alrededor, como si sintiera una brisa fría desde la ventana que tenía a su espalda. Se giró y posó la mano sobre la rodilla de Edmundo—. ¡Escucha! —dijo, enjugándose los labios—. Se han encontrado cadáveres en los alrededores del Templo, y en el exterior, en el valle de Hinom. También se han hallado entre los árboles del Monte de los Olivos. Mujeres jóvenes, con sus cuerpos brutalmente destrozados y desangrados. Ahora, nuestra denominada Ciudad Santa está repleta de obscenidad, y allí se reúnen carroñeros provenientes de todos los confines del mar Medio. Las brujas y hechiceros abundan aquí como las pulgas en un perro. La mayoría de ellos son charlatanes y embaucadores, que se ceban con los miedos de la gente. Sin embargo, hay un personaje, de nombre Ericto, que es una auténtica adoradora del demonio, una bruja cuya mera respiración contamina el aire. Una hechicera de la que se cuidarían incluso las víboras de las rocas —Trussel se frotó la boca con el dorso de la mano—. Ericto es responsable de multitud de crímenes. Se la ha acusado de disecar cadáveres, de extraer las uñas de las manos muertas, de encaramarse a los cuerpos de los ahorcados y de arrancarles a bocados sus lenguas hinchadas. Y lo que es peor, se la ha acusado de estar involucrada en esos asesinatos, pues precisa de sangre humana para sus sacrificios —Trussel hizo una pausa—. Edmundo, ¿crees que estoy perdiendo el juicio? Te relataré la historia al completo, y así podrás entender mi angustia. En Jerusalén abundan los magos y hechiceros, pero hay serias y bien fundadas sospechas de que los adoradores del demonio pululan también por el Templo —alzó una mano para contener la réplica de De Payens—. ¡Es cierto! Nuestro gran maestro y algunos de nuestros líderes lo saben. Se han elevado protestas por parte del gobernador de la ciudad y del patriarca de Jerusalén contra estas sucias prácticas. Exigen que algo debe hacerse para combatirlos. Por otra parte, ¿conoces a los dos ingleses, Walkyn y Ricardo Berrington?

—No, pero Mayele ha mencionado sus nombres.

—Desde luego, seguro que lo ha hecho —Trussel se enjugó los labios—. Walkyn se ganó la reputación de ser un visitante asiduo de prostíbulos y casas de lenocinio. Parece ser que encontraba grandes dificultades para mantener su voto de castidad. Aquí, Edmundo, tienes un claro ejemplo del tipo de hombres que estamos reclutando últimamente. Sospecho que Walkyn no rendía mayor fidelidad a sus votos que *Tortosa*, mi gata callejera. Ahora bien, lo que preocupaba a nuestro maestro eran los informes de su legión de espías, que aseguraban haber visto a Ericto colarse en el recinto del Templo. Según estos informes, viste como una bruja, lleva peluca y la cara pintada y va envuelta en una capa confeccionada con plumas de cuervo. Tremelay no tenía otra opción que mantener su casa bajo estricta vigilancia. Las expediciones nocturnas de Walkyn para visitar a las damas de la ciudad eran conocidas, pero se alzaron contra él nuevas acusaciones de participar en cultos demoníacos. No conozco

los detalles, pero sé que arrestaron a Walkyn y que inspeccionaron sus aposentos. Se encontraron pruebas de que podía estar involucrado en las mismas actividades que Ericto —Trussel suspiró profundamente—. Ya sabes cómo funciona el Temple, Edmundo. Se realizó una investigación secreta. Encontraron culpable a Walkyn, pero Tremelay no quería que recibiera su castigo aquí, en Jerusalén. Prefirió recurrir a un experimentado caballero inglés, Ricardo Berrington. La misión de Berrington, acompañado por dos ujieres, era conducir a Walkyn de vuelta a Inglaterra, donde se sometería a un interrogatorio exhaustivo y sería encarcelado de por vida, o incluso ejecutado. Todo se mantuvo en secreto. Hace pocas semanas, Berrington y los dos ujieres salieron de la ciudad con el reo encadenado. Tremelay también convocó al maestre inglés de Londres, Bueso Baiocis, para que respondiera a ciertas preguntas. Tremelay no hace nada a derechas —Trussel se frotó el rostro—. Quizá debería haber proporcionado una escolta más numerosa, pero el caso es que Walkyn consiguió fugarse.

—¿Pero cómo?

Trussel sacudió la cabeza.

—No lo sabemos, pero puede que haya huido a Trípoli.

—¡Oh, no! —exclamó Edmundo—. ¿Habrás tenido algo que ver un malhechor como Walkyn en lo que ocurrió allí?

—Dicen las habladurías que es posible que los *hassassins* no tengan nada que ver en aquello, pero sí un templario corrupto, lo cual explica el tremendo interés que muestra Tremelay en investigar a los *hassassins*. Quiere desviar sobre ellos la culpa de la muerte del conde Raimundo. Aunque, a decir verdad, no tenemos pruebas de lo que ocurrió en realidad, o de quién puede ser responsable de aquellos hechos. ¿Walkyn? ¿El Viejo de la Montaña? ¿O fue cualquier otro grupo del que no tenemos aún constancia? Nuestros espías en Trípoli también informan de que el asesinato del conde Raimundo puede ser simplemente una excusa para el posterior saqueo de la ciudad. Los resultados de nuestras pesquisas están llegando ya —añadió, extendiendo las manos—. Parece ser que las casas de ciertos mercaderes fueron saqueadas muy poco después de la muerte del conde. Pero, en honor a la verdad, si quieres saber lo que ocurrió realmente en Trípoli, no puedo asegurarte nada.

—¿Y ese tal Berrington?

—Tremelay está profundamente preocupado. Berrington era un caballero sobresaliente, un hombre de buena reputación. Llegó hasta aquí y se unió a la orden, trayéndose consigo a su hermosa hermana, *lady* Isabela. Se aloja en el convento benedictino, junto a la puerta de Herodes. Berrington parece haber desaparecido. Tremelay cree que él y los dos ujieres perecieron asesinados a manos de Walkyn, con la ayuda de sus siniestros aliados. No ha quedado señal de él, no nos ha llegado ningún informe. —¿Y Ericto?

—Sí, ¡nuestra malvada bruja! Aparentemente, ha desaparecido de la faz de la Tierra. Tremelay alberga una gran preocupación en su interior aunque, al mismo

tiempo, se siente hasta cierto punto aliviado. Lo que es más importante, los horribles asesinatos han cesado. Tremelay está enviando a sus espías y a su ejército de informadores para que traten de descubrir el paradero de Walkyn, y para desvelar qué ha podido ocurrir con Berrington.

—¿Y vos, Guillermo, qué creéis?

—Ojalá pudiera decírtelo, Edmundo. Algunos afirman que el conde se había puesto muy nervioso, que había escuchado rumores sobre alguna nefaria conspiración que se estaba fraguando en la ciudad, y que había decidido solicitar la protección del Temple.

—¿Y lo hizo?

Los ojos de Trussel evitaron a los de Edmundo.

—No lo sé —refunfuñó el anciano inglés—. Ahora me encuentro en el ocaso de mi vida, aguardando el desenlace final. Ya no conozco la verdad de casi nada. «*Nihil manet sub solé*», dice el salmo, «Nada perdura bajo el sol», y —añadió con un susurro—. «*Dixi in excessu omnes mendaces*». «He dicho en mi enojo que todos los hombres son mentirosos» —se estiró y tomó las manos de Edmundo—. Pero basta ya de rumores. Tremelay el bravucón es consciente ahora de que lo que ocurrió en Trípoli es un completo misterio. Nadie sabe por qué dieron muerte al conde Raimundo de manera tan ruin. Después de todo, no deberías ser demasiado duro con Tremelay. Te eligió para Trípoli porque te respeta. Eres un De Payens, un símbolo de honor y respeto para Raimundo.

—¿Y Mayele? ¿Qué sabéis de él?

Trussel esbozó una débil sonrisa.

—Muy poco, pero Tremelay ha depositado grandes esperanzas en ti, Edmundo. El bendito Hugo viajó hasta Inglaterra para establecer allí el Temple, un mero punto de apoyo. Tremelay desea trabajar más en ello. Él y su consejo están considerando enviarte a Inglaterra, aunque el país se esté desmembrando en estos momentos. El rey Enrique I murió sin dejar descendiente varón; su hija, la emperatriz Matilde, reclamó el trono y fue desafiada por su primo, Esteban de Blois. Por su parte, él también debe hacer frente a la oposición del hijo de Matilde, Enrique Fitzempres, o Enrique el Angevino, como suelen llamarle. En aquella isla resuena ahora el entrecocar de las espadas, y así ha sido —añadió— durante los últimos dieciocho años —se reclinó en su silla, frotándose la mano sin dejar de mirar a Edmundo—. Que Dios esté siempre contigo. Ya he hablado demasiado.

De Payens se despidió cortésmente y abandonó los aposentos. Recorrió el pasillo y bajó las escaleras, tan absorto en sus pensamientos que se sobresaltó cuando una mano se posó sobre su brazo. Se volvió con rapidez para observar a una bella dama que le miraba fijamente. Era una mujer de mediana estatura, ataviada con la vestimenta azul de una novicia benedictina y un griñón blanco sobre el rostro. Llevaba entre sus dedos un rosario de cuentas de marfil.

—Mi señora —De Payens retrocedió e hizo una reverencia.

—Siento mucho haberos sobresaltado, pero quiero...

—Mí señora, no es necesario que os disculpéis —De Payens se quedó prendado de la belleza de la mujer, de su hermosa piel y sus ojos azul violeta. ¿Se reía de él, bromeaba, o simplemente sonreía?

—Mi señora, ¿qué queréis de mí?

—Mi hermano, Ricardo Berrington, es un caballero de la orden. ¿Habéis oído hablar de él?

—Desde luego que sí, mí señora. Siento mucho vuestra triste pérdida. Sé que estaba escoltando a un prisionero, que escapó, y ahora vuestro hermano ha desaparecido. Quizá...

—Vivo para ese quizás, domine De Payens —se acercó un paso más a él.

El templario percibió su débil aroma, la fragancia de un exquisito perfume. Permaneció fascinado por ese rostro, por los delicados movimientos de la mujer mientras movía las cuentas de su rosario, por aquellos bellos ojos que escrutaban los suyos.

—Disculpadme, mi señor —apareció de nuevo esa sonrisa—, pero vengo a diario al Templo para ver si hay novedades sobre mi hermano. He oído que vos, en compañía de otro caballero, Felipe Mayele, vais a abandonar Jerusalén para cumplir una misión encomendada por el gran maestro. Me preguntaba si podríais manteneros alerta ante cualquier novedad sobre el paradero de mi hermano —se acercó aún más y tomó la mano de De Payens. Su piel era suave, delicada como la seda. Se puso de puntillas y le besó súbitamente en la mejilla; seguidamente retrocedió, cubriéndose los labios con la mano, como tapando una sonrisa—. Ese es el único pago que puedo ofreceros, templario, pero, por favor, ¡recordad Ricardo Berrington! Cualquier cosa que escuchéis o descubráis. Estoy convencida de que mi hermano sigue vivo.

De Payens asintió con la cabeza. Alargó la mano y tomó la suya, besándole la yema de los dedos.

—Mi señora, será un placer. Haré todo lo que pueda —retrocedió, hizo una reverencia y se retiró.

CAPÍTULO 3



Ni cristianos ni turcos conocen de dónde
procede su nombre, *hassassins*.

Edmundo de Payens, Felipe Mayele, Thierry Parmenio y sus seis ujieres abandonaron el recinto del Templo a la mañana siguiente. Todos habían visitado el banquillo del confesionario ante la Piedad, en la capilla de la Señora. Cada uno de ellos se había postrado de rodillas en el reclinatorio y había fijado sus ojos en la talla del rostro muerto de su Salvador torturado, tras bajar su cuerpo de la cruz, inerte sobre el regazo de su apenada madre. De Payens había susurrado su letanía de pequeñas ofensas, incluyendo sus pensamientos secretos acerca de Isabela Berrington. Recibió la absolución y se trasladó hasta la entrada de la iglesia, donde encendió unas velas ante un cuadro de san Cristóbal, un poderoso protector contra la muerte repentina y violenta. Los otros le imitaron y, poco después, se acercó hasta ellos Tremelay, que portaba una talega sellada con cartas dirigidas al cabecilla de los *hassassins*, refugiado en su guarida en las montañas de Hedad, al este del castillo templario de Chastel Blanc. Se entregaron mapas y croquis a Parmenio, que actuaría como su guía e intérprete. Acto seguido comenzó la misa; el pan sagrado se distribuyó entre ellos, celebraron la eucaristía y se dieron fraternalmente la paz. Seguidamente, se reunieron en la Gran Calzada. El sol de la tarde aún caía con fuerza sobre los edificios del Templo. Tremelay, sus oficiales y sus senescales repartieron sus bendiciones. De Payens y sus compañeros montaron sus cabalgaduras y recibieron la bandera templaria blanca y negra, que sería su estandarte oficial durante la misión. Sobre ellos resopló un cuerno de guerra, seguido del estremecedor sonido de trompetas desde las murallas del patio interior. De Payens bajó el estandarte tres veces en honor de la Trinidad y abandonaron el recinto del Templo a través de la puerta Hermosa, que conducía hacia el interior de la ciudad.

De Payens estaba algo inquieto, con el recuerdo del salvaje ataque de Trípoli aún fresco en su cabeza. Siempre se mostraba sorprendido por los contrastes de Jerusalén. Se suponía que la ciudad debía ser un lugar para la oración, aunque era una idea difícil de imaginar mientras cabalgaba junto a sus compañeros, desde la luz del sol hacia la penumbra de los callejones estrechos y mugrientos, adentrándose en bazares iluminados con la pobre luz de los candiles que despedían vapores pestilentes. La claridad del sol se colaba entre las rasgaduras de las telas que cubrían los techos planos de los comercios. Ocasionalmente, se acercaban a un cruce de calles soleado, pero volvían a introducirse inmediatamente en la oscuridad, soportando el hedor de los excrementos, de vapores de comida, de ropas mohosas y cuerpos sudorosos, y la insoportable fetidez del aceite barato recalentado una y otra vez. Las paredes a ambos lados rezumaban humedad, como si exhalaran su propio sudor. Se oían voces, gritos, oraciones. Un sinfín de dialectos y lenguas variadas se entremezclaban entre el ruidoso caos de los mercados. La multitud se iba estrujando cada vez más según se iban adentrando en la ciudad, a lo largo del nudo de calles que desembocaban en la calzada que, a su vez, conducía a la puerta de Herodes, en la zona oeste de la ciudad.

De Payens recordó los oscuros pensamientos de Trussel acerca de lo que había sucedido en Jerusalén, una ciudad que ciertamente atraía a todos sin excepción.

De Payens tuvo ocasión de comprobarlo mientras guiaba a su caballo entre la multitud de armenios, orondos y adinerados; curtidos guerreros de los ásperos páramos bañados por el Jordán; desaliñados miembros de las tribus de las costas del mar Muerto, de mirada astuta; beduinos, árabes y cristianos, hostiles y alerta, mostrando en sus rostros las cicatrices de muchas batallas. De Payens también fijó su atención en la belleza de las mujeres: cristianas de hermosos cabellos y mejillas rosadas; griegas de tez morena, luciendo brillantes tatuajes por toda su piel; beduinas envueltas en negro, excepto una pequeña abertura alrededor de los ojos. Hombres y mujeres de todas las naciones y lenguas pululaban por Jerusalén, buscando fortuna o salvación, generalmente ambas. Las prostitutas engatusaban a sus clientes desde las ventanas abiertas de par en par. Los proxenetas y comerciantes de la carne ofrecían todo tipo de delicias secretas desde las sombras, a sus espaldas. Vendedores de reliquias, con el rostro enrojecido con una falsa excitación, anunciaban nuevos hallazgos. Cocineros y aprendices se abalanzaban desde detrás de sus puestos portando brochetas de carne asada, acompañada de vegetales y embadurnada en fuertes especias para enmascarar el sabor a podrido. Unos aguadores ofrecían copas de peltre repletas de agua milagrosa, procedente de la fuente de Siloam.

Nadie se atrevía a acercarse a los templarios. De Payens, que portaba el estandarte, no tuvo necesidad de abrirse paso. La mera visión de la insignia, junto a los caballeros ataviados con las túnicas de su orden, constituía una intimidación suficiente. Viajeros, mercachifles, proxenetas, prostitutas, eruditos que paseaban sin rumbo fijo, e incluso los escuálidos perros callejeros, se dispersaban por los oscuros huecos entre las casas o los estrechos callejones. De Payens oyó un extraño murmullo y alzó la vista. Había una mujer sobre el tejado de una casa. La luz del sol brillaba con fuerza tras ella, por lo que aparecía como una descarnada y oscura figura. Observó su enrevesada cabellera, los lúgubres jirones que llevaba en su atuendo, hinchados como plumas de cuervo. De Payens entrecerró los ojos, irguiéndose sobre su montura. Pudo entrever un rostro pintarrajeado de blanco, un collar de huesos y unas manos enguantadas. Las alzó como para entonar alguna oración demoníaca y el caballero se apresuró a tantear las cuentas del rosario que llevaba enredado en la empuñadura de su espada, pero cuando volvió a mirar, aquella horrible visión había desaparecido. ¿La bruja Ericto?, se preguntó. Seguramente no. Agarró las riendas de su caballo y miró a su alrededor. Mejor sería no pensar en ello, ¡al menos por ahora!

Abandonaron los deprimentes mercados y bazares y se introdujeron en la zona más opulenta de la ciudad, donde se sucedían las bellas mansiones tras puertas ornamentadas. Cruzaron pequeñas plazas adornadas con fuentes rebosantes de agua y rodeadas de frondosos sicomoros, terebintos y palmeras. Los pájaros trinaban desde sus doradas jaulas, colgadas de los pórticos de las casas, y el aire se cargaba de la dulce fragancia de cactus florecidos y otras plantas aromáticas. Al poco tiempo alcanzaron la puerta de Herodes, donde recibieron el saludo de los polvorientos centinelas, que los acompañaron hasta la Gran Calzada que conducía al norte, hacia

Ramala y Nablus. El calor de finales de enero no era tan opresivo allí como en la ciudad. La brisa arenosa traía incluso frescura en comparación con los olores acres de las calles. Durante un buen rato De Payens cabalgó en silencio, mirando hacia las lejanas colinas cubiertas de floreciente mandrágora mientras, a ambos lados del camino, resplandecían violetas y lirios amarillos.

El camino estaba repleto de viajeros y de caravanas de ponis y de camellos. Los mercachifles y comerciantes tiraban de carretillas y carros de mano, o guiaban pesados carromatos remolcados por bueyes. Grupos de soldados, cubiertos de polvo, arrastraban los pies con ritmo cansino. Los peregrinos se apiñaban en grupos, portando improvisados estandartes y sencillas cruces de madera. De vez en cuando, algún pordiosero importunaba pidiendo limosna. Los aldeanos con más iniciativa se apostaban bajo las hileras de árboles, ofreciendo a los caminantes bandejas de pan y vasos de agua o de zumo de frutas. Por encima de todos ellos planeaban los siempre vigilantes buitres y águilas, describiendo círculos en el aire, mientras las palomas, conscientes del peligro que se cernía sobre ellas, sobrevolaban ocasionalmente el camino, buscando velozmente refugio.

De Payens conocía la ruta. Seguirían el valle del Jordán, salpicado de olivares, donde los grillos entonaban su monótono himno, solo interrumpido por algún zorro rojo en su búsqueda diaria de alimañas y de algún pájaro incauto. Una vez lejos de la ciudad el camino se fue despejando paulatinamente, según avanzaban por la ruta que había trazado Parmenio, que parecía conocer cada recoveco de aquellos parajes. Al principio, la conversación surgía entre ellos con desgana, hasta que pasaron la primera noche de acampada en el cauce seco de un río. Desde la distancia resonaba el eco de truenos y el resplandor de rayos que rasgaban el cielo, pero la lluvia no llegaba hasta ellos. Los provenzales prepararon el campamento, recogiendo excrementos secos y cualquier resto vegetal que pudieran quemar. Pronto consiguieron encender una chispeante hoguera. Cocinaron carne, calentaron pan y los pellejos de vino comenzaron a circular entre ellos. De Payens entonó el benedícite y comenzaron a comer, comentando entre bocado y bocado historias sobre el desierto y sus siniestras y fantasmales leyendas. Naturalmente, en aquella tarde y en las sucesivas la conversación giró en torno a las habladurías relacionadas con los recientes sucesos de Jerusalén. Uno de los provenzales relató una historia sobre brujas que preparaban pociones con espuma de perros enrabiados, jorobas de hienas devoradoras de hombres y ojos de águila, pero De Payens no consiguió saber mucho más sobre los cadáveres de mujeres jóvenes hallados por la ciudad. Tremelay parecía haber tenido éxito en suprimir los rumores, aunque los provenzales, que parecían tener conocimiento de ellos, rechazaron con obstinación cualquier acusación en contra del Temple. En ningún momento se hizo mención alguna de Walkyn o de Berrington.

Cada mañana, al despuntar el alba, reanudaban la marcha a través de Galilea, rodeando el mismo lago donde antaño pescara Cristo, y continuaron caminando entre plantas y arbustos, despojados ahora de la frondosidad del verano. Descansaron allí

durante unos instantes, observando los patos y los chorlitos grises que escudriñaban la superficie del agua. Continuaron su camino ante la insistencia de Parmenio. A veces pernoctaban en aldeas, pobres e invadidas por las pulgas; otras, en algún castillo o puesto avanzado de los templarios. Finalmente, llegaron hasta su propia guarnición en Chastel Blanc, un lugar inhóspito y solitario en las montañas, con un recinto amurallado que contenía la capilla y la cisterna de agua principal. El gobernador del castillo se mostró encantado de recibir a nuevos miembros de su orden y de escuchar todas las novedades posibles del exterior. Escuchó atentamente mientras le describían su misión y una mueca de sorpresa apareció en su rostro, pero agradeció la aportación de nuevas provisiones y se ofreció personalmente para escoltarlos hasta el comienzo del último tramo de su viaje.

Cuando el castellano se despidió para volver a la guarnición, Parmenio volvió a ocupar su sitio a la cabeza de la expedición, guiándolos entre desfiladeros rocosos y vaguadas, pronunciados precipicios y barrancos polvorientos. Apenas se divisaba tierra; nada crecía a su alrededor, excepto arbustos leñosos y algunas matas dispersas de lavanda y cactus. No había terreno arado ni praderas, tan solo roca, algunos árboles diseminados y arbustos, con la aparición de algún pequeño abrevadero en ciertos puntos de sombra. Durante la noche buscaban cobijo bajo formaciones rocosas, desde donde escuchaban los aullidos y rugidos de los depredadores nocturnos, que merodeaban por los alrededores. Terminaron por acostumbrarse al inquietante ulular de los búhos, que se hacían visibles de repente en el resplandor del fuego y volvían a internarse en la oscuridad como figuras espectrales. De vez en cuando apreciaban un débil haz de luz procedente de alguna linterna lejana. Parmenio les explicó que las montañas no eran únicamente morada de demonios y almas perdidas, sino también de ermitaños y anacoretas, hombres silvestres que buscan a Dios entre las cumbres de las montañas. Añadió que, sin duda, estaban siendo vigilados por patrullas, seguidores de Shaikh Al-Jebal, el Viejo de la Montaña.

En la tercera tarde tras abandonar Chastel Blanc se refugiaron en una cueva, al calor de una lumbre. El cielo lucía brillante, plagado de estrellas y bañado por la luz argéntea de la luna llena. Mayele murmuró que en pocos meses tendría lugar el equinoccio de primavera, la festividad de la Pascua. De Payens, que escuchaba sin atención el murmullo de los provenzales sentados tras de sí, miró a su camarada con severidad. Había visto a Mayele por primera vez en Chastel Blanc. Les habían proporcionado a los dos los mismos aposentos para compartir, convirtiéndose así en hermanos de armas, luchando codo con codo en primera línea de batalla, con el juramento de protegerse el uno al otro. Todo eso debía de haber ocurrido hacía unos doce meses. Una vez acostumbrado a la rutinaria vida de los barracones templarios, Edmundo fue considerando a Mayele una persona bastante sensata, aunque algo enigmática; un buen guerrero que amaba la lucha, un corazón frío con una voluntad pétrea. La ejecución de los que Mayele describía como los tres saqueadores en Trípoli lo confirmaba. Durante su castigo en Jerusalén, el inglés había estado menos

taciturno, susurrando chistes sobre Tremelay y otros líderes templarios, todo un divertido torrente de observaciones y comentarios. Era un hermano que atendía a la letanía de horas y servicios como si fueran parte de la instrucción, aunque afirmaba burlonamente no ser ni religioso ni devoto, si acaso un mero adulator de cruces, como solía decir. De Payens había llegado a la conclusión de que esto podría ser consecuencia del sacrilegio que Mayele había cometido en Inglaterra, el asesinato de un clérigo, que le había valido la excomunión inmediata. En una ocasión, Mayele le había descrito lo que sucedió: había dado muerte al clérigo durante una discusión y, seguidamente, había huido hacia una iglesia, aferrándose a una esquina del altar y solicitando protección. Más tarde, tras cuarenta días, le permitieron marcharse y buscó refugio en Londres, aceptando el castigo que le impuso el obispo por sus pecados, que consistía en engrosar las filas de los templarios. Según observó De Payens, Mayele no era el tipo de hombre que se solía ver reflexionando durante el ayuno de Pascua, o en su preparación, durante la festividad de Lammás.

—¿Añoras la llegada de la Pascua, Felipe? —se burlaba—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

—Puede que no lo sepas... —Mayele se incorporó, agitando las ascuas de la lumbre con su daga, removiendo las astillas y los excrementos secos y haciéndolos crepitar. Se detuvo ante el aullido lastimero de un chacal, seguido por el estridente graznido de un ave nocturna—. Tremelay habló de enviarnos a los dos a Inglaterra, Edmundo. Tenemos una pequeña parcela allí, en Londres, cerca del palacio real de Westminster —aquella fue la primera ocasión en que Edmundo pudo observar un tono melancólico en la voz de Mayele—. Sería estupendo estar en Inglaterra en primavera, lejos del polvo y el calor, los demonios de las arenas y las moscas. Frescor —su voz se tornó suave—, una oscuridad verde y húmeda y aire limpio.

Hizo una pausa y miró a Parmenio, que permanecía en cuclillas y con una mano frente al rostro. De Payens ocultó su sorpresa; estaba seguro de que había descubierto un gesto del genovés, un rápido movimiento de dedos, como señalando a Mayele. El perspicaz Parmenio observó la mirada de De Payens y sonrió.

—Intento advertiros de que seáis prudente —susurró, con su sagaz rostro iluminado por las llamas. Hizo un movimiento con la cabeza—. Estos provenzales no son las estúpidas bestias que pretenden ser. Son muy diestros, con un mayor conocimiento de las lenguas del que pensamos. Son los espías de Tremelay.

—¿Y vos, Parmenio? —preguntó De Payens—. ¿Sois vos un espía? Esa historia de la redención por vuestro ataque hacia mí...

Mayele esbozó una sonrisa. Parmenio chasqueó la lengua y se sentó a escuchar los sonidos de la noche: el rápido movimiento de las criaturas nocturnas y el rápido aleteo de los murciélagos. El aire de la noche se estaba volviendo tremendamente frío. El calor del implacable sol había abandonado las rocas. Parmenio echó algunas astillas más al fuego.

—Edmundo, soy médico, comercio con pócimas y pociones. Me muevo como

una sombra por los parajes de Dios. También recopiló e intercambio información de los gobernantes de este mundo. Es cierto, he trabajado antes para el Temple, Tremelay lo sabe, pero Trípoli fue distinto. Presenció a los mercenarios reventando las cabezas de los niños contra los muros de piedra, después de haber violado y matado a sus madres. Aquel día estaba en verdad furioso, pero —dijo, con la sonrisa torcida— me quedé admirado con lo que hicisteis. También descubrí que no solo había atacado a un caballero templario, sino a un descendiente de la poderosa familia De Payens. El Temple jamás habría olvidado aquello —continuó, extendiendo las manos—, de ahí mi acercamiento. Tremelay se alegró mucho de poder utilizarme, especialmente ahora —como si deseara cambiar de tema, Parmenio señaló a través de la penumbra hacia el resplandor distante de una linterna de aceite—. Me pregunto —dijo con un suspiro— qué habrá escrito Tremelay en esas cartas. Qué pretende que ocurra en Hedad.

—Y lo que es aún más importante —dijo De Payens mientras se rascaba la barbilla—, ¿qué podemos esperar de Shaikh Al-Jebal? ¿No habéis estado jamás allí, Parmenio?

—Sí y no. He aprendido algunas cosas sobre los *hassassins*.

—¿Qué cosas? —demandó Mayele.

—Los seguidores del profeta Mohamed están divididos entre los que aceptan lo que denominan el auténtico descendiente de un yerno, Ali, y los otros, que reclaman la legitimidad de otro yerno. Esta división se ha ido acentuando desde la muerte del profeta. En las guerras civiles que siguieron florecieron nuevas sectas, incluyendo los nizaríes, o *hassassin*, los fumadores de hachís, fundados por Hassan Eben Sabbah. Hassan se rodeó de fedayines, conocidos como los devotos. Esta secta no solo se separaba del tronco principal de creyentes, sino que llegó al extremo de declararles la guerra. Ocuparon salientes montañosos y construyeron en ellos sus fortificaciones. Los fedayines llevan su propio atuendo distintivo, blanco como la nieve, en contraste con sus fajines y zapatillas, del color de la sangre. Cada uno porta un par de largos cuchillos de hoja encorvada. Según cuenta la leyenda, se alimentan de cáñamo y opio mezclados con vino. A lo largo de los siglos han sido enviados como emisarios para asesinar a sus oponentes; a veces abiertamente, y otras, disfrazados de camelleros, aguadores, pordioseros y sacerdotes. Algunos de los hombres con que nos hemos cruzado en la calzada —Parmenio extendió las manos hacia el fuego— podían haber sido fedayines.

—Pero, ¿estamos a salvo? —Mayele se incorporó y dio unos golpecitos a las alforjas de cuero que portaban las bolsas con los documentos.

—Llevamos salvoconductos —respondió Parmenio, deteniéndose ante un extraño aullido que resonó por los alrededores, seguido por el chillido de un animal atrapado por sorpresa por un depredador. Los horribles chillidos y gemidos se fueron apagando hasta cesar por completo.

—Cuando el Viejo de la Montaña, o uno de sus representantes, garantiza tu

seguridad —continuó Parmenio—, puedes considerarte a salvo. En realidad, siguen un estricto código de hospitalidad hacia todo aquel que se acerca a buscarlos. Para el resto, el Viejo solo siembra el pánico. Los asesinos tienen un sentido del humor negro y mordaz. Una vez que han seleccionado a su víctima, suelen enviarle un pastel de semillas de sésamo sobre un medallón de serpiente, como advertencia de lo que le espera. Al despertar la víctima, encuentra junto a la cama el medallón y el pastel, rodeados por dos dagas de hoja encorvada, adornadas con cintas rojas, clavadas en la tierra. A lo largo de los años, la influencia y el poder del Viejo y sus fedayines se ha ido extendiendo paulatinamente. Se refugian en sus solitarias fortalezas, entre altas montañas. En estos castillos, construidos de roca afilada e inexpugnable, un puñado de hombres puede resistir el asedio de ejércitos de miles de soldados.

—Cierto —murmuró Mayele—. ¿Cómo podría aprovisionarse cualquier ejército invasor en una tierra como esta?

—Desde luego —asintió Parmenio—. Fue así como nació la leyenda. Toda persona descontenta, desde las orillas del mar Medio hasta las fronteras de Samarcanda, se apresura a unirse a aquel que se enorgullece de responder al título de Shaikh Al-Jebal, el Viejo de la Montaña. Su castillo más apreciado es el nido de águilas de Alamut, en Persia. Según cuenta la leyenda, el Viejo construyó un paraíso en la cumbre de esa escarpada montaña, un jardín amurallado de fértiles tierras regadas por manantiales subterráneos. Un verdadero edén, poblado con todo tipo de árboles, estanques de agua cristalina, fuentes de mármol de donde manan los vinos más exquisitos, fecundos jardines con plantas exóticas que exhalan los perfumes más refinados. Por doquier se encuentran pabellones y pérgolas cubiertos de flores y repletos de alfombras y finas sedas en su interior. Los caminos que recorren este paraíso fueron revestidos de azulejos de bellos colores, para que se impregnaran de la luz del sol. Multitud de pájaros entonan sus cánticos desde sus jaulas de oro. Docenas de pavos reales, con su resplandeciente plumaje con miles de ojos, se pasean ufanos entre la exuberante vegetación. A este jardín se accede a través de una puerta de oro puro con incrustaciones de gemas. Los fedayines son conducidos hasta allí para beber vino adulterado con drogas y recibir las atenciones de las damas más bellas y sensuales... —Parmenio hizo una pausa y sonrió con timidez al comprobar que se le hacía la boca agua ante semejante perspectiva.

De Payens miró rápidamente a Mayele, que se había retirado hacia la penumbra. Solo alcanzaba a distinguir la mitad inferior de su cínico y barbudo rostro. Se estremeció y extendió los brazos hacia el fuego. La historia de Parmenio había agitado sus secretos sueños pecaminosos sobre las bellezas de rostro velado que había visto en las calles y mercados; además, volvió a su mente aquella joven que había atrapado durante aquella incursión, apretándose contra él, susurrándole que haría cualquier cosa por salvar su vida...

—Continuad —murmuró.

—Sobre la puerta del jardín —susurró Parmenio— se distingue una proclama, en

letras de plata con incrustaciones de brillantes —hizo una pausa—. Dice lo siguiente: «Reconocido por Dios, el señor del mundo rompe las cadenas de todos. Que todos adoren su nombre». Así que —continuó, encogiéndose de hombros—, los fedayines se despiertan de su pesado sueño descansados y repuestos. Se les asegura que si llevan a cabo las órdenes de su señor, lo que acaban de experimentar es lo que les esperará para toda la eternidad. Si es esto cierto o no —dijo, haciendo una mueca—, puede tratarse de leyendas, rumores, sueños de otras gentes, no lo sé, pero los *hassassins* son una realidad. Son buitres que acechan desde las cumbres de las montañas, escudriñando el valle en busca de víctimas. La mera sombra de sus alas provoca terror.

—¿Y ahora nuestro gran maestro quiere que establezcamos relaciones con él? —preguntó De Payens.

—¿Por qué no? —respondió Parmenio en tono burlón—. Dicen que los templarios y los *hassassins* tienen mucho en común.

—¡Eso jamás!

—Edmundo, en verdad sí tienen bastante en común: sus propias normas, obediencia a su maestro, un reino dentro de otro reino, su entrega a la guerra, su propia visión. Pero bueno —Parmenio suspiró y se puso en pie—, estoy seguro de que mañana nos encontraremos con ellos.

A la mañana siguiente abandonaron la cueva y comenzaron su ascensión hacia Hedad. Se vieron obligados a descabalgarse y tirar de sus caballos y ponis. Al principio, el aire era tan gélido que De Payens pensó que haría crujir las rocas. Una densa niebla los envolvía como un ejército espectral, ahogando los sonidos y disminuyendo su capacidad de audición. Esporádicamente se escuchaba el chillido de alguna ave, una llamada aguda y desgarradora. Uno de los provenzales pensó que no se trataba de pájaros, sino de llamadas de aviso de los centinelas. Otro afirmaba que podían proceder de almas perdidas deambulando entre la bruma. Algo más tarde, el sol se abrió paso con fuerza, disipando la niebla y dejando ver un paisaje de abruptos salientes rocosos, árboles raquíticos y enjutos tojos. Rodearon un saliente y se detuvieron. Sobre una enorme roca, junto al camino, había ropajes cubiertos de sangre, dispuestos ordenadamente como si estuvieran tendidos al sol. Unos pasos más adelante descubrieron un cadáver desnudo, atado al lateral de la roca. Aquel hombre, un turco, había sido acribillado a flechazos. El cuerpo comenzaba a descomponerse, y los carroñeros habían empezado ya a ocuparse de él. Mientras pasaban los templarios, un grupo de milanos y buitres remontó el vuelo para volver a posarse sobre la roca, agitando sus plumas cubiertas de sangre, impacientes por continuar con su festín.

—Es una advertencia —susurró Parmenio.

Desfilaron ante otras escenas horripilantes: pieles y calaveras encajadas en hendiduras en la roca, ahora lugar de cría para pájaros y lagartijas, más prendas empapadas en sangre y cadáveres ahorcados. Llegaron hasta un angosto desfiladero a través de un pasaje estrecho como la cabeza de un alfiler, flanqueados por paredes de

roca que se alzaban abruptamente a cada lado y, finalmente, llegaron a una planicie, cubierta de maleza y tojo, que se extendía hacia la escarpada cumbre de Hedad y el castillo de los asesinos. Los canteros y mamposteros del Viejo habían sido muy astutos. Habían utilizado una extensa y prominente protuberancia rocosa, justo en la cima, para construir su fortaleza, que consistía en una larga sucesión de murallas almenadas y torres defensivas. Ningún ejército invasor tendría probabilidades de éxito allí. El paisaje inhóspito y yermo proporcionaría poco alimento o forraje, y las altas murallas de piedra se alzaban en todas direcciones. La principal entrada fortificada estaba separada de la planicie por un profundo precipicio, una larga fisura en la tierra que solo podía cruzarse por un puente colgante de soga que podría cortarse o recogerse fácilmente en caso de ataque. Incluso si un contingente enemigo consiguiera cruzarlo, las fortificaciones que encontraría ante sí eran impresionantes. La entrada se encontraba flanqueada por torres construidas con robustas rocas cuadradas y cuidadosamente pulidas; cada torre se elevaba al menos treinta metros del suelo y tenía una anchura de cuatro metros. A cada lado de estas se extendía una muralla de cerramiento abovedada, almenada y fortificada, cuyos tramos se delimitaban por torres menores. De Payens y sus compañeros contemplaron atónitos esta imponente edificación, que contrastaba oscura y amenazante con el intenso azul del cielo, una inmensa mole de roca, un refugio de águilas que mantendría a sus ocupantes seguros ante cualquier ataque. De Payens estudió detenidamente las fortificaciones. Imposible conquistarlas, concluyó: Hedad podría defenderse eficazmente con tan solo cien hombres. En muchos aspectos, la fortaleza le recordaba bastante a los castillos templarios que se erigían en lugares desolados similares a aquel.

—Vacío —observó Mayele—. ¡Como un castillo de los muertos!

De Payens volvió a observar el recinto. Mayele estaba en lo cierto. Hedad parecía un lugar desierto y abandonado. No se apreciaba centelleo de hogueras ni brillo de antorchas en las murallas, no ondulaban banderas ni estandartes, no había reflejos metálicos de armaduras ni movimiento de centinelas. Montaron sus cabalgaduras y se aproximaron lentamente al puente. El inquietante silencio se quebró súbitamente por un chirriar de cadenas y el puente levadizo cayó ante ellos. Los caballeros continuaron la marcha. Un jinete atravesó al galope la puerta principal, ataviado con una túnica blanca ajustada a la cintura por un ancho fajín rojo, con su larga cabellera morena agitándose al viento. Cruzó el puente de cuerda velozmente y sin titubear y se dirigió directamente hacia ellos. Las pequeñas pero ágiles pezuñas de su corcel árabe golpeaban la tierra como martillos. De Payens giró su propio caballo y descansó la mano sobre la empuñadura de su espada, pero el jinete se detuvo ante ellos con una mueca sonriente sobre su barbudo rostro. Mientras les dedicaba una reverencia, les demostró su impresionante destreza en el manejo del caballo, haciendo retroceder lentamente a su corcel con un solo susurro hasta que se detuvo completamente. El jinete le acarició suavemente el cuello y se dirigió a De Payens y a sus compañeros,

hablando con soltura en la lengua franca de Ultramar.

—Templarios, genoveses, señores, como quiera que os hagáis llamar. Sed bienvenidos. Soy Uthama, el capitán de la guardia. En nombre de mi padre os doy la bienvenida a Hedad.

—¿Un capitán sin una guardia? —dijo Mayele—. ¿Sin espada ni escudo?

—Maese Mayele, mi espada, mi escudo, mi estandarte y mi guardia se encuentran justo detrás de vos.

De Payens se giró abruptamente. Una fila de jinetes envueltos en capas azules y capuchas de cota de malla habían tomado posiciones silenciosamente tras ellos, una larga y amenazadora formación de guerreros que dirigían sus arcos y flechas directamente hacia los templarios. De Payens se giró, se retiró la capucha y dirigió lentamente su caballo hacia Uthama, con la mano extendida.

—Amigo —sonrió—, os doy las gracias por esta cálida recepción.

—Y como amigos os recibimos —Uthama estrechó la mano del templario con firmeza—. Aquí en las montañas, al igual que en el desierto, no existen los extraños, tan solo los amigos y los enemigos. Pero seguidme, mi padre os aguarda.

Siguieron a Uthama a través del puente de cuerda que salvaba el estrecho pero profundo precipicio. Se sintieron aliviados al alcanzar la senda rocosa, que conducía a través de la puerta principal hacia el patio central, dominado por una majestuosa torre cuadrada. De Payens ocultó su asombro: no se trataba del polvoriento patio que esperaba, sino de un exuberante mar de hierba que se extendía por toda la explanada. Uthama los condujo a través del patio, hacia la izquierda. Aquello sugería a De Payens una villa próspera, con sus casas con tejados de paja, establos, graneros y herrerías. Caminaron junto a pozos y fuentes, una pequeña noria hidráulica, jardines y arriates repletos de flores y hierbas aromáticas. Una vez efectuada su entrada, las hogueras volvieron a avivarse y se encendieron las antorchas, elevando en el aire pequeñas columnas de humo. Los templarios desmontaron sus cabalgaduras, que fueron retiradas por sirvientes que sonreían mostrando sus blancas dentaduras. Los provenzales fueron escoltados hacia sus aposentos, en el lado opuesto del recinto donde, según les aseguró Uthama, encontrarían cómodas camas y buenos manjares. El capitán chasqueó los dedos a su guardia y susurró unas palabras a uno de los soldados. El hombre los abandonó apresuradamente. Uthama se volvió de nuevo hacia sus invitados, mostrándose divertido ante su sorpresa.

—¿Qué esperabais encontrar, maese Edmundo? ¿Una banda de forajidos, vagabundos y ladrones de los suburbios?

—Hemos visto cadáveres en el camino.

—No tantos como los que veo cada vez que entro en Jerusalén o Trípoli —replicó Uthama—. Vamos, mi padre aguarda.

—¿Es acaso tu padre Shaikh Al-Jebal?

—Sí y no —sonrió Uthama—. Nuestro gran maestro se oculta en Alamut; mi padre, Nisam, es su califa en estas montañas, aunque puede, si ese es su deseo, hacer

uso de los títulos de su señor.

Los condujo de nuevo a través del patio central, hacia la gran torre. De Payens estaba perplejo. Las torres francas eran fortificaciones sórdidas, frías y lóbregas; esto era diferente. Los ventanales eran anchos y estaban emplazados astutamente para absorber la luz del sol a cada hora del día, el suelo era un mosaico de duras losas ensambladas entre sí, mostrando complicados diseños geométricos con multitud de colores, finas telas de brillantes matices cubrían las paredes y el aire estaba cargado del aroma procedente de varios cestos con flores silvestres y cuencos repletos de especias de delicados perfumes, que desprendían vapores al calor de las ascuas de carbón.

En una extensa antecámara, ante la atenta mirada de Uthama y su escolta, se quitaron sus prendas exteriores, botas de cuero y manoplas. Mayele quería conservar su espada, pero De Payens sacudió la cabeza mientras Uthama murmuraba que tales armas no serían necesarias. Les sirvieron unas bandejas de pan ázimo y unas copas de vino, y los tres templarios comieron y bebieron despreocupados, sabiendo que tras hacerlo, su seguridad estaba confirmada. Se lavaron el rostro y las manos con agua de rosas, secándose con suaves servilletas de lana; seguidamente, se vistieron con las túnicas y zapatillas que les ofrecieron sus anfitriones. Uthama, con rostro sereno, recitó en voz baja una oración en árabe y les ungió la frente con una crisma de delicado aroma. Finalmente, retrocedió unos pasos y les dedicó una reverencia sin el mínimo ápice de sarcasmo.

—Adelante.

Los guio por unas escalinatas, cuyos peldaños de piedra estaban recubiertos de un suave material, sobre los cuales una barra de madera pulida anclada a la pared hacía las veces de pasamanos. Atravesaron cámaras, escaleras y pequeños pasillos, todos ellos escoltados por guardianes vestidos de azul, con el rostro oculto bajo una máscara de cota de malla; sus armas consistían en un escudo plateado, rematado con un tachón carmesí, y un sable de hoja curvada en su vaina escarlata.

La sala de audiencias a la que los condujo Uthama era realmente notable. Relucía como una cámara del tesoro; las vigas de madera labrada del techo mostraban incrustaciones de oro, plata, malaquita y piedras preciosas. Las enormes ventanas, abiertas al sol, estaban recubiertas de gasas de un blanco inmaculado, que permitían el paso del aire pero no de moscas, insectos o polvo. Las paredes mostraban tallas de pájaros exóticos con plumas de esmalte de plata y enormes rubíes en sus ojos; los suelos estaban formados por planchas de la más hermosa madera de cedro de El Líbano, pulidas e impregnadas de aroma, cubiertas aquí y allá por opulentas alfombras turcas. El mobiliario estaba realizado en delicada madera de acacia; junto a las paredes había varios divanes repletos de cojines tejidos en oro.

El área principal de descanso de la sala estaba delimitada por una doble cortina de piel de Córdoba con elaboradas incrustaciones de hilo de plata, que recogieron para que los tres templarios pudieran tomar asiento sobre unos cojines situados ante

pequeñas mesas cuadradas. Les ofrecieron cuencos de frutas, bandejas de pan dulce y hermosas copas repletas de vino, además de exquisitos cálices de cristal veneciano colmados de refrescante sorbete helado. Frente a ellos aguardaba sentado Nisam, flanqueado por sus fedayines, vestidos con túnicas blancas ceñidas a la cintura con cordones rojos. Eran guerreros de rostro sombrío y larga cabellera, que permanecían impasibles mientras sus invitados hacían una reverencia y se acomodaban en la sala.

—En el nombre del Compasivo —los labios de Nisam apenas se movieron, pero su voz sonó fuerte y contundente—, os doy la bienvenida, viajeros, amigos, honorables invitados.

Tenía el cabello cano y la barba y el bigote escrupulosamente recortados; su semblante era cordial, con ojos alegres y labios rojos carnosos. Estaba ataviado con una túnica plateada y una capa carmesí bordada en oro sobre sus hombros. Sonrió a De Payens y sugirió que comenzaran a beber y comer. Uthama situó las alforjas de piel que contenían los documentos de la cancillería junto a De Payens.

—Comed y bebed —susurró Uthama—. Mi padre os dirá cuándo debéis entregarle vuestras misivas.

De Payens obedeció. Los fedayines relajaron el gesto y comenzaron a hablar entre ellos. Nisam comía despacio. De vez en cuando sonreía a Uthama, y después a De Payens. El templario degustó el vino. Era delicioso, procedente sin duda de la mejor uva de Gascuña o Borgoña. Algo más tarde, Nisam se inclinó ligeramente y les preguntó sobre su viaje y sobre las novedades en la ciudad de Jerusalén. Se mostró muy cortés, y durante la charla que se sucedió, demostró estar bien informado de todo lo que ocurría a su alrededor. Finalmente, hizo un gesto indicando que le entregasen los documentos. De Payens obedeció con cierto desasosiego. La mirada de Nisam se tornó fría y calculadora, como si recordase alguna afrenta o rencor. Uthama les susurró que debían retirarse. Una vez fuera de la antecámara, Mayele requirió saber cuándo se les ofrecería alguna respuesta. De Payens permaneció inmóvil, mirando por la ventana y preocupado por esa mirada hostil de Nisam. Más allá de las gentilezas y de la generosa hospitalidad, aquel era un lugar de maquinación, una casa de la sangre. Uthama estaba hablando con los otros dos templarios, aunque cuando De Payens se unió a ellos, el joven *hassassin* le dedicó una gentil sonrisa.

—Todo irá bien —declaró, e insistió en mostrarles personalmente sus aposentos, en el piso superior.

Mayele y Parmenio compartieron una habitación; De Payens recibió la suya propia, pequeña, cómoda y bien amueblada. Se aseguraron de recibir todo su equipaje y después visitaron a los provenzales que, como soldados que eran, pronto se acomodaron en su habitación, se quitaron las botas y se sentaron en el exterior con la espalda apoyada en la pared, disfrutando del sol y del aire fresco mientras compartían una jarra de vino. Ante la pregunta de Mayele, Uthama respondió que, a sus ojos, el consumo de alcohol no suponía una transgresión de las enseñanzas del profeta. Seguidamente, solicitó a sus invitados que olvidaran momentáneamente su misión y

que le acompañasen en un recorrido por el castillo. De Payens sospechó que se trataría de una demostración de fuerza y, a decir verdad, él y sus compañeros terminaron profundamente impresionados. Hedad era una fortaleza construida sobre un escarpado acantilado, desde cuyas formidables torres y murallas se podía descubrir cualquier intento de aproximación. El agua corriente se obtenía de ríos subterráneos y manantiales, en cantidad suficiente para empapar los espaciosos jardines y los paraísos privados que se ocultaban tras las murallas de uno de los patios exteriores. La fortaleza estaba bien surtida de armas, mangoneles, catapultas e ingenios de guerra suficientes para repeler cualquier ataque; herrerías, fraguas, enfermerías y establos se encontraban en perfecto estado y preparados para su uso. Ante la pregunta de Parmenio interesándose por el profundo conocimiento del mundo exterior de Nisam, Uthama unió las manos con gesto alegre y los condujo al palomar, donde les explicó que esos «corceles del aire» transportaban mensajes en pequeños cilindros atados a sus patas. De Payens y sus compañeros sabían ya de este sistema para recoger información y le inundaron de preguntas; Uthama simplemente se encogió de hombros y explicó que el instinto de los pájaros los guiaba siempre hacia su destino.

—Desde luego —continuó, golpeándose suavemente un lado de la nariz con el dedo—, eso implica que debemos poseer algunos lugares en las llanuras que conozcan las palomas, lugares secretos; pero, aparte de eso y del peligro de los halcones que merodean por estos cielos, los pájaros vuelan hasta aquí sin problemas. Dejadme que os informe —se puso en pie, con las manos apoyadas en la cadera y gesto atribulado—: el rey Balduino III ha desplegado sus estandartes y ha proclamado el estado de guerra. Ha convocado a todos los francos al asedio de Ascalón. Sí —continuó, disfrutando de la sorpresa provocada—, Ascalón, el orgullo de Siria, la llave sur de Jerusalén, el puerto de Egipto, está bajo asedio.

—Parece que ello os agrada —dijo De Payens.

—Desde luego. Si Ascalón cae, los *mulhidin* —Uthama empleó el término islámico despectivo para designar a los herejes—, los *mulhidin* de Egipto se debilitarán.

—Vuestro padre... —De Payens alejó a Uthama de la acalorada discusión entre Mayele y Parmenio acerca de lo que acababan de conocer.

—¿Qué ocurre con mi padre, templario?

—Me mira como si me conociera. No como a un amigo.

—¿Como a un enemigo? —interrumpió Uthama—. Y eso deberíais ser. Como soléis decir los francos, *usque ad mortem*, hasta la muerte —desenvainó su daga con un movimiento rápido y amenazador.

El gesto alertó a Mayele y a Parmenio, que se acercaron apresuradamente. De Payens retrocedió, pero Uthama le entregó la daga.

—Mirad, templario, observa la hoja, contempla vuestro rostro.

De Payens obedeció: el acero pulido reflejaba su imagen como un espejo,

deformando ligeramente sus facciones.

—Los ojos —Uthama giró la cabeza hacia Mayele y Parmenio— profundos y de color verde claro, el pelo negro con algunas manchas grises, el rostro sombrío, hosco y barbudo, las arrugas en las mejillas. Un guerrero, quizá un asceta, un hombre poco seguro de sí mismo. Mi padre puede ver todo esto, pero ante todo, ve la cara de un De Payens, su enemigo mortal.

El templario bajó la daga y la giró rápidamente, dirigiéndola hacia el *hassassin* para que pudiera cogerla por la empuñadura. Uthama envainó el puñal y avanzó hacia él.

—¿Acaso no lo sabíais, templario? Vuestro tío abuelo, Hugo de Payens, y vuestro abuelo, Teodoro el Griego, antaño persiguieron a mi padre por esas montañas. No consiguieron su objetivo, pero mataron a sus dos hermanos. Una deuda de sangre queda pendiente entre nosotros. ¿No os lo advirtió vuestro gran maestro, Bernardo de Tremelay? —el rostro de Uthama se tornó serio—. ¡Parece que no, puesto que ni siquiera conocéis la historia!

CAPÍTULO 4



La hermandad de los templarios mantenía algunas fortalezas junto a las tierras de los *hassassins*.

¿Significa esto que, a pesar de vuestro salvoconducto —De Payens replicó con dureza, tratando de ocultar el miedo que sentía en su interior—, moriré asesinado y que mi cuerpo desnudo acabará colgando de una roca?

Uthama le miró con solemnidad y después estalló en una carcajada, bajando la cabeza y dándose palmadas en los muslos.

—¿Eso creéis? —continuó, y su rostro adoptó un gesto solemne.

De Payens se preguntó si aquel hombre estaba desvariando.

—¿Eso creéis? —gritó Uthama, agarrando a De Payens por el brazo—. Aquí estáis a salvo. Te mostraré quiénes cuelgan aquí de las rocas.

Gritó unas órdenes a sus guardias y uno de ellos se retiró apresuradamente, mientras Uthama casi empujó a De Payens hacia las escaleras de la torre. El día continuaba su avance y el cielo comenzaba a nublarse. La fortaleza se encontraba en plena actividad mientras comenzaba a sentirse la primera brisa fría de la tarde. Todo se detuvo cuando aparecieron Uthama y los templarios. Los criados correteaban de aquí para allá, y uno de ellos llevó a Uthama un poderoso arco y una aljaba repleta de flechas. El *hassassin* dio una serie de órdenes mientras se colgaba al hombro la aljaba. Se situó en la escalera superior y cargó una flecha en el arco. Desde detrás de la torre sus criados llevaron a empujones a un hombre, encadenado de pies y manos. Arrastrado por la fuerza desde la mazmorra, aquel hombre, cubierto de polvo y paja húmeda, dirigió a Uthama una retahíla de insultos. El *hassassin* respondió al prisionero de la misma forma, y señaló hacia la puerta. El prisionero ríe y dio algunos brincos con sorna mientras le soltaban las cadenas. De Payens presentía lo que iba a ocurrir; iban a conceder una oportunidad al prisionero y, en cuanto le quitaron los grilletes, comenzó a correr en zigzag; Uthama tensó el arco con fuerza y la afilada flecha con su pluma de águila salió disparada. De Payens pensó que había errado el tiro, pero la destreza de Uthama era impresionante. La flecha acertó al fugitivo justo debajo del cuello, lanzándolo hacia adelante por su impulso. Se estrelló contra el suelo, se levantó y avanzó unos pasos, tambaleándose, hasta que una segunda flecha se clavó profundamente en su espalda. Alzó las manos, como implorando, y volvió a derrumbarse. Mientras el resto de la guarnición volvía a sus labores, Uthama bajó los escalones, corrió hacia el hombre daga en mano, le agarró del pelo, echándole hacia atrás la cabeza, y le rebanó el cuello. La sangre brotó a borbotones, formando un oscuro charco púrpura en la tierra. Uthama limpió la hoja de su puñal sobre el cadáver de aquel hombre y regresó, sonriendo a De Payens.

—¡Templario, él será expuesto en las rocas! Un asesino enviado aquí por la princesa de las llanuras para acabar con mi padre. No habéis venido aquí con el mismo propósito, ¿no es cierto?

De Payens simplemente le devolvió la mirada. Reconoció que el alma de Uthama no era diferente a la de Mayele, o a la suya propia: la de un asesino en esa mansión de la sangre.

En los días que siguieron, De Payens y sus compañeros discutieron acerca de todo

lo que habían descubierto: el ataque sobre Ascalón, la deuda de sangre entre Nisam y su propia familia, así como la razón por la cual el gran maestro no les había informado de esto.

—¿Así que desconocíais la existencia de la deuda de sangre? —insistió Mayele.

—¡Desde luego! —respondió De Payens—. Mis padres murieron cuando yo no levantaban aún un palmo del suelo. El abuelo Teodoro y Leonor me instruyeron a fondo sobre los méritos del Temple. Solo Dios sabe lo que mi tío hizo en realidad. Tremelay debe de saberlo, aunque jamás ha mencionado una deuda de sangre con el cabecilla de los *hassassins* —hizo una pausa—. Y tampoco lo ha hecho Trussel, que me ha dado tantos consejos y advertencias. ¿Se tratará de una simple coincidencia que sea precisamente yo el que esté aquí...?

De Payens dejó la frase sin terminar intencionadamente y escrutó con la mirada su habitación, el lugar donde habían decidido reunirse a cenar. Llevaban ya cuatro días en Hedad y Nisam aún no había demandado volver a verlos. Uthama mantenía su gesto generoso y siempre sonriente, pero De Payens se sentía bastante incómodo en su presencia. El *hassassin* era un hombre sanguinario, un violento guerrero, que se habría sentido en casa en el séquito de algún señor franco, o en el cuartel de los templarios. De Payens desvió la mirada hacia Mayele, que masticaba con esmero un trozo de cordero muy especiado, mientras Parmenio mantenía fija la mirada en su copa de vino. Desde su llegada, el genovés se había dedicado a deambular por la fortaleza, adoptando la actitud de un curioso viajero, ávido de conocimiento. Se mostraba ahora más cercano con Mayele que, a su vez, comenzaba a revelar algo más de su pasado, especialmente de todo lo relacionado con su lucha en la guerra civil entre el rey Esteban y Enrique Fitzempres.

—Yo formaba parte de la escuadra de Godofredo de Mandeville, conde de Essex —declaró mientras, junto a De Payens, subía a lo alto de la torre del homenaje para admirar la panorámica—, un siniestro líder militar, Edmundo. Combatimos en los fríos y oscuros pantanos de Anglia Oriental. Tomamos la abadía de Ramsey y la fortificamos. Los sacerdotes nos excomulgaron, ¡maldiciendo nuestros alimentos, nuestros sueños y nuestros despertares! Se trataba de un periodo de cruenta guerra —hizo una pausa.

—¿Y qué ocurrió?

—Estábamos sitiando un castillo en Burwell, en la costa de Essex. El conde Godofredo recibió un flechazo en la cabeza, una herida menor en un principio, pero se infectó y se convirtió en letal. Murió reconociendo sus pecados, pero la Iglesia se negó a ofrecerle un entierro sagrado. Esta circunstancia llegó a oídos de los templarios, que recogieron el cuerpo del conde y lo trasladaron a su casa de Londres, cerca de la diócesis de Lincoln. De nuevo, la Iglesia denegó el enterramiento, alegando que Mandeville había muerto *in peccatis*, en pecado, por lo que los templarios decidieron colgar su ataúd de un tejo, en su cementerio —Mayele lanzó una brusca carcajada—. Así que se encuentra en tierra sagrada, ¡pero no está

enterrado en ella! En fin —continuó—, mis pecados son tan numerosos y graves como los suyos, y los templarios fueron los únicos que mostraron algo de misericordia, así que... —se inclinó hacia las almenas, dejando que la brisa de las montañas le masajeara el rostro rugoso y tosco.

—Cuando se impuso el castigo, hice mis votos en la orden y me enviaron a Ultramar —se giró y posó su mano sobre el hombro de Edmundo—. ¡Dejemos ya el pasado! Hablemos del presente. Uthama nos ha dedicado una exhibición en el manejo del arco; devolvámosle la gentileza.

Bajaron hasta el patio de instrucción, situado en la parte posterior de la torre, donde los fedayines y la guardia personal practicaban el uso de las armas. Mayele insistió en realizar su propia exhibición. Pidió que le trajeran su caballo y realizó sus ejercicios con brillantez: la justa, la carga, el ataque cuerpo a cuerpo con espada y puñal, el arco y la jabalina. De Payens, acostumbrado a observar a lo mejor de su orden en acción en el campo de batalla, se quedó profundamente impresionado, al igual que Uthama y su séquito. Mayele era un soberbio jinete; montura y caballero se fundían en una sola silueta, rápida e implacable. Conducía su caballo con las rodillas, mientras blandía escudo, lanza, maza o espada. Algunos de los fedayines se presentaron voluntarios para actuar como oponentes. Mayele mostró la belleza terrible de un caballero en combate, fintando y zigzagueando, utilizando su caballo para hacer perder el equilibrio a sus oponentes y arremetiendo contra ellos con su espada y su escudo, hasta desarmarlos. Cuando terminó, recibió una sucesión de elogios por parte de Uthama, a lo que Mayele respondió encogiéndose de hombros y, lanzando un guiño a De Payens, hizo una divertida observación de que esperaba no encontrarse jamás con su anfitrión en combate.

La astuta demostración de Mayele de que los templarios eran también avezados guerreros no pasó desapercibida para los fedayines: relajó la tensión causada por la brutal exhibición de poder de Uthama y acercó más a los tres hombres. Parmenio confió a sus compañeros todo lo que había investigado sobre el castillo; había estudiado cada poterna y portón de seguridad, por si se daba el caso de que tuvieran que abandonar la fortificación antes de lo que sus anfitriones esperaban. De Payens mantenía sus sospechas de que Parmenio buscaba también algo más, algo que no quería mencionar. Sin embargo, se percató de que era importante mantener buenas relaciones con sus compañeros. Cada mañana se reunían con los provenzales, y por la tarde, los tres se veían para discutir los eventos del día, o para escuchar las historias de Mayele sobre sus campañas por los lúgubres pantanos del este de Inglaterra. Quizá fuera el aburrimiento, la asunción de lo inútil que resultaba especular sobre los planes secretos de Tremelay o los indicios de que el gran maestro estaba considerando enviarles a Inglaterra, pero De Payens comenzó a interesarse por aprender más acerca de la guerra civil que estaba teniendo lugar allí. Mayele no necesitaba que le insistieran demasiado. Le describió que Esteban y su hijo Eustaquio estaban enzarzados en mortal combate con el Angevino, Enrique Fitzempres; que este

último, joven, implacable y rebosante de energía, estaba decidido a ocupar el trono de Inglaterra y a aplastar a los barones, cuya amarga rivalidad prolongaba la guerra. Edmundo sospechaba que Mayele guardaba lealtad a Enrique Fitzempres, puesto que su viejo señor, Godofredo de Mandeville, había sido enemigo acérrimo del rey Esteban. Al final, sin embargo, y como cada tarde, la conversación volvía de nuevo a las razones que les habían llevado a Hedad y a las intenciones secretas de Tremelay. Desde que abandonó Trípoli, De Payens había aceptado como una verdad de los Evangelios que los *hassassins* estaban involucrados en el asesinato del conde Raimundo. Pensaba que el gran maestro tenía sus propias pruebas que así lo evidenciaban. Esta sólida convicción comenzó pronto a tambalearse.

Finalmente, Uthama los convocó a una reunión con su padre y sus consejeros. Una vez concluidas las cortesías de rigor, Nisam se inclinó y señaló a De Payens. Habló despacio, en lengua franca, enfatizando sus palabras con los dedos.

—¿Entendéis —su mirada se desvió hacia Mayele y Parmenio— que no tuvimos nada que ver con el asesinato de Raimundo en Trípoli? Es cierto, es cierto —asintió con la cabeza—, teníamos nuestras diferencias con el conde, nuestros desencuentros, pero no le enviamos ninguna advertencia, ¿no es cierto?

De Payens se limitó a asentir.

—Y no hallasteis ningún cadáver, ¿cierto?

De nuevo, De Payens y sus compañeros asintieron con la cabeza.

—Pero estábamos allí —replicó Mayele—. Oímos los gritos. Vimos las dagas decoradas con vuestras cintas rojas. Hallamos dos de esas, además de uno de vuestros medallones.

—¡Y cualquier necio puede orar a Dios! —fue la cortante respuesta—. Las dagas, cintas rojas y medallones de cobre pueden comprarse en cualquier bazar o mercado. Que una mujer tenga ojos de meretriz no la convierte en prostituta —Nisam suspiró profundamente—. ¿Qué pruebas tenéis? —insistió—. ¿Cómo podéis estar tan seguros de que se trataba de *hassassins*, como soléis llamarnos, y no de templarios?

—Eso es imposible —replicó De Payens—. A nosotros nos enviaron para escoltarlo.

—Y fracasasteis —interrumpió Nisam con una sonrisa—. Maese Edmundo, os pido que tratéis de reflexionar. ¿Qué recordáis de entonces?

De Payens accedió a repasar los hechos. En realidad, no había reflexionado acerca de aquellos instantes: los asesinos avanzaban hacia ellos, ataviados con sus largas túnicas; el movimiento rápido y sangriento; el conde Raimundo caía de su caballo; los puñales se alzaban al aire y volvían a caer con fuerza.

—¡No ha sido el Temple! —susurró, mientras Mayele gritaba sus propias objeciones a viva voz.

—Señores —Nisam levantó su copa de sorbete, haciendo un brindis solemne—, no he dicho el Temple, sino algunos templarios. ¿No ha sido expulsado uno últimamente de vuestra compañía? Tenemos noticias de un gran escándalo en

Jerusalén, de horribles crímenes, acusaciones de brujería, de que algunos templarios estaban sirviendo a los señores oscuros de los vientos —sonrió ante su silencio y señaló el hermoso fresco que representaba a un pájaro, en la pared que tenía a su derecha—. El pavo real de Gabriel —explicó— tiene miles de ojos; lo ve todo.

—Y vos, señor, tenéis miles de palomas —replicó De Payens.

Nisam bajó la copa y se unió a la risa de sus cantaradas, batiendo las palmas en señal de aprobación.

Muy bueno, muy bueno, maese Edmundo; estáis despertando de vuestro sueño. Sabemos lo que ocurre en los límites del Temple y en la misma ciudad sagrada. Para ser más preciso —Nisam se mordió el labio—, sabemos todo sobre la expulsión de Walkyn y la desaparición de Berrington. Y sé de todo eso no solo gracias al pavo real de Gabriel, no —dirigió una mirada solemne a De Payens—, sino porque el propio Walkyn vino hasta aquí. Me pidió ayuda y se la negué. ¿Es posible que haya tenido algo que ver en la muerte del conde?

—¿Os pidió ayuda? —interrumpió Mayele—. ¿Para qué?

—Señores —replicó Nisam—, no somos diferentes de cualquiera de vuestros monasterios o castillos templarios. No somos alimañas de las montañas, ya habéis visto cómo vivimos en nuestra comunidad. Es cierto, ejecutamos a aquellos que quieren hacernos daño; sin embargo, ¿no tienen vuestros señores y abades el poder del hacha, la soga y los bancos de castigo, la autoridad de ejecutar en la horca a los condenados? Muchos venían hasta aquí buscando ayuda. Nuestro código de hospitalidad es muy estricto, y tales huéspedes eran bienvenidos. Vuestro compañero de armas no era diferente; por otra parte, ¿dónde si no podría haber ido? Vuestra orden le había dado la espalda.

—¿Qué quería? —preguntó apresuradamente De Payens—. ¿Qué dijo?

—Era un pordiosero —respondió Uthama—, andrajoso, sucio y acorralado. No tenía ninguna pretensión, necesitaba comida, dinero y prendas de vestir, y nos vimos obligados a prestarle auxilio. Nos explicó que le habían expulsado de la orden por ciertos crímenes. No quiso hablarnos de ellos, pero aseguraba ser inocente. Estaba decidido a llegar hasta Trípoli, buscar ayuda allí y tomar un barco que le llevara de vuelta a su país. Mencionó un puerto, Dov... —tartamudeó tratando de pronunciar la palabra.

—Dover —sugirió Mayele.

—Dover —ratificó Uthama—. Walkyn no suponía una amenaza para nosotros. ¿Por qué íbamos a manchar nuestras manos con sangre templaria? Le dimos lo que estuvo a nuestro alcance y le ofrecimos escolta hasta las llanuras, así que... —Uthama no dejaba de balancearse mientras hablaba—. ¿Puede este hombre haber matado al conde Raimundo? ¿Le pediría ayuda y le sería denegada, buscando entonces la venganza? Maese Mayele, ya hemos presenciado vuestra destreza con las armas. ¿No era vuestro antiguo hermano un espadachín, un guerrero?

—Allí había más de un asesino —declaró De Payens.

—Cierto —confirmó Nisam—, pero en las ciudades de las llanuras los sicarios acuden como moscas a la inmundicia. Se denominan a sí mismos los hombres escorpión, o toman otros nombres distintos para cometer sus pecaminosos crímenes. ¿Se uniría vuestro otrora hermano a esos hombres? No importa —la voz de Nisam se volvió más categórica. Miró a sus fedayines, que permanecían sentados a su lado con gesto grave y ojos vigilantes—. Definitivamente —declaró—, no tuvimos nada que ver en el asesinato del conde Raimundo. No teníamos motivos, no había ninguna razón; no existe prueba alguna. Por lo tanto...

Desde debajo del cojín que había a su lado sacó las alforjas vacías del gran maestro y se las entregó a De Payens junto con una exquisita urna de madera de cedro con incrustaciones de joyas. La tapa abovedada permanecía cerrada con tres candados y sellada con cera azul verdosa. Finalmente, le entregó una pequeña bolsa de cuero que contenía las llaves. La urna pesaba bastante, y De Payens concluyó que debía contener monedas o piedras preciosas. Se la confió a Mayele, pero se guardó las llaves en su propia bolsa.

—Un regalo para vuestro gran maestro. El cofre contiene mi respuesta. Señores —Nisam extendió las manos mientras miraba fijamente a De Payens—, no volveréis a ver mi rostro de nuevo —dijo, con una sonrisa—, al menos, no aquí. Descansad y refrescaos, pues habréis de partir en dos días. Mi hijo Uthama os escoltará hasta las llanuras.

El encuentro se dio por terminado, y De Payens, Mayele y Parmenio musitaron palabras de agradecimiento, tras lo cual volvieron a sus aposentos, donde se enzarzaron en un enconado e infructuoso debate acerca de lo que había acontecido en realidad con Berrington y Walkyn y, una vez más, sobre lo que sabía en realidad de todo ello el gran maestro. De Payens se excusó y se retiró a su habitación para reflexionar sobre las palabras de Nisam, tratando de recordar todos los detalles del ataque sufrido por el conde Raimundo. El cabecilla de los *hassassins* estaba en lo cierto: aparte de los gritos que helaban la sangre, el medallón y las dagas adornadas con cintas rojas, no había pruebas reales de la participación de los fedayines; así que, ¿por qué había concluido el gran maestro lo contrario? Sentado sobre el borde de la cama se sobresaltó ante la suave llamada en su puerta. Pensó que debía tratarse de Mayele, pero se encontró con Uthama, flanqueado por dos guardias.

—Acompañadme —susurró el *hassassin*—, mi padre desea hablar con vos a solas.

De Payens no tuvo otra opción que seguirle al exterior de la torre, girando a la izquierda hacia el patio exterior. Uthama le guio a través del recinto amurallado. Llamó a la puerta y esta se abrió, dejando paso a De Payens hacia el paraíso. La puerta se cerró suavemente tras él. Uthama y los guardias habían desaparecido y no veía a nadie a su alrededor, tan solo la hilera de setos que le marcaba el camino. Avanzó unos pasos, inundando el recinto con el eco de sus botas sobre el suelo cubierto de pequeños guijarros blancos.

—¡Vamos, templario, despertad! ¡No tengáis miedo! —la voz de Nisam se escuchó con nitidez.

De Payens siguió avanzando hasta el final del camino y miró a su alrededor. El jardín era de una belleza exquisita, en forma de cuadrado perfecto y rodeado por tres de sus lados de árboles y arbustos de todo tipo: sicomoros, terebintos, mirtos, pinos y palmeras, acebos japoneses, rododendros e hibiscos de hermosas flores rojas. Ante él se abría un suntuoso césped de intenso color verde. En el centro había una fuente de intrincado diseño en forma de pavo real, con incrustaciones de oro, plata, gemas y cristales de múltiples colores, todo ello perfectamente combinado para absorber la luz y reflejarla con multitud de gloriosos matices. A través de la boca de aquella figura alada brotaba agua pura, que fluía sobre un cuenco de bordes dorados situado algo más abajo. A la derecha de la fuente había un pabellón en forma de tienda, realizado en madera de cedro y con hermosas ventanas de cristal coloreado. Nisam aguardaba en los escalones que conducían hacia el pabellón, ataviado con una túnica roja y sujetando en la mano una copa, e hizo señas a De Payens para que se aproximara. El templario se quitó las botas y, con cierta timidez, cruzó el césped y subió los escalones que conducían a aquel pabellón cargado de dulces fragancias. Las paredes interiores estaban rematadas con pequeñas baldosas de electrum, oro y plata, cada una de ellas con su propio diseño exótico. El suelo estaba cubierto por las más hermosas alfombras de Persia y, a cada lado de la entrada, unos grandes tambores, cuidadosamente perforados, despedían cálidos efluvios. Nisam señaló con un gesto la pila de cojines que había en el centro y, una vez que De Payens estuvo cómodamente sentado, tomó asiento a su derecha, en el extremo de una gran mesa pulida repleta de brillantes copas, bandejas y cuencos.

—Los más selectos vinos y frutas —Nisam rellenó la copa que había frente a De Payens, hasta que el delicado líquido la colmó, y levantó la suya para hacer un brindis. De Payens respondió, bebiendo tan cautelosamente que Nisam sonrió—. Bebed, templario, bebed a fondo el vino y la vida.

El vino era delicioso, al igual que el suave pan de azúcar y la fruta cortada que Nisam insistió en ofrecer a De Payens. El templario comió y bebió, relamiéndose ante los exquisitos matices de sabor, y una sensación de profundo bienestar le invadió mientras observaba al pavo real de Gabriel, expulsando su agua de la vida.

—Bebed —insistió de nuevo Nisam.

De Payens hizo lo que se le ordenaba, fascinado por la elegancia con la que el pavo real comenzaba a moverse en todo su glorioso esplendor. Sintió que los ojos le pesaban cada vez más y que su cuerpo se relajaba sobre la calidez de una cómoda cama, envuelto en las mantas que Leonor había extendido sobre él. Otros recuerdos vinieron a su mente. Se mecía sobre aquel pequeño bote que el abuelo Teodoro había construido, el *Diente de Batalla*, como solía llamarlo. De pronto, se encontraba en Trípoli, haciendo girar su caballo, volviéndose para hacer frente a aquellos asesinos de frenéticos movimientos, mientras de las ramas de un árbol cercano colgaba un

ataúd sujeto por unas sogas.

—¡Templario, maestro!

De Payens se sobresaltó. Se encontraba de nuevo en el pabellón, mirando hacia la fuente.

—Habéis estado durmiendo, templario, soñando. Sospecho que es eso lo que habéis estado haciendo la mayor parte de vuestra vida: soñando en convertirnos en el perfecto paladín, o en seguir los pasos de vuestro ilustre ancestro, el gran Hugo.

—Con quien mantenéis una deuda de sangre —replicó bruscamente De Payens. Se sintió aliviado, reforzado y ligeramente resentido por la crítica implícita de Nisam.

—Maestro —sonrió Nisam—, no pretendo ofenderos, tan solo quiero ayudar. No quiero que caminéis en sueños hacia la muerte.

—¿Qué quieres decir? —De Payens se alertó ante esas palabras.

—Mirad a vuestro alrededor, Edmundo. El mundo en el que vivís no es el que os describió vuestra abuela, la formidable Leonor. Guardaos de los falsos espejismos. La casa del Temple ha dejado ya de estar habitada por caballeros pobres y dedicados a proteger a los peregrinos con su propia vida. En la actualidad, la Orden del Temple controla ciudades, castillos y grandes haciendas, tiene su propia flota de barcos. Un templario puede viajar de aquí hasta los confines de la cristiandad y seguirá encontrando a otros compañeros templarios. Vuestra orden tiene poder, riquezas e influencia.

—¿Y la deuda de sangre? —insistió De Payens.

—Hablaré de eso a su debido momento. Vuestro gran maestre, Bernardo de Tremelay, es un poderoso señor con una ambición sin límites. Intenta extender profundamente sus raíces —Nisam hizo una mueca—, para llegar a convertirnos en una Iglesia dentro de la Iglesia, un reino dentro de otro reino. Sueña con su propio dominio: un imperio, una fuerza que pueda oscurecer a cualquier rival en Occidente. Lo que os he relatado acerca del templario que vino hasta aquí —dijo, encogiéndose de hombros—, no es toda la verdad —continuó, arqueando los labios—. Confío en vos, pero no en vuestros compañeros. Mayele es un alma oscura; Parmenio, un pozo de secretos que merodea por mi fortaleza como una rata en busca de alimento. Está buscando algo; de qué se trata, no lo sé. Desde luego —prosiguió, suspirando ruidosamente—, debe de haber sospechado la verdad.

—¿Y cuál es?

—Es cierto, Walkyn vino hasta Hedad, pero no como un pedigüeño harapiento. Se había afeitado la cabeza y la cara y llevaba vestimentas árabes. Cuando mi hijo le escoltó de vuelta a las montañas, se convenció de que Walkyn planeaba reunirse con otras personas. Walkyn no vino hasta aquí para mendigar comida; vino a solicitar mi ayuda para asesinar al conde Raimundo en Trípoli. —¿Qué?

—Argumentaba que puesto que el conde había atacado y saqueado las caravanas que se dirigían a Hedad, yo debía de estar resentido con él. Me habló de venganza, y me invitó a llevarla a cabo.

—¿Y os negasteis?

—Por supuesto que sí —respondió Nisam con una sonrisa—, y no porque amase demasiado al conde Raimundo, pues, a decir verdad, teníamos algunos asuntos pendientes con él; sino porque nosotros, los *hassassins*, como soléis llamarnos, tomamos nuestras propias decisiones. No permitimos que nadie nos dicte lo que debemos hacer.

De Payens miró fijamente al astuto anciano.

—¿Por qué no matasteis a Walkyn? Después de todo, era un templario, y aquí no nos queréis demasiado.

—¿Por qué persistís en creer que somos una banda de carniceros? Walkyn se acercó hasta aquí en son de paz, comió nuestro pan y saboreó nuestro vino; era nuestro invitado, un comerciante con una propuesta de negocios. Nuestro estricto código de honor le protegía, aunque, debo admitirlo, me tenía intrigado, así que le pregunté cuál era la razón. Me respondió que provocar el caos y el desconcierto, pero que también tenía sus propias razones. Después, abandonó Hedad —Nisam sorbió un trago de su copa—, y decidimos observar lo que fuera a ocurrir. Cuando os recibí a vos y a vuestros compañeros, insinué la posibilidad de que un templario podría estar relacionado con la muerte del conde Raimundo. Ahora ya sabéis por qué, y no solo por la petición de Walkyn: mis palomas, mis caballos del aire, anidan en Trípoli. Se oían rumores, tanto antes como después de que el conde fuera asesinado, de que un templario o, al menos, un caballero franco, podría estar relacionado. Sinceramente, me pasó por la mente la idea de que Mayele y vos sois cómplices de Walkyn, al menos, hasta que llegasteis aquí; pero, Edmundo, estoy convencido de que sois un alma honorable. También os debéis de estar preguntando —lanzó un brindis a De Payens con su copa— por qué vuestro gran maestro os envió hasta aquí, y me refiero a la deuda de sangre entre vuestras dos familias. ¡No seáis demasiado duro con Tremelay! Quizá no solo os envió porque fuisteis testigo del asesinato del conde Raimundo, sino también porque conoce toda la verdad acerca de nuestra deuda de sangre, al igual que vuestro gran amigo Guillermo Trussel.

—¿Y qué verdad es esa?

—Ah —Nisam cerró los ojos—, años atrás, cuando yo era un consumado guerrero, vuestro tío abuelo y vuestro abuelo encabezaron incursiones en estas montañas. Durante una de ellas, mi hermano murió en combate cuerpo a cuerpo con lord Hugo; es cierto, una muerte heroica, pero la sangre es la sangre. Pasados seis meses, lord Hugo, astuto como una serpiente, regresó de nuevo. Las nieves del invierno se habían fundido y lanzó una emboscada contra una caravana que traía provisiones de Ascalón. Mi esposa, la madre de Uthama, formaba parte de esa caravana, y fue capturada. Sin embargo, lord Hugo la trató con gran respeto. La envió a salvo hasta mí, acompañada de su escolta, con el mensaje de que el Temple no hacía la guerra con mujeres y niños —abrió los ojos—. Así que, templario, ¿dónde me deja eso a mí? Os diré quién sois, Edmundo de Payens: sois un soñador en una

habitación oscura. Vivís una ilusión, no sois consciente de lo que está ocurriendo en vuestra orden. Deberíais abrir bien los ojos, desenvainar vuestro puñal y apretar bien la espalda contra la pared —sacó un trozo de pergamino de debajo de un cojín y se lo entregó—. Tomad esto, y que vuestro Dios te acompañe. Mi deuda ha sido satisfecha.

CAPÍTULO 5



El enemigo, para nuestro quebranto, colgó
de las almenas los cuerpos de los muertos.

Ascalón, que se regocijaba en sus grandilocuentes títulos, la Esposa de Siria, la puerta Sur de Jerusalén y la Entrada a las Rutas Marítimas del Este, se encontraba bajo asedio. En el corazón de esta magnífica ciudad se erguía una mezquita, cuyas columnas de brillante mármol negro sostenían una piedra cavernosa. Hasta ella conducía un pasaje abovedado, flanqueado por columnas de blanca piedra caliza sobre un suelo de reluciente mármol. Las paredes que rodeaban el patio interior estaban exquisitamente decoradas con mosaicos de oro y plata. El camino estaba salteado por fuentes de agua pura en las que los visitantes podían saciar su sed. En las esquinas sombreadas de este sagrario se encontraban los mamelucos de los gobernantes turcos, fieros guerreros vestidos de negro y capas plateadas que vigilaban los movimientos de los peregrinos. Todos se reunían allí: merodeadores del desierto, ataviados con sus túnicas de piel de camello; turcomanos, con sus oscuras pieles; nubios, vestidos con encendidos tonos carmesí; siniestros mercenarios, con sus escudos cruzados en la espalda; cadis, revestidos de cuero, caminando pesadamente bajo sus parasoles; mercaderes, envueltos en túnicas rayadas de colores chillones; pordioseros infestados de moscas, aliviando con bastones la fatiga de sus demacradas piernas, con sus estómagos hinchados y sus cuencos de limosna de madera colgando del cuello. Las mujeres, con sus rostros cubiertos por velos, se movían entre la multitud como fantasmas, mientras los hombres se congregaban en las zonas de sombra. Profetas, cortesanas y mensajeros, los arrogantes y los cariacontecidos, todos convergían en Ascalón antes de partir hacia la Jerusalén controlada por los francos para visitar la Cúpula de la Roca, congregarse en la Caverna de las Almas y adorar el lugar sagrado de Ascent. Ahora se encontraban todos atrapados, al igual que los hombres y mujeres en los bazares, donde las alfombras de Persia se amontonaban junto a fardos de cáñamo, vasijas de aceite de oliva, arcas repletas de especias y cofres de perlas. Todos se habían visto sorprendidos por el asedio: los judíos, con sus túnicas azules, y también los armenios y venecianos, que debían llevar un lazo alrededor del cuello para diferenciarse de los extranjeros.

El gobernador de Ascalón se había quedado estupefacto. Los francos se habían puesto en marcha repentinamente, emergiendo de sus lóbregas fortalezas y formando una riada humana bajo sus banderas de colores, todos agrupados ante el estandarte de Balduino III, que estaba decidido a tomar este vital puerto de mar. Los espías y patrullas del gobernador habían cruzado la gran puerta de Jerusalén a lomos de las monturas más veloces de Arabia, portando las funestas nuevas. ¡Los *cruciferi*, los portadores de la cruz, volvían a marchar de nuevo! La espantosa caballería acorazada de los francos se estaba replegando, preparándose para lanzar una letal carga que aplastase cualquier oposición: hordas de arqueros, seguidas de interminables filas de hombres de armas, lanceros a caballo e infantería. Tras ellos retumbaban pesadas escaleras de asedio, mangoneles, catapultas, arietes y carretones de guerra cargados de brea, alquitrán y antorchas.

Ascalón debía ser rodeada, asediada, invadida y quemada. Y lo que era aún peor, la casa del Temple, aquellos vengativos monjes guerreros con sus largas túnicas de brocado blanco, sus cabezas rapadas para la guerra tocadas por un yelmo y sus pobladas barbas, se habían unido al asedio. El gran maestre Tremelay había convocado a sus veteranos, que se habían postulado como los más fieros defensores de Balduino. Los templarios habían montado el campamento; sus oscuras tiendas de cuero se agrupaban alrededor de la sagrada explanada en la que se situaba el pabellón azul del gran maestre y la capilla provisional, que contenía gran cantidad de reliquias sagradas. Ascalón debía ser arrasada, Tremelay había insistido en ello. Había respondido a la llamada del rey Balduino, despojando a la Ciudad Santa de prácticamente todos los activos de su orden, al igual que a los castillos y guarniciones que se esparcían por toda Ultramar. Los templarios tensaban el asedio. Ascalón estaba bloqueada, sellada, y a su guarnición no le quedaba otra alternativa que enarbolar el estandarte negro de guerra en sus torres y murallas. El gobernador había transmitido su desafío a los *cruciferi* por medio de sus tambores, timbales y gongs. La planicie que se extendía entre las murallas de la ciudad y las lanzas de los *cruciferi* se encontraba ya sembrada de cadáveres que se pudrían al raso. El intenso sol abrasaba las piedras marrones y grises de Ascalón, al igual que las tiendas de los sitiadores. Los *cruciferi* deseaban un desenlace rápido y feroz, aunque Ascalón se estaba mostrando testaruda. Los sitiadores se irritaban bajo el inclemente sol, y esta crispación se acrecentaba con el persistente viento del desierto, cuya agitación aumentaba a cada momento.

Edmundo de Payens, que también participaba en el asedio, descansaba sentado a la sombra de un toldo de cuero que cubría la entrada de la tienda que compartía con Mayele y Parmenio. Vestía una simple túnica de tela blanca y sujetaba en sus manos un pellejo lleno de agua de un manantial cercano, mientras observaba cómo conducían a un pequeño rebaño de famélicas cabras negras de vuelta a su cercado. En el aire flotaba una nube de polvo amarillento, amortiguando el sonido y cubriéndolo todo de una fina capa de arena. De Payens comenzó a recordar su pasada reunión con Tremelay y tomó un trago de agua. El gran maestre les había recibido en su tienda azul y, prácticamente, le había arrebatado el cofre sellado enviado por los *hassassins*, antes de escuchar con atención el informe elaborado por De Payens y sus compañeros. El rostro enrojecido del gran maestre se encendió al abrir el cofre y descubrir las piedras preciosas; satisfecho, aunque discretamente enfadado, concluyó De Payens, como si su misión a Hedad no se hubiese cumplido al completo según sus deseos. Durante su encuentro, Tremelay había evitado mirarle directamente a los ojos, pero parecía trastornado por la carta que había dictado Nisam. De Payens no había dejado de observar a sus dos compañeros. No sabían nada de su encuentro secreto con Nisam, y les había pedido que no revelaran nada de lo que habían descubierto en Hedad acerca de Walkyn y de la deuda de sangre entre los *hassassins* y la familia De Payens; ni May ele ni Parmenio habían objetado.

Una vez transmitido el informe, los tres se habían retirado hacia su tienda, donde recibieron la orden de prepararse para el próximo asalto, que había tenido lugar hacía tan solo cinco días. Se había extendido el rumor de la inminencia de un ataque masivo. De Payens, Mayele y Parmenio habían recibido la orden de unirse a una avanzadilla, poco más tarde de la novena hora, cuando el calor del día comenzara a decaer. Edmundo deshizo el nudo que sostenía la pequeña bolsa alrededor del cuello y sacó el pergamino que le había entregado Nisam. Estudió los números impecablemente transcritos, el mensaje oculto en una clave secreta que no conseguía descifrar, al menos por ahora. Se limpió el sudor de la mejilla y refrenó su irritación cuando un paje, sucio y desaliñado, lanzó un grito de protesta a un cachorro que había adoptado. Apartó a un lado el pergamino y alzó la vista a la neblina amarillenta, sintiendo la agitación en su estómago. Aunque había transcurrido casi una semana en el campamento, aún se mostraba inquieto. Aceptó que el cómodo programa que se le había asignado, las horas del día entrelazadas con sus deberes de templario, se desgarraba ahora como un tapiz empapado de agua. Tremelay debía ser interrogado, pero ¿cómo? ¿A quién podría dirigirse? A su llegada al campamento había recibido la noticia de la muerte repentina de Trussel. El gran héroe había contraído una fiebre que le había consumido en un solo día. Abrumado por la sospecha, se preguntaba si la muerte del inglés había respondido a causas naturales.

—¡Es la hora!

De Payens alzó la vista, entornando los ojos. Parmenio y Mayele aguardaban en pie, mirándole fijamente.

—Es la hora —Mayele le dio unos suaves golpecitos en la espalda.

De Payens se puso en pie en la tienda, se enfundó su armadura de cota de malla y sus calzas, se ajustó al hombro el cinto, se colocó el casco cónico y cogió su escudo en forma de cometa. Se enjuagó la boca con un trago de agua mientras esperaba a Mayele y Parmenio. Una vez listos, murmuró una plegaria y los tres abandonaron la tienda en dirección al campamento principal.

La niebla de la tarde se hacía más densa allí. Pasaron junto a un enorme carro, volcado por la parte delantera, cuyos tiradores se habían usado como improvisadas horcas de las que colgaban dos malhechores que habían capturado, juzgado y ahorcado esa misma mañana. El hedor de los cuerpos en fase de putrefacción había atraído ya a los perros del campamento, mantenidos a raya tan solo por un anciano, sin dientes y con ojos grisáceos, que permanecía sentado sobre un cesto agitando un bastón. Al otro lado del carro, vestido de negro y en cuclillas, un monje benedictino escuchaba confesiones. Un grupo de mujeres del campamento, vestidas con sus mejores galas, correteaban gritando y cantando. El intenso olor del estiércol de caballo se mezclaba con el del sudor, procedente de miles de cuerpos desaseados, y con las extrañas fragancias que exhalaban multitud de ollas y marmitas al fuego. Los tres hombres evitaron el calor de fraguas y calderas, bordeando con mucho cuidado los cúmulos de residuos e impedimenta. Un sueño, pensó De Payens, una pesadilla

colmada de visiones fantasmagóricas: un hombre y una mujer copulando ruidosamente bajo el toldo de una tienda; un predicador subido a una cuba rota, cantando un salmo; vendedores de reliquias, ofreciendo medallas como protección eficaz en la batalla; grandes señores a lomos de sus engualdrapados corceles de guerra, sujetando halcones sobre la muñeca y rodeados de ruidosos perros de caza. Un mundo difuso y grotesco.

De Payens se encontraba ya bañado en sudor; sentía el brazo que portaba la espada cada vez más pesado. Caminando tras él, Mayele y Parmenio charlaban entre sí, llamando de vez en cuando su atención, pero los ignoró. Otras siluetas, ataviadas para la guerra, se dirigían también hacia los límites del campamento, remontando la suave pendiente coronada con estacas afiladas, muchas de ellas decoradas con las cabezas cortadas de prisioneros ejecutados. De Payens trató de ignorar la sequedad en la garganta y los labios. Siguió recorriendo el camino marcado por las estacas, por el que más tarde habrían de pasar mangoneles, trebuchetes, arietes, catapultas y torres para cumplir su función en el asedio. Se detuvo unos instantes para observar aquellos terroríficos ingenios de guerra y al incansable grupo de personas encargado de las tareas de mantenimiento engrasando los ejes, tensando las cuerdas, cargando los carros con calderos de fuego, rocas, fardos de paja y telas empapadas de brea preparadas para arder. Las pieles de buey que recubrían las torres de asedio se habían descolgado y extendido sobre el suelo para empaparlas en vinagre como única protección contra el devastador fuego griego que usarían contra ellos los defensores de Ascalón.

—Ocurrirá pronto —observó Mayele—. Un asalto global a la ciudad —aceleró el paso hasta situarse junto a De Payens—. Quizá mañana, o al día siguiente. Tremelay insiste en ello.

De Payens emitió un sonido y asintió con la cabeza. Los tres guerreros coronaron la pendiente y bajaron seguidamente la empinada ladera que conducía a las lúgubres murallas de Ascalón. El terreno que rodeaba las defensas era baldío y espeluznante, como salido de un sueño del infierno; el amarillento suelo rocoso estaba plagado de hediondos cadáveres y de desperdicios de la batalla. Hordas de buitres, hienas y algún huidizo chacal o zorro se acercaban por la noche a saciar su hambre. Se trataba de una vacía y desmoralizante franja de tierra dominada por las almenas de la ciudad, entre las que se distinguían multitud de estandartes y el destello de las armaduras brillando al sol. Las columnas de humo negro que se elevaban al cielo anunciaban que el gobernador y sus tropas preparaban la defensa ante un ataque inminente.

—Una de las cinco ciudades de los filisteos —declaró Parmenio—, una ciudad en la llanura, salpicada de sangre, envuelta en constantes guerras, asedios, conquistas y reconquistas.

A cada lado de la puerta de Jerusalén, ahora sellada con ladrillos, se elevaban altivas y majestuosas torres. Entre las tropas corría un rumor que afirmaba que, a pesar de su formidable apariencia, la puerta se había forzado y debilitado. De Payens

observó a través de la calima a los ingenieros templarios, ocupados en la construcción de una torre de asedio gigante con la madera obtenida de mástiles de barcos. Decían las habladurías que la torre estaba ya dispuesta, y que el propósito de la actual incursión era inspeccionar el terreno para preparar el ataque masivo. De Payens se unió a los demás y todos se congregaron, junto con ingenieros y canteros, tras el gran plúteo, una enorme barrera sobre ruedas de madera coronada con el estandarte azul y dorado del rey Balduino. Alrededor de unos sesenta hombres de varias comitivas se habían reunido bajo el mando de un caballero real, cuyo escudo representaba un grifo dorado sobre un fondo azul celeste. El noble guerrero, veterano en multitud de asedios, explicaba que tratarían de aproximarse lo máximo posible a la puerta de Jerusalén. Debían intentar descubrir el número de máquinas de guerra armadas sobre las murallas y delimitar el número de puestos de guardia entre los afloramientos rocosos que poblaban el terreno comprendido entre los sitiadores y la ciudad. De Payens tomó aire, humedeciéndose la boca, y se sacudió de la nariz la arena procedente de la brisa. Echó una ojeada a través de una pequeña abertura en el plúteo: el terreno que tenían ante sí parecía vacío, y el único movimiento que se percibía era el de los enormes buitres que aleteaban entre los cadáveres. Articuló un murmullo de aprobación ante la advertencia de una posible emboscada susurrada por el caballero real. Las águilas y los buitres se mantenían alejados de los afloramientos rocosos que dominaban los accesos a las puertas de la ciudad.

—Mucho cuidado —dijo Mayele—, los montículos están fortificados —golpeó el plúteo con el puño—. Espero que esto resista.

—*Deus vult!* —gritó el caballero real—. *Deus vult!*

El grito se elevó al cielo cuando todos se apoyaron contra el plúteo, haciendo chirriar sus ruedas. De Payens empujó con el resto, ignorando el calor y el polvo que le quemaban la nariz y la boca. Miró por encima del hombro y observó a los arqueros, ujieres templarios que los seguían, desplazados ligeramente en ambos flancos para poder vigilar las murallas y los montículos. Tras los arqueros se agrupaba una multitud de caballeros dispuestos para la carga. De Payens se preguntaba por qué él y el resto habían sido seleccionados para esta tarea, pero prefirió dejar de pensar en ello; muchos otros debían también cargar con el peso del asedio. Susurró versos de un salmo que hablaba de caminar por el valle de las tinieblas. El plúteo alcanzó ruidosamente el pie de la colina, avanzando lentamente y salvando rocas y agujeros. Uno de los compañeros de De Payens lanzó una maldición al quedar su bota enredada en los restos putrefactos de un cadáver, cuyos huesos se quebraron bajo el enorme peso de las ruedas del plúteo. Un ujier emitió un grito de advertencia y De Payens volvió a mirar a través de la abertura, observando la espesa columna de humo que se alzaba sobre las murallas. Se escuchó de nuevo un grito de advertencia, al que siguieron un agudo zumbido y una tormenta de fuego de calderos ardientes, fajos de paja en llamas y piedras impregnadas de aceite. Esta primera andanada impactó en el suelo, produciendo un enorme estallido de fuego y chispas

incandescentes. Una oleada de intenso calor atravesó el plúteo, obligando a los hombres apostados tras él a toser y escupir. Siguieron más misiles, que impactaban frente a ellos o a ambos lados. Uno de ellos sobrevoló el plúteo e impactó de lleno en la línea de arqueros, convirtiendo a tres de ellos en antorchas humanas que gritaban y se agitaban aterrorizadas hasta que otros arbalesteros los abatieron en un acto de suprema piedad.

El plúteo reanudó su marcha ante una nueva oleada de fuego enemigo. Uno de los fajos de brea hizo blanco en el lateral de la barrera móvil abrasándole el rostro a un desdichado guerrero, escaldándole la piel y convirtiendo sus ojos en agua. El hombre se hincó de rodillas, gritando frenéticamente. El caballero real los apremió para que empujasen más rápido, para tratar de confundir la puntería de los observadores apostados en las almenas. Al aproximarse a los primeros montículos se escucharon gritos de guerra, emitidos por los enemigos ocultos tras los afloramientos rocosos que se lanzaban hacia ellos. De Payens y los otros reaccionaron desenvainando sus espadas para hacerles frente. Los arqueros se situaron apresuradamente al frente y descargaron una lluvia de flechas. Solo algunos atacantes cayeron fulminados, los otros embistieron por ambos lados del plúteo. De Payens avanzó para enfrentarse a un asaltante, un turco con el rostro oculto bajo su casco puntiagudo y su cota de malla que, armado con una lanza y un escudo circular, le atacó por la derecha. Erró en la embestida y De Payens cayó sobre él, usando escudo y espada para aplastarle contra el plúteo; le lanzó un golpe brutal al rostro y siguió combatiendo. Los demás atacantes también habían sido derrotados entre un espeso remolino de polvo. Se escucharon timbales de guerra desde las almenas, respondidos por las trompetas francas. De Payens apoyó la cara contra las planchas de madera, se giró y, al hacerlo, un proyectil de ballesta impactó justo donde había estado su cabeza.

Miró a su alrededor: el fragor de la batalla disminuía, el enemigo se retiraba, dejando tras de sí una nube de polvo empalagoso. El caballero real gritó unas órdenes y el plúteo reanudó la marcha. Los montículos estaban ahora desiertos, pues sus defensores habían huido hacia una puerta secundaria en una de las torres que flanqueaban la puerta de Jerusalén. Algunos alcanzaron las escalas que les tendieron, pero otros cayeron aplastados bajo los cascos de la caballería franca, muriendo ensartados por espadas y lanzas. El aire se cargaba de chillidos, exclamaciones, gritos de guerra y el sonido metálico del acero, mientras las trompetas del campamento anunciaban la retirada. Los ingenieros y canteros, vestidos con corazas de cuero y bacinetes, se habían aproximado cuanto podían a las puertas. Ahora, aparentemente, habían recopilado toda la información que necesitaban, y el plúteo comenzó a retroceder. De Payens trató de controlar el terror y el pánico, que le atenazaban tanto que sentía como si su garganta se cerrase. No podía confesar su miedo. La cruda reflexión de que aquel proyectil podía haberle destrozado el cráneo había socavado su coraje. Por un lado, estaba convencido de que alguien le había apuntado deliberadamente, ¿pero quién? Los turcos no utilizaban ballestas, y él se había

mantenido en el centro del plúteo. El enemigo había atacado tan solo por los flancos antes de retirarse apresuradamente, nadie había conseguido colarse por la retaguardia. Por otro lado, su misterioso agresor había esperado a que se moviera, apuntando ligeramente por encima. ¿Por qué?

—No ha sido un accidente —murmuró.

—¿A qué te refieres?

De Payens miró a su derecha. Mayele, agarrado a la barra del plúteo, le miraba con gesto burlón. No había rastro de Parmenio. De Payens sacudió la cabeza.

—Los tambores de la muerte me rodean —susurró—, el profundo pozo de la muerte comienza a abrirse.

No era esta la clase de vida que anhelaba, Nisam estaba en lo cierto. Quizá se tratase de una ilusión, de una fantasía: no había paladines vestidos de blanco sobre sus rápidos corceles de guerra, no se entonaban salmos durante la fresca penumbra del amanecer, no existía la auténtica amistad y camaradería. Esto era, más bien, un valle de la muerte, una serie de fosos y trampas que debía sortear, y De Payens estaba decidido a hacerlo.

Alcanzaron la base de la rampa que conducía al campamento mientras una cálida brisa barría el polvo en suspensión. Se escuchaban los gritos de los heridos suplicando ayuda, ante los que acudían los camilleros para recogerlos y trasportarlos apresuradamente, como si de fardos de grano se tratase. Tres ujieres pasaron junto a ellos portando cestas repletas de cabezas cortadas del enemigo, que terminaron ensartadas en el bosque de estacas, mientras lanzaban gritos de desafío hacia las murallas de Ascalón. Los hombres se bajaban los pantalones y representaban obscenas danzas, burlándose de los defensores de la ciudad. El enemigo no tardó en dar su siniestra respuesta: el retumbar de timbales recorrió los sangrientos restos de la batalla, se alzó una bandera negra, unas siluetas comenzaron a moverse tras el parapeto y, de repente, un grupo de cuerpos se precipitaron desde las almenas, agitándose convulsivamente cuando las sogas se tensaron sobre sus cuellos. La réplica de los francos no se hizo esperar y llevaron al frente a un grupo de prisioneros, los desnudaron y los empalaron vivos en estacas. La sangre manaba a borbotones entre los gritos encolerizados de los sitiados. Las águilas y los buitres comenzaron a congregarse sobre los muertos, esperando el momento de caer sobre la carroña.

De Payens se puso en pie con dificultad y se encaminó con andar pausado hacia el hediondo campamento. Cuando alcanzó su tienda, corrió a un lado la portezuela y se dejó caer pesadamente sobre el montón de sacos y mantas que hacía las veces de catre. Un sinfín de imágenes, recuerdos y pensamientos recorrió su alma como una tormenta de arena: girándose para hacer frente a aquellos asesinos en Trípoli, la mirada cínica de Nisam, el secretismo de Tremelay, las sonrisas maliciosas del gran maestro. Sintió el peso del pequeño saco alrededor del cuello con el código que le había entregado Nisam. Le resultaba imposible traducir los números árabes, pero

sospechaba el significado de su secreto. ¿Sería posible que Tremelay, sabiendo de la existencia de la deuda de sangre entre los *hassassins* y la familia De Payens, le hubiese enviado deliberadamente a Hedad para que le dieran muerte? ¿Le habrían seleccionado también como víctima en la matanza de Trípoli? Pero, ¿por qué?

Un preocupado Parmenio le despertó de su sueño sudoroso. De Payens miró hacia la portezuela de la tienda: la luz estaba menguando, y la brisa de la tarde proporcionaba una acogedora frescura. En el exterior resonaba el rechinar de sogas, el crujido de ruedas, el chirriar de ejes, gritos y alaridos y el sonido seco del látigo.

—¿Qué ocurre?

—La torre de asedio está preparada —un clamor de trompetas interrumpió a Parmenio—. Edmundo, el gran maestro nos ha convocado. La ofensiva total contra la puerta de Jerusalén es inminente, y todos debemos reunirnos junto a los estandartes.

De Payens se puso en pie, musitando maldiciones. Aún llevaba puesta la cota de malla y se sentía dolorido, sudoroso y sediento, así que cogió un pellejo de agua, se remojó la cara y se humedeció la boca. Mayele entró en la tienda, y ambos caballeros buscaron a tientas su espada, casco, escudo y siguieron a Parmenio, tocado con un ridículo casco, cuadrado, hacia el exterior. Se reunieron ante la armería y el altar situados a la salida de la tienda del gran maestro. Tremelay, en pie sobre un carromato adornado con los estandartes sagrados de la orden, pidió silencio, y los ujieres impusieron el orden. Ante ellos se erguía la imponente torre de asedio de seis pisos, abierta por la parte de atrás y recubierta de pieles de buey empapadas en vinagre. Al mirar a su alrededor, De Payens también observó los múscolos, trebuchetes y catapultas; tras ellos se encontraban los carros de batalla, repletos de cuencos de brea, fardos de avena, lana, cuerdas y leña. El aire estaba cargado con el olor del aceite y el alquitrán. Parmenio estaba en lo cierto: esto iba a ser un gran asalto bajo el frescor de la tarde. Tremelay confirmó esta afirmación al explicar que todas las grandes máquinas de asedio de los francos, grotescos monstruos que recibían nombres como «Mal vecino», «Venganza de Dios» y «Fuegos del infierno», habían sido confiados a los templarios. Debían abrir una brecha en, o alrededor de, la puerta de Jerusalén y mantener una línea de contención hasta que el resto de los francos hicieran su entrada. Se había detectado un punto débil en la fortificación, y concentrarían toda la fuerza de su ataque en él.

El discurso de Tremelay recibió un rugido general de aprobación, seguido por el estridente resoplar de las trompetas. Los estandartes y pendones de la orden se desplegaron y bendijeron con solemnidad; el humo del incienso serpenteaba hacia el cielo en densas columnas. Se entonó un himno que acabó con el gran grito de encomio de la orden: «*Non nobis, Domine, non nobis*», al que siguió el bramido de los cuernos de guerra. Las fuerzas templarias formaron una ancha y profunda falange, flanqueada en ambos extremos por los arqueros, y comenzaron su marcha con paso firme sobre lo que De Payens denominaba interiormente «la tierra de la espesa tiniebla». Aún se sentía débil después del primer ataque, le dolían las extremidades y

su estómago hervía como un caldero. A cada lado, Mayele y Parmenio caminaban absortos en sus pensamientos, se detuvieron un momento para beber agua, descansando el peso de las armas en sus fundas, y prosiguieron la marcha. Los grandes ingenios de guerra coronaron la cima del promontorio y continuaron su avance ruidosamente hacia las murallas de Ascalón.

De Payens vislumbró el brillo del acero enemigo que aguardaba entre las almenas; el cielo estaba ennegrecido por el humo, procedente de los fuegos en los que hervían aceite, brea y otros materiales incendiarios; la parte superior de catapultas y mangoneles también se adivinaba contra el azul del cielo. La frescura de la brisa de la tarde se vio alterada por las nubes de polvo que levantaban las botas de los templarios en su camino a la puerta de Jerusalén, al abrigo de la gran torre de asedio. Se escucharon algunas órdenes a viva voz. Algunos guerreros de vista aguda habían informado de que los defensores estaban lanzando gruesas madejas de sogas y cuerdas como protección contra la torre. De Payens agarró con fuerza su espada y su escudo cuando escuchó las últimas órdenes. El ataque sería un señuelo. Tremelay había seleccionado, como su auténtico objetivo, la estrecha puerta secundaria en la base de la torre que flanqueaba la puerta de Jerusalén. En el asalto realizado anteriormente habían podido comprobar que la puerta estaba debilitada y podía forzarse. De Payens trató de distraerse con algunos recuerdos más placenteros: un paseo con Teodoro por los bosques de El Líbano, la charla de su abuelo describiéndole los distintos árboles y arbustos, maravillándose de la majestuosidad del mirto y la fuerza del roble.

Un grito lo despertó de su ensueño. La torre de asedio y las otras máquinas de guerra estaban ya cerca de las murallas. El cielo de la tarde se incendió con el fulgor de las llamas, las columnas de humo y un siniestro resplandor naranja; los defensores lanzaban una lluvia de fuego al contingente enemigo, que avanzaba decidido hacia ellos. Se escuchó el crujido de las cuerdas, el bufido de los proyectiles, y cayeron sobre ellos multitud de piedras, heno, brea y fajos de tela, como si los fuegos del infierno se precipitaran desde una abertura en la tierra. Los hombres morían de diversas y horribles maneras, desollados, quemados o golpeados por piedras, flechas o proyectiles de metal. Los alaridos y los gritos de guerra evocaban la flameante antesala del infierno. A ojos de De Payens, habían dejado de ser hombres y se habían convertido en criaturas de las tinieblas, seres poderosos preparados para atacar, destruir y matar.

Las máquinas de guerra francas continuaban acercándose, descargando una andanada de flechas tras otra para barrer los parapetos que había sobre ellos. Finalmente, la torre de asedio alcanzó la puerta, chocándose contra la espesa cortina de cordaje protector. Los templarios se apresuraron a subir las escaleras interiores de la torre, para ofrecer apoyo a los que luchaban en las dos plataformas superiores. Sin embargo, De Payens y sus compañeros se quedaron en el exterior, protegidos por la torre, donde tan solo podían ser testigos de los horrores del ataque. Muchos hombres

salían despedidos del brutal encontronazo, empapados de aceite, envueltos en un voraz fuego que fundía cuerpos y cotas de malla en una sola masa informe. Unos soldados, cegados por las bolsas de cal, retrocedían y perecían bajo la lluvia de flechas y piedras. Algunos cuerpos caían como precipitados del cielo y se estrellaban contra el suelo. Las escaleras eran repelidas por el enemigo, o destrozadas por el fuego griego. Comenzó a descender una sofocante nube negra. Mayele maldijo la estupidez de Tremelay al observar que los ingenieros arrastraban un ariete junto a la torre para golpear la muralla a la derecha de la puerta secundaria. La puerta estaba bloqueada desde el interior, pero se habían advertido algunas grietas a su alrededor, algunos fallos en su construcción. Tremelay, con la cabeza desprovista de su casco, ordenó a gritos a los guerreros de la tercera planta que aporrearan la puerta secundaria; mientras tanto, el enorme ariete, protegido por su tejado en forma de escudo, se estrellaba salvajemente contra la muralla. El ataque se extendía ahora hacia ambos lados de la puerta de Jerusalén. Los angustiados defensores no sabían hacia qué lado debían girarse, y Tremelay continuaba rugiendo órdenes incansablemente. De Payens, oculto en las sombras, tan solo podía contemplar, tenso y atemorizado, el espectáculo de muerte y destrucción que se representaba a su alrededor.

—*Deus vult! Deus vult!*

El grito de guerra celebró el estruendo causado por la piedra al precipitarse desde la altura. Una parte de la muralla que se erguía junto a la puerta secundaria se había agrietado y terminó por desmoronarse, formándose una espesa nube de polvo que, al clarear, dejó entrever una abertura de unos tres metros de altura y otros tres de anchura. Tremelay retrocedió unos pasos, volvió a enfundarse el casco y, batiendo en el aire su espada, señaló a los templarios y les gritó que le siguieran. De Payens y los demás alzaron los escudos para protegerse de la lluvia de misiles procedente de las murallas, corrieron hacia las escaleras y subieron hacia la abertura, donde el polvo y el humo formaban una densa niebla que les hacía toser y jadear. Una vez en el interior, sacaron multitud de pellejos de agua, que se vaciaron enseguida y, blandiendo al frente los escudos y alzando las espadas, una masa de unos cuarenta hombres se adentró en un pasillo empedrado, iluminado con la débil luz de algunas lámparas y antorchas.

—¡Hemos entrado en una antecámara! —gritó jadeando Parmenio—. Debemos de encontrarnos en un pasadizo que conduce al exterior de la torre. Hemos...

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando apareció de repente un grupo de hombres para bloquearles el paso. Los templarios, dando rienda suelta a su furia y a su miedo, se abalanzaron sobre ellos como una horda salvaje y letal. Sus oponentes caían de rodillas con tremendas heridas. El suelo pronto se volvió resbaladizo por la abundante sangre. Finalmente, los templarios atropellaron a sus enemigos y salieron al exterior de la torre, donde pudieron tomar una bocanada del aire fresco de la noche. Al llegar al extremo de un área adoquinada, bajaron unos escalones que se extendían

hasta donde comenzaban unas callejas que conducían a la ciudad. Se escuchó tras ellos un amenazante estruendo de escombros precipitándose, tras lo cual, Parmenio agarró del brazo a De Payens. El templario trató de quitárselo de encima. Aún se encontraba enloquecido por la sangre tras el feroz ataque en el pasadizo, donde su espada había cortado a tajos la carne de sus enemigos, bañándose con su sangre, entre el hedor de las vísceras y el sudor y el olor penetrante de la carne quemada.

—¡Edmundo, Edmundo, aquí!

Habían llegado al final de los escalones. Los templarios estaban formando un arco, preparados para avanzar. De Payens escuchó su nombre a gritos, pero Parmenio seguía tirando de él, empujándole hacia la zona de adoquines. De Payens tropezó. No sabía bien por qué, pero había percibido el terror en Parmenio. Llegaron al acceso de un callejón, donde corría una fresca brisa que le helaba el sudor. Parmenio tiraba de su escudo.

—Edmundo, Edmundo, por el amor de Dios, quitáoslo.

De Payens dejó caer su escudo; su espada se le escurrió de la mano. Se deshizo de su casco y, como en un estado de ensoñación, se quitó la cota de malla, alertado por los susurros de alarma de Parmenio. Giró la cabeza hacia el área adoquinada. Los otros templarios, unos treinta en total, se habían agrupado con sus escudos en alto, pero ya no formaban un arco, sino un círculo. Los murmullos de Parmenio calmaron su mente, excitada por el fragor de la batalla. Se habían quedado solos, aislados. De Payens recordó aquel segundo estruendo de piedras. Las paredes habían vuelto a derrumbarse, taponando la brecha abierta con anterioridad; los templarios del exterior no podían acceder al recinto para prestarles ayuda. Continuaron los distantes sonidos de la batalla. El ataque sería repelido, y los turcos podrían entonces ocuparse del enemigo en el interior de la fortaleza.

De Payens observó aterrorizado. El gran maestre y los lugartenientes que habían liderado la incursión se percataron de que estaban atrapados: no podían retroceder, y cualquier avance sería inútil. La pequeña falange se contrajo aún más, formando un anillo de acero con los escudos. Se escucharon gritos y alaridos. De Payens hizo ademán de avanzar hacia ellos.

—¡Es una locura! —susurró Parmenio—. Es una locura —repitió—, ¡una muerte más para nada!

Agarró de nuevo a De Payens, tirando de él hacia atrás, y los dos hombres se quedaron inmóviles, observando el desenlace. Se lanzaron algunas antorchas y comenzaron a vislumbrarse multitud de sombras. La guarnición de la ciudad, sorprendida por el salvaje giro de los acontecimientos, no podía creerse lo que había sucedido. La brisa les llevaba el sonido lejano del gran asalto. Los francos del exterior comenzaban a retirarse. Se encendieron más antorchas y comenzaron a arrojárselas a los templarios. De Payens se apoyó contra la pared cubierta de inmundicia mientras una poderosa voz franca entonaba el *De Profundis*: «Desde lo más profundo, oh Señor, te he lanzado mi grito. Oh Señor, escucha mi voz».

Siguieron cayendo antorchas. El sonido de los cánticos se intensificó, proporcionando a aquellos hombres la fuerza necesaria para plantar cara a una muerte segura. Los templarios jamás se rendirían. No suplicarían piedad al enemigo, y este jamás se la ofrecería. Una lluvia de flechas surcó el aire procedente de las sombras. Los proyectiles se clavaron en los escudos, se escuchó el grito «*Deus vult!*» y la falange comenzó a retroceder, subiendo los escalones que conducían de vuelta a la torre. De repente, un río de hombres surgió de entre las sombras, subiendo los escalones en su encuentro y lanzándose contra la falange espadas en alto, clamando estridentes gritos de guerra. El cerco de escudos permanecía intacto; los turcos, tocados con sus cascos puntiagudos y sus pesadas capas, estaban siendo repelidos. Se lanzaron más antorchas, seguidas por un nuevo ataque. A la luz de las llamas, un furioso y tenso De Payens observó manchas de sangre sobre los escalones. Habían conseguido abrir un pequeño hueco en la pared de escudos, pero de nuevo, los atacantes se retiraron. Varios cadáveres templarios yacían sobre los escalones superiores. Ya no se escuchaban salmos ni gritos, solo un tenso silencio. Los atacantes volvieron a golpear. Se escuchó un gran grito de guerra cuando el cerco de escudos fue finalmente roto. Los templarios se dispersaron, luchando cada uno contra muchos contrincantes en un combate a muerte. El ataque se detuvo y el enemigo volvió a retirarse. Los arqueros se adelantaron, tomaron posiciones y comenzaron a destensar el arco; se sucedieron las andanadas de flechas, mientras los arqueros expertos fueron eligiendo a sus víctimas individualmente. Los templarios fueron cayendo gradualmente. Una nueva horda de atacantes corrió hacia los escalones blandiendo hachas y mazas, espadas y dagas; finalmente, todo acabó.

Los turcos inspeccionaron los cuerpos. De vez en cuando resplandecía el brillo del metal, seguido de un sonido ahogado cada vez que remataban a algún herido. Recogieron el cuerpo inerte de Tremelay, lo desnudaron y lo colgaron de un soporte de hierro clavado a la pared. Los exultantes turcos danzaron alegres al percatarse de que habían conseguido atrapar y dar muerte al gran maestro del Temple. Resoplaron las trompetas y los grandes dignatarios, vestidos con túnicas blancas y rojas, se apresuraron hacia el patio para inspeccionar a los muertos. Se dieron algunas órdenes y unas antorchas se colocaron sobre el cuerpo suspendido de Tremelay. De Payens observó el enmarañado cabello rojizo del que fuera su orgulloso señor. De las profundas heridas de su cabeza, cuello y estómago manaba incesantemente un reguero de sangre que empapaba su cadáver blanquecino. Los demás cadáveres fueron despojados de sus vestiduras y colgados en la horca. Las armas y ropajes de los templarios se apilaron en un gran cesto.

—Lo colgarán de las almenas —susurró Parmenio ante el rostro de De Payens—, y harán lo mismo con los cuerpos.

De Payens se estremeció cuando la punta de la daga del genovés raspó la parte blanda de su cuello.

—Maese Edmundo —susurró Parmenio—, no es esta la hora de ataques valientes

y nobles. Ya hemos tenido suficiente de ello esta noche, y observad lo que ha ocurrido. No perdáis el juicio. Si reveláis vuestra posición, ambos moriremos lentamente, así que vamos.

De Payens siguió a Parmenio, adentrándose en la penumbra, pero se detuvo y se giró. No podía irse, aún no; debía observar lo que ocurría. Estaban sujetando con sogas los cuerpos de los templarios muertos, ahora desnudos, para arrastrarlos por la ciudad. Las trompetas seguían proclamando las buenas nuevas entre las calles, celosamente cerradas durante el ataque. Ascalón volvía a la vida, incluso en aquel apestoso callejón. Se encendieron lámparas, las ventanas y las puertas se abrieron de par en par. Parmenio recogió la capa, la armadura y el casco de De Payens y lo lanzó a un montículo de basura, cubriéndolas posteriormente de inmundicia. Se escuchó una voz estridente y quejumbrosa. Parmenio respondió en la misma lengua, agarrando a De Payens del brazo y empujándole hacia las sombras.

Durante las siguientes jornadas vivieron como pordioseros. Parmenio instruyó a De Payens sobre cómo debía simular ser sordomudo mientras se ocultaban entre las nutridas legiones de pobres de Ascalón, que habitaban las sombras durante el día y merodeaban por la noche. Parmenio, maestro de mil lenguas, representó su papel, gimiendo e implorando. Mendigaba o robaba pan, fruta casi podrida, un cazo de agua y, en una ocasión, un abultado pellejo de vino. No importaban a nadie; sucios y desmelenados, no eran más que dos desheredados más. Por otra parte, la ciudad se regocijaba con las noticias de que el ataque había sido repelido, el gran maestro del Temple ejecutado y sus compañeros, colgados desnudos de las murallas. Los ciudadanos se alegraban de que todo el que había penetrado sus muros hubiera muerto.

De Payens se sintió como si estuviera en un sueño. Cualquier sentimiento de vergüenza al no haber perecido junto a Tremelay se esfumó pronto. En realidad, reflexionó, el gran maestro había actuado maliciosamente contra él, y el asalto a la ciudad había sido apresurado y mal planeado. Se preguntó qué podía haberle ocurrido a Mayele. Parmenio le informó de que su hermano de armas iba detrás de ellos; o había muerto, o había tenido la suerte de retirarse. Tales conversaciones tenían lugar en susurros, en las sucias esquinas de los lugares más recónditos. Por lo demás, debían seguir empleándose en sobrevivir. Parmenio continuó practicando la mendicidad; como el consumado actor que era, podía procurarse algunos restos de comida y presentarse junto a su compañero, como si fueran dos mendigos más en una ciudad de mendigos. También se ocupaba de escuchar cautelosamente todo cuanto se hablaba en los bazares y mercados. Así fue como supo que los turcos habían atado los cuerpos de los templarios a las colas de sus caballos y los habían arrastrado por toda la ciudad, antes de colgarlos de las almenas. Sin embargo, semejante humillación solo había conseguido hacer más obstinados a los francos, que ahora presionaban el asedio con mayor intensidad. Y lo que era más peligroso: habían derrotado a una flota enviada desde Egipto con los tan esperados víveres para Ascalón.

—«No deposites tu confianza en el faraón» —citó Parmenio de los Salmos—, «ni en sus caballos, ni en su poder». Escuchad, Edmundo, debemos permanecer ocultos aquí. Seguid actuando como hasta ahora hasta que finalice el asedio, pase lo que pase.

Parmenio insistía en que debían quedarse en la zona más pobre de la ciudad. Era como una visión del purgatorio: oscuros callejones que serpenteaban entre las ruinosas casas, caminos plagados de inmundicia, túneles oscuros y polvorientos que emanaban un hedor insoportable. No había descanso ni cobijo, debían trabajar penosamente por cada bocado y sorbo de agua. De Payens se recobró de su terrible impresión y se volvió más vigilante, aunque ahora sí confiaba en Parmenio. Si así lo hubiera querido, el genovés le habría podido matar en cientos de ocasiones. Sin embargo, se aseguró de que el templario comiera y bebiera lo necesario, incluso compartiendo lo que había conseguido al trabajar como porteador en el bazar del aceite. Al mismo tiempo, trataba de reconfortar a De Payens, insistiendo en que Tremelay se había conducido directamente a su propia muerte. Continuaron viviendo como carroñeros, mezclándose fácilmente con multitud de razas pues, como comentaba Parmenio, ¿quién iba a fijarse en unos pobres, especialmente en tiempos como esos?

El asedio se hacía cada vez más feroz. Los francos hicieron avanzar sus trebuchetes, torres de asedio y catapultas y desataron una auténtica tormenta sobre las murallas de la ciudad. Nuevos miedos se extendieron por los bazares. Las intensas y constantes descargas estaban debilitando los parapetos. Los muertos debían ser retirados y quemados en inmensas piras funerales, que elevaban al cielo enormes columnas de llamas y humo negro como constante recordatorio de lo que estaba aconteciendo tras las murallas.

El ambiente que se respiraba en la ciudad cambió radicalmente. El murmullo del bazar se convirtió en un constante lamento que recorría Ascalón. Los ciudadanos perdían paulatinamente sus ansias de batalla. Temeroso ante una posible revuelta en la ciudad, y profundamente alarmado por la proximidad de las máquinas de guerra francas, el gobernador izó ramas de olivo y pidió una tregua. Las ráfagas cesaron inmediatamente, lo que se acogió con alivio, pues la última oleada de rocas había aplastado a más de cuarenta personas. Más tarde, ese mismo día, los heraldos proclamaron las alegres nuevas: ¡los francos aceptarían las condiciones impuestas para la rendición de Ascalón!

CAPÍTULO 6



Al declarar su inocencia ante
el maestro de los *hassassins*...

Edmundo de Payens, aseado y vestido con Túnicas limpias, observaba las blancas paredes de la cámara del consejo del antiguo gobernador de Ascalón. El cesado mandatario, su séquito y todo aquel que decidió seguirle partieron hacia el sur, portando un salvoconducto que les abría el paso hasta Egipto. Ascalón, y todo lo que había en el interior de sus murallas, era ahora feudo de Balduino III. Los estandartes reales ondeaban en sus torres y almenas. Los hombres del rey patrullaban las calles. Los caballeros francos se acomodaron en los palacios de la ciudad, mientras que la mezquita central había sido ya completamente saqueada y preparada para su nueva etapa como iglesia de San Pablo Apóstol. Tras la rendición, De Payens y Parmenio se habían dado a conocer a los nuevos gobernantes. La casa de los templarios los había recibido con gran regocijo, aclamándolos como héroes e insistiendo una y otra vez a Parmenio para que volviera a relatarles la última carga de Tremelay, considerada ahora una gesta tan heroica como cualquier hazaña de armas de Roldán y Oliver, los grandes paladines de Carlomagno.

De Payens y Parmenio se habían alojado en una espaciosa mansión junto al mercado de las especias, donde se reunieron con Mayele. Tan cínico e irónico como siempre, el inglés, ayudado por el elocuente testimonio de tres ujieres, explicó que estaban a punto de atravesar la brecha de la muralla cuando el segundo desmoronamiento selló la entrada. De Payens le creía, su hermano de armas no era ningún cobarde. Mayele hizo comentarios muy cáusticos sobre Tremelay, que había conducido a tantos a su fatalidad, y no trató en ningún momento de ocultar su júbilo ante la muerte del gran maestro. Explicó que el desorden reinaba ahora en la cúpula de los templarios y que habían nombrado apresuradamente a un burgundio, André de Montbard, caballero afín al gran Bernardo de Claraval, como gran maestro provisional. De Payens observó la brillante y blanca cámara. En realidad, se sentía confuso y no sabía a ciencia cierta lo que estaba sucediendo. Les habían llevado hasta aquí entre halagos y alabanzas pero, al mismo tiempo, se encontraban retenidos como prisioneros, y no se les permitía salir ni mezclarse con sus hermanos. Mayele informó también de que oficiales y mensajeros templarios no dejaban de entrar y salir de la mansión. Ahora, ocho días más tarde, De Payens había sido convocado y aguardaba sentado en una mesa oval de cedro, acompañado de Mayele, a su izquierda, y de Parmenio, a su derecha.

Edmundo se estremeció cuando se abrió la puerta y Montbard y Bueso Baiocis, el maestro inglés, hicieron su entrada y tomaron asiento en el extremo opuesto de la mesa. El gran maestro chasqueó los dedos y los guardias se retiraron, al igual que la mayoría de su comitiva, exceptuando a un clérigo de rostro cadavérico y melena desgarrada que sujetaba un almohadón bajo el brazo. A la señal del gran maestro, el clérigo cruzó solemnemente la cámara, como haría un monje en un santuario, y situó el almohadón junto a De Payens. Contenía un icono. A primera vista, parecía un objeto de los que podían encontrarse comúnmente en cualquier iglesia griega. Representaba el rostro demacrado del Salvador crucificado: un hombre en agonía,

con el cabello empapado de sudor, los ojos medio cerrados, la boca abierta en silenciosa protesta ante el sufrimiento que le estaban infligiendo y la frente coronada con afiladas espinas. De Payens observó esta sagrada reliquia tratando de reprimir un escalofrío. Había oído rumores de que se trataba de la auténtica imagen de Cristo crucificado, una imagen solemnemente venerada por los grandes señores de la orden. Vocalizando con claridad, Montbard le pidió que tocara el icono y que jurase que todo lo oído durante la reunión debía ser *secretissime*, máximo secreto. De Payens obedeció. Mayele y Parmenio tomaron también juramento, y el clérigo se retiró. Montbard miró fijamente a De Payens, cambiando ocasionalmente la mirada hacia Parmenio o Mayele. Abrió la boca para hablar, pero se contuvo y bajó la cabeza, como si orase suplicando orientación divina. De Payens estaba convencido de haber oído al gran maestro susurrar las palabras «*Veni Creatus Spiritus*», «Ven, Espíritu Santo».

—Será mejor —Montbard alzó la cabeza—. Sí, será mejor que escuches la verdad por ti mismo.

Gritó en dirección a la puerta y el clérigo volvió a entrar en la sala. Montbard le susurró algo al oído y volvió a salir apresuradamente. Se escucharon pasos en el pasillo y un hombre hizo entrada en la cámara: de alta estatura, vestido con una larga túnica templaria y rostro y cabeza completamente afeitados y aceitados.

—¡Diablos! —susurró Mayele—. ¡Ricardo Berrington!

De Payens se agitó sobresaltado mientras Berrington hacía una reverencia al gran maestro y a Bueso Baiocis, y tomaba asiento a la derecha de la mesa. Sonrió a De Payens y asintió de manera cómplice a Mayele. La primera reacción de De Payens fue observar el escaso o nulo parecido de este adusto templario y su hermana, la bella Isabela, que había conocido en Jerusalén. Ricardo Berrington tenía el rostro grave y ojos negros como el azabache, pómulos señalados, labios delgados y mentón prominente. A De Payens le recordaba la cara de un lobo.

—Hermanos, dómine —Berrington volvió a hacer una reverencia—, es bueno que los hermanos permanezcan unidos —entonó el habitual saludo de cortesía de los templarios.

—Cuéntanos —la voz severa de Montbard contrastaba con los cálidos tonos de Berrington—. Cuéntanos, hermano, lo que ocurrió, lo que sabes —el gran maestro se frotó el rostro con las manos—. He inspeccionado los documentos de la cancillería, y ya te he escuchado hablar, así que será mejor que se lo cuentes a tus hermanos.

Berrington miró con dureza a Parmenio, y después, desvió la mirada hacia Montbard.

—Puedes confiar en él. También ha tomado juramento.

—En esto es uno más de los nuestros —confirmó Bueso Baiocis.

El maestro inglés había permanecido inmóvil hasta ese momento, como si fuera una estatua de madera. Era un hombre de baja estatura y ancho estómago, tenía ojos abultados y su escaso cabello gris caía en mechones sobre sus mejillas, aunque su

barba y bigote lucían un lujoso color blanco. De Payens ya se había encontrado con él anteriormente. Bueso parecía un hombre preocupado, agitando continuamente los ojos, incapaz de controlar el débil temblor de su labio inferior. Se mostró enrevesado y vacilante al explicar los motivos por los que le habían convocado, desde Londres, para que se reuniera con el gran maestro, fallecido en aquel sangriento lance de guerra en el interior de las murallas de Ascalón.

Mientras Berrington murmuraba palabras de agradecimiento a Bueso, De Payens miró rápidamente a sus compañeros. May ele permanecía sentado con la cabeza gacha y los dedos muy separados sobre la mesa. Parmenio observaba a Berrington, que aguardaba su turno para hablar.

—Desde el principio —declaró Montbard—. Ricardo, somos todos hermanos ante la cruz, pero para algunos de nosotros eres un extraño.

—Nací —comenzó Berrington— en Bruer, en Lincolnshire. Soy el segundo hijo de un señor feudal. He servido en los séquitos de varios barones, incluyendo a Mandeville, conde de Essex, hasta que decidí viajar a Ultramar. Mi hermana —dirigió una sonrisa a De Payens— accedió a acompañarme. En Jerusalén me uní a la Orden templaria. El dómine Tremelay fue mi maestro durante mi noviciado. Como ya debéis saber, he servido en varios castillos y guarniciones antes de que me enviase de vuelta a Jerusalén. Me nombró caballero veterano. Serví bajo sus estandartes en muchas contiendas —hizo una pausa y se enjugó los labios.

Montbard se puso en pie. Llevó una jarra de agua y una copa, que Berrington rellenó y bebió con delicados modales.

—Has mencionado a tu hermana —interrumpió De Payens—, *lady* Isabela. Sí, la conozco. ¿No se encontraba sola en Jerusalén?

—No, hermano —Berrington sacudió la cabeza—, se alojaba con otras damas en el convento benedictino situado junto a la puerta de Herodes. El dómine Tremelay fue muy amable, llegando incluso a ofrecerle una pequeña casa en el norte de la ciudad. Ella gozaba de su propia herencia, y yo me aseguré de que no le faltase nada.

—¿A finales del verano pasado? —insistió Montbard, dirigiendo una mirada admonitoria a De Payens por la interrupción.

—A finales del verano pasado —continuó Berrington— se perpetraron unos horribles crímenes alrededor del montículo del Gran Templo, y en otros lugares de Jerusalén. Algunas jóvenes aparecieron asesinadas, con sus cuerpos empapados en sangre. Es cierto que Jerusalén atrae a las personas honradas, pero también alberga a los ciudadanos del infierno. Al principio, las autoridades de la ciudad pensaban que algún descabezado estaba llevando a cabo su propia guerra contra los impíos, pues las víctimas eran musulmanas, pero pronto comenzaron las muertes de jóvenes francas. Las habladoras aseguraban que sus muertes estaban relacionadas con las malas artes, magia negra, hechicería y brujería. Comenzaron las acusaciones. Había una bruja, de nombre Ericto, posiblemente inglesa; había llegado recientemente a la ciudad y se empapó del conocimiento secreto. El patriarca y el gobernador de Jerusalén pusieron

precio a su captura, pero Ericto parecía tener una enorme suerte. Rara vez se la veía, cambiaba constantemente de apariencia y jamás consiguieron arrestarla. Sin embargo —hizo una pausa—, dicen haberla visto merodeando los alrededores del Templo. Otros insinúan que un templario puede estar implicado o, peor aún, que una secreta fraternidad de hechiceros puede haberse infiltrado en nuestra orden. Ciertamente, Enrique Walkyn no ha ayudado demasiado en este tema. Se ha ganado una siniestra reputación al entrar disimuladamente en la ciudad y visitar los tugurios, casas de citas, prostíbulos y tabernas y baños públicos frecuentados por las prostitutas. No hay nada sustancial, no hay suficientes pruebas como para acusarle formalmente, pero los rumores se han vuelto acusaciones de hechicería contra la Orden templaria — Berrington alzó una mano—. Desde luego, tales acusaciones se han mantenido en otras ocasiones contra nuestra hermandad. Nuestros escribas y eruditos estudian el conocimiento secreto de judíos y árabes y eso, a su vez, es motivo de inquietud entre ciertos prelados de la Santa Madre Iglesia; pero en esta ocasión, las acusaciones eran mucho más serias. El nombre de Enrique Walkyn se mencionaba una y otra vez. El dómine Tremelay me consultó, al ser yo uno de los principales caballeros ingleses en Jerusalén. Se inspeccionaron los aposentos de Walkyn, donde se hallaron cofres y arcas con cajones y compartimentos secretos que contenían pruebas suficientes como para colgarlo o quemarlo en la horca varias veces.

—¿Y cuáles son esas pruebas? —preguntó serenamente Parmenio.

—Cuencos y ampollas manchados de sangre, joyas sustraídas a las chicas, libros de encantamientos, hierbas. Walkyn negó los cargos, pero Tremelay insistió en que debía someterse a juicio por sus crímenes, aunque no en Jerusalén; el escándalo habría sido demasiado sonoro. Deseaba mantener estos asuntos *sub rosa*. Me consultó y decidió que debería llevar a Walkyn de vuelta a Inglaterra, donde sería juzgado en el cuartel general de los templarios, cerca de Westminster. Al mismo tiempo, creo, os envió una carta, maese Baiocis, pidiéndoos que recopilaseis toda la información que teníais sobre Walkyn en Inglaterra, y convocándote a una reunión aquí.

—Sí, sí, así fue —asintió aturullado Baiocis—, me quedé muy atribulado cuando recibí la misiva. El dómine Tremelay me pidió que investigara escrupulosamente todo lo relativo a los orígenes de Walkyn y cómo se había unido a la orden.

—¿Y? —preguntó De Payens.

—Muy poco —Baiocis se encogió de hombros—. Enrique Walkyn nació y se crio en la casa de Borley, en Essex. Sus padres murieron cuando era joven; la casa quedó bajo custodia. Cuando Walkyn alcanzó la edad suficiente, él también entró al servicio de Mandeville. Más tarde, cedió su casa a nuestra orden, en la que deseaba enrolarse. Yo le admití. Sirvió durante un breve noviciado en Londres, y después solicitó que le enviasen a Ultramar.

—¿Qué tipo de hombre era? —preguntó Parmenio.

—Piadoso, dedicado, buen caballero, reservado —contestó Baiocis encogiéndose de hombros—. Desde luego, no era un charlatán ni un conspirador.

—Se comportó de igual forma en Ultramar —dijo Berrington—. Walkyn no se relacionaba demasiado con los demás. ¡Ah!, cenaba en nuestro comedor, seguro que has coincidido con él, Mayele.

—Sí, en varias ocasiones. Era un hombre que pasaba desapercibido —dijo Mayele sonriendo—. A menos que buscara tu atención. Era de estatura mediana, creo recordar que de pelo rubio y ojos muy azules; solía ser gentil y agradable, pero tuve poco trato con él —continuó, haciendo una mueca—. Sabía que provenía de Essex, que había luchado durante algún tiempo en la guerra civil, pero eso es lo habitual en la mayoría de los caballeros ingleses.

—¿Y tú, De Payens? —preguntó Montbard—. ¿Le conocías?

Edmundo negó con la cabeza.

—En absoluto, mi señor. Serví durante un corto periodo de aprendizaje en Jerusalén y sus alrededores, y después, me enviaron a Chastel Blanc.

Montbard asintió con la cabeza.

—Continúa —dijo, haciendo un gesto a Berrington.

—Walkyn continuó declarando su inocencia, pero las pruebas que había en su contra tenían bastante peso. El dómine Tremelay decidió que yo, acompañado de dos ujieres, debía escoltarlo hasta el puerto de Trípoli, para tomar un barco hasta Inglaterra.

—¿Y Ericto? —preguntó Parmenio—. ¿Qué ocurrió con ella?

Montbard extendió las manos.

—Se la buscó por toda la Ciudad Santa, pero parecía haberse esfumado, aunque se decía que aún permanecía en Jerusalén.

De Payens recordó la grotesca figura que había contemplado al abandonar Jerusalén Hedad, pero decidió guardar silencio, como trataría de hacer con los demás asuntos.

—Finalmente, abandonamos la ciudad —continuó Berrington— y recorrimos el valle del Jordán, en dirección a la costa. Llegamos al pozo de Jacob, al este de Nablus. Me proponía viajar hacia Samaría y acampar cerca de la tumba de san Juan Bautista. Walkyn había cambiado, y dejó de hacerse el inocente. Comenzó a insinuar que las acusaciones contra él eran ciertas. No estoy demasiado seguro de si se trataba de una fanfarronada o no. Dijo que albergaba un gran resentimiento contra el rey Esteban y que deseaba purgar este problema contra el propio cuerpo del rey, cuando llegase a Inglaterra.

—¿Qué? —Parmenio se apartó acaloradamente de la mesa.

—Eso es lo que dijo —declaró Berrington—, que tenía un asunto pendiente con el rey Esteban, una deuda de sangre. Alardeó de que el Temple sería incapaz de condenarlo. Sería liberado de todos los cargos, y entonces, él y otros tendrían asuntos que arreglar.

—¿Por qué? —preguntó De Payens—. ¿Por qué cambió Walkyn? Acabas de decir que, al principio, declaraba enérgicamente su inocencia.

—No lo sé —Berrington se mordió el labio—, pero he estado reflexionando. Es posible que creyera que podría rebatir los cargos en Jerusalén pero, encadenado y maniatado, y destinado a embarcarse hacia Inglaterra, quizá comprendiese que tales protestas no le ayudarían. Parecía confiado y convencido, e incluso arrogante. No hizo referencia a nadie más pero, desde luego, debía de tener sus adeptos en la ciudad. En aquella misión íbamos un caballero templario y dos ujieres —Berrington extendió las manos—, ningún forajido se interpondría en nuestro camino. Además, atravesábamos otros cuarteles y podíamos pedir ayuda.

—¿Sufristeis algún ataque? —preguntó Mayele.

—Muy avanzada la noche —declaró Berrington—, en un oasis cercano al pozo de Jacob; había preparado la guardia y me había asegurado de mantener encadenado y maniatado a Walkyn. Solo Dios conoce la verdad, pero justo antes del amanecer nos atacaron, y eran muchos. Se deslizaron hasta el campamento; no estoy seguro de si habían sobornado a los ujieres o no. La lucha cuerpo a cuerpo que siguió fue sangrienta y despiadada. Mantuve mi posición, pero nuestros asaltantes estaban bien armados de arcos, lanzas, jabalinas y mazas. Los ujieres, estuviesen o no implicados en el ataque, perecieron a manos de los atacantes. Traté de llegar hasta Walkyn, pues sabía que el objetivo del ataque era liberarlo. Le habría ejecutado allí mismo, pero cuando llegué allí ya no estaba. Herido y magullado, decidí ocultarme, y los asaltantes se retiraron. Cuando salió el sol, descubrí que se habían llevado todas nuestras monturas y víveres. ¡Cómo caen los poderosos! —susurró—. Unas horas antes, yo era un caballero templario, armado, vestido con cota de malla y sobre un noble corcel de batalla; algo más tarde, ya no era nada, vestido tan solo con mi ropa interior. No podía permanecer en aquel lugar, así que hice cuanto pude por los muertos, los dejé allí y comencé a caminar. Más tarde, ese mismo día, me atacaron los merodeadores del desierto. Pronto descubrieron a quién habían capturado —se encogió de hombros—, y estuve pasando de mano en mano. Les rogué que me permitieran escribir una nota a nuestro gran maestro en Jerusalén, asegurándoles que ofrecería un buen rescate por mí, pero se negaron. Me llevaron hasta Ascalón y me confinaron en los calabozos de los esclavos. Decidí escapar y me oculté en la ciudad, tratando de urdir un plan para salir de allí. Estaba desesperado por volver a Jerusalén —continuó, encogiéndose de hombros—, pero los rumores se hicieron realidad: el rey Balduino marchaba hacia Ascalón, la ciudad sería asediada —asintió con la cabeza a De Payens—. No tuve otra opción que hacer lo que tú hiciste: refugiarme en los suburbios, mantenerme oculto y rezar por que llegase mi liberación.

—Así que Walkyn escapó —observó Parmenio—. Maese Ricardo, antes del sitio de Ascalón, vuestro gran maestro nos envió como embajadores a reunimos con Nisam, el califa de los *hassassins* de Hedad. Nos dijo que Walkyn les había visitado —Parmenio se aclaró la garganta—. Aparentemente, el Walkyn que visitó Hedad no era más que un pedigüeño errante. ¿Era este el mismo hombre que organizó una evasión tan espectacular?

Berrington resopló ruidosamente. De Payens se reservó la opinión. Había decidido que sería más prudente no revelar lo que Nisam le había contado en secreto: que Walkyn se había mostrado firme y dispuesto a llevar a cabo sus planes. En realidad, lo que el califa le había expresado coincidía con la descripción de Walkyn como un peligroso adversario.

—No lo sé —replicó Berrington—. Maese Parmenio, he oído hablar de vos. Conocéis a los *hassassins*. ¿Estáis seguro de que te dijeron la verdad? Después de todo, Tremelay sospechaba que estaban involucrados en la muerte del conde Raimundo.

—He leído la réplica del califa —interrumpió Montbard—. Aseguraba que ni él ni los suyos habían tomado parte en lo que ocurrió con el conde Raimundo. Sugirió que Tremelay debía poner en orden su propia casa antes de acusar a otras personas. Desde luego, fue muy diplomático, expresándose con mucho tacto, deshaciéndose en halagos y regalos, pero su mensaje fue bastante claro.

De Payens observó que Parmenio se mostraba nervioso e inquisitivo. El genovés, a pesar de su gran ayuda en Ascalón, seguía siendo un enigma. ¿Qué habría estado buscando en Hedad? ¿Sabría algo de antemano acerca de la visita de Walkyn?

—¿Por qué me enviaron a mí a Trípoli? —preguntó Mayele.

—¡Por dos razones! —contestó Montbard—. Primero, eres inglés y habías conocido a Walkyn, así que podrías reconocerle; segundo, eres el hermano de armas de De Payens.

—Confieso —De Payens extendió las manos— que puse en duda los motivos de nuestro gran maestro para enviarme primero a Trípoli y después a Hedad.

—No, no —Montbard sacudió la cabeza—, que en paz descanse Tremelay. A veces cometía verdaderas estupideces, podía ser arrogante e impetuoso, pero mantenía una alta opinión de ti, maese Edmundo. Primeramente, te enviaron a hablar con Nisam porque te encontrabas en Trípoli, y segundo, como señal de respeto: tu apellido es símbolo de gran honor no solo para los cristianos, sino también para nuestros enemigos.

—Pero existía una deuda de sangre —declaró Parmenio— entre Nisam y la familia De Payens. Tremelay lo sabía.

—Sí, es cierto, y esa es precisamente otra razón por la que envió a Edmundo. Él conocía toda la historia acerca de esa deuda de sangre, sabía que lord Hugo había perdonado la vida de la esposa de Nisam y de su futuro hijo. Sabía que De Payens estaría a salvo en Hedad, que no recibiría daño alguno. Era una prueba de confianza. Edmundo, por alguna razón, tu familia jamás te habló de la deuda de sangre. Tremelay debía de saberlo, y no te lo revelaría a menos que te hubieses negado a ir. En el fondo, sabía que estarías a salvo.

La habitación se quedó en silencio. Permanecieron inmóviles, escuchando los sonidos que se colaban del exterior: la llamada de un cuerno, el relincho de un caballo, el eco de sus cascos, los gritos de los sirvientes y sus risas alrededor del pozo

mientras extraían agua. De Payens observó a Montbard; el gran maestro parecía ojeroso y cansado. ¿Qué habría de verdad en todo esto?, pensó De Payens. ¿Sería Walkyn un brujo, un mago, un hechicero?, ¿habría estado fingiendo su inocencia para revelar su culpabilidad una vez arrestado? Lo que decía Berrington tenía sentido. Muy pocos se habrían atrevido a atacar una escolta templaria formada por un caballero y dos ujieres. Walkyn debía de tener seguidores en la ciudad, hombres y mujeres dedicados a él, tal como hacían los fedayines con Nisam. ¿Y Parmenio? ¿Cuál sería su auténtico papel en todo esto? ¿Por qué habían aceptado al genovés en sus consejos Tremelay y, ahora, Montbard? ¿Sería él el autor del disparo de aquel proyectil de saeta, en el exterior de Ascalón? Aunque, pensándolo bien, aquella flecha se había dirigido demasiado alta a propósito, y Parmenio le había salvado la vida en la ciudad. ¿Y Berrington, Mayele y Walkyn? Tenían demasiadas cosas en común. Los tres eran caballeros ingleses que habían luchado en la guerra civil contra el rey Esteban enrolados en la comitiva de Mandeville, conde de Essex. De Payens expresó en voz alta estas dudas. Berrington sonrió y Mayele se encogió de hombros.

—Edmundo —su hermano de armas habló casi arrastrando las palabras—, no guardo secretos de mi pasado. Luché del lado de Mandeville, al igual que hicieron Berrington, durante un tiempo, y Walkyn. Son tres nombres entre miles. Recuerda, Mandeville condujo una rebelión contra las injusticias del rey Esteban, pero aquello no nos importaba demasiado; luchábamos como mercenarios, como tantos otros. Al final, tan solo el Temple trató de defender el nombre del conde y de procurarle un entierro honorable.

—Pero el caso de Walkyn parece diferente, él habla de una deuda de sangre con el rey Esteban.

—Me conoces, Edmundo. Yo observo y sonrío, pero los hombres como Walkyn mantenían una profunda lealtad hacia Mandeville. Consideraban al rey Esteban culpable de la muerte del conde, un rey con las manos manchadas con la sangre de su señor. ¿No estás de acuerdo, Ricardo?

Berrington asintió con la cabeza, golpeando suavemente la mesa.

—Muchos caballeros ingleses lucharon por Mandeville —corroboró—. Para muchos, tales servicios de caballero son una tarea rutinaria; sin embargo, para unos pocos es algo bastante diferente, único. En realidad, una vez que Walkyn comenzó a revelar su auténtico ser, esa lealtad no era ya tan solo una memoria, sino un asunto de vital importancia. Llegó incluso a referirse al rey Esteban como a un asesino que pagaría por sus crímenes.

—Ya es suficiente por ahora —interrumpió Montbard—. Los asuntos de Inglaterra me conciernen pero, de momento, Edmundo, lo que has escuchado aquí, ¿ha resuelto tus preocupaciones y las de tus compañeros? —el gran maestro suspiró profundamente antes de continuar—. Se os envió a Mayele y a ti a Trípoli para escoltar al conde Raimundo, porque este último había escuchado rumores de que querían atentar contra su vida. Se lo comunicó a nuestro gran maestro y solicitó su

ayuda. Tremelay, preocupado por el paradero de Walkyn y la desaparición de Berrington, te envió como gesto de confianza: el descendiente del gran lord Hugo. Y tú, Mayele, también fuiste convocado porque podrías reconocer a Walkyn. Al final, no sabemos en realidad quién organizó el asesinato, pero nuestro gran maestre, que Dios acoja en su seno, seguía aún trastornado. Decidió enviaros a los tres a Hedad para reclamar garantías de que los *hassassins* no estaban involucrados y para recibir la palabra del califa de que semejante injerencia jamás tendría lugar.

—¿Y Ascalón? —preguntó De Payens, aclarándose la garganta—. ¿El deseo del gran maestre de entrar en la ciudad tenía alguna relación contigo, Berrington?

—Sí, así es —intervino Montbard—. Los rumores portaban mensajes. Se escuchaba en los bazares y mercados que un templario había sido capturado y vendido; tales noticias llegaron a Jerusalén. Tremelay podría haber sospechado que maese Ricardo, o incluso Walkyn, podían estar presos en Ascalón. Esto quizá explique la impetuosidad de nuestro gran maestre, su deseo de entrar cuanto antes en la ciudad y el absurdo e insensato riesgo que corrió.

—Tras la desaparición de Berrington —comentó Parmenio—, estoy convencido de que el gran maestre envió patrullas, una expedición, para descubrir lo que había sucedido en realidad. ¿No siguieron la misma ruta?

—Lo hicieron —replicó Montbard—. Sin que nadie lo supiera, Tremelay envió un destacamento de caballeros y ujieres. En el oasis cercano al pozo de Job encontraron algunos restos del percance, pero ningún cuerpo. Tremelay era un hombre orgulloso; un caballero templario y dos ujieres habían desaparecido, y un templario apóstata estaba en paradero desconocido. No era un asunto del que pudiera enorgullecerse, así que no me sorprende que estuviese decidido a entrar en Ascalón.

—¿Y Walkyn? —preguntó De Payens.

—Desaparecido, esfumado como espejismo en el desierto —replicó Montbard—, pero pensamos... Bueno, permíteme que te transmita mis sospechas. Creo que Walkyn y, posiblemente, la bruja Ericto, se han embarcado hacia Trípoli. En estos momentos deben de dirigirse de vuelta a Inglaterra, es incluso posible que hayan alcanzado ya sus costas. Existe el riesgo, un auténtico peligro, de que intenten infligir un terrible daño al rey Esteban y a su causa. Como sabes, la guerra civil de Inglaterra entre Esteban y su pariente, Enrique Fitzempres, es como una brecha abierta en el cuerpo de ese reino —Montbard hizo una pausa, mirando rápidamente a Bueso—. El dómine Tremelay estaba muy, muy preocupado por que la casa de los templarios extendiese su poder e influencia por Inglaterra. El rey Esteban ha demostrado ser un buen amigo, cediéndonos propiedades en Londres y en otras plazas. ¿Entiendes el razonamiento que estoy siguiendo? No quiero que el nombre del Temple quede mancillado por ningún asesino, por resumirlo en pocas palabras —Montbard señaló hacia la mesa—. Maese Bueso viajará de vuelta a Inglaterra. Tú, Edmundo de Payens, Felipe Mayele, Ricardo Berrington y sí, tú también, maese Parmenio, le acompañaréis. Vuestro objetivo será doble. Primero —alzó una mano—, advertir al

rey Esteban del peligro; y segundo, dar caza a Walkyn y ejecutarle.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

Otoño de 1153

CAPÍTULO 7



Al principio, llegó hasta Wallingford
con un gran ejército...

—¡Cargad, tirad, soltad! Edmundo de Payens se estremeció ante el violento chasquido de la catapulta enviando sus letales misiles sobre las revueltas aguas del Támesis. Algunos se quedaron cortos; otros impactaron contra las hordas de hombres apostados en la otra orilla o, mejor aún, destrozaron porciones del puente flotante que los hombres de Enrique Fitzempress trataban de construir. Si lo consiguieran, podrían destruir la fortaleza del castillo de Gifford, que había construido apresuradamente el rey Esteban en una zona en la que el Támesis se estrechaba, rodeando la ciudad, junto a la imponente masa oscura del castillo de Wallingford.

—Una vez más —el caballero feudal, con su librea real de tonos rojos y dorados, alzó su espada y gritó a los sudorosos hombres de armas—, una vez más antes de la puesta de sol. ¡Demos a esos bastardos una última liturgia sangrienta, y mañana los despertaremos para la oración matinal!

Los hombres rieron y lanzaron gritos de entusiasmo. Una vez más, las catapultas se prepararon y entonaron su canción mortífera; un arco de fuego cruzó el cielo azul oscuro, ligeramente rojizo por el sol menguante. De Payens se inclinó sobre la pesada empalizada de madera y alzó la mirada más allá del río.

—Siempre lo mismo —murmuró para sus adentros—, ¡muerte y destrucción! Nos encanta, está en nuestra sangre, en la misma esencia de nuestra existencia.

—¿Con quién habláis?

De Payens se giró y contempló a Isabela Berrington, con su hermoso rostro casi oculto por completo bajo su capucha verde de armiño.

—Mi señora, no deberíais estar aquí —De Payens se bajó rápidamente de la escalera.

—¡Tonterías, Edmundo! —replicó, acercándose a él con un brillo de travesura en sus bellos ojos—. Ricardo dice que el enemigo jamás conseguirá tenernos a su alcance. Somos como niños, ¿no es cierto? Como niños alrededor de una represa de molino, lanzándonos burlas y provocaciones, pero sin hacernos mucho daño.

Como si se burlara de sus palabras, una enorme roca, lanzada desde una catapulta en la otra orilla del río, cayó violentamente sobre el agua, salpicando la elevada empalizada. Isabela rio y se acercó un poco más, abrazando a De Payens como si estuviera asustada. Edmundo le cogió la mano, le besó los dedos y la soltó.

—Cuatro meses —dijo, girándose como avergonzado, mirando al otro lado del patio, hacia el amplio salón de escayola y madera—. Cuatro meses han pasado desde que abandonamos Ultramar. Jamás pensé que llegaríamos a salvo, pero aquí estamos...

Pasearon por el patio, rememorando el viaje desde Ascalón hasta Chipre, cruzando el mar Medio, viajando por calzadas, ríos y caminos de montaña.

En plena época veraniega, el clima había sido bueno y con muy pocas tormentas, y las cartas selladas por Montbard les habían asegurado cómodos alojamientos y comida fresca en casas templarías o monasterios cistercienses. Sus dos sirvientes habían caído enfermos y se habían quedado en un hospital, en las afueras de Aviñón.

Parmenio también había contraído una fiebre que le provocó toses y dolores, y que le hizo gritar en latín y balbucear palabras sin sentido. *Lady* Isabela, con ayuda de un sanitario de una enfermería benedictina, le había prestado cuidados hasta que recuperó la salud. Por lo general, habían viajado como si fueran completos extraños entre sí, separándose a menudo, dependiendo de los pasajes disponibles en los barcos o de los retrasos causados por caballos o ponis que perdían alguna herradura. Cuando volvían a reunirse, se concentraban más en las tareas rutinarias que en pensar en lo que ocurriría cuando llegasen a Inglaterra. Ahora que estaban finalmente allí, parecían completamente perdidos.

Isabela y De Payens se detuvieron junto a la puerta principal que conducía al exterior del castillo. Se habían encendido algunas antorchas, y los criados, sirvientes y mozos de cuadra corrían de un lado para otro, ocupados con los preparativos de la comida de la tarde o preparando los caballos para la noche.

—¿Edmundo?

De Payens pestañeó y miró aquel rostro angelical, como había hecho a menudo durante su viaje. Estaba fascinado por sus ojos, de un extraño tono azul violeta, y por su sonrisa. En realidad, pensó, era la auténtica dama ejemplar de las leyendas: hermosa, atractiva, imponente, aunque encerrada en su propia torre de plata, con las puertas selladas no solo por ella misma, sino por sus votos de obediencia y castidad. La tensión de su presencia a menudo turbaba las horas que pasaba despierto y le atormentaba durante su sueño.

—Mi señora, disculpad.

—Siempre estáis soñando —se puso de puntillas y le tocó suavemente el rostro con su guante—. Maese Baiocis y mi hermano me envían. No formáis parte de esta guerra, Edmundo; la casa del Temple no debe involucrarse.

—Estamos involucrados —replicó De Payens—, simplemente porque estamos aquí. Debía verlo con mis propios ojos, pero en realidad, la guerra aquí no es diferente a como discurre en cualquier otra parte. Pero decidme —trató de alegrar su tono de voz—, ¿por qué han enviado a una dama?

—Porque yo quería venir, y tengo escolta: el siempre vigilante Mayele —añadió con picardía—. Nos espera.

De Payens recogió su corcel de los establos y tomó las riendas, le guio a pie por el improvisado portalón sobre el maloliente foso y bajó la rampa, donde aguardaba Mayele a caballo. Después de las habituales bromas, mientras De Payens ayudaba a montar a Isabela en su yegua, subió a lomos de su caballo y escuchó las noticias que traía Mayele. Maese Baiocis, a quien Mayele llamaba en secreto «el sapo», les requería en el refectorio del priorato de Wallingford. Al parecer, el rey Esteban, su hijo Eustaquio y dos de sus más considerados consejeros, Enrique Murdac, arzobispo de York, y Simón de Senlis, conde de Northampton, se reunirían con ellos para gozar de la espléndida cena que se estaba preparando en las cocinas del priorato.

—El rey, su majestad —Mayele hizo una reverencia con socarronería—, quiere

preguntarnos y, supongo, querrá respuestas. Respuestas que no podremos darle.

De Payens escuchó a medias las críticas mordaces de Mayele a las ansias y las preocupaciones de Baiocis. Habían tenido muy poco tiempo para especular durante su azaroso viaje. Baiocis había estado atormentado por su miedo a que Walkyn hubiera extendido ya sus malas artes por Inglaterra. De hecho, a pesar de sus prisas y de la tortuosa travesía a bordo de la barcaza que los había llevado hasta Dover, no habían descubierto nada sobre el maligno personaje que perseguían. El agente de vigilancia portuaria y los capitanes de navío no tenían noticias de que Walkyn hubiese entrado en el puerto. Usando su autoridad, Baiocis había remitido cartas a otros puertos. Habían aguardado respuesta en Dover mientras se recuperaban de la travesía a través del canal de Inglaterra, una terrible experiencia. Una tormenta de verano había provocado enormes olas que amenazaron con hacer zozobrar la barcaza, haciendo crujir sus robustas vigas. Una vez en tierra, descansaron en una taberna de peregrinos, El Buen Samaritano, donde pudieron secar sus posesiones, comer y procurarse caballos para continuar su viaje. La ausencia de noticias sobre Walkyn les deprimía, pero Baiocis anunció orgulloso que, puesto que había regresado a su propia jurisdicción inglesa del Temple, tenía autoridad sobre las pequeñas preceptorías del reino, siendo la principal de ellas la hacienda fortificada del Temple en la feligresía de San Andrés, en Holborn, al norte del Támesis. Se enviaron mensajeros a Londres y otros lugares para que recopilasen cualquier información acerca de Walkyn. Las réplicas llegaron poco después de que abandonaran Dover, impacientes por reunirse con el rey Esteban lo antes posible. Ningún informador traía noticia alguna del hombre que buscaban. Esto contribuyó a incrementar los temores de Baiocis, mientras se veían inmersos en los acontecimientos que acaecían a su alrededor.

La guerra civil entre el rey Esteban y su pariente, Enrique Fitzempres, se intensificaba cada vez más, pues cada uno se esforzaba al máximo en presentar batalla a su oponente y en tratar de destruirlo por completo. Esteban había elegido atacar la fortaleza de Fitzempres en Wallingford, un baluarte estratégico desde el que se controlaba el Támesis y las principales calzadas del reino. Había organizado un asedio, construyendo el castillo de Gifford para bloquear todas las rutas y esperando provocar la carga de Enrique para liberar Wallingford, y así decidirlo todo en combate abierto. «Espadachines cansados rodeándose unos a otros», era como Mayele describía el conflicto. Los signos de guerra se hacían más evidentes según avanzaban hacia el norte: aldeas quemadas, campos desiertos y siniestras bandas de hombres armados que se mezclaban silenciosamente entre la gente ante la visión de los estandartes y pendones del Temple. Las tropas marchaban penosamente por los caminos, seguidas por el movimiento cansino de pesados carromatos de guerra y máquinas de asedio. Unas negras columnas de humo ensuciaban el azul cielo estival; el resplandor de distantes incendios y hogueras contrastaba con la oscuridad de la noche. Los patíbulos y horcas, bien nutridos de cuerpos en estado de descomposición, eran visiones habituales a lo largo de la marcha. A pesar de todo ello, De Payens se

sentía sobrecogido por ese extraño y nuevo paisaje; agradecía la agradable brisa fresca después del abrasador e infernal calor de Ultramar. Berrington y Mayele estaban encantados de volver a casa, felices como peregrinos que hubiesen alcanzado finalmente su ermita venerada. Parmenio, sobre el que no habían dejado de pesar las sospechas de De Payens, actuaba como un viajero sorprendido aunque, de vez en cuando, el genovés cometía errores, pequeños lapsus que hacían sospechar a De Payens que ya había visitado anteriormente esas brumosas tierras. Por lo demás, De Payens se maravillaba en silencio del oscuro frescor, el cambio abrupto del sol a la lluvia, las nubes que barrían la luz del sol sobre los extensos campos de tonos ocres, los cristalinos manantiales, el océano de verdor de los bosques que se extendían hasta el horizonte.

En una ocasión, tras abandonar Dover, intentó contar los diferentes tonos verdosos en el paisaje, pero se quedó embelesado por su belleza. El tío Hugo había visitado estas islas hacía unos treinta años; ahora, Edmundo comprendía el gran interés del Temple por profundizar sus raíces en una tierra tan rica y fértil. Sin embargo, el reino poseía también un aire fantasmagórico, particularmente en sus bosques y selvas, que le recordaban las historias de su abuela Leonor: lugares misteriosos, cargados de extraños sonidos, donde los helechos y la hierba se mecían como si un extraño y silencioso terror flotara sobre ellos; imponentes árboles, tan antiguos como el mundo, cuyas ramas se retorcían sobre él y apuntaban al cielo; claros del bosque colmados de flores, donde revoloteaban pájaros de mil colores y, más allá, pantanos, marismas y ciénagas, inmóviles como tumbas, como si algún demonio del mediodía los hubiese sobrevolado. Aquí y allá aparecían vetustas rocas y ruinas, donde antaño los sacerdotes veneraban a siniestros dioses. Mayele trató de animar a los demás relatando historias de trasgos, duendecillos y otras criaturas del bosque, leyendas sobre las grotescas gárgolas que vivían en lo profundo de la floresta, siempre dispuestas a caer sobre cualquier viajero desprevenido. Mientras contaba estas historias lanzaba guiños a *lady* Isabela y miraba a De Payens. El templario ocultaba secretamente sus propios miedos, pero en la noche, las historias emponzoñaban su sueño y aparecían las pesadillas en las que se encontraba a solas, en un lugar como ese, sin montura ni armas, huyendo por los oscuros claros del bosque y perseguido por las sombras de la medianoche.

—¿Edmundo?

El templario se sobresaltó. Mayele e Isabela habían frenado sus caballos. Habían atravesado casi por completo el campamento instalado en el exterior del castillo de Gífford, una sucesión de chozas y tiendas de piel de buey aglutinadas alrededor de las hogueras. Era la hora de los murciélagos y el aire de la noche estaba cargado con el olor del rancho, mezclado con el hedor pestilente procedente de letrinas y cuadras.

—Edmundo —las palabras burlonas de Isabela le recordaron a las de Nisam—, estáis soñando de nuevo —señaló con un gesto hacia el campamento—. Mayele piensa que esta agitación no puede durar mucho tiempo. Enrique Fitzempres debe

buscar la paz. ¿Qué opináis?

Seguían aún discutiendo sobre la guerra cuando pasaron bajo la cavernosa puerta fortificada del priorato de Wallingford y se encaminaron hacia el gran patio adoquinado donde se encontraban las cuadras, las fraguas, las cocinas, los fregaderos y la despensa. De Payens bajó de su caballo, se aseguró de que un mozo se ocupara de su montura y caminó hacia la estrecha cámara preparada para él en el pabellón de huéspedes. Las campanas del priorato tocaron a Vísperas. Se despojó de su armadura, se aseó, se colgó su capa y se reunió con los hermanos en los bancos de la iglesia, un santuario sagrado de piedra de Caen lleno de columnas y arcos, estatuas y gárgolas, donde la luz de las velas parpadeaba de manera inquietante sobre el facistol de madera de roble pulida y alguna otra pieza del mobiliario. Se escuchó una campanilla, y el prior comenzó el oficio divino: «Oh Dios, acude en nuestra ayuda...». Los hermanos, vestidos con cogullas y encapuchados, cantaban al unísono la réplica: «¿Renunciarás completamente a nosotros? ¿No volverás a desfilar con nuestros ejércitos...?».

La mente de De Payens viajó hasta aquella sala de reuniones de Ascalón. Desde entonces, como si aprendiera un salmo, había estado repasando una y otra vez lo que le habían dicho: los macabros asesinatos en Jerusalén, los avistamientos de Ericto, las acusaciones contra Walkyn y las pruebas que las fundaban, el arresto de Walkyn y la planeada deportación a Inglaterra, su huida y los posteriores intentos de congraciarse con los *hassassins*. De Payens sopesaba la posibilidad de que Walkyn hubiera sido responsable del asesinato del conde Raimundo. Era lógico: podía haber robado ese medallón y esas dagas de Hedad, como parte de su conspiración para matar a un gran lord y, de esa forma, provocar el caos en torno a Tremelay, quien, a pesar de enviar una escolta, había sido incapaz de evitar el asesinato del conde Raimundo.

«Has hecho temblar la tierra, la has abierto de parte a parte...», cantaban los monjes.

Ciertamente, Walkyn había quebrado la paz existente en el Temple. De Payens y Mayele habían fallado al conde Raimundo, y Tremelay no había tenido otra opción que enviarles a Hedad a descubrir la verdad sobre una posible participación de los *hassassins*. Eran los lógicos emisarios. Ambos habían presenciado la muerte del conde Raimundo, mientras que la presencia de De Payens sería un gesto de honor hacia Nisam, que guardaba una especial relación con el fundador del Temple. Lo mismo ocurría con su presencia en Trípoli: de nuevo, un gesto lógico de respeto hacia el conde, mientras que Mayele podría haber reconocido a un compañero de su mismo origen.

«Nos has hecho beber un vino que nos ha confundido...».

De Payens rio para sus adentros. Quizá debiera disiparse su propia confusión. Puede que su presencia en Trípoli se hubiera proyectado como un elemento disuasorio para sus enemigos. ¿Pensarían que no atacarían a un señor franco protegido por dos templarios, uno de ellos heredero del gran Hugo de Payens? Al

final, todo esto había resultado ser erróneo.

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo», corearon los monjes.

¿Y el resto de la conjura?, se preguntó De Payens. Berrington había sido capturado y terminó en Ascalón. Había sido responsable de Walkyn; era lógico que le enviaran de vuelta a Inglaterra con Baiocis para capturar a Walkyn, y que Mayele y De Payens se unieran a él. Mayele era inglés y, de nuevo, el nombre de De Payens demostraría a la corona inglesa la seriedad con la que los templarios trataban esta situación.

«Oh Dios, visita nuestro templo sagrado», cantaban los buenos hermanos. El coro monástico comenzaba a entonar ahora el siguiente salmo, pero De Payens seguía perdido en sus pensamientos, contemplando el rostro de una curiosa figura tallada sobre una de las columnas que tenía enfrente. Decidió dejar a un lado el pasado y concentrarse en lo que estaba ocurriendo en esos instantes. Aún quedaban dos problemas por resolver. Primero, ¿dónde se encontraban Walkyn y la bruja Ericto? De momento, no había pruebas de su paso por Inglaterra. Segundo, el hermético genovés, Thierry Parmenio: ¿quién era en realidad?; ¿para qué había ido a Trípoli?; ¿por qué Tremelay confiaba tanto en él?

«Se ha derramado tanta sangre como agua en Jerusalén», cantó el prior, «no nos queda nadie para enterrar a los muertos». De Payens recordó Jerusalén y se golpeó en el pecho, presa de la congoja. Se sentía culpable por Tremelay; el gran maestre había sido incauto y arrogante, pero no había pruebas de que hubiera actuado de mala fe. Además, si Tremelay había confiado en Parmenio, ¿por qué no iba a hacerlo? Finalmente, el código secreto: ¿por qué se lo habían entregado a él? ¿Por qué había mostrado Nisam tanto interés en contarle algo que después no pudiera descifrar? De Payens miró a su alrededor. Le llamó la atención el reloj de vela sobre una gran espita de bronce que había a la entrada del coro. Se acercó a él y se puso en cuclillas; la vela estaba a punto de alcanzar el siguiente anillo horario. Era la hora de marcharse.

El refectorio del priorato, una amplia cámara blanqueada dominada por dos enormes crucifijos negros a cada extremo, había sido preparado especialmente para la ocasión. Suaves esteras salpicadas de hierbas aromáticas cubrían los suelos. Las mesas de caballete se habían cubierto de espesos trapos blancos y, en el centro, había una estatua de plata de la Virgen con su niño en brazos. El prior había cedido la mejor vajilla de su casa. Unos cuencos de cobre cubiertos de especias, colocados bajo las ventanas, esparcían una cálida fragancia. El rey Esteban había llegado con escasa ceremonia, con su pálido rostro cubierto por una mata de pelo rojizo, ojos verdes que pestañeaban sin cesar y mesándose con los dedos su perfecta barba y bigote. Se quitó su media armadura y se la arrojó a un sonriente escudero, se desperezó y bostezó ruidosamente antes de lavarse la cara y las manos en una palangana con agua de rosas. Eustaquio, su hijo, llevaba una vestimenta similar; era la viva imagen de su padre, aunque más huraño y reservado. Un hombre inexorable, pensó De Payens,

traicionado por el relieve de su mandíbula, con el labio inferior sobresaliendo ligeramente y ojos continuamente en guardia, como si juzgase interiormente todo lo que escuchaba y oía. El principal eclesiástico del rey, Enrique Murdac, arzobispo de York, apareció escrupulosamente afeitado, con el rostro sombrío y el cabello negro perfectamente tonsurado. Estaba ataviado con la túnica blanca de los monjes cistercienses, un cordel de plata alrededor de su prominente estómago y unas sandalias blancas. Simón de Senlis, conde de Northampton, el principal consejero del rey, era un hombre de larga barba y pelo cano; su rostro de soldado estaba surcado de arrugas, sus ojos enrojecidos por el humo de los diversos fuegos del asedio cercano. Tan pronto como llegó, Northampton pidió a gritos una copa de vino, y como no se servía con la rapidez suficiente, agarró una jarra de una bandeja y la vació de un solo sorbo, manchándose el bigote, la barba y la parte superior de su camión.

De Payens ya había observado antes al séquito real, cerca del castillo de Gifford. El rey había dirigido personalmente las catapultas tras estudiar los movimientos del enemigo en la orilla opuesta. Ahora, él y el resto de compañeros estaban hambrientos, sedientos e impacientes por servirse la comida. Una bandeja siguió rápidamente a otra: sopa de codorniz, venado especiado, lechón guarnecido con fruta y verduras, ternera en salsa de jengibre y tomillo. A pesar del hambre y el cansancio que sentía, Esteban procedió cortésmente, sonriendo a De Payens y a sus compañeros y prestando una atención especial a Isabela. La dama se había vestido magníficamente para la ocasión con un vestido azul largo con el frente brocado; llevaba el largo cabello rubio trenzado con grandes lazos y una diadema de plata sobre la frente. Murdac y Northampton se mostraron igualmente atentos, pero Eustaquio era tan temperamental como un jabalí en celo. Aparentemente, había estado discutiendo con su padre y sus consejeros y estaba decidido a continuar la riña durante la comida. Enrique Fitzempres desfilaba con un gran ejército para tratar de liberar Wallingford. El rey, indeciso acerca de sus propias tropas, había optado por cesar el ataque sobre la ciudad y buscar la paz con su rival, una decisión con la que Eustaquio se mostraba en violento desacuerdo. Northampton y Murdac trataron de calmar los feroces improperios de Eustaquio declarando a voces que el rey no tenía opción, que sus barones estaban cansados de la lucha y deseaban retirarse. Además, Enrique Fitzempres podría estar dispuesto a mantener conversaciones de paz. Eustaquio no aceptaría este extremo y amenazaba con preparar su propio ejército y hostigar al enemigo en Anglia Oriental.

El rey parecía sentirse inclinado a acceder, y abrió un debate con De Payens y los demás asistentes a la reunión. Los templarios se mostraban renuentes a involucrarse. Esteban, sin dejar de pestañear, hizo una petición a Berrington, De Payens y Mayele: si Eustaquio finalmente se retiraba, ¿accederían al menos a acompañarle hasta los condados del este? Murdac y Northampton ya habían dado su aprobación. De Payens estaba confuso; miró a Baiocis en busca de consejo, pero el maestre inglés permaneció sentado en silencio, nervioso, como albergando alguna aflicción secreta.

Berrington puntualizó con mucho tacto que el Temple había permanecido neutral durante la guerra civil. Eustaquio replicó a gritos que tal afirmación no era cierta, mientras Esteban, asistido elocuentemente por Murdac, especificó que lo único que solicitaba a los templarios era que actuaran como intermediarios con su hijo y que le prestaran buen consejo en asuntos de estrategia.

Eustaquio estaba impaciente por escuchar la réplica de los templarios. La enconada discusión con su padre había durado todo el día, y si los templarios daban su consentimiento, aquello le traería las bendiciones del rey. Berrington finalmente accedió, y solo después de resolver definitivamente este asunto, habló el rey sobre la misión de los templarios en Inglaterra. Recordó a Baiocis las innumerables cesiones a la orden en Londres y condados adyacentes, y preguntó qué razón podría existir para que un templario quisiera hacerle daño. Baiocis, con el rostro pálido, se agarró el estómago e hizo un gesto a De Payens y a Berrington para que dieran explicaciones. De Payens asintió a su compañero, pues aún encontraba el francés normando de la corte inglesa ligeramente diferente del que se hablaba en Ultramar. Era más preciso y abreviado que la lengua franca del mar Medio. Parmenio les había informado de que esto reflejaba el aislamiento de la corte inglesa y, tras comentarlo, les dijo que tenía conocimientos de la lengua sajona común y les divirtió con algunas imitaciones. Ahora, el genovés permanecía sentado con gesto grave, mientras Berrington explicaba lo sucedido. El refectorio se quedó atónito ante la narración. Incluso Eustaquio dejó de beber durante unos instantes para escuchar. Afirmó enérgicamente que los templarios compartían la misma reputación de sanguinarios que los *hassassins*, y que si un apóstata estaba recorriendo el reino con la intención de matar, aquello era tan peligroso como cualquier flecha enemiga. Northampton salió presto en defensa del príncipe, señalando que el asesinato estaba bastante extendido en ese reino cubierto por la bruma. Parmenio había mencionado que tres de los descendientes del Conquistador habían muerto misteriosamente en el Bosque Nuevo, siendo uno de ellos un rey coronado; además, la presente guerra civil se había declarado porque el único hermano de Matilde, el príncipe Guillermo, había perecido en el misterioso naufragio del *Barco Blanco*, en el canal de Inglaterra. Según el genovés, muchos afirmaban que la muerte del príncipe y la de sus acompañantes había sido obra del ángel de las tinieblas. Las constantes interrupciones de Eustaquio recordaron esto a la concurrencia. Al acabar Berrington, el rey se sentó y comenzó a golpear su copa ligeramente con los dedos.

—Mi padre —comenzó suavemente— participó en la Primera Cruzada. ¿Conocéis la historia? Abandonó a los portadores de la cruz en Antioquía y volvió a casa. Quizá forme parte de alguna maldición...

—Tonterías, excelencia —intervino Murdac—. Vuestro padre expió sus culpas y murió como un auténtico guerrero cristiano en la batalla de Ramlah, pero Mandeville, por el contrario, estaba maldito.

De Payens miró a Mayele, que sonrió y le devolvió un guiño.

—Mandeville —repitió Murdac—, autoproclamado conde de Essex, perjuro, blasfemo, hechicero...

—Cuentos de niños —interrumpió Mayele.

—Oscuros sacrificios —insistió Murdac—. Vos, Mayele, luchaste por Mandeville.

—Como hice yo durante algún tiempo —declaró Berrington—, y muchos caballeros que acampan ahora en las afueras del castillo de Gifford, ¿no es cierto, majestad?

Esteban asintió con la cabeza.

—Es cierto —murmuró—, Mandeville se ganó una terrible reputación saqueando monasterios y abadías —señaló hacia Berrington—. Así que luchaste por él durante un tiempo y te retiraste asqueado, ¿no es cierto?

Berrington asintió con una sonrisa.

—Ahora lo recuerdo —continuó Esteban—, te ganaste el reconocimiento de ser un caballero de honor. Los monjes de Ely afirmaron que los defendiste contra el conde. Pero —el rey alzó su copa— algunos de los otros eran auténticos demonios.

—La mitad de mi séquito —bromeó Eustaquio— son hombres de Satán. No temen ni a Dios ni al hombre. Eminencia —dijo, señalando al arzobispo—, vos lo sabéis. Mandeville era un gran conde, un guerrero. Muchos miles lucharon bajo su estandarte.

—Y también lo hicieron muchos magos, hechiceros y brujas.

—Mandeville fue una vez mi más ferviente y leal defensor —intervino el rey—, pero cometí un terrible error: le arresté alegando conspiración contra mí, y Mandeville se sublevó.

—Saqueaba iglesias —Murdac comenzó a hablar en latín—. Desvalijó grandes monasterios, como Ramsey y Ely, en los humedales de las marismas orientales. Majestad, murió excomulgado, su cuerpo y alma están condenados al infierno, y esa es la razón por la que su ataúd aún cuelga encadenado de un árbol en aquel cementerio de Holborn. El Temple debería andarse con cuidado —Murdac, con el rostro severo y los labios temblorosos, había dejado de parecer un piadoso hombre de Iglesia.

—Eminencia, eminencia —interrumpió Northampton en tono conciliador, dispuesto a rebajar la tensión—, muchos han luchado por Mandeville u otros grandes señores. El peligro real al que nos enfrentamos ahora es Walkyn. Guarda un oscuro rencor a la Corona y a su propia orden. Los templarios le consideran un renegado, y nuestros invitados están aquí para darle caza. Hasta el momento —continuó, tamborileando con los dedos sobre la mesa—, los oficiales del servicio de recaudación de tasas han estado investigando minuciosamente, pero han descubierto poco, excepto que es dueño de la casa de Borley, en Essex...

—¡Largo de aquí! —gritó encolerizado Eustaquio a un sirviente que había abierto la puerta. El príncipe se puso en pie de un salto, cogió un plato lleno de huesos y lo

arrojó hacia la puerta.

Los perros del rey, que descansaban junto a uno de los calderos de esencias, se lanzaron inmediatamente hacia los despojos y comenzaron a roer los huesos. Eustaquio cogió su cinto de guerra y corrió hacia ellos, lanzando golpes a diestro y siniestro, hasta que Senlis le tomó del brazo, le musitó algunas palabras con suavidad y le guio de vuelta a la silla que ocupaba a la derecha de su padre. De Payens observó al príncipe atentamente. Eustaquio era un hombre violento; ¿tendría perturbadas sus facultades mentales? Recordó las historias que aseguraban que, aunque el rey Esteban disfrutaba de una gran popularidad, la autoridad eclesiástica, particularmente el arzobispo de Canterbury y el santo padre, había dado instrucciones estrictas de que Eustaquio jamás debía ser coronado como su heredero real. El papado se mostraba obstinado en este punto, decidido a llevar la guerra civil hasta las últimas consecuencias. Si Esteban ganaba, Eustaquio podría quizá ser coronado, pero si caía derrotado, el botín de guerra y la corona de la victoria serían para Enrique Fitzempres. Al estudiar el rostro del príncipe, enrojecido de ira, sus labios manchados de una tenue espuma blanca, la rapidez con la que vaciaba las copas de vino, De Payens podía entender la renuencia de los grandes nobles a servir a semejante señor. Eustaquio podía tener una aterradora reputación en batalla, pero...

Mayele le tocó el brazo.

—¿Baiocis? —susurró.

El inglés se había incorporado en su asiento, como incomodado por la violencia de Eustaquio. Agarró la mesa, moviendo la mano del estómago al pecho. Tenía el rostro grisáceo, los ojos hinchados y la boca abierta, como si le faltara el aire; unas grandes gotas de sudor le empapaban las cejas. Respiraba con dificultad y tosía constantemente, tratando de aclarar la garganta. De Payens observó horrorizado cómo Baiocis comenzó a agitar las manos, tuvo violentas arcadas y se desplomó.

—¡En el nombre de Dios! —exclamó Eustaquio.

Los demás invitados se levantaron de sus asientos cuando Baiocis cayó al suelo entre convulsiones, agitando violentamente brazos y piernas y golpeándose repetidamente la cabeza contra el suelo. Se extendió la confusión en la sala, algunos sirvientes entraron apresuradamente, el boticario del priorato acudió a la llamada, pero poco había que un médico pudiera hacer ya por Baiocis. El prior llegó hasta él justo cuando el maestro del Temple inglés sufrió su última convulsión. Se alzó la capucha y tomó la estola que colgaba de su pecho; finalmente, ungió con rapidez al moribundo, susurrando las palabras de absolución del sacramento de la extremaunción.

Parmenio se desplazó hasta la silla de cuero que había ocupado Baiocis. Alzó y olisqueó su copa de vino y su vaso de agua, arrugó la nariz y apartó a un lado la copa. Se sentó mientras contemplaba morir a Baiocis, justo después de que el prior hubiera terminado sus atenciones.

—¿Ha sufrido un ataque? —preguntó Eustaquio.

—¡Veneno! —replicó Parmenio, alzando la copa—, corrupto y hediondo.

De Payens se acercó y levantó la copa, medio vacía. Observó los finos granos de polvo entre el poso del vino y olisqueó. Aquel clarete era bastante fuerte, pero se percibía una acidez mucho más sutil, parecida a una medicina que tomó una vez durante un acceso de fiebre. Apartó a un lado la copa. Los criados reales, alarmados ante las noticias que se extendían con rapidez por el priorato, entraron apresuradamente en el refectorio, pero Eustaquio les ordenó a gritos que se retirasen.

—¿Qué veneno? —Esteban no se había movido de su silla.

—¿Qué veneno? —repitió el prior, limpiándose las manos con una toalla de un lavamanos cercano. Hizo un gesto a Parmenio y al boticario, examinando cada copa, vaso y jarra de la mesa—. Majestad, en nuestra enfermería hay toda clase de hierbas. Nuestros jardines están plagados de azafrán de primavera, hierba mora, salomonia, dedalera...

—¿Quién puede haber hecho esto?

El prior y el boticario se encogieron de hombros y sacudieron la cabeza. Eustaquio les gesticuló airado para que se retirasen. Cuando abandonaron la sala, el príncipe repitió la pregunta.

—En el nombre de los cielos —declaró Mayele—, si supiéramos de quién se trata...

—Yo estaba sentado a la izquierda de Baiocis —continuó el príncipe, como si no hubiera escuchado a Mayele—, y vos —asintió con la cabeza hacia Isabela—, a su derecha.

—No ha abandonado su asiento en ningún momento —replicó el genovés—. Ha sujetado la copa en la mano todo el tiempo y nadie se ha acercado a él.

—Excepto los sirvientes —declaró Mayele—. Yo estaba sentado enfrente de él, y puedo jurar que nadie se le ha acercado lo suficiente como para verter veneno en su copa.

—¿Y esa es la única? —preguntó Berrington.

—Sí —Parmenio cogió su propia copa, la olisqueó y bebió un sorbo.

Eustaquio corrió hacia la puerta y llamó a gritos al prior. Parmenio sacudió la cabeza.

—Sea quien sea el responsable —susurró—, estoy seguro de que se ha marchado hace ya tiempo.

—Debemos quitar el cuerpo de aquí —declaró Berrington.

¿Sería Baiocis la víctima señalada?, pensó De Payens, ¿o se tratará de algún error? ¿Se suponía que el rey o el príncipe debían haber tomado ese veneno, o habrían asesinado a Baiocis por ser quien era?

—Nuestra orden —De Payens puso palabras a su preocupación—. El dominio de Inglaterra. ¿Quién será su maestro ahora?

—Yo lo seré —dijo Berrington encogiéndose de hombros—, soy el caballero de mayor antigüedad. Me tomaré algún tiempo para que el concejo del dominio se reúna,

y algo más para informar al gran maestro en Jerusalén.

Descolgó una capa de un clavo de la pared. De Payens le ayudó a extenderla sobre el cuerpo de Baiocis. Jamás bien parecido en vida, el rostro de Baiocis se mostraba ahora convulso por el rictus de una muerte horripilante, con los ojos medio cerrados, los amarillentos dientes tras la boca abierta y un hilo de saliva colgando de la barbilla.

El prior acudió a la llamada de Eustaquio. Se mostró bastante asustado y pudo ofrecer escasa ayuda acerca de lo que sirvió cada criado y a quién. El rey dio por terminado el interrogatorio y ordenó que retirasen el cadáver. De Payens se giró para observar a Isabela; permanecía inmóvil en su silla, sujetando su copa, con el rostro lívido y tenso y moviendo los labios, como si musitara una oración. Le devolvió una tímida sonrisa, pero Edmundo se quedó impresionado no tanto por su miedo como por su determinación. «El coraje aquí», susurró la dama, «ha de ser más duro, los ánimos más robustos, los corazones más severos. Aquí reposa nuestro señor caído en desdicha, nuestro mejor hombre yace en el polvo. Si algún guerrero piensa en abandonar la batalla, lo lamentará para siempre».

—¿Mi señora?

Isabela pestañeó y le miró como si lo hubiera visto por primera vez.

—Edmundo, disculpadme. Estaba citando unos versos de un antiguo poema de Essex acerca de una famosa batalla —alzó las manos, agitando los dedos—. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer?

De Payens volvió a ocupar su silla.

—Lo que debemos hacer —declaró en voz alta el rey, haciendo un gesto a Eustaquio para que volviera a tomar asiento— es decidir qué se pretendía conseguir con esta muerte. ¿Berrington?

—Majestad —el templario se encogió de hombros—, Baiocis yace sin vida. ¿Se estaría tomando en secreto alguna pócima médica que resultó ser tóxica? ¿Le habrán asesinado Walkyn y sus esbirros? ¿Sería él la víctima elegida, o sería otro de nosotros? En cuanto al culpable, majestad, este priorato está atestado de hombres violentos, hombres de la guerra manchados de sangre...

—Y de brujas y magos —interrumpió Murdac. El prelado se santiguó rápidamente—. He escuchado tu historia acerca de las abominaciones acaecidas en la ciudad santa. ¿Crees que el nombre de Ericto no es conocido aquí? Mi cancillería está en York; Teodoro, arzobispo de Canterbury, tiene sus propios testimonios. Ambos reconocemos el nombre de Ericto —dijo, agitando la mano—. No demasiado, solo algunas habladurías.

—Así que es cierto —replicó De Payens—, Ericto es de origen inglés.

—Indudablemente, es uno de los múltiples gregarios —Murdac utilizó el término despectivo para describir a los que merodeaban tras los ejércitos—. Debe de haberse unido a las hordas diabólicas que partieron hacia Jerusalén en busca de nuevas víctimas —volvió a santiguarse—. Lo que sabemos proviene únicamente de

habladurías de las aldeas y pueblos. Algunos dicen que Ericto es una vieja bruja; otros, que era toda una belleza, pero que quedó horriblemente desfigurada por sus pecados. Le atribuyen ciertos poderes, como poder convocar a las fuerzas de la noche, reunir a las aves de carroña y elaborar venenos de la baba de un perro o de tejones alimentados de serpientes.

—Me encantaría conocerla —bramó Eustaquio, riéndose ruidosamente ante su propio chiste.

—¿Es una envenenadora? —preguntó Parmenio, ignorando el exabrupto del príncipe.

—Es una de las acusaciones que se mantienen contra ella.

—Eso son balbuceos de niños —murmuró Northampton. Suspiró y se puso en pie, tambaleándose por el efecto de la bebida—. Recolecta ojos de dragón y huesos de águila —añadió entre risas—. La gente como Ericto se encuentra por cientos en los hediondos canales de Southwark, o en los yermos páramos que rodean San Pablo. Su majestad —se giró hacia el rey, que permanecía sentado, pellizcándose el labio inferior—, estos templarios nos han traído una advertencia. Algún loco está urdiendo algún plan para mataros —se encogió de hombros—. El ejército de Enrique Fitzempres también persigue el mismo propósito, así que, ¿por qué preocuparse?

El rey sonrió y se levantó, imitándole su hijo y sus consejeros. Dio las gracias cortésmente a los templarios y el séquito real abandonó el refectorio, chillando a Eustaquio que debían tener unas palabras en privado antes de que partiera. De Payens escuchó cómo se alejaban los pasos por el pasillo.

—Estamos acabados —suspiró, y miró a su alrededor—. El rey no confía realmente en nosotros, ¿no es cierto?

—Su majestad se encuentra trastornado —replicó Berrington—. Está muy preocupado por su hijo, la retirada de los grandes nobles del campo de batalla, el acercamiento de las tropas de Enrique Fitzempres. Está rodeado de asesinatos y conspiraciones. Tiene un hijo al que nadie quiere ver coronado, así que, ¿por qué iba a preocuparse de que caiga uno entre tantos?

—Debería —Parmenio se sentó en la silla del rey—, el asesinato de Baiocis es una advertencia.

—Aún así, no podemos perseguir a Walkyn —declaró Berrington—, porque no sabemos dónde está, cómo se esconde ni adonde se dirige. Durante la comida, su majestad nos aseguró que sus recaudadores habían examinado todos los documentos de la Cancillería y el Tesoro. No se ha hallado rastro de Walkyn, ninguna señal de que haya entrado o abandonado el reino. No podemos negarnos, no podemos traer una advertencia a su majestad y ahora declinar su petición de que acompañemos al príncipe; se consideraría una grave ofensa. Quién sabe, quizá allá adonde vayamos nos siga Walkyn. Desde luego, ha hecho sentir su presencia aquí.

—¿Era Mandeville realmente un hechicero? —preguntó abruptamente De Payens. Berrington se apoyó en la mesa, con la mirada perdida y gesto grave y decidido.

—Mandeville era el auténtico jinete del caballo pálido del Apocalipsis; el mismo infierno le seguía. Esa es una de las razones —añadió con brusquedad— por las que abandoné su compañía y me embarqué hacia Ultramar. Pero ahora —continuó, señalando el negro crucifijo de madera—, el cuerpo de Baiocis descansa en la iglesia del priorato. Ya es tarde para prestar ayuda a su cuerpo, pero su alma aún necesita nuestras oraciones...

CAPÍTULO 8



Y Eustaquio... encolerizado y furioso,
encontró su final.

Pasaron tres días más en el priorato de wallingford. Eustaquio reunió sus tropas, cientos de rufianes y truhanes de Londres, mercenarios flamencos, proxenetas, saqueadores, hombres duros que habían batallado duramente durante casi veinte años de guerra civil. Portaban orgullosos sus uniformes reales pero, en realidad, concluyó De Payens, no eran más que lobos vestidos con ropajes de lobos. Comprendió que un gran señor como Mandeville podía congregarse bajo su estandarte a violadores, asesinos, ladrones, hechiceros y brujas. No le extrañaba que hubiera gente como Berrington que, asqueado por lo que veía, tratase de expurgar su alma enrolándose en el Temple. Por lo demás, la muerte de Baiocis seguía siendo un misterio. Todo lo que pudieron hacer fue supervisar los ritos durante su funeral. Se cantó una misa de réquiem en la lúgubre y sombría capilla del priorato. Se entonaron los salmos de duelo entre la tímida luz de los candelabros y el humo del incienso. El cuerpo se bendijo y se roció con agua bendita e incienso, se introdujo en un improvisado ataúd, construido de un enorme arcón, y le dieron sepultura en la fosa común, una esquina del cementerio del priorato reservada para los desconocidos.

Una hora más tarde, las campanas comenzaron a repicar. El príncipe Eustaquio abandonaba a su padre y, seguido de su comitiva de trescientos hombres, dejaba Wallingford entre nubes de polvo, el clamor de cuernos de guerra y decenas de ondeantes estandartes. De Payens cabalgaba en la retaguardia, junto a sus compañeros, e Isabela montaba en una yegua escogida especialmente de los establos reales. Simón de Senlis, conde de Northampton, junto con Murdac de York, actuarían como consejeros del príncipe Eustaquio, aunque este los ignoraba deliberadamente. La compañía del príncipe se movía con rapidez por la campiña, siguiendo caminos de tierra y cambiándose después a las antiguas calzadas romanas, de piedras polvorientas y recalentadas por el sol del verano. La meteorología estaba siendo benévola. Los campos estaban preparados para la cosecha, las huertas estaban repletas de frutas, los molinos de agua estaban reparados y pintados, dispuestos para la siembra de otoño. Eustaquio lo transformaba todo a su paso. Los negros estandartes de guerra se desplegaron mientras atravesaba los condados en dirección a Cambridge, quemando y saqueando las haciendas y pertenencias de los enemigos de su padre. Incendiaron establos, arrasaron granjas, devastaron cosechas y huertos y envenenaron pozos y manantiales. Cualquier resistencia se pagaba con la muerte, bajo el acero de sus espadas o la horca en algún roble, olmo o sicomoro cercano. Los ecos de esta tormenta diabólica llegaron a oídos de granjeros, campesinos y mercaderes, que huyeron despavoridos a iglesias, monasterios, castillos o casas fortificadas.

Tras seis días de tropelías, la comitiva de Eustaquio llegó hasta Bury St. Edmunds, una majestuosa abadía construida con piedra gris, con elevadas murallas y bien provista de granjas, estanques, huertas, establos y casas, un lugar de paz y armonía y con un soleado claustro, un jardín repleto de suntuosos rosales en plena floración, que cargaban el aire de la tarde de un delicado perfume. El abad tuvo

la prudencia de recibir a Eustaquio en el camino que conducía a la gran puerta de entrada y, flanqueado por portadores de la cruz, sacristanes y acólitos vestidos de blanco agitando incensarios, celebró una breve homilía en latín, dando la bienvenida al joven príncipe, pero puntualizando delicadamente que su comitiva debía permanecer en los campos y praderas del exterior. Eustaquio, que cabalgaba borracho, accedió, y él y su séquito más inmediato, incluyendo a los templarios, fueron escoltados hasta sus aposentos, en el pabellón de invitados. De Payens se alojó en una pequeña habitación, se quitó enseguida su armadura, organizó sus pertenencias y pidió a sus compañeros que se reunieran con él en el pequeño rosal que había junto a la entrada. Estaba dolorido por la silla de montar, cansado y furioso; desde el primer momento, Parmenio y él comenzaron a protestar ante Berrington por lo que estaba sucediendo.

—¡No somos más que forajidos, quemando granjas y molinos, por el amor de Dios!

Parmenio asintió vigorosamente ante estas palabras. Desde que abandonaron Wallingford, se había mostrado aún más reservado y hermético.

—¿Y bien? —demandó De Payens.

Maybele simplemente sonrió, como si saboreara algún chiste secreto. Isabela permanecía sentada sobre el césped, examinando sus brazaletes en la muñeca.

—¿Por qué? —gritó De Payens a Berrington—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Y todos estos saqueos? ¡Somos templarios, no gregarios o rufianes!

De nuevo, Parmenio asintió. Maybele se giró hacia un lado e Isabela hundió el rostro en sus manos.

—No tenemos otra opción, Edmundo, lo sabes —Berrington se acercó a De Payens y le puso la mano sobre el hombro—. Como ya dije, hemos traído una espantosa advertencia al rey. No podíamos ignorar su petición; nuestra negativa a acompañar a su brutal hijo habría lesionado gravemente nuestros intereses.

De Payens protestó, aunque, en el fondo, no tenía más remedio que estar de acuerdo. De vuelta en su estrecha habitación, se sentó en un extremo de su camastro y observó un colorista tapiz que representaba el martirio de san Edmundo.

«Ilusiones» susurró, recordando la acusación de Nisam: «Tan solo perseguimos ilusiones. ¿Cuál es la realidad? ¿Se trata de Walkyn, o de otra persona?». Se desnudó, se tumbó en la cama y se quedó dormido mientras seguía pensando qué debían hacer. Le despertaron más tarde. La luz que se colaba por la pequeña ventana ojival comenzaba a menguar. Durante unos instantes ignoró los porrazos en la puerta y los gritos de Parmenio pronunciando su nombre. De repente, recordó dónde se encontraba y se enfundó enseguida su larga túnica, se puso las botas y se abrochó el cinto de la espada. El genovés, respirando con dificultad, le apremiaba para que saliera.

—Por el amor de Dios, Edmundo, venid. El príncipe...

De Payens siguió a Parmenio hacia el exterior del pabellón de huéspedes y

entraron en el claustro, donde Eustaquio, espada en mano, profería gritos al abad, que permanecía inmóvil ante él con mirada desafiante, sacudiendo la cabeza, santiguándose una y otra vez para protegerse del torrente de blasfemias que procedía del príncipe. Berrington y Mayele se habían situado a la derecha del abad. Isabela, que estaba sentada sobre el muro del claustro, se puso en pie y se acercó a De Payens, con los dedos sobre los labios.

—El príncipe —susurró— desea vaciar los graneros de la abadía.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó Eustaquio, agitando el puño ante el rostro del abad—. Voy a tener mis suministros, a hacer valer mis derechos en este asunto.

Siguió vociferando, lanzando amenazas, llamando a gritos a Murdac y Northampton, que permanecían bajo la sombra del claustro, para que le siguieran. De repente hizo una pausa y se giró, puso la mano sobre la empuñadura de su espada y volvió a lanzar improperios contra el abad. De Payens estuvo a punto de desenvainar su espada; Parmenio acarició la empuñadura de su daga, mientras Berrington se adelantó unos pasos cuando el príncipe comenzó a avanzar amenazante hacia el abad. Este se mantuvo en su sitio, agarrando con una mano el crucifijo que llevaba colgado al cuello. Eustaquio se detuvo, miró al abad y, de repente, estalló en una sonora carcajada. Dio un golpecito en el hombro al abad, retrocedió y esbozó burlonamente una bendición al cielo. Northampton y Murdac se acercaron aprisa, pero el humor de Eustaquio había cambiado drásticamente.

—No hay problema, nobles señores —gritó—. Nos reuniremos en consejo más tarde, en mis aposentos.

Les hizo un gesto con la mano para que se retiraran y, seguidamente, entrelazó el brazo del abad con el suyo y caminó junto a él por el claustro, hablando con suavidad, como si fueran hermanos.

De Payens les observó marcharse, manteniendo aún la mano sobre la empuñadura de su espada. Berrington y los demás se acercaron hasta él.

—El príncipe está loco —susurró De Payens—. En el nombre del cielo, Berrington, Mayele, en qué enredo nos hemos metido. Los enemigos acechan en todas partes, cada palabra es una posible maldición, el humo negro inunda el cielo, las casas y mansiones arden como hogueras sobre mares de hierba.

—Por eso abandonamos Inglaterra —dijo Isabela con suavidad—. Edmundo, lo que veis no es tan maligno como lo que nosotros hemos presenciado.

—*Homo diabolus homini*, «el hombre es un diablo para el hombre» —murmuró Berrington—. No ha sido mucho mejor en los otros condados: caballerías al asalto, merodeadores nocturnos, fuego y hierro...

—Y aquí nos encontramos —dijo De Payens agitando la cabeza—, persiguiendo, supuestamente, a un hechicero que parece haberse esfumado entre los pantanos. Deberíamos marcharnos. Baiocis está muerto, asesinado. Deberíamos volver y contarle lo ocurrido al gran maestro. Esto es imposible.

—Y Montbard contestará —observó Berrington— que no hemos llevado a cabo

sus órdenes. En realidad, hemos puesto en peligro la causa templaria en Inglaterra. Recuerda, Edmundo, tan solo estamos aquí porque nos lo ordenaron.

De Payens miró a Parmenio. El genovés permanecía inmóvil, mirando fijamente al suelo con las manos en los costados.

—¿Qué debemos hacer? —murmuró el templario.

—¿Qué debemos hacer? —repitió Parmenio—. No me extraña que ni el santo padre de Roma ni la mayoría de los obispos ingleses quieran ver a Eustaquio como heredero de la corona. Seguimos a un loco con un violento pasado y un escaso futuro —dijo, alzando la vista—. He oído lo que habéis dicho, Berrington, pero Edmundo tiene razón, no podemos recorrer eternamente los caminos de Inglaterra buscando a Walkyn.

—Pero debe de estar cerca —declaró Berrington—, la muerte de Baiocis es prueba de ello.

—Eso no prueba nada —interrumpió De Payens—, excepto que alguien envenenó a Baiocis.

Berrington, con el rostro demacrado y los ojos aún más entrecerrados, sacudió la cabeza.

—¿Cómo asesinaron a Baiocis?, ¿vio alguien a alguno de nosotros acercarse y verter aquella pócima letal en su vino? Si lo hubiéramos hecho, alguien se habría dado cuenta. No, le mataron de forma mucho más sutil e ingeniosa, Walkyn o alguno de sus esbirros —Berrington hizo una pausa—. Walkyn debe de ser el responsable. De cualquier forma, nosotros estamos aquí para evitar daño alguno a la Corona —respiró profundamente—. Si algo ocurriese y no consiguiéramos evitarlo, entonces, quizá deberíamos pensar en marcharnos. Además, la muerte de Baiocis crea nuevos problemas. No puedo abandonar el dominio de Inglaterra en tal estado de confusión.

De Payens caminaba bajo la columnata del claustro. Se detuvo y observó la figura tallada de un lagarto y una serpiente con dos patas que subía gateando por el tallo de una azucena hacia sus pétalos, cada uno de los cuales representaba una alma humana. Junto a esta figura observó una gárgola con la cara de un cerdo y orejas de mono. En la brisa flotaba el débil sonido de una lira, y una voz joven y clara entonaba un himno a la Virgen.

—Debemos esperar —dijo Berrington—, debemos esperar un poco más. El príncipe debe volver a Londres, a Westminster; para entonces, habremos terminado nuestra misión.

De Payens se encogió de hombros y asintió. Abandonó los claustros y visitó la iglesia de la abadía, admirando sus tesoros, especialmente el lúgubre fresco sobre una pared que describía las quince señales de Dios que, según san Jerónimo, precederían el Juicio Final. Los dramáticos y sobrecogedores eventos aparecían pintados en colores vivos: montañas que se desmoronaban, enormes olas, estrellas que se precipitaban del cielo para caer violentamente en una tierra envuelta en las llamas del infierno. Visitó después la capilla de la Señora y el coro, dedicado a santa Ana. Pasó

allí algún tiempo, y después caminó por la senda que conducía al Petit Paradis, un pequeño jardín organizado en círculos concéntricos repletos de flores de vivos colores. Se sentó en un banco, ante una pequeña fuente esculpida con la forma de un espectacular pelícano de bellas plumas, de cuyo pecho manaba un hilo de agua cristalina. Escuchó un sonido: *lady* Isabela, vestida con una túnica rojiza con bandas blancas y con su hermoso rostro oculto bajo una *coupe de maille*, se acercaba caminando por el sendero. Se sentó junto a él y le cogió de la mano, apretando con fuerza al sentir su nerviosismo.

—Edmundo, Edmundo —sus labios estaban tan cerca que podía oler la esencia de menta de su aliento—, en el nombre de Dios —dijo, bromeando—, gran caballero, estad tranquilo, no soy una *belle dame sans pitié*.

Edmundo se giró.

—Todos queremos que esto termine —murmuró la joven—, y eso ocurrirá pronto. Walkyn será apresado y ajusticiado —se giró para ponerse frente a él, haciéndole sentir el roce de su suave manga contra el cuello.

—Nunca confiéis en un soldado...

De Payens se giró al ver que Berrington y Mayele acababan de entrar en el paraíso.

—Señores, ¿me estáis espiando? —bromeó Isabela.

—No, hermana, pero los buenos hermanos de San Benedicto sí que lo hacen; me dijeron que estarías aquí.

—¿Dónde está Parmenio? —preguntó De Payens, tratando de desviar la atención.

—Se ha ido a merodear, como siempre hace —Mayele se puso en cuclillas y miró de frente a De Payens—. Edmundo, ya sabes que no me fío del genovés. Apareció como un duende en Trípoli, y desde entonces, aún no ha explicado la auténtica razón de su presencia aquí —hizo una pausa cuando la campana de la abadía comenzó a tañer ruidosamente, tocando a rebato.

De Payens se puso en pie de un salto. Sobre el sonido de las campanas se escuchaban chillidos y gritos de alarma desde detrás de las paredes del paraíso. Berrington se retiró corriendo por el sendero, y De Payens y los demás le siguieron. Salieron por la cancela del jardín y se detuvieron cuando un hermano lego, de rostro sudoroso y casi sin respiración, agarró del brazo a Berrington y transmitió con dificultad las noticias en una lengua difícil de entender.

—Es el príncipe, Northampton, Murdac —gritó Parmenio, que se acercaba corriendo hasta ellos con el jubón desabrochado y empapado de sudor—. ¡Los tres —jadeó— asesinados!

—¡Los tres! —exclamó De Payens.

—Que Dios los perdone —jadeó Parmenio—. El príncipe y Northampton han sido envenenados. Ya han perecido —dijo, agitando las manos—. A Murdac le queda un soplo de vida; le han llevado a la enfermería. El médico de la abadía está examinando las copas de vino. Será mejor que vengáis.

La cámara de Eustaquio estaba en la planta baja. Las grandes cortinas sobre el ventanal arqueado se habían descorrido para dejar entrar más luz sobre aquella horrible escena. Eustaquio y Northampton yacían en el suelo. El príncipe estaba muerto, con los ojos abiertos y el rostro contraído, con un hilo de saliva cayéndole de la boca abierta. Northampton yacía a su lado, con el rostro horrible de la muerte. Parecía que el conde, en sus últimos momentos de agonía, había intentado arrastrarse hasta el gran crucifijo que colgaba de la pared. Berrington pidió a todos que desalojaran la habitación, a excepción del abad y el médico. El capitán de los mercenarios del príncipe, con el rostro enrojecido por la ira, permaneció también, golpeando a hermanos y sirvientes con el canto de su espada para que abandonaran la habitación cuanto antes. Cerró la puerta y se situó junto a la cabeza de su difunto señor. De Payens miró a su alrededor. La cámara era muy lujosa, con relucientes paredes, taburetes y bancos bien pulidos, una gran silla con respaldo de cuero y una enorme cama con cuatro columnas y suaves cortinas blancas. En la parte central de la habitación había una amplia mesa de caballete, que estaba cubierta en su mayor parte de manuscritos, rollos de pergamino, trozos de cera para sellar y botes de tinta. Junto a todos ellos había tres copas y platos de comida sin terminar. Los taburetes de largas patas, volcados en el suelo, contaban su macabra historia. De Payens caminó hacia la mesa y cogió la jarra de vino. Estaba vacía. La olisqueó, pero no detectó ningún olor extraño y la dejó de nuevo sobre la mesa. El príncipe era un gran bebedor, un amante del vino, y Northampton no era muy distinto a él en ese sentido. Dos de las copas que había en la mesa, una de las cuales era de Eustaquio, se habían vaciado por completo, incluso de su poso. La tercera, situada a la derecha de la silla del príncipe, estaba casi llena. De Payens, considerando la advertencia del médico, la levantó y olisqueó el olor penetrante, como el de una sartén vacía requemada sobre un fuego. Arrugó la nariz ante el nauseabundo olor y miró hacia la ventana. La luz del sol se debilitaba. Se acercó a ella y miró hacia el cielo, donde se acumulaban grandes nubes negras que presagiaban una repentina tormenta de verano.

—Creo que las tres copas contenían veneno —declaró el sanitario—. La jarra está vacía, así que es difícil decirlo con seguridad.

—¿Dómine?

De Payens se giró. El capitán de los mercenarios se había quitado el casco y su capucha de malla para revelar un rostro lleno de cicatrices, completamente afeitado y rapado.

—¿Sí? —preguntó el templario.

—Dómine, la jarra la trajo un hermano lego; aguarda fuera. Yo mismo probé el vino antes de que lo sirvieran —añadió, extendiendo las manos—, y no siento efecto alguno.

—¿Y las copas? —preguntó Berrington.

—Deben de haber estado aquí desde antes —replicó el capitán—, pero estoy seguro de que, si hubieran contenido ese veneno tan nocivo, su excelencia el

arzobispo lo habría notado. Una vez que probé el vino —continuó—, dejé que entrase el hermano lego. Su excelencia cogió la jarra y sirvió las tres copas. El príncipe y el conde habían tomado ya asiento. Dicen —la voz del capitán se tornó furibunda mientras señalaba al abad— que el príncipe estaba maldito por san Edmundo por haber arrasado su abadía, en cuyo caso...

—En cuyo caso —intervino De Payens con rapidez—, mejor sería dejar en paz a san Edmundo. Haz entrar al hermano lego.

El viejo criado de la abadía pudo añadir bien poco a lo que ya sabían. Temblando de miedo, anunció que trabajaba en la despensa. Había retirado el vino en presencia del bodeguero, que podía confirmarlo, y había llevado la jarra inmediatamente a la cámara del príncipe. Nadie se había acercado a él durante ese intervalo de tiempo. El capitán de la guardia había tomado un sorbo generoso y, seguidamente, había entrado en la habitación para entregar la jarra. El príncipe había demandado enseguida una copa, el arzobispo le obedeció y, mientras le servía el vino, se retiró de la habitación. El capitán confirmó la versión, añadiendo que nadie más había entrado en la habitación.

Berrington tomó las copas y las puso en una bandeja, la cogió en sus manos e hizo una reverencia al abad.

—Reverendo padre, voy a llevarlas a la enfermería, donde descansa su excelencia el arzobispo. Quizá aún pueda decirnos algo más. Capitán, te ordeno que, por vuestra lealtad, le digáis a vuestros hombres que permanezcan tranquilos. Más conmoción no nos serviría de ninguna ayuda. Padre abad, una vez que hayamos hablado con su excelencia, necesitaré utilizar la cancillería, los mensajeros de la abadía y los caballos más veloces de vuestro establo. El capitán proporcionará una escolta. Abandonarán este lugar en busca del rey, para advertirle acerca de lo que ha ocurrido aquí. Ahora...

Con la bandeja en sus manos, Berrington los guio hacia la penumbrosa enfermería de blancas paredes. Los asistentes de los sanitarios trabajaban sin descanso en la cámara principal, atendiendo al arzobispo. Berrington dejó la bandeja con las copas en una mesa y todos entraron, excepto una pálida Isabela, que simplemente se había dejado caer en un banco, en el exterior. Mayele la vio y volvió hacia ella, el resto se reunió en torno a la cama de Murdac. Habían purgado al arzobispo con una infusión de hierbas y agua salada que le había hecho vomitar; la habitación apestaba a vómitos. El arzobispo, con el rostro empalidecido y cubierto de sudor, se encontraba consciente, pestañeando continuamente. El abad se sentó en un taburete, junto a la cama, y le habló con suavidad; el arzobispo, con voz débil, murmuraba sus respuestas, que posteriormente trasladó a los demás el abad.

—Rellenó ambas copas y la suya propia. El príncipe declaró que tenía mucha sed, al igual que Northampton. Vacieron enseguida las copas y le pidieron que las volviera a rellenar. Su excelencia obedeció y bebió de su copa. Poco tiempo después, mientras comenzaba a sentir los primeros síntomas, el príncipe y el conde empezaron a sufrir violentas convulsiones. Ambos gritaban que no podían respirar.

El abad le cogió la mano, fría y nervuda; Murdac susurró algunas palabras.

—Me ha contado la misma historia de cómo se sirvió el vino —suspiró el abad—. No percibió ningún olor extraño. Ahora desea que se lo lleven de aquí, que le trasladen a su casa favorita, en Dorset.

Ese día y los siguientes estuvieron marcados por una frenética actividad. De Payens, con la ayuda de los fondos de la abadía, negoció con los mercenarios del príncipe que se retirasen al sur y se uniesen al rey en Londres, dejando un pequeño destacamento para escoltar a los difuntos. Lavaron los dos cuerpos, los embalsamaron y fueron bendecidos, depositándolos ante el gran altar de la abadía. Los mensajeros no paraban de entrar y salir. El rey, consternado y furioso a la vez, se cuidó de no echar las culpas sobre nadie; en su carta explicaba que se encontraba en periodo de complicadas negociaciones con Enrique Fitzempres. Dio detalladas instrucciones de cómo debían supervisar los templarios el cuerpo de su hijo, que debía transportarse con total solemnidad hasta el mausoleo familiar de la abadía de Faversham, en Kent, donde estaba enterrada la madre de Eustaquio.

Por la abadía y entre la comitiva del príncipe corría el rumor de que el segundo hijo de Esteban, Guillermo de Bolonia, se convertiría en el nuevo heredero del trono. Algunos días más tarde, la proclamación de una paz duradera entre Esteban y Enrique Fitzempres disipó tales rumores. Ambos líderes habían tomado grandes juramentos. Esteban seguiría siendo rey, mientras Enrique Fitzempres sería adoptado solemnemente como su nuevo heredero. Las especulaciones comenzaron a extenderse con rapidez. Berrington, con el rostro compungido por la consternación, convocó una reunión con sus compañeros para discutir las novedades. Mayele comentó irónicamente que la muerte de Eustaquio no podía haberse producido en un momento más favorable, ni la del ferviente monárquico Northampton, por no mencionar la terrible enfermedad del arzobispo de York, que se debatía entre la vida y la muerte. Todos reconocieron a regañadientes que el reservado y misterioso Walkyn había conseguido llevar a cabo una exitosa venganza contra Esteban y su familia. Ya se podía sentir un rápido cambio en los acontecimientos. El abad se había apresurado a enviar emisarios para felicitar al príncipe Enrique. Berrington dijo que haría lo propio para ganarse la aprobación del nuevo gobernante para el Temple.

—Ya hemos acabado aquí —proclamó.

—¿Acabado? —respondió a gritos Mayele.

—He estado reflexionando acerca de lo que dijo Edmundo —declaró Berrington—. ¿Qué más podemos hacer? Yo podría continuar con la búsqueda de Walkyn, y propongo que Edmundo y Parmenio vuelvan a Ultramar, llevando cartas a nuestros señores en Jerusalén con noticias de lo que ha ocurrido aquí. Yo me quedaré para organizar las propiedades del Temple, contactar con los diferentes comendadorías y —añadió, con una leve sonrisa— unirme a todos los demás en mostrar mis respetos a la nueva estrella que ha nacido en el este.

—¿Y yo, hermano mío? Si lo deseas, puedo unirme a Edmundo...

De Payens permanecía en silencio, perdido en sus pensamientos. Se sentía tentado de aceptar las palabras de Berrington, aunque estaba irritado por la idea de que lo utilizaran como un simple mensajero.

—Podría irme también —repitió Isabela.

—Si decido irme —replicó De Payens.

—Si debiera irse —añadió Parmenio.

Permanecían sentados en el Petit Paradis; de repente, el genovés se levantó apresuradamente, claramente agitado.

—Hermano —demandó Berrington.

—No soy vuestro hermano —replicó Parmenio—. Yo, nosotros, vos, Edmundo, todos tenemos la misión de atrapar a Walkyn, y a todos los malvados que se han unido a él, y darles muerte; esas son las órdenes de nuestro gran maestro.

—Pero —interrumpió Berrington— yo puedo continuar con la caza, y Mayele puede ayudarme. Antes, De Payens y tú dijisteis que queríais marcharos. Pensé que esto sería un acuerdo honorable.

—Eso era antes —repitió acaloradamente Parmenio—. Nos preguntábamos si Walkyn había llegado o no a Inglaterra, pero ahora conocemos la verdad. Hemos presenciado en primera persona su maléfica actuación. Además, Esteban aún sigue siendo el rey. Le dijimos cuál era la razón de nuestra presencia aquí. ¿Deberíamos marcharnos y abandonar nuestra misión porque Walkyn se ha salido con la suya? No creo que el rey Esteban esté muy de acuerdo con eso. La situación se ha vuelto ahora mucho más seria. Nuestra marcha, antes de estos asesinatos, quizá habría sido tolerada, pero ahora tenemos un compromiso que cumplir. Es posible, incluso, que el rey no nos diera su permiso para abandonar la isla. Así que yo no voy a volver, al menos, todavía no —se giró hacia De Payens—. Edmundo —suplicó—, en Ascalón os salvé la vida. En este asunto os lo ruego: debemos quedarnos, al menos, durante algún tiempo más.

De Payens, intrigado por el apasionado alegato del genovés, y convencido por su lógica, asintió con la cabeza. En el fondo de su corazón, también sentía cierto resentimiento contra la forma en la que Berrington lo había dispuesto todo. Es cierto, anteriormente había deseado volver a Ultramar, pero se había dejado llevar por la ira. Ahora, Eustaquio y Northampton estaban muertos, y Murdac agonizaba. ¿Quedarían impunes tales muertes? Ya era demasiado tarde para marcharse. Parecía que Berrington quería seguir discutiendo este caso, pero hizo una mueca y desvió la conversación a otros temas, como la necesidad de hacer acopio de suministros y de volver a Londres para recoger fondos de las arcas del Temple. La reunión terminó y cada uno se fue por su lado. De Payens trató de hablar con Parmenio, pero el genovés murmuró que ya había hablado suficiente.

Los días se fueron sucediendo. En mitad de septiembre, los templarios, con la panoplia completa, escoltaron los cuerpos embalsamados del príncipe y de Northampton hasta la abadía de Faversham para recibir solemne entierro. El rey

estaba presente, al igual que Enrique Fitzempres. El Angevino era pelirrojo, de rostro rubicundo, complexión fuerte y con los largos brazos de un guerrero nato. Una mano descansaba sobre su daga, la otra sobre un clérigo de gran estatura, pálido y moreno; Berrington susurró que se trataba de Tomás Becket, bien conocido en Londres y en Kent. El rey Esteban los recibió en el pórtico de Galilea de la iglesia de la abadía de Faversham. Les dio una fría bienvenida, aunque se relajó cuando *lady* Isabela le expresó sus piadosas condolencias. El rey declaró que habían hecho lo suficiente para proteger a su hijo, pero añadió que debían volver a Londres alrededor de la festividad del Confesor, a mediados de octubre, cuando podrían informar sobre lo que realmente sucedió ante el Gran Consejo.

El siguiente día retornaron a Bury St Edmunds. Berrington estaba ocupado con los preparativos para su marcha a Westminster. Isabela se ofreció a ayudarlo, y Mayele actuaba como mensajero. De Payens, abandonado a sus propios asuntos, se dedicaba a recorrer la abadía. Los buenos frailes le habían aceptado como un huésped real, como un monje hermano de una orden diferente. De Payens se esforzó duramente para acomodarse a aquella cavernosa y destartada casa de oración. A menudo recorría los grandes claustros, recitando sus plegarias. Visitaba la larga y oscura nave de la iglesia y se unía a los monjes en la biblioteca o el *scriptorium*, donde guardaban sus preciados manuscritos en lustrados facistolos. Solía hablar con los cronistas de la abadía, que permanecían sentados, con sus afiladas péñolas y su papel de vitela bien cepillado, sus recipientes llenos de tinta fresca, sus grandes mesas de escritura repletas de estiletes para cortar el pergamino, cera, botes de pinturas y rollos de cinta. Se reunía con los buenos hermanos en la sillería del coro para seguir el oficio de la mañana, para cantar las alabanzas y para el resto de los oficios del día. Se sumergió a fondo en la programación diaria de la abadía, ayudando incluso en los establos y fraguas, aprovechando esas ocasiones para discutir los sucesos relacionados con la muerte del príncipe. Al final, no consiguió descubrir nada nuevo. Los hermanos susurraban, con el rostro oculto tras sus manos, que la muerte de Eustaquio había sido obra de san Edmundo, que había castigado al príncipe por sus pecados. También murmuraban sobre Parmenio: que el genovés se dedicaba a curiosear todo lo relacionado con el terrible incidente que había tenido lugar en la abadía, aunque cuidándose siempre mucho de guardar las distancias con ellos.

De Payens no tenía más remedio que admitirlo. Parmenio se había ido separando paulatinamente de sus compañeros, ausentándose a menudo del refectorio del pabellón de huéspedes. Berrington y Mayele habían comentado este hecho, pero ignoraban a Parmenio, como si ya hubiera dejado de ser parte de la comitiva, resentido como estaba por su oposición a los deseos de Berrington. Isabela se había calmado bastante últimamente, mientras su hermano se concentraba en asuntos relacionados con el Temple, recibiendo visitas noche y día de mensajeros y emisarios. Berrington había expresado sus sospechas de que Walkyn podría encontrarse oculto en Londres, y anunció que todos debían ponerse muy pronto en ruta hacia allí para

continuar con la búsqueda. Mientras tanto, otros asuntos demandaban su atención.

De Payens meditó la idea de espiar a Parmenio, pero descartó la opción al considerarla poco honorable. El genovés se había dedicado a sus propios asuntos, y De Payens decidió que poco se podría hacer hasta que se trasladaran a Londres. En vez de eso, y conmovido por la belleza de la región, se dedicó a recorrer a caballo los caminos, internándose en el bosque cercano para admirar el cambio gradual del color de la vegetación hacia los tonos marrones y dorados del incipiente otoño. Se encontraba fascinado por la constante agitación de la vida: el chasquido y crujido de los helechos ante el paso de zorros, liebres, conejos, ardillas y otras criaturas en busca de comida; la siempre presente cubierta vegetal sobre su cabeza, llena de vida con los cantos y llamadas de las aves; la oscuridad a ambos lados del camino, donde los grandes árboles se aglutinaban, para abrir paso abruptamente a extensos prados repletos de flores bañadas por el sol; los riachuelos rápidos y estrechos donde el agua borboteaba vigorosamente de camino a pozas, estanques y lagunas.

En sus cabalgadas, De Payens también descubrió otras visiones: oscuras y fugaces siluetas. Los buenos hermanos le aseguraban entre risas que se trataba tan solo de la gente del bosque: quemadores de carbón, cazadores furtivos de las aldeas cercanas, leñadores, y no de las brujas, gárgolas y elfos de las leyendas populares. De Payens encontraba reconfortantes tales excursiones, mientras reflexionaba acerca de todo lo sucedido desde aquel *dies irae* en Trípoli, hacía casi un año. Le proporcionaban la oportunidad de experimentar la sensación de desasosiego que se sentía durante la búsqueda de un hechicero al que no conocía ni había visto jamás.

Durante la festividad de san Dionisio, decidió salir a cabalgar de nuevo. Asistió a la misa del amanecer, dedicada a tan ilustre mártir, y rompió su ayuno en la mesa de la despensa, donde el hermano Grimaldi le ofreció para su excursión una bolsa de tela que contenía pan, queso, manzanas, algo de carne seca y ciruelas frescas. De Payens recogió su caballo de los establos y, pocos minutos después, se encontraba atravesando un denso bosquecillo de árboles, roto solo por claros rodeados de arcaicas piedras. Se había acostumbrado ya a los sonidos del bosque, y volvió a sumirse profundamente en sus reflexiones para tratar de desenmarañar los misterios que tanto le inquietaban. Se preguntó si podrían ayudarle en la biblioteca de la abadía a descifrar el código que mantenía guardado en la taleguita que colgaba de su cuello. Los recuerdos del pasado le rondaban de nuevo: Parmenio, en aquella iglesia griega de Trípoli, abalanzándose hacia él con un puñal en la mano; Mayele, disparando sus flechas letales contra las víctimas seleccionadas; Nisam, en su pabellón florido, mirándole con ojos tristes; Baiocis, agonizando en el refectorio. El templario recordó que el maestro había parecido estar enfermo desde el principio de aquella comida, agarrando su copa como si ya anticipase su muerte. Después, Eustaquio y Northampton, eliminados de manera tan fulminante, pero ¿cómo? El médico de la abadía había informado más tarde de que la copa del arzobispo estaba, con toda seguridad, emponzoñada con alguna poción tóxica; pero, con respecto a las otras

copas, vaciadas hasta el poso, se había presentado un gran misterio, pues no se había detectado veneno alguno.

De Payens despertó de su ensueño y tomó con fuerza las riendas al escuchar tras de sí unos extraños sonidos. Se detuvo, mirando a su alrededor, observando cada árbol, y entonces los vio: tres pequeñas y oscuras formas, moviéndose de uno a otro lado del claro. Cabalgó hacia los árboles y desmontó, dando unas suaves caricias a su corcel para tranquilizarlo antes de deslizarse hacia la densa maleza. Se quitó el cinturón de guerra, desenvainó su puñal y aguardó inmóvil. Las tres pequeñas siluetas se acercaban por el camino. De Payens los embistió y cogió a uno, agarrando el pequeño cuerpo por la cintura. A pesar de los gritos y chillidos mantuvo apresado a su prisionero; después, sonrió ante los ojos vivarachos que le miraban y el rostro enmugrecido cubierto de una maraña de pelo negro. Sonrió y soltó a la niña en el suelo. La chiquilla retrocedió, con el miedo reflejado en los ojos, y se detuvo ante la visión de la medalla de plata, una representación de la Virgen que Payens llevaba siempre en un portamonedas, sobre su cinturón.

—Ven —le dijo, haciéndole señas—, toma.

La chica le respondió, pero De Payens no pudo entender sus palabras. Volvió a hacerle señas, persignándose e inclinándose hacia ella. Agarró la medalla y De Payens permitió que la cogiese. Después, se puso en pie, volvió a colocarse el cinturón de guerra y caminó lentamente hacia donde se encontraba su caballo, paciéndose tranquilamente la fresca hierba del prado. Abrió una alforja, sacó la bolsa de tela y se volvió. Los tres niños permanecían en pie en medio del camino, como pequeñas sombras negras cogidas de la mano. De Payens sintió una punzada de autocompasión y pena. Jamás había experimentado esa sensación; no tenía hermanos ni hermanas, tan solo a Teodoro y a la formidable Leonor. Murmuró enseguida una oración de acción de gracias por ello, abrió su portamonedas y sacó dos brillantes medallas metálicas más. Entonces, se quitó la capa, la extendió sobre el suelo, puso las medallas en el centro y abrió la bolsa de tela. Los niños, con sus sucios rostros casi ocultos por sus matas de pelo negro, se acercaron y se arrodillaron enfrente de él. Señaló hacia las medallas, sacó lentamente su cuchillo e, ignorando sus gemidos, cortó la comida en cuatro porciones. Los pequeños brazos se movieron con rapidez, cogiendo cada uno su parte y su medalla. De Payens cerró los ojos, se santiguó y murmuró el benedícite. Cuando volvió a alzar la mirada, los tres niños tragaban apresuradamente la comida, una mezcla de manzana, pan, queso y carne, con ojos humedecidos de deleite. De Payens soltó una carcajada. Habló con ellos, pero no podían entenderle. En vez de ello, le hacían la señal de la cruz e introducían las ciruelas enteras en la boca. Cuando acabaron, se lavaron la boca con el dorso de la mano y se acariciaron el estómago. De Payens se puso en pie, musitó una bendición, se puso la capa, montó su caballo y comenzó a trotar. Cuando se giró en su silla para despedirse de los críos, ya habían desaparecido.

CAPÍTULO 9



El rey Esteban retornó a Londres
en toda su gloria.

Poco después, De Payens había alcanzado otro claro cuando percibió en la brisa el sonido distante del tañer de las pesadas campanas de la abadía. Decidió volver siguiendo el mismo camino. El sol le cegaba, centelleando entre el dosel del bosque. Alcanzó el lugar donde había ofrecido comida a los niños, frenó su caballo y miró al suelo alertado por el vuelo de un pájaro. Llevó la mano a su espada justo cuando el proyectil de una ballesta pasó rozándole el rostro; otro pasó a escasos centímetros de su cabeza. Tiró de las riendas y su caballo retrocedió. Una tercera flecha, zumbando como un pájaro letal, se clavó en el cuello del animal, que coceó y relinchó antes de desplomarse agonizante. De Payens sacó los pies de los estribos y se apartó a gatas del caballo, que lanzaba las últimas coces en su agonía. Miró a su alrededor. Le dolía la pierna izquierda y se había magullado la espalda y los brazos en la caída. Desenvainó la espada y el puñal y miró consternado al caballo, una buena montura, tumbado ahora sobre un charco de sangre y agitando convulsivamente las patas. Miró hacia el frente y divisó varias figuras en movimiento. Estos no eran simples forajidos; no estarían lo suficientemente bien armados como para atacar a un caballero. Además, la emboscada se había preparado concienzudamente. Habían aguardado su regreso, cuando el sol caía directamente en sus ojos. Asesinos profesionales o sicarios a sueldo, probablemente cuatro o cinco, pues las flechas se habían disparado en rápida sucesión. Mientras intentaba alcanzar un árbol para tratar de proteger su espalda, escuchó el crujido de los helechos. Los asesinos se estaban acercando. De pronto, se escuchó un cuerno de guerra, un extendido y penetrante sonido. La maleza se agitó tras de sí. Varias flechas zumbaron sobre su cabeza en dirección hacia sus atacantes ocultos. El cuerno volvió a sonar, y unos hombres, armados con lanzas y mazas, salieron de entre los árboles, a ambos lados. Uno se giró y se acercó aprisa hacia él, con la mano levantada en señal de paz.

—*Pax et bonum*, templario.

Por su túnica marrón oscuro, la cruz anudada al cuello y el bien definido corte de pelo, De Payens reconoció ante sí a un sacerdote. Se acercó y se puso en cuclillas frente al templario, con el rostro curtido arrugado por la preocupación y examinándole cuidadosamente con sus ojos verdes en busca de alguna herida.

—Desde luego, tenéis muchos enemigos, templario —habló en la lengua franca del mar Medio—. Ah, sí —sonrió—, yo era capellán en el séquito de lord Balian. He orado en el Sagrado Sepulcro, pero ahora, por mis pecados y en penitencia por mi orgullo, soy el sacerdote en San Botulfo de los Bosques, bajo el patrocinio de San Edmundo. Bien —añadió, dando unos golpecitos en la pierna a De Payens—, ¿estáis herido?

—No, solo algo dolorido y humillado —replicó De Payens, poniéndose en pie—; aparte de eso, me encuentro bien. ¿Y mi caballo?

—Pobre bestia —el sacerdote le tendió la mano y De Payens la tomó—. Juan Fitzwalter, como ya he dicho, sacerdote y antiguo capellán —ayudó a De Payens a ponerse en pie y ambos caminaron hacia el caballo muerto. La gente del bosque

comenzó a emerger, sacudiendo la cabeza y hablando atropelladamente al sacerdote con su lengua gutural—. Mis queridos aldeanos —tradujo el padre Juan— dicen que vuestros atacantes eran asesinos con un profundo conocimiento del bosque.

—¿Quién ha podido contratar a esos hombres? —preguntó De Payens.

El sacerdote hizo una mueca.

—Hemos oído rumores acerca de vos y de los otros templarios de la gran abadía, de que formabais parte de la comitiva del príncipe Eustaquio. En cuanto a vuestra pregunta, esto es Inglaterra; los condados están abarrotados de ese tipo de hombres. Tan solo creen en una máxima: no temen ni a Dios ni al hombre. Gracias al Señor que fuisteis amable con aquellos chiquillos; vieron a vuestros asaltantes y corrieron al pueblo para dar la alarma. Pero vuestro pobre corcel... —añadió, dando un suave golpecito a De Payens en la mano—. ¿Habéis leído al gran Anselmo? Decía que la crueldad hacia los animales procede directamente del maligno. Pero bueno —se puso en cuclillas y ayudó a De Payens a desenganchar la silla y las bridas—, dejemos aquí al animal, templario. Los pobres saciarán su hambre con él y se hará algún bien de este mal. Una pequeña recompensa para vuestros salvadores.

De Payens se puso en pie. Uno de los aldeanos cogió cortésmente la silla de montar y el otro, las bridas. El templario abrió su portamonedas y lo volcó sobre su mano, cogió las monedas que quedaban y se las puso en la mano al sacerdote. Seguidamente, observó atentamente a sus rescatadores, gentes de los bosques vestidas con gastadas túnicas verdes y marrones ceñidas a la cintura con una cuerda; llevaban unas toscas sandalias y unas calzas que protegían sus tobillos y pies. Algunos eran jóvenes; la edad de otros era difícil de precisar, ocultos como estaban tras enredadas masas de cabello negro, barba y bigote. Le sonreían y hablaban deprisa al sacerdote.

—Os dan las gracias. Siempre os siguen cuando salís a pasear por aquí.

—¿Por qué?

—Os lo explicaré —añadió sonriente el sacerdote—. Esos niños eran un señuelo, pero fuisteis muy caritativo con ellos. Vamos —dijo, cogiendo del brazo a De Payens—, os escoltaremos hasta la puerta de la abadía.

Mientras seguían el camino, el sacerdote le describió la iglesia de su aldea, le contó que la había reparado y que estaba preparando un colorido fresco para la pared, en el que ilustraría pasajes de la Biblia, especialmente, el del Juicio Final.

—Solo Dios sabe lo que ocurrirá ese día. Ahora, escuchad —le hablaba despacio, vocalizando cada palabra—, como os he contado, ya conocíamos lo ocurrido con el príncipe. Hemos oído hablar de su muerte y de la de los demás, y también estamos muy preocupados, templario. Han aparecido hombres en nuestros bosques, extraños, peligrosos forajidos, oscuros merodeadores, bien armados y ocultos tras viseras y capuchas. Acampan aquí y se dedican a observar la abadía.

—¿Se ha acercado alguien hasta aquí para reunirse con ellos?

—No puedo asegurarlo, tan solo hemos visto sus hogueras en la noche y hemos

olido el humo de su leña. En realidad, uno de mis parroquianos se ha encontrado con ellos.

—¿Qué?

El sacerdote hizo una pausa y lanzó un grito a la gente del bosque, que se giró hacia él.

—¡Thurston! —gritó.

Un hombre joven avanzó un paso, con una lanza en una mano y una maza en la otra. El sacerdote le dijo unas palabras y Thurston replicó, sin apartar la vista del templario.

—¿Qué ha dicho? —preguntó De Payens—. He reconocido el nombre de Walkyn.

—Thurston es un experto cazador furtivo —murmuró el sacerdote—. No existe aún la liebre que haya conseguido escaparse de él. Hay una madriguera en lo profundo del bosque, una rica fuente de carne fresca. Thurston estaba allí; había atrapado a tres o cuatro, suficiente comida para mi parroquia. Se disponía a volver cuando dos extraños salieron de entre la maleza. Fueron bastante corteses, pero le exigieron que entregase la carne. Thurston, desde luego, no se negó pero, tal como se acostumbra en el bosque, les preguntó sus nombres. Uno de los hombres replicó que su nombre era Walkyn, que todo lo que querían era la carne, y permitieron que Thurston siguiera su camino.

—¿Walkyn? —De Payens miró fijamente al aldeano—. ¿Estáis seguro de ello?

El sacerdote tradujo sus palabras, pero Thurston era testarudo y siguió repitiendo el nombre, asintiendo vigorosamente.

—Lo extraño es —el sacerdote sonrió a De Payens— que Thurston preguntó también a su acompañante y le dio el mismo nombre. Y eso no es todo —el sacerdote indicó que debían seguir caminando y dio una voz a sus parroquianos para que hicieran lo propio—. Aquí se refugian todo tipo de hombres, proscritos de las ciudades y los poblados; algunos se unen a nosotros, otros muchos no consiguen sobrevivir, pero estos extraños sí que lo han hecho. Por lo general, nos dejan en paz, como hacemos nosotros con ellos. Es muy raro que tengamos encontronazos, pero recientemente, en el último mes, las cosas han cambiado.

—¿Cómo?

—Unas niñas jóvenes —murmuró—, bueno, unas mujeres jóvenes; al menos tres en las últimas semanas, han desaparecido. En principio, eso puede no parecer excesivamente sorprendente. Muchos de nuestros jóvenes se cansan de la vida del bosque y huyen a los pueblos y ciudades, pero esto es diferente. Estas chicas tenían familia, parejas; una estaba prometida para casarse próximamente. Desaparecieron como la niebla bajo el sol.

De Payens reprimió un escalofrío al recordar historias similares de macabras desapariciones en Jerusalén.

—¿Y no han aparecido cadáveres?

—Templario, mirad a vuestro alrededor. Podríais enterrar los cadáveres de una ciudad entera en este bosque y jamás se hallarían las tumbas. Pero, para responder sin rodeos a vuestra pregunta, no creemos que esas jóvenes se hayan escapado. Algo espantoso ha debido de ocurrirles.

—¿Y pensáis que estos extraños pueden ser responsables de ello?

—Quizá —replicó el sacerdote sacudiendo la cabeza—. Incluso llegamos a sospechar de vos. Os veíamos cabalgar a menudo hacia el bosque, y eso explica lo de los tres niños. Mis parroquianos —añadió secamente— os espiaban todo el tiempo. *Deo gratias*, también os salvaron.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí, padre?

—Al menos, catorce veranos. ¿Por qué?

—¿Habéis oído hablar del gran rebelde Mandeville, el conde de Essex?

—Sí, claro, ese demonio.

—¿Por qué le llamáis así?

El sacerdote hizo una pausa, mirando hacia el cielo.

—He oído historias que le describían como un hechicero, un nigromante, pero no son ciertas. Mandeville era como el resto de los grandes nobles, codicioso de riquezas y tierras. Cometió horrendas blasfemias, ocupando monasterios y abadías, saqueando lugares sagrados. Al hacerlo, atrajo hacia sí todo un ejército de oscuros espíritus, hombres implicados en todo tipo de malas artes. Yo soy un pastor, templario, lo mío es cuidar de las almas. ¿Sabéis lo que opino? —preguntó, mirando de soslayo a De Payens—. El alma de los seres humanos es como una gran mansión, rondada por ángeles y demonios. Nuestra es la elección acerca de quién debería dominar. Sea como fuere —suspiró—, hemos escuchado historias sobre los seguidores de Mandeville. Algunos de ellos estaban involucrados en perversas prácticas; llevaban a cabo ritos sangrientos para su deleite. Mirad al príncipe Eustaquio. Hemos oído hablar de su cabalgada salvaje por los condados. ¿Qué oportunidad tienen mis parroquianos contra hombres y caballos acorazados, armados con espadas y ballestas? Entran en tropel en una aldea y pueden hacer lo que les plazca; no hay representante de la corona ni alguacil que pueda impedirlo. La paz del rey se ha hecho añicos. Me alegra escuchar que el rey Esteban y Enrique Fitzempres se han reconciliado finalmente.

Llegaron hasta el límite del bosque y se aproximaron a la puerta de la abadía. El sacerdote cogió la montura y las bridas de manos de sus parroquianos; solo él siguió caminando con De Payens. Se detuvo ante el pequeño puente levadizo que cruzaba la estrecha zanja.

—Templario —dijo, entregándole sus pertenencias—, que Dios sea con vos —y se retiró.

El dramático retorno a la abadía de De Payens provocó consternación entre los buenos hermanos. Parmenio, Mayele e Isabela acudieron corriendo a su encuentro. Tras asegurar a los hermanos que no había recibido daño real, se reunieron en el

refectorio del pabellón de huéspedes, donde dio a sus compañeros cumplida cuenta del ataque; mientras tanto, observaba sus rostros, especialmente el de Parmenio, que parecía preocupado.

A su vuelta, De Payens había preguntado inmediatamente a los bedeles y porteros si alguno de sus compañeros, o cualquier otro, había salido en algún momento, y le aseguraron que eso no había sucedido. Al reflexionar sobre ello, concluyó que era imposible que alguien malintencionado hubiese abandonado San Edmundo para internarse en el bosque y tratar de matarle en tan corto espacio de tiempo. Sin embargo, no tenía intención de cerrar los ojos ante lo sucedido; podría haber muerto en el bosque. Además, ¿no había ocurrido un ataque similar en las afueras de Ascalón, cuando Parmenio estaba a su lado? Les había ocultado deliberadamente la historia de los chiquillos, o los detalles de su conversación con el sacerdote; pero sí les mencionó todo lo relacionado con la presencia de los extraños en el bosque, ocultos tras viseras y capuchas, y ambos respondiendo al nombre de Walkyn.

—Quizá sea ese el nombre que hayan adoptado para denominarse a sí mismos —observó Parmenio—. Es bastante común que se asuma el título o designación del líder de un grupo. Los criados y sirvientes de los grandes nobles suelen hacerlo.

Berrington y Mayele asintieron con la cabeza.

—Edmundo —declaró Berrington—, durante tu ausencia recibimos cierta información de un mensajero de Essex: parece ser que corre el rumor de que Walkyn desembarcó en la península de Colnasse, cerca de Orwell, un solitario estuario no muy alejado de su mansión en Borley. Querría evitar a los alguaciles y capitanes portuarios, y no le habrá resultado difícil comprarse un pasaje en cualquier puerto extranjero, para una barcaza o barco pirata, que podría haberle desembarcado junto a otros pasajeros en cualquier playa solitaria de la costa de Essex.

—¿Pero cómo ha podido hacerlo? —replicó De Payens.

—¿Qué queréis decir? —demandó Parmenio.

—Bien —De Payens extendió las manos—, miradme, un pobre caballero templario. Tú, Berrington, al igual que el resto, has venido a Inglaterra gracias al dinero cedido de las arcas públicas de Jerusalén. Dependemos de los fondos recibidos de nuestra orden, de la hospitalidad de los buenos hermanos y de la amabilidad del rey al prestarnos sus caballos. ¿De dónde sacó Walkyn ese dinero? Él también era un pobre caballero templario.

—Pero también es el cabecilla de un aquelarre.

—Sí, pero lo capturaron —insistió De Payens—. Estuvo preso, vigilado por ti, Berrington, maniatado como cualquier prisionero, sentado en un pobre caballo, supongo. No tenía nada suyo, ¿no es cierto?

—Así es —asintió Berrington—, pero recuerda que sus esbirros nos atacaron. Nos quitaron nuestras armaduras y cuantos objetos de valor llevábamos encima, y se llevaron nuestros caballos. Podrían también haberse llevado los objetos de valor a los que tuvieran acceso en Jerusalén.

—¿Y Trípoli? —observó Mayele, haciendo un gesto a Berrington para que no le interrumpiera—. Recordad, hermanos, tras el asesinato del conde Raimundo empezaron los ataques y las masacres en la ciudad. Una parte de la ciudad fue saqueada; muchos ricos mercaderes vieron sus casas completamente arrasadas por los saqueadores. Si Walkyn hubiera sido el responsable de aquello, debería haber amasado una pequeña fortuna, ¿no creéis?

—Sí —Parmenio apoyó los codos en la mesa—, sí, eso tiene sentido —murmuraba como si hablara para sus adentros—. Ya se ha mencionado en otras ocasiones. Quizá fuera esa la razón del ataque en Trípoli: matar al conde y causar el caos y el descontrol como cobertura, como una cortina de humo. El auténtico objetivo de Walkyn era saquear las casas de los poderosos para apoderarse de las riquezas que necesitaba.

—Que emplearía —declaró Mayele— al comenzar sus viajes. Usaría el oro y la plata en los puertos extranjeros, para comprar su pasaje en una barcaza privada; después, en Essex, lo utilizaría para reclutar y movilizar a los miembros de su banda y para comprar a los asesinos.

La discusión sobre las intenciones de Walkyn subió de intensidad. Isabela se sentó en el banco, junto a De Payens, con cara de preocupación. Puso su mano sobre la de Edmundo y sacudió la cabeza.

—Edmundo, Edmundo —susurró con coquetería—, podría haberos acompañado en vuestras cabalgadas —dijo, sonriendo con picardía—. Una hermosa dama sobre el verde césped...

—¡Hermana! —Berrington se puso en pie—. Edmundo, no puedes volver a salir solo —dijo, caminando nerviosamente de un lado a otro—. Es posible que haya hombres armados, enmascarados y encapuchados, que se estén congregando en el bosque, un lugar muy apropiado para que se oculte Walkyn. Es posible que tenga seguidores incluso aquí, en la abadía. Nos hemos quedado aquí más tiempo del necesario. Mañana nos vamos para Londres. Quizá nos siga Walkyn, y allí será más fácil atraparlo.

Edmundo de Payens se encontraba en el camposanto, en la explanada de tierra entre la muralla de San Andrés, en Holborn, y el recinto templario, con su iglesia redondeada, sus salones de madera, barracas, casa de huéspedes, fraguas, despensas y otros edificios. Observaba asombrado el gran ataúd de roble que, enredado en fuertes cadenas, colgaba de las ramas de un viejo y retorcido tejo. A su alrededor se alzaban monumentos en memoria de los templarios caídos y de los que habían servido en las filas de la orden, pero esto era algo único: el ataúd de un gran conde que había muerto excomulgado, una negativa a recibir sepultura en tierra santa hasta que el papa de Roma levantase la sentencia de condenación eterna. La cobertura de piel de buey, de color rojo sangre, comenzaba a agrietarse y rasgarse, y las cadenas estaban cubiertas de óxido. El ataúd se cimbrea ligeramente con un débil crujido, como si el cadáver encerrase alguna oscura alma que luchara por liberarse y escapar hacia la

luz.

De Payens comenzó a tallar un palo que había cogido, mientras observaba la tierra bajo el ataúd. Alguien se había tomado muchas molestias: no quedaban ortigas ni malas hierbas, tan solo sus raíces, acordonadas como trabajos de cestería. La tierra se había levantado con un rastrillo, arrancando las raíces enmarañadas como serpientes, deshaciéndola en terrones y formando un pequeño prado de verde hierba salpicada de azucenas silvestres, narcisos, margaritas, nomeolvides y verónicas. De Payens se puso en cuclillas, deleitándose con el aroma de las flores. Aunque era ya octubre, el otoño había llegado tarde y la gloria del verano aún no se había esfumado. Dio gracias a Dios por el plácido clima y se santiguó. Sus compañeros y él habían abandonado San Edmundo siguiendo, en la manera de lo posible, la antigua calzada romana del sur. Habían comprado caballos, palafrenes y ponis, y los correspondientes arreos. Cada día se ponían en marcha inmediatamente después de la misa del amanecer hasta la hora de la misa vespertina, cuando buscaban refugio en algún monasterio, iglesia, hostería o taberna de peregrinos. Habían entrado a Londres por el este, cerca de la impresionante torre blanca construida por Guillermo el Normando, siguiendo su camino por la orilla norte del Támesis, pasando junto a los castillos de Mountfitchet y Baynard, y atravesando la puerta Nueva hacia el recinto de los templarios. Habían llegado hacía nueve días. Berrington, actuando como el maestro, había reunido a los senescales, oficiales y alguaciles. Había inspeccionado los edificios templarios y proporcionado alojamiento a sus compañeros, con la excepción de Isabela, que se alojó junto a la posada del Obispo de Lincoln, una casa señorial fortificada a corta distancia de la mansión templaria.

Dos días después los habían citado en la casa del rey de Westminster. Habían escuchado misa en San Pablo, mientras los mamposteros, canteros y carpinteros trabajaban desde los andamios de la aún inconclusa catedral. Se habían puesto en marcha bajo la intensa luz de la mañana, hasta entrar por la puerta norte del palacio. En el gran patio interior se observaba ya la presencia de los halconeros, sujetando en la muñeca a sus rapaces encapuchadas. Los cazadores se movían nerviosamente de aquí para allá, tratando de controlar a sus sabuesos y enjutos perros de presa. Los mozos de cuadra y los palafreneros se agrupaban alrededor de caballos, yeguas y palafrenes. Los recién llegados habían dejado sus caballos y se habían abierto paso entre una muchedumbre de oficiales, guerreros y ujieres, caminando por pasajes abovedados hacia la cámara real, de cuyo techo colgaban unas lonas tejidas de intenso color rojo y estampadas con el escudo de armas del rey. En la parte opuesta de la cámara, bajo un dosel con flecos dorados, había una gran mesa, rodeada de sillones y taburetes. A cada lado de esta había unas pequeñas mesas de caballete, repletas de rollos de pergamino, tubos de cera de sellar, vitelas, gruesos libros y cofres de metal. La cámara estaba muy cálida y cargada de fragancias procedentes de los humeantes braseros e incensarios dispuestos a su alrededor.

Habían tenido que esperar unos instantes, hasta que el toque de trompetas y los

gritos de los chambelanes anunciaron la llegada del rey. Esteban entró vestido con un manto corto de color rojizo, sujeto a su hombro derecho por un enorme broche sobre una larga túnica roja con flores doradas y unido a la garganta por un cierre de plata. Sus ajustadas calzas escarlata y botas de piel negra, con las espuelas aún colocadas, mostraban manchas de sangre y barro procedentes de la caza. Estaba acompañado por un pálido oficial, vestido con un traje negro que enfatizaba los transidos rasgos del clérigo bajo una mata de pelo escrupulosamente recortado. Otros cortesanos y oficiales le seguían, pero se quedaron cerca de la puerta. Esteban caminó majestuosamente hasta la silla colocada en el centro de la mesa, a la derecha de la cual se encontraba la del canciller. Berrington y el resto recibieron la orden de acercarse y tomar asiento. El rey se encontraba pálido, más delgado. La muerte de su hijo le había afectado claramente, pero no lanzó ningún reproche.

—Mi hijo fue asesinado —susurró cuando Berrington terminó de hablar. Su rostro se encendió cuando descubrió la sonrisa de compasión de Isabela—. Sí, sí —dijo, agitando la mano—, mi señora, vuestro hermano y vos debéis comer conmigo en el salón; pero, por ahora... —hizo un gesto a De Payens, que sintió una punzada de celos al no haber sido invitado también—. Por favor —insistió el rey—, relátamelo otra vez. Cuéntame lo que sucedió.

De Payens le describió las muertes de Senlis y Eustaquio, y añadió una breve descripción del asalto criminal que sufrió en el bosque, en las afueras de la abadía. Cuando concluyó, Esteban asintió y susurró unas palabras al canciller, levantando seguidamente la mano para demandar silencio.

—Hemos realizado nuevas investigaciones —el rey se frotó el rostro—. Los alguaciles y capitanes portuarios no han registrado la entrada de Walkyn en el reino, aunque —añadió con añoranza— hay infinidad de calas desiertas como la de Orwell. Nuestros recientes problemas no han ayudado demasiado. Sin embargo —continuó—, sin especificar sus crímenes, Enrique Walkyn, antiguo templario, debe ser considerado *ut legatum*, fuera de la ley. Por orden del rey y el consejo, se autoriza a cualquiera que le vea a darle muerte instantáneamente. Se ofrecerá una recompensa de cien libras esterlinas por su cabeza; doscientas, si consiguen atraparle con vida. Este anuncio debe transmitirse a cada gobernador de ciudad y capitán de puerto del reino, y será colocado en la cruz exterior de San Pablo y de Cheapside. Vivo o muerto —farfulló—, vivo o muerto.

Más tarde, De Payens, Mayele y Parmenio volvieron a las dependencias del Temple, donde tuvieron que esperar hasta la tarde el regreso de Berrington e Isabela, llenos de anécdotas sobre el rey y el exquisito trato que había mostrado hacia ellos. Esa tarde se produjo un nuevo giro en los acontecimientos. Una vez más, Berrington sugirió la posibilidad de dejar a Walkyn a los cazadores de recompensas. Sin embargo, De Payens, recordando del ataque sufrido, se mantuvo firme. Finalmente, se decidió que Berrington continuaría con la labor de maestro del Temple en Inglaterra, asistido por Mayele, que actuaría como su delegado en las otras

preceptorías. Parmenio y De Payens, mientras tanto, continuarían con la búsqueda de Walkyn.

De Payens tiró al suelo el palo que había estado tallando y caminó con cuidado alrededor del tejo y de su espeluznante carga. Berrington y Mayele solían ir hasta allí; De Payens no sabía si para contemplar esa horrenda escena o para presentar sus respetos al gran señor. Los dos hombres aún pensaban que Mandeville había sido un formidable cabecilla militar, y mantenían con firmeza que el difunto conde no podía hacerse responsable de algunas de las personas que estaban bajo su mando. Parmenio también visitaba ese lugar, aunque De Payens había observado que siempre se mantenía a una prudente distancia, sin acercarse demasiado. Por otra parte, el genovés se había vuelto más cercano, incluso buscando la compañía de De Payens. Escuchó un sonido y se giró. Parmenio se encontraba allí, con la mano sobre la empuñadura de su daga.

—¿Qué ocurre? —De Payens caminó hacia él—, ¿incluso aquí teméis un ataque? ¿Por qué descansáis la mano sobre la empuñadura de vuestro puñal?

El genovés levantó ambas manos y sonrió.

—En presencia del diablo —replicó, dando golpecitos a la empuñadura, en forma de cruz, de su daga—, le pido a Dios y a sus ángeles que me protejan.

—¿De qué? —demandó De Payens—. ¿Por qué, Parmenio? —preguntó, acercando la cara a la del genovés—. ¿Por qué sois tan testarudo, tan persistente con todo esto? Os encontráis en un país extraño, en el extranjero. Sois como un perro de caza que jamás abandona la pista.

—Vos sois igual.

—Yo soy un templario, ese es el cometido del Temple. Vos sois genovés, os encontráis lejos de vuestro hogar. ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué no volvéis a casa?

—Él era el demonio —Parmenio ignoró las preguntas y señaló hacia el ataúd colgante—; solía enviar a sus patrullas por la noche, para que descubriesen dónde se alojaban los hombres más ricos y así poder capturarlos, apresarlos en mazmorras y pedir grandes rescates. Se embarcó con sus esbirros en barcas, por los viscosos pantanos, y capturó el monasterio de Ramsey, sorprendiendo a los hermanos en sus catres, antes de levantarse para la misa matinal. Los echó y llenó de soldados el monasterio, que saquearon y robaron tesoros, reliquias y vestiduras sagradas. Solía convertir tales lugares en fortificaciones.

—Pero otros han hecho lo mismo.

—Mandeville era el peor de todos —replicó Parmenio—. Convirtió la Iglesia de Cristo en un cubil de saqueadores, el santuario de nuestro Señor en la morada del demonio. Atraía a las brujas y hechiceros más siniestros, a bebedores de sangre y adoradores del demonio. Se llevaban a cabo horrendas abominaciones, tan intensas, que incluso las paredes de la iglesia exudaban sangre.

—¿Y esos hijos de Satán? —preguntó De Payens—. ¿Cometían asesinatos?

—Así es; tomaban prisioneros, personas inocentes que no volvían a aparecer

jamás; los que se esconden en los pantanos cercanos dicen haber escuchado los más crueles gritos y alaridos.

—Parecís estar muy versado en sus prácticas —replicó De Payens—, pero, para volver a mi pregunta, que no has contestado, ¿por qué estáis aquí en realidad, Parmenio? Aparecisteis como un ángel vengador en aquella iglesia de Trípoli. Desde entonces, nos habéis estado pisando los talones como un mastín hambriento. Habéis tenido que padecer batallas, hambre, sed, un peligroso viaje... ¿Por qué?

—Como a vos, Edmundo —la réplica de Parmenio llegó enseguida—, se me ha encomendado una tarea, y voy a realizarla.

De Payens se sintió tentado de enfrentarse a él con una letanía de preguntas, pero recordó cuando el genovés le salvó la vida en Ascalón.

—Cambiando de tema —Parmenio le hizo una señal para que le siguiera—, ha venido alguien a veros. Dice que solo hablará con un templario.

—¿Dónde está Mayele?

—Desempeñando algunas tareas para Berrington —la respuesta de Parmenio estaba cargada de sarcasmo—. Y, antes de que me preguntéis, nuestro noble maestre y la bella Isabela están de nuevo en Westminster. Nuestro rey parece muy encaprichado con ellos —dijo, con una sonrisa irónica—, especialmente, con los encantos de la *belle dame*. Ah —sonrió burlescamente—, las penas y el dolor de la viudedad, ¿no es cierto, Edmundo?

Se giró y condujo a De Payens de vuelta a la mansión templaria. Recorrieron el corredor de piedra que daba paso por ambos lados a las cámaras. Justo antes de que llegaran a la entrada, Parmenio se detuvo.

—Ah, por cierto —susurró sobre su hombro—, tu secreta admiradora ha vuelto.

De Payens cerró los ojos en señal de desesperación. Durante los últimos días, una joven se dejaba ver cerca de la puerta principal; los guardianes afirmaban que se trataba de una cortesana, una de gran categoría. En una ocasión, se había acercado a Parmenio y le había pedido ver a De Payens.

—¿Y bien? —preguntó el genovés.

De Payens abrió los ojos.

—Ya lo sabéis —sonrió Parmenio—, no aceptará hablar con otro templario, ¡solo contigo!

—Tendrá que esperar. ¿De quién se trata?

El hombre que le esperaba en la entrada se levantó cuando entraron. De Payens hizo un gesto a los dos ujieres para que se retiraran.

—¿Y bien? —preguntó.

El extraño era un hombre joven, bien afeitado y con rostro honesto. Estaba correctamente ataviado con una túnica verde que le llegaba a las rodillas, calzas marrones y unas suaves y limpias botas. El manto que llevaba sobre los hombros tenía una capucha, que se había quitado para dejar al descubierto un cabello rubio rojizo.

—Hablo francés normando —la voz de aquel extraño sonaba suave y refinada—, soy escribiente en la casa consistorial, mi nombre es Martín Fitzosbert —se enjugó los labios y alzó unos dedos manchados de tinta.

—¿Y qué quieres, escribiente?

—La recompensa por entregar vivo a Enrique Walkyn o, al menos, parte de ella.

—¿Qué?

—Escuchad —dijo atropelladamente Fitzosbert—, toda la ciudad sabe ya de esa proclama real. Yo trabajo en el concejo, ayudo a transcribir los documentos de caza y captura, es algo bastante común —añadió, extendiendo las manos—. Los escribientes tenemos mucho ojo para localizar un buen negocio. Alrededor de la cámara del gobernador se reúnen los cazadores de recompensas y los rastreadores de ladrones profesionales. Todos ellos nadan en las mismas pozas inmundas que sus presas: vagabundos, pordioseros, falsificadores de todo tipo, forajidos, refugiados, halcones nocturnos y oscuros merodeadores —hizo una pausa—. Morteval, el Galés, es el mejor de Londres. Se acercó a la cancillería esta mañana, después de la misa matinal, afirmando tener noticias del *Radix Malorum*.

—¿Qué? —respondió De Payens, tratando de reprimir una sonrisa—. ¿La raíz de todo mal?

—Un notable hechicero, vendedor de filtros y pociones —declaró Fitzosbert—, confeso miembro de muchos aquelarres, que confraterniza con brujas y otra gente de esa calaña. Morteval piensa que el Radix sabrá la verdad acerca del paradero de Walkyn y sus esbirros.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó bruscamente Parmenio.

—Porque el Radix lo sabe todo acerca de tales asuntos.

—Entonces, ¿por qué no lo rapta y lo trae hasta aquí?

—Así lo hará, dómine —sonrió Fitzosbert—, pero antes, prefiere mantener al Radix bajo minuciosa observación. Se oculta en una taberna, la Luz de la Oscuridad, en los suburbios cercanos a Queenhithe, un lugar frecuentado por rufianes y otros maleantes. Morteval piensa que hoy, después de las campanadas del Ángelus, el Radix se reunirá con alguien importante. Ha reservado una habitación en la planta alta de la taberna, y los cocineros están muy atareados. Morteval piensa que si entramos, sorprenderemos allí a Walkyn y a sus esbirros. Lo único que quiere es una parte sustancial de la recompensa, al igual que yo —Fitzosbert hizo una pausa cuando De Payens alzó la mano—. No voy a entrar allí solo.

—Claro que no —expresó Parmenio.

—Vuestros dos ujieres —Fitzosbert los señaló.

De Payens miró a Parmenio, que asintió con la cabeza. El templario se apresuró a entrar en sus aposentos; se colocó su jubón de cota de malla, cubierto por una capa oscura, bajo la cual se abrochó su cinto con su espada y puñal.

Poco tiempo después, acompañado por los dos ujieres y con la despedida de Parmenio resonando en sus oídos, siguió a Fitzosbert a través de la gran puerta doble

del Temple, hacia las calles y callejones que conducían al río. De Payens no había recorrido aún Londres. Berrington le había advertido de que debía ser más prudente y cauto después del ataque del bosque. Ciertamente, los estrechos senderos y callejas por los que pasaban ahora eran tan peligrosos como cualquier camino solitario en el bosque. El suelo estaba encharcado y lleno de agujeros. Una estrecha cloaca, abarrotada de humeante inmundicia, recorría el centro del camino. Multitud de carteles con todo tipo de signos pintados con colores chillones colgaban peligrosamente a escasa distancia de sus cabezas; las puertas y contraventanas a cada lado se abrían y cerraban sin cesar. El hedor constante de las pilas de basura era tan intenso como en Jerusalén; el ruido y el murmullo de voces, tan estridente como en los bazares de la ciudad santa. La ausencia de color, sin embargo, era inquietantemente diferente. La brisa comenzaba a enfriarse y los paseantes se enfundaban sus capas y capuchas. Los tejados estaban empapados por la reciente lluvia; de los techos de paja, cañas y juncos se precipitaban gotas de agua que humedecían las vigas de madera de los pisos superiores, dilatando las contraventanas de madera y oxidando las bisagras de hierro. Por debajo de esta llovizna deambulaban gallinas, gansos, cabras y cerdos. Perros callejeros merodeaban los grasientos montones de basura, ahuyentando a los amarillentos gatos de ojos color ámbar y bloqueando el paso a carros, caballos y ponis.

Fitzosbert los guio a través de varios puestos instalados enfrente de las casas y supervisados por los comerciantes y su legión de aprendices, que se abalanzaban sobre los paseantes como diablos del infierno. Puestos de comida ambulante y de pastel de carne, bodegas y tabernas, hacían buen negocio con aquellos que habían conseguido escapar de las abarrotadas y hediondas calles. De vez en cuando se rompía la línea de casas y se daba paso a un espacio abierto, donde unas famélicas vacas pastaban la escasa hierba o donde se encontraba una pequeña iglesia, con sucios escalones y ventanas estrechas, desesperada por atraer la atención de los caminantes con el tañer de sus campanas o con el sermón del párroco desde un púlpito exterior.

Siguieron avanzando hasta alcanzar el lúgubre refugio de Newgate. Ante las enormes puertas tachonadas de hierro se encontraban la picota y los cepos, con su fila diaria de víctimas: hombres y mujeres, sujetos por vigilantes y alguaciles, esperando su turno para que los atasen a las abrazaderas y recibir las burlas de los paseantes hasta que se hiciera justicia. Fitzosbert describió la lista de ofensas mientras caminaba al lado de De Payens, seguidos de cerca por los dos ujieres. La vida en Londres era ciertamente cruel, reflexionó el templario. Pasaron por la puerta Ludgate, entre los castillos de Mountfitchet y Baynard, donde se habían erigido varias horcas, cada una de ellos, decorada con su siniestra víctima. La mayoría de los cadáveres se pudrían bajo sus sucias ropas; debajo de ellos, unos niños desaliñados jugaban ruidosamente. Un barbero, sujetando un cuenco relleno de una espuma manchada de sangre, se ofrecía para cortar el pelo, recortar la barba o extraer alguna muela picada.

Sus gritos se escuchaban sobre los cánticos de unos monjes cistercienses, que daban la absolución general a tres malhechores que llevaban clavadas sus órdenes de ejecución en sus desaliñadas túnicas, y que fueron conducidos hacia el carro de ejecución para terminar, algo más tarde, balanceándose bajo las robustas ramas de un olmo. Grandes señores y damas se paseaban al trote en sus caballos lujosamente engualdrapados, rodeados por sus mozos de cuadra y criados. Cabalgaron sin ser tocados ni molestados por la muchedumbre, como si sus capas de armiño, sus oscuras túnicas y sus capuchas de piel crearan una barrera impenetrable entre ellos y el resto de la humanidad. Aquí y allá, los miembros de los gremios de artesanos, vestidos en los tonos azul y mostaza de la ciudad, mantenían vigilados los variados puestos. Unos regidores, con sus resplandecientes túnicas escarlata y sus collares oficiales al cuello, patrullaban también, dándose grandes aires al caminar. Alrededor de ellos, unos hombres ataviados con libreas les asistían en su trabajo en todo cuanto se les antojaba.

—Londres significa comercio —susurró Fitzosbert, y De Payens asintió con la cabeza.

Todo estaba en venta, desde perchas de madera hasta unas botas españolas, finos alfileres de acero, telas brocadas; pastel de anguila, hogazas de pan azucarado, vinos de Gasconia o tupidas pieles del helado norte. Pobre de aquel que incumpliera alguna de las normas proclamadas a voces por los pregoneros y supervisadas por los hombres que patrullaban los mercados; todas las transgresiones debían afrontar justicia sumaria. Los panaderos que trataban de manera incorrecta a sus clientes eran atados al bastidor de un carro y se les colgaban a la espalda grandes fajos de heno, obligándoles a caminar por toda la ciudad; los maestros cerveceros que timaban a sus parroquianos terminaban sentados sobre un abrevadero de caballos, con una piedra de afilar alrededor del cuello; a las verduleras que vendían productos rancios se las ataba a un poste y se las obligaba a andar a gatas, con el producto podrido atado junto a la nariz; las prostitutas sorprendidas a la caza de clientes debían desfilar bajo el sonido de gaitas hacia el banquillo del barbero, donde les rapaban la cabeza y les untaban el rostro con estiércol; si sorprendían a un sacerdote con su amante, le obligaban a cabalgar a pelo un caballo, mirando hacia su cola para regocijo de los paseantes, pues se deslizaba continuamente hacia los lados y tenían que empujarle para volver a ponerle erguido.

De Payens sentía el bullicio, la violencia de las calles, donde coincidían desposeídos, pordioseros, mercenarios y vecinos de los callejones formando un remolino humano. Edmundo y Fitzosbert entraron en una amplia avenida y caminaron junto a las majestuosas mansiones rosadas de los ricos, para introducirse después en un laberinto de callejones y túneles llenos de sombras acechantes. Siguieron recorriendo la maraña de callejas hasta alcanzar una pequeña plaza. En el centro, un demente representaba una danza frenética ante la estatua de algún santo patrón. En una mano, el lunático sostenía una antorcha; en la otra, un mazo de

madera, que utilizaba para golpear las llamas creando una lluvia de chispas. En el lado opuesto de la plaza se hallaba la Luz de la Oscuridad, una lúgubre taberna de madera y escayola sobre una base de piedra. La puerta estaba vigilada por unos rufianes con garrotes en la mano, que se echaron a un lado para dejarlos entrar en la sala central de la taberna, donde flotaba un hedor a cebolla y queso rancio. La luz era escasa, y las ventanas estaban cerradas. Unos gruesos candelabros de sebo humeaban sobre unos barriles que hacían las veces de mesas. Un enano, casi envuelto por completo en un delantal gris, correteaba de aquí para allá; sus rasgos de gárgola le hacían parecer aún más grotesco ante la luz parpadeante. Alzó la mirada hacia De Payens y después hacia Fitzosbert, que se agachó y le susurró unas palabras. El enano soltó una risilla ahogada ante la moneda que acababa de recibir. De Payens reprimió un escalofrío de terror; los dos ujieres también se mostraban intranquilos, llevándose las manos a la daga y la espada sin dejar de vigilar cada oscuro rincón de la taberna. De Payens no podía describir su miedo; era como la quemazón de la bilis en el estómago, como una intensa fetidez en la nariz. Estaba a punto de darse la vuelta cuando se acercó silenciosamente otra figura, con el sigilo de un gato deambulando en la noche.

—Amigos, saludos, mi nombre es Morteval.

Se desplazó hacia una zona iluminada, dejando ver un rostro picado por la viruela, aunque compensado con unos ojos pequeños e inteligentes. Se pasó la mano enguantada por los largos mechones de su grasiento cabello negro, dejando ver una incipiente barba.

—Templario —dijo, extendiendo una mano. De Payens mantenía la suya sobre la empuñadura de la espada. Morteval se encogió de hombros y señaló hacia el techo—, nuestros invitados han llegado. Maese Martín os mostrará el camino.

CAPÍTULO 10



Una numerosa horda de enemigos se había congregado para amenazarlos con inusitada ferocidad.

Subieron las empinadas escaleras que partían de la esquina cercana a la puerta. Fitzosbert caminaba en cabeza, seguido por De Payens y los dos ujieres y por Morteval, algo más atrasado. Llegaron hasta un destartado rellano, con una estrecha ventana cubierta por una tira de cuerno seco. Morteval se puso el primero y, llevándose el dedo a los labios, señaló hacia la puerta. De Payens apoyó suavemente la cabeza; escuchó el tintineo de copas y el murmullo de voces. Morteval le susurró que se anduviera con cuidado, pero De Payens se mostraba ahora muy cauteloso. Morteval y Fitzosbert se habían situado ahora detrás de él, así que volver por las escaleras podría ser peligroso. Sin previo aviso, De Payens levantó la bota y propinó una fuerte patada a la puerta recubierta de cuero, que se abrió con gran estruendo. La habitación estaba oscura, a excepción de una linterna colocada en el centro, que alumbraba con intensidad. De repente, De Payens se encontró de vuelta en el bosque que rodeaba la abadía, sintiendo en sus ojos la luz que se colaba entre los árboles. Dio un grito de advertencia y cayó de rodillas ante la mortífera descarga de una ballesta. Uno de los ujieres lanzó un alarido de dolor cuando una flecha emplumada se le clavó en pleno rostro; el otro, herido en el pecho, entró tambaleándose en la oscura habitación y se desplomó poco después. De Payens desenvainó la espada y se abalanzó rápidamente sobre una figura que se movía hacia él, hundiendo profundamente la hoja de su espada en el estómago de aquel hombre. Seguidamente, se lanzó de vuelta hacia la escalera. Morteval, sorprendido por la impresionante rapidez del templario, fue demasiado lento. De Payens le abrió el cuello con el puñal, y el emisario de los ladrones se desangró, agitando brazos y piernas. De Payens bajó de un salto las escaleras, lanzándose sobre Fitzosbert. Le agarró del pelo por la nuca, le tiró al suelo y le golpeó la cabeza hasta que dejó de gritar y se quedó inmóvil. De Payens se puso en pie, desenvainando su espada. El enano se acercó corriendo, pero el templario lo apartó de un mandoble con su mano enguantada de cota de malla. Unas figuras aparecieron por la puerta de la taberna; oscuras siluetas bajaban sigilosamente por la escalera que tenía a su espalda.

De Payens tomó una decisión. Se mantuvo en la sombra y corrió hacia la puerta, lanzándose contra los hombres que le cerraban el paso e infligiendo profundos cortes con su daga en sus rostros encapuchados. Se sintió embriagado por la furia de la batalla, por el placer de derrotar a sus enemigos a golpes de espada. Lanzando patadas y maldiciones consiguió salir hasta la plaza, seguido de cerca por sus perseguidores. No les dio tiempo a reagruparse, pues cayó sobre ellos con furia; cuando retrocedió para tomar aire, tres nuevos cuerpos se agitaban en el suelo, sobre los charcos de su propia sangre. Otros asesinos se amontonaban en la puerta, pero aquel estrecho habitáculo les reducía la capacidad de movimiento. De Payens cargó de nuevo, lanzando su grito de guerra, confundiéndoles aún más mientras trataban de esquivar los mortales golpes de su larga espada de acero. Para el templario, aquello era júbilo y euforia, cortando y lacerando la carne de sus enemigos. Ya no era momento para la reflexión, para la cavilación. Nada cabía excepto la furia desatada

de la batalla, la destrucción de sus enemigos.

Sus asaltantes se percataron entonces de su error: se enfrentaban a un caballero templario, a un maestro en el manejo de la espada, que estaba utilizando la estrecha entrada de la taberna para atraparlos, como haría un granjero con una horda de ratas en el establo. Avanzaron despacio hacia el templario, haciéndole retroceder hasta los adoquines cubiertos de podredumbre y tratando de atacarle desde detrás. Dos de ellos lo consiguieron. El demente, agitando aún su tea y mazo, se acercó hasta ellos, agitando las llamas ante sus caras y lanzando un grito desgarrador; uno de ellos hundió su espada en la garganta del pobre infeliz. De Payens, alertado, comenzó a serpentear, dando rápidos pinchazos con la punta de su espada, acertando al asaltante en el ojo derecho y retrocediendo seguidamente por los adoquines, hasta sentir la estatua en la espalda. Sus oponentes, desplegados ahora formando un arco, le seguían con cautela. Los adoquines estaban teñidos de sangre, como si el mismo suelo estuviera herido. Se escucharon gritos y quejidos. Los heridos luchaban por contener la sangre que manaba de profundos cortes en extremidades, pecho y estómago. Un hombre, con el rostro y los ojos destrozados por la espada de De Payens, gateaba como un perro ciego suplicando ayuda. Se comenzaron a abrir las puertas y contraventanas, se escuchó el sonido de un cuerno, seguido de gritos, mientras el tumulto subía de intensidad.

—*Non nobis, Domine!* —gritó De Payens—. *Non nobis! Deus vult! Deus vult!*

Los atacantes volvieron a rodearle, desesperados por darle caza. Uno se puso en pie con rapidez y consiguió herir a De Payens en la pierna. El templario le abrió la cabeza de un mandoble, astillándola como una viga de madera, y levantó enseguida la espada para seguir asestando golpes a derecha e izquierda, hundiéndola sobre el brazo de otro atacante que no consiguió retirarse a tiempo. De Payens comenzó a sentir que se quedaba sin aliento. Estaba empapado en sudor, los ojos se le nublaban, las fuerzas empezaban a abandonarle, los brazos le pesaban, las muñecas le dolían y el tajo en la pierna no paraba de sangrar. Aún había cuatro asesinos haciéndole frente. De Payens miró detrás de ellos; muchos más salían ahora de la taberna, uno de ellos llevando una ballesta. El templario consiguió reunir fuerzas para repeler el ataque combinado de sus cuatro oponentes, espadas y dagas en mano. Utilizó todo tipo de trucos, balanceándose ligeramente, agitando constantemente la espada para confundir a sus atacantes con el reflejo de la luz en la hoja. Trató de respirar profundamente para insuflar oxígeno a los pulmones, y comenzó a cantar un salmo justo cuando una de las flechas pasó rozándole la cabeza para clavarse sobre un enemigo. De repente, se escuchó el bramido de un cuerno de guerra y el grito de guerra templario. Parmenio se encontraba detrás de él. Los ujieres templarios persiguieron a los asesinos restantes, que huían como sombras hacia los oscuros callejones. De Payens cayó de rodillas y se desmayó sobre la estatua.

—Demos gracias a Dios. El arcángel Miguel, abanderado de las causas perdidas, debe de haberos protegido.

De Payens miraba los ojos empañados y llorosos de Juan Hastang, coronel de la ciudad de Londres, que había entrado en los edificios del Temple tres días después de lo que denominó «la gran batalla de Queenhithe», para acabar con sus pesquisas. De Payens descansaba sobre el voluminoso cabezal de un estrecho catre, en una esquina de la enfermería.

—¿Cómo se encuentra ahora el guerrero?

—Cansado, pero mejor —De Payens alzó la vista hacia la puerta, donde permanecían Mayele, Berrington, Isabela y Parmenio.

—Tan solo un corte —sonrió Mayele—. Otra victoria para el gran caballero. En esta ocasión, no estabas atrapado bajo tu caballo, en un camino del bosque, para recibir la ayuda de los elfos del bosque; no, no, Edmundo, te enfrentaste a tus enemigos como un maestro en el uso de la espada.

—Y no ha habido ningún sacerdote del coro —bromeó Isabela—, ni gente de los bosques que haya llegado justo a tiempo. Todo ha dependido de vuestro poderoso brazo y vuestra espada.

Mayele e Isabela siguieron con las bromas hasta que Hastang levantó la mano demandando silencio.

—Este es el dominio del Temple —dijo formalmente, jugueteando con las cuentas del rosario que llevaba colgado del cuello antes de tomar un generoso sorbo de la copa de vino que Isabela acababa de servirle.

—Dómine De Payens, eres motivo de brindis en todas las tabernas, desde Queenhithe a la puerta de Galley, hasta la Torre y más allá —se inclinó y respiró profundamente, perfumando el aire con el aroma del clarete—. ¿Os dais cuenta de que habéis matado a once hombres?

—¿Quiénes eran?

—Mi dictamen como coronel —sonrió Hastang— es que sus muertes no fueron naturales, aunque —continuó— muy merecidas, muy merecidas. Maestre templario, habéis recibido el agradecimiento del concejo de la ciudad. Fuisteis engañado, arrinconado y atrapado, o eso es lo que ellos pensaban. ¿El hombre que vino hasta aquí respondiendo al nombre de Martín Fitzosbert? ¡Tonterías! No era ningún escribiente, sino Pedro el Beato, un habitual embaucador, que solía aparecer como un sacerdote del sagrado coro o un monje devoto. Era una persona muy conocida por gobernadores y guardianes, y por mí. Tenía un don para confundir a los demás con identidades falsas —Hastang extendió una mano y acarició gentilmente a De Payens en la cara—. No os sintáis avergonzado; ha engañado y mentido a muchos. Actuaba como señoelo. Ya no volverá a engañar a nadie, le rompisteis la cara y le destrozasteis su astuto cerebro. El esbirro Morteval ha estado en busca y captura por mi oficina varios años. Era un asesino profesional, maese Edmundo, un navajero, un sicario, una criatura de la noche, responsable de más muertes que comidas calientes haya tomado en mi vida. Pero bueno, ya no matará a nadie más, vuestra espada le vació la garganta —parecía evidente que Hastang disfrutaba con su descripción—. En

cuanto al enano, mi querido huésped de la Luz de la Oscuridad, era el instigador de mucha perversidad en esta ciudad; ahora se ha ido a disfrutar de su eterna recompensa con el cuello roto. Ah, sí —continuó el coronel con una amplia sonrisa—, tenemos mucho que agradeceros, aunque, al mismo tiempo, podéis considerarte muy afortunado.

—Me engañaron, me tendieron una trampa.

—Sin duda. La proclama contra Walkyn ha agitado muchos corazones.

—¿Y por qué iban a querer matarme a mí?

—Eso no lo sé —Hastang, dando la espalda a los demás, bizqueó de repente, y De Payens se percató de que el coronel no era el necio que simulaba ser—. De todas formas, maestre templario, alguien con grandes riquezas os quería muerto. Ningún otro caballero habría salido tan bien parado.

—¿Pero por qué? —repitió De Payens.

—Porque estamos dándoles caza —replicó Berrington—. Parmenio y vos sois responsables de ello, y nuestro enemigo lo sabe —se acercó y se puso en cuclillas junto a la cama, acercando su estrecho y huesudo rostro con gesto de gravedad—. Se trata de una estrategia elaborada, Edmundo. Walkyn compró a falsificadores y a sicarios para daros muerte porque vais tras ellos —hizo una pausa—. Mayele también recibió un ataque en las afueras de Londres. Unos esbirros, enmascarados y encapuchados, trataron de hacerle desmontar en el camino de Woodford. A mí mismo me han seguido también por la ciudad. Walkyn debe de estar furioso. Las proclamas del rey han vuelto a todos los hombres en su contra, y estoy seguro de que decidió golpear primero.

Berrington dio una palmada a De Payens en el hombro y se puso en pie. Edmundo miró a Isabela, radiante y bella, con sus hermosos cabellos ocultos tras un griñón y una suave gasa. Le devolvió una sonrisa entre sus lágrimas de alegría.

—Fracasaron —Parmenio, apartado de los demás, caminó hacia ellos y miró a De Payens—. Sin embargo, el maestre coronel está en lo cierto: alguien con gran astucia y considerables riquezas tramó aquel ataque en Queenhithe.

El coronel, tomando un sorbo de su copa, asintió vigorosamente.

—Ah, sí, sí —dijo, relamiéndose los labios—, muchos hombres se han comprado y sobornado, se han hecho promesas y se han cerrado tratos.

—Pero no tomamos prisioneros.

—Ninguno —confirmó el coronel—. Vuestros dos ujieres, que Dios los acoja en su seno, perecieron asesinados. Los malhechores fueron masacrados; aquellos que sobrevivieron, fenecieron poco después entre terribles dolores. Nos llevaría años, si es que lo conseguimos, descubrir quién urdió aquella astuta trampa. Pedro el Beato era el mejor impostor de Londres. Seguro que sus servicios no fueron baratos. Pero —el coronel señaló a Parmenio—, ¿cómo lo supisteis? Si no hubierais llegado en aquel momento...

—Observación —Parmenio se mordió el labio—. Pedro el Beato recibió el aviso

de que éramos extraños, extranjeros que se dejarían engañar por sus refinadas maneras y su inocente parloteo, y casi lo hicimos. Cuando os fuisteis —comenzó a jugar con el pequeño anillo de oro que llevaba en la mano derecha, y después se llevó la mano al crucifijo de madera que llevaba colgado del cuello—, recordé que los escribientes ingleses siempre llevan una cruz o un rosario de cuentas en el cuello. Además, llevan un anillo de la cancillería, estampado con el escudo real o el de la ciudad. Cuando os marchasteis, me quedé reflexionando: Pedro el Beato no llevaba nada de eso; nos había subestimado como extranjeros ignorantes. Habíamos sido muy cautos, abandonando rara vez el precinto del Temple, así que era lógico que el enemigo tratase de engañarnos para hacernos salir. Lo hizo con gran habilidad. El charlatán se había informado bien acerca del tipo de personas que andábamos buscando —se encogió de hombros—. Decidí que, si cometía un error, no perdería nada, pero mis sospechas eran correctas... —dijo, sonriendo—. Llamé a los ujieres y, gracias a Dios, llegué a tiempo.

Hastang se puso en pie e Isabela se apresuró a ocupar el taburete que había dejado libre el coronel.

—Dejad tranquilo a Edmundo —dijo, hablando por encima del hombro—, permitidme tener unas palabras con él.

Le cogió las manos, frotándole suavemente los dedos, sonriéndole y esperando a que los demás abandonaran la habitación. Cuando se quedaron solos, comenzó a hablarle sobre los días que había pasado en la corte, sobre la belleza de la abadía de San Pedro y la elegancia del cercano Salón Real. De Payens comprendió que trataba de distraerle, y le respondió en broma que había escuchado que el rey estaba muy impresionado por su gracia y su belleza. Ocultó su propio espasmo de celos y escuchó con atención sus descripciones, admirando sus cabellos y su hermoso rostro.

—¿Por qué? —preguntó de repente.

—¿Por qué, qué? —respondió con acento burlón.

—No estáis casada —declaró—, y vagáis por las tierras de Dios como una peregrina.

—¿Que quién soy yo, Edmundo? —se inclinó sobre él—. Veréis, cuando abandonasteis Jerusalén en dirección a Hedad, recorriendo la calle de la Cadena, os vi vestido con vuestro manto blanco y vuestro yelmo, cabalgando junto a Mayele y seguido de cerca por Parmenio. Os erguís sobre vuestro caballo como un hombre decidido, dedicado y resuelto. Lo mismo ocurre con mi hermano y los demás miembros del Temple —se acercó aún más—. Yo no soy diferente. Mi hermano y yo nos criamos en la casa de Bruer, en Lincolnshire. Al igual que ocurrió con vos, nuestros padres murieron cuando éramos jóvenes, y crecimos juntos. Ricardo siempre quiso ser caballero, convertirse en un paladín. Por encima de todo, él y yo queríamos escapar del monótono paisaje verde de Lincolnshire, de las aburridas reuniones en la mansión, en el condado y en la casa consistorial. Ya habéis visto este país, Edmundo; a veces bello, otras frío y húmedo, dividido por una guerra civil. Ricardo y yo

estábamos impacientes e inquietos, y una vez que comenzamos a caminar, ya no podíamos parar —sonrió maliciosamente—. Ahora, escuchad esto, es una canción de un juglar que aprendí en la corte —y, sin más preámbulos, comenzó a cantar con una voz dulce y melodiosa.

De Payens esperaba ansiosamente estas visitas, aunque se hicieron menos habituales según pasaban las semanas. El invierno se instaló con toda su crudeza. Llegó el periodo de Adviento. El Temple se preparaba para la gran fiesta de la Navidad. Las paredes y las puertas se decoraron con ramas verdes y ramitos de acebo y muérdago, junto con ramos de rosas de Navidad. Un sacerdote de la capellanía de la cercana iglesia de San Andrés se acercaba cada mañana para dirigir el canto litúrgico de la antífona, y contrataron a una tropa de oradores para recrear la historia de la Anunciación y del nacimiento de Cristo. La pierna de De Payens sanaba bastante deprisa, así que se dedicó a dar paseos, caminando hacia las fraguas y carpinterías con su espada, daga y jubón, bastante dañados después de la feroz lucha en Queenhithe. La vaina tuvo que ser reemplazada, su espada recibió una nueva empuñadura y se volvió a afilar su punta, y se repararon las argollas destrozadas de su cota de malla. La caza continuaba, conducida ahora por Parmenio y Mayele, pero Walkyn seguía sin aparecer. Hastang, el coronel, también se dedicó fervientemente a perseguir malhechores. Le había cogido bastante afecto a De Payens y visitaba constantemente los recintos del Temple. En una ocasión, Hastang y Parmenio visitaron el santuario de la Santa Madre en Bow, cerca de Cheapside. Se sospechaba que un rufián, que había suplicado refugio, podía estar involucrado en el ataque a De Payens en Queenhithe, pero el forajido que se aferraba al altar era un malhechor común que no podía contarles nada.

Hastang, un hombre de lengua mordaz y ojos inquisidores, escondía su talento y agudeza bajo una máscara de retraimiento. De Payens y él se convirtieron en muy buenos amigos. El coronel se mostraba abiertamente encantado por lo que denominaba «la extirpación de una mortífera cuna de residentes del infierno». Se encontraba muy satisfecho de que la Luz de la Oscuridad hubiera pasado a manos del gobierno de la ciudad para su propio beneficio.

—¡Una luz en la oscuridad! —se burló—. Más bien, una oscuridad más profunda que el resto. Creedme, Edmundo —continuó, agitando un dedo—, aquella taberna era la raíz de mucho mal. Allí se tramó más muerte y caos que en el mismo corazón del infierno —sacudió la cabeza—. Quien fuera que organizase aquel ataque contra vos tenía gran cantidad de oro —se frotó el rostro y guiñó un ojo al templario—. Compraron a los mejores. Morteval murió, al igual que los sicarios a los que se buscaba en, al menos, quince condados; hombres por cuya cabeza se había puesto precio, asesinos profesionales —sonrió en silencio—. Os diré una cosa, Edmundo: si volvierais a pasar por Queenhithe, nadie se atrevería a acercarse a vos.

De Payens fue confiando cada vez más en Hastang, y se sintió halagado cuando el coronel le invitó a cenar en su pequeña casa de la ciudad, situada entre dos

espléndidas mansiones frente a Cheapside, el principal distrito comercial de la ciudad. Domina Beatriz, la esposa del coronel, era una mujer atractiva, mucho más joven que su marido y orgullosa madre de dos chiquillas. Se mostraba fascinada por el templario. Durante la cena, le preguntó insistentemente acerca de Ultramar, Jerusalén, los lugares sagrados, las costumbres y vestidos de varios personajes. Por su parte, Hastang regaló a De Payens sus historias sobre el mundo marginal de la ciudad, las meretrices, los proxenetas, los merodeadores nocturnos y los rufianes y truhanes que abundaban como ratas en los callejones de Londres. Le describió en detalle los mercados ilegales, que florecían por la tarde después de que hubiera sonado el toque de queda; era aquel el momento para hacer trueques y ventas en las buhardillas y casas de vecindad de los paseantes nocturnos, que ofrecían artículos robados y, después, apostaban y yacían con prostitutas hasta que sonaban las campanas de llamada para la primera misa de la madrugada.

—Yo he realizado batidas por esos lugares —confió el coronel a De Payens, alzando una mano en señal de advertencia—, he rapado las cabezas de las ramera, las he forzado a desfilas llevando capuchas ralladas y portando velas blancas hasta Cock Lañe. He ridiculizado en la picota a sus proxenetas y los he encerrado en jaulas en el Tun, o en el Compter, cerca de Newgate. Más aún, me he ofrecido a perdonarles todos sus crímenes si me contaban algo de Walkyn, pero... —dijo, sacudiendo la cabeza— ¡nada! Ah, ese malvado y sus esbirros podrían estar refugiados en la ciudad, pero nadie sabe nada de ellos —hizo una mueca—. Pero, ¿y vuestro amigo genovés, el que os salvó? Ese es un asunto diferente.

Se acercó hasta la mesa y rellenó la copa de De Payens; su rostro afilado se iluminó con la luz parpadeante de un candil. De repente, hizo una pausa, como si escuchase a la dama Beatriz riendo con sus hijas en el pequeño solarío situado sobre ellos. De Payens echó una rápida ojeada alrededor de la habitación, deteniéndose en sus cofres y arcones, perfectamente organizados y ordenados, el pequeño fuego bajo la cornisa, sus tapices coloreados en las paredes, los estantes y peltres colgados de las paredes enyesadas en tonos rosáceos y las gruesas alfombras turcas sobre el suelo. Era una cámara muy confortable, con estrechas ventanas firmemente cerradas para combatir el frío; unos hornillos y braseros de cobre proporcionaban cumplida defensa contra el áspero aire de la noche.

—Ah, sí —el coronel se dio unos golpecitos a un lado de la nariz—, el genovés es un extranjero que se ha dejado notar, un enigmático personaje cuyo aspecto se ha examinado minuciosamente. Londres no es tan grande como para que alguien como él pase desapercibido, y los rumores comienzan a pasar de boca en boca.

—¿Qué queréis decir? —De Payens era consciente de que el coronel preparaba una acusación—. Maese Hastang —dijo, alzando la copa—, yo viajo con mis compañeros; eso no significa necesariamente que me fíe de ellos.

—Puedo estar equivocado, Edmundo, pero vuestro amigo genovés entra y sale de los dominios del Temple como un fantasma. A veces, se le ve deambulando por los

muelles, sobre todo cuando atraca alguna barcaza o navío, generalmente venecianos, tras completar su larga y azarosa travesía desde Ultramar. En ocasiones, se le ha visto enfrascado en profundas conversaciones con un monje, un cisterciense.

—¿Un cisterciense? —De Payens se rascó la barbilla con el dedo—. ¿Alguien procedente de Ultramar?

—Más probablemente de Normandía. La información que he recibido es que el monje puede haber desembarcado en Dover, para emprender seguidamente viaje hacia el norte. ¿Por qué se reuniría el genovés con esa gente? Alguien le está transmitiendo mensajes y creí que debíais saberlo.

Durante aquella tarde en particular, Hastang no solo hizo reflexionar al templario acerca del misterioso Parmenio, sino sobre el siniestro mundo en el que había entrado. No podía romper el juramento que había hecho al gran maestre en la cámara del concejo, en Ascalón, y divulgar toda la verdad que se ocultaba tras su misión en Inglaterra, aunque sí se permitió describirle los atroces asesinatos en Wallingford y Bury St. Edmunds. El coronel demostró ser un sagaz observador. De vez en cuando, le interrumpía con alguna extraña pregunta, que dejaba patente que siempre había sospechado que los templarios estaban involucrados en maquinaciones secretas, aunque se reservaba la opinión al respecto. Escuchó fascinado la descripción de De Payens de los envenenamientos de Baiocis, Eustaquio, Northampton y Murdac. Cuando acabó el templario, el coronel señaló una fina vela que ardía brillantemente sobre su espita de cobre.

—Cuando era niño, un chaval que no alzaba del suelo más que una flor, mi padre solía proponerme un acertijo en nuestra iglesia durante la Cuaresma. Había doce velas colocadas ante el coro alto, que representaban a los apóstoles. Once de ellas eran de cera pura de abejas; la duodécima, que representaba al traidor Judas, era falsa. A simple vista, todas las velas eran de cera, pero una de ellas era una falsificación. Mi padre solía enseñarme a distinguir la vela de Judas de las demás.

—¿Y lo conseguisteis?

—Pasado algún tiempo, sí. Simplemente, por medio de la observación minuciosa; una leve imperfección en la blancura de la vela, la curvatura de la mecha...

Hastang alzó su copa.

—Lo mismo ocurre con los hijos de Caín, Edmundo. En esta ciudad, las mujeres envenenan a sus maridos, los maridos matan a sus rivales; si no a sangre fría, usando toda una suerte de siniestras artimañas. Se ocultan tras una ilusión, una fachada; provocan algún percance que esconde, en realidad, un horrible crimen. Es lo mismo que ha ocurrido con estas muertes. Reflexionad en profundidad acerca de lo que ocurrió en realidad. ¿Bebió realmente Baiocis el veneno durante aquella comida? Ah —sonrió—, veo que ya albergabais vuestras sospechas sobre esto. ¿Y el príncipe? Si su jarra no estaba emponzoñada, ¿lo estaría cualquier otro objeto a su alcance? ¿Las copas? ¿Y esos ataques sobre vuestra persona, en el bosque de Queenhithe? ¡Usad vuestro ingenio, Edmundo! Reflexionad. ¿Quién sabía que os dirigíais hacia allá?

Vamos, Dios no te ha puesto en este mundo para ser premioso.

Durante su vuelta al Temple, De Payens recordó todo lo que había sucedido, enumerando los acontecimientos e intentando dominar su creciente desasosiego. En realidad, Berrington y su hermana se ausentaban a menudo para ir a Westminster, mientras Mayele andaba siempre ocupado, realizando tareas aquí y allá. Berrington se aplicaba en reunir dinero y rentas que se debían al erario del Temple, y la misión de Mayele era desplazarse a los diversos dominios para recordar a los alguaciles sus obligaciones y demandar el pago inmediato. Había algo en lo que De Payens estaba completamente de acuerdo con Berrington y Mayele: dos ujieres habían muerto en Queenhithe, y los demás se necesitaban para distintas tareas, así que Berrington decidió contratar a un grupo de mercenarios, endurecidos veteranos de guerra, para servir de escolta a Mayele.

Los días pasaban. La festividad de la Candelaria llegó y pasó y, al día siguiente de la gran fiesta, Hastang y su séquito de fornidos alguaciles de la ciudad hicieron su entrada en el Temple. Berrington e Isabela se habían marchado para unirse a la corte del castillo de Baynard, mientras Parmenio había vuelto a desaparecer en una de sus misteriosas misiones. El coronel, encapuchado y envuelto en su capa para combatir el intenso frío, preguntó entre susurros a De Payens si quería acompañarle. El templario accedió de inmediato, aunque el coronel permaneció con los labios sellados acerca de cuál sería su destino. Le pidió a De Payens que no llevase ninguna insignia templaria, ofreciéndole la pesada capa marrón que llevaba el resto del grupo. De Payens se envolvió en ella, se puso la capucha y abandonaron el recinto del Temple, internándose en los tenebrosos caminos que recorrían el margen del río. La brisa helada hizo estremecerse a De Payens; aunque la herida en su pierna había sanado, aún cojeaba ligeramente. Alzó la vista: la franja de cielo que se adivinaba sobre los edificios era de un plomizo tono gris. Durante un corto instante, extrañó el sol y el calor de Ultramar, su hogar durante los últimos veintiséis años, aunque, al mismo tiempo, estaba eufórico al sentirse cerca de un amigo, un camarada en el que confiaba plenamente. Se sentía como si hubiera llegado a casa, como si finalmente hubiera dejado de ser el obediente sirviente al que enviaban de un lado para otro sin ofrecerle explicaciones. Sin embargo, debía recordar que este lugar también era peligroso. Londres era una trampa, y sus enemigos se ocultaban en las sombras.

La luz se debilitaba por momentos; las lámparas comenzaban a brillar, colgadas sobre los quicios de las puertas y en algunas pértigas, alzadas en la entrada de ciertas calles. Las cadenas comenzaban a cerrarse para evitar la molestia del paso de jinetes y carretas durante la noche. Las campanas de una iglesia señalaban la hora de la oración vespertina; la luz intensa de los faros parpadeaba en lo alto del campanario. Los puestos de los comerciantes se habían desmontado, y las mercancías se habían embalado y almacenado a buen recaudo. Carros de estiércol recogían la basura, los rastrillos de los operarios y los carroñeros de la calle atacaban al unísono los montones de desechos. Las contraventanas y las puertas se cerraban con fuerza, por

todos lados se escuchaban voces y gritos. El incienso de una iglesia flotaba en el aire, mezclándose con los vapores de las cocinas, las pastelerías y las parrillas artesanas instaladas por los comerciantes itinerantes. Alguaciles y bedeles arrojaban cubos de agua helada sobre unos detenidos, para enjuagarles la inmundicia antes de dejarlos libres entre un torrente de maldiciones. Las puertas medio abiertas de las tabernas proporcionaban destellos de luz y calor; alrededor de estas se reunían varios vagabundos desesperados, en busca de unas migajas de pan o un trozo de carne. Nadie se atrevió a molestar al coronel y a su grupo a su paso por los callejones. Hastang era bien conocido, mientras que los miembros de su séquito, armados con mazos, garrotes y espadas, proporcionaban protección suficiente.

Pasaron bajo la oscura masa del castillo de Baynard, girando hacia una calle que conducía a los muelles; la gélida brisa estaba cargada con el olor a pescado, sal y brea. Hastang se detuvo en seco y golpeó con los nudillos la puerta de una tienda, sobre la que colgaba el tosco cartel de un consignatario de barcos. La puerta se abrió, y el propietario, mostrando la insignia del gremio, les instó a que entrasen deprisa en aquella tienda con un extraño olor dulzón, guiándolos escaleras arriba hasta un solarío donde su mujer y sus niños se apiñaban alrededor de una mesa. El mercader ignoró a su familia y llevó al grupo del coronel frente a una ventana cerrada; la abrió ligeramente y Hastang empujó sutilmente a De Payens para que pudiera mirar hacia la calle, por el pequeño hueco. Le susurró al templario que observara la puerta de la taberna que había enfrente, un espacioso edificio de tres plantas que se enorgullecía del nombre de Promesa de Cielo.

—El genovés lleva allí algún tiempo —murmuró el tratante—, sé que no se ha ido. Gilberto, mi aprendiz, sigue aún con él. Lleva allí, al menos, una hora.

De Payens se maravillaba en secreto de la astucia del coronel. No necesitaba una legión de espías; tan solo comerciantes, artesanos y miembros del gremio, que conocían las calles y que sabían reconocer a un extranjero, especialmente cuando respondía a una descripción que les habían dado previamente. Hastang estaba decidido a descubrir la auténtica identidad de Parmenio y a conocer sus verdaderas intenciones. Decidieron aguardar ante la ventana, y la esposa del consignatario llevó a los niños al dormitorio. En la calle, las sombras entraban y salían de la luz ante el maullido de los gatos. Una gran cerda, que había conseguido liberarse de su collar, corría despavorida por la calle, perseguida por un carnicero y sus perros. En la dirección opuesta, un caballo arrastraba penosamente un carro al que iba atado un malhechor. La puerta de la taberna comenzó a abarrotarse de gente y, de repente, Parmenio asomó bajo la zona de luz. Se detuvo, miró furtivamente a su alrededor y se deslizó hacia la oscuridad. Poco tiempo después, apareció bajando la calle Gilberto el aprendiz, y se introdujo en la casa de su maestro. Subió las escaleras casi sin aliento y se derrumbó sobre un taburete, relatando lo que había presenciado. De Payens no podía entender su lenguaje, pero le entregó una moneda al chico. Hastang le prestó atención y, seguidamente, guio al templario hacia el exterior.

—Parece ser que Parmenio estaba con un veneciano. Gilberto estuvo haciendo averiguaciones más tarde. Una barcaza de esa ciudad está atracada en Queenhithe y zarpará con la marea de la mañana. Parmenio y su invitado se sentaron en una esquina y se intercambiaron manuscritos de la cancillería. El genovés parecía decepcionado, preocupado, pero el motivo de su conversación —Hastang hizo una mueca— lo desconocemos.

—¿Un veneciano?

—Suyos son los barcos más rápidos, Edmundo; comercian con los puertos de Trípoli y de otras ciudades importantes de la zona. No es la primera vez que Parmenio se cita con esos extranjeros. Parece evidente que alguien de Ultramar le está enviando mensajes y él los está respondiendo, pero ¿por qué?

El coronel se dio la vuelta. Mostró su agradecimiento al tratante de barcos, caminó escaleras abajo junto a De Payens y se internó en la oscuridad. En vez de llevarle de vuelta a la ciudad, atravesó junto a su escolta una maraña de apestosos callejones y callejas, poco más que tenebrosos túneles apenas iluminados por la escasa luz que se colaba entre las rendijas de alguna ventana o por el farol que llevaba en sus manos un enigmático paseante. De Payens, con una mano en la empuñadura de su espada y la otra tapándose la nariz ante el nauseabundo olor, se quedó observando a la figura que apareció en la boca del callejón para internarse poco después en la oscuridad. De repente, se abrió una puerta y aparecieron unas mujeres que portaban un cadáver recubierto por una mortaja; el cortejo fúnebre pasó junto a ellos entre la oscuridad de la noche. De repente, se escuchó un grito entre las tinieblas.

—¡Hastang y sus alguaciles! ¡Que vienen, que vienen!

—¡A vuestros puestos!

—¡A vuestros puestos! —gritaron otras voces desde la oscuridad.

—Son vigilantes nocturnos —susurró Hastang.

De repente, se abrió una puerta y una joven desaliñada salió para vaciar una vasija. De Payens miró al interior y se quedó sorprendido. Un segundo antes, todo parecía tranquilo, y ahora, tras aquella puerta, se celebraba un gran banquete: las mesas se habían dispuesto en un cuadrado y estaban repletas de bandejas con carnes humeantes, cuencos de frutas, jarras, vasos y copas. La escena estaba iluminada por una hilera de destellantes velas. Hombres y mujeres, vestidos con ramplones ropajes, se entregaban a la bebida y la comida, alzando sus copas para ofrecer un brindis a un hombre situado en el centro, vestido de blanco, que portaba una corona de acebo sobre su pelo oscuro.

—Un banquete de mendigos —susurró Hastang—. Nuestra ciudad oculta enigmáticas visiones.

Abandonaron los callejones y llegaron hasta un descampado, iluminado por la luz de la luna. En un extremo lejano, una linterna parpadeaba en el aire como la luz de un faro.

—Son mis hombres —declaró Hastang—. Están custodiando lo que han encontrado. Debéis verlo, Edmundo, estoy seguro de que es obra de Walkyn.

Mientras caminaban a través del descampado, De Payens observaba las ruinas de casas que se encontraban por doquier. Hastang le explicó que un fuego, seguido por un ataque a Londres durante los recientes altercados, había arrasado esta zona al norte de Watling. Realmente, se trataba de un lugar fantasmagórico: árboles consumidos con sus ramas desprovistas de hojas, enjutos tojos y hondonadas y simas ocultas. Cuando la brisa disipó la neblina, De Payens pudo divisar la iglesia en ruinas hacia la que se dirigían. Los búhos ululaban, el silencio sepulcral se veía roto por algún pájaro que volaba silencioso sobre los tejos en busca de alimañas y que huía aterrorizado entre los helechos. Una campana de una iglesia lejana de la ciudad comenzó a tañer, como si se tratara de un toque de advertencia.

—San Blas de los Páramos —murmuró Hastang.

Cruzaron el derruido muro del cementerio; la entrada techada se había venido abajo, bloqueando el acceso al camposanto. Una antorcha crepitaba sobre su improvisado aplique, en la puerta que daba paso a la nave. La fuente bautismal había desaparecido, al igual que las losas del suelo y los muebles de madera, los bancos, la mampara ornamentada e, incluso, el púlpito. Algunos hombres de Hastang esperaban en el presbiterio. Habían preparado toscas antorchas, que habían colocado en huecos y hendiduras y cuya luz temblorosa hacía danzar aún más a las sombras, como si se adentrasen en una morada de fantasmas. Al aproximarse el coronel, los hombres se pusieron en pie alrededor del fuego, preparado donde antaño se erguía el altar.

—¿Nadie lo ha movido? —gruñó Hastang mientras entraba en la nave.

—No, señor —respondió uno de los hombres.

Hastang sacudió la cabeza y condujo a De Payens hacia el interior de la pequeña sacristía, a la izquierda, donde yacía un cuerpo cubierto por un improvisado sudario e iluminado por dos linternas, situadas junto a la cabeza y los pies. De Payens encogió la respiración. Hastang se arrodilló y retiró la tela, dejando ver a una mujer joven, que quizá no contara más de catorce o quince primaveras, con su cuerpo desnudo embadurnado de sangre coagulada. La larga melena oscura ocultaba su rostro devastado, pero el resto del horror podía apreciarse con claridad: le habían cortado el cuello, tenía el pecho abierto y le habían sacado el corazón. De Payens había visto ya suficiente y giró la vista a un lado, sintiendo ganas de vomitar. Trató de murmurar una oración contra tales horrores; sin duda, la obra de almas condenadas y perdidas.

—La raptaron —Hastang permanecía detrás de él—, se la llevaron de las calles. Alguna pobre desgraciada; no es la primera, Edmundo, a la que secuestran y despedazan. Un vendedor ambulante halló su cuerpo y se apresuró a contármelo. No se trata de una prostituta a la que hayan atacado por diversión y, como ya os he dicho, no es la primera. Esto es obra de brujas y hechiceros: un cuerpo mutilado en una iglesia abandonada.

—¿Estáis convencido de que ella formaba parte de algún rito oscuro, llevado a

cabo por Walkyn?

—Eso sospecho —replicó el coronel—. Hay que poner fin a esta orgía de sangre, Edmundo, necesitamos mantenernos muy firmes. El rey debe imponer su ley. El caos y la perversidad, que sirven de cobertura violenta para tales monstruos, debe acabar —miró a De Payens a los ojos—. Templario, lleváis una extraña compañía. ¿Cuál es la razón de todo esto? Pensadlo, reflexiona y confiad en mí.

De Payens se llevó la mano a la garganta y tocó el pequeño saco de cuero que contenía el código de los *hassassins*. Observó a Hastang, su rostro arrugado, sus ojos honestos y su mirada inteligente. Quería confiar plenamente en este hombre, debía hacerlo. Se quitó el cordón, abrió la bolsita, sacó el pergamino y se lo dio a Hastang.

—Es un pergamino —explicó.

El coronel lo inspeccionó mientras salía de la sacristía y se dirigía hacia el santuario. De Payens se quedó contemplando la nave: se trataba de un tenebroso lugar, infernal y macabro. ¿Representaba esto a su Iglesia, a sus ideales, a su orden? Recordó aquel día en Trípoli, girándose sobre su caballo para hacer frente a aquellos asesinos; en aquel momento, se había introducido en una horrenda espiral de intriga y asesinatos brutales. Todo era una ilusión. Había sospechado que Tremelay era responsable de todo tipo de maldades, pero el gran maestre había sido simplemente un necio arrogante que se había mezclado en asuntos que iban más allá de su alcance. Los recuerdos le llegaron en forma de miles de imágenes: Mayele disparando aquellas flechas; Parmenio acercándose con un puñal; la generosidad de Isabela; el severo Berrington, que parecía deleitarse con su poder; la mirada triste de Nisam; el ceño fruncido de Montbard; Baiocis llevándose la mano al estómago al principio del banquete; la cámara del príncipe, con las ventanas abiertas de par en par; la duplicidad de Parmenio; las preguntas del coronel...

—Letras y números —dijo Hastang, acercándose a él—, letras y números —le puso la mano en el hombro a De Payens—. No consigo encontrarle sentido, y vos tampoco lo haréis, Edmundo —añadió, guiñándole un ojo—. Pero conozco algunos escribanos de la cancillería, de avanzada edad, es cierto, pero de mente aún muy despierta, que pasan sus vidas resolviendo misterios como estos. ¿Vais a confiar en mí?

De Payens asintió con la cabeza.

—Bien —suspiró Hastang—, entonces, retirémonos ya de aquí. Me aseguraré de que esta pobre desgraciada recibe un entierro digno. En cuanto a vos, Edmundo, vigilad a vuestros compañeros, a Parmenio en particular —alzó la mano con el pergamino—. Me ocuparé de esto. Ahora, hay una última persona a la que me gustaría que conocierais. Traedlo —gritó.

CAPÍTULO 11



De Mandeville sumió a todo el reino en el caos,
extendiendo la crueldad por doquier,
sin respetar sexo ni rango.

Desde la oscura esquina de la derecha de la capilla surgió una figura. Dos de los guardias del coronel le escoltaban, manteniendo la distancia, con sus espadas y dagas en la mano. La figura estaba vestida de negro, como un monje benedictino; llevaba cubierto el rostro con una tela blanca, donde se habían practicado agujeros para los ojos, nariz y boca. Caminaba de forma desgarbada, ayudándose de un bastón, pero De Payens intuyó su fuerza, poder y presencia. Se dirigió hacia ellos, golpeando el suelo rítmicamente con el bastón, produciendo un sonido casi amenazador.

—¡Vaya, un templario aquí, en Londres! —su voz tenía un tono sorprendentemente suave y cortés—. Veo que estáis sorprendido, templario. Una vez fui caballero de la orden de San Lázaro, ¿la conoces?

—Ferozes guerreros —replicó De Payens—. Caballeros que habían contraído la lepra. Algunos estaban infectados, otros, casi curados. En batalla, no tenían nada que perder y todo que ganar.

—Tal es mi caso —replicó aquel extraño—. Hace tiempo, templario, yo era bien parecido, un amante apasionado de las mujeres. He luchado en el ardiente desierto, donde el sol quiebra las rocas, y he cabalgado por Jerusalén como un príncipe. Cegado por mi orgullo, rompí mis votos y yací con una mujer que portaba una maldición, pero esa es mi historia, la canción de mi alma. Baste decir que volví hasta aquí curado —dijo, riendo—, pero demasiado tarde. Mi rostro horroriza a todos y aún sigo excluido de la compañía de los hombres.

—¿Quién sois?

—¿Así que maese Hastang no os lo ha dicho? —rió el extraño—. Soy el Cazador de los Muertos, el Guardián de los Cadáveres, el Caballero Leproso. En las horas de oscuridad, cuando la ciudad duerme, fletó mi gabarra en el río. Busco cadáveres en las orillas, entre las cañas y en los lodazales. Conozco bien el río, una voluble y cruel dama. Descubro dónde esconde a sus muertos, pálidos, fríos y reverdecidos por el cieno. Los recojo para el concejo de la ciudad y los llevo a mi tabernáculo, la pequeña capilla de San Lázaro, junto al Gran Puente. Los lavo, unjo y purifico. Presento el cargo por mis servicios: dos peniques por un suicidio, tres peniques por cada víctima de un accidente, cinco peniques por cada asesinato.

—¿Estáis tratando de asustar a mi huésped? —bromeó Hastang.

—¿Asustarle? —el Guardián de los Cadáveres suspiró tan profundamente que se movió la tela blanca que cubría su cara. Durante un fugaz instante, De Payens divisó el mentón de un rostro cruelmente deformado—. ¿Asustarle? ¿Cómo podría asustar a un templario, al gran campeón victorioso de Queenhithe? —el Guardián golpeó el suelo con el bastón—. No, no le asusto, no creo que pudiera. Sin embargo, se verá envuelto cada vez más en asuntos muy tenebrosos.

—Decídselo —insistió Hastang—, contadle lo que sabéis.

El Guardián se acercó un poco más, descansando el peso sobre su báculo. De Payens percibió la dulce fragancia que emanaba de la capa de aquel hombre, un aroma de hierbas frescas que agradaba a los sentidos.

—Como ya he dicho, patrullo el río en mi barca —comenzó a relatar el Guardián—, con una linterna en la proa y otra en la popa. Muchos me conocen y me dejan pasar. Veo cosas que no me conciernen: barcos reales que se trasladan de Westminster a la Torre y al revés, contrabandistas que parten de los muelles y embarcaderos, jóvenes nobles, ardorosos y lascivos como gorriones, dirigiéndose a los baños públicos y prostíbulos de Southwark, e incluso, espías que se deslizan de las cubiertas de barcos extranjeros hacia barcas más pequeñas que les aguardan —se detuvo cuando Hastang hizo una señal a los dos alguaciles para que se unieran al resto, aún agrupados en torno al fuego en el presbiterio—. Conozco bien el río —continuó el Guardián—. Cuando recojo un cuerpo, puedo adivinar cómo murió el desafortunado: un golpe en la cabeza, una puñalada en el estómago, cuello o espalda. Recientemente, he conocido un nuevo horror. Han aparecido cadáveres de mujeres jóvenes, desangradas, con las costillas aplastadas y los corazones arrancados con las gargantas abiertas, blancas y frías como un pedazo de cerdo colgado sobre la carretilla de un carnicero hasta que se vacía de toda su sangre.

—¿Cuántas veces?

—Dos, y creo que habéis presenciado lo mismo aquí esta noche —el Guardián señaló con su bastón hacia la iglesia—. Pero he visto algo más. Una noche, justo antes de la festividad de la Candelaria, el río estaba tranquilo, la brisa había cedido. Había embarcado en Queenhithe y me dejaba llevar por la corriente. De repente, apareció entre la niebla un poderoso esquife con, al menos, seis remos. A veces, el mal es como el denso humo: puede agraviar tu alma y helarte el corazón. El miedo me invadió de inmediato. El esquife se movía deprisa, tirado con fuerza por los seis remeros, encapuchados y enmascarados. Una figura permanecía en pie en la proa, con el rostro oculto. Aparté rápidamente mi barca y, al hacerlo, la luz de la poderosa linterna de la proa iluminó a dos mujeres jóvenes, atadas y amordazadas, tumbadas sobre la popa del barco. Fue como un relámpago brillando en la oscuridad, revelando algo en una explosión de luz. Pude ver el terror reflejado en los ojos de aquellas mujeres. Vi las mordazas y las cuerdas atenazando sus muñecas y tobillos. Que Dios me perdone, templario, no pude hacer nada. El esquife pasó junto a mí y desapareció de nuevo en la oscuridad.

—Pero esos secuestros son bastante comunes, ¿no es cierto?

—¡No, no lo son! —respondió Hastang—. Edmundo, podéis comprar una mujer rolliza en esta ciudad por un penique, y una casa llena de ellas por medio marco. En Inglaterra hay más ramera que ciudadanos. ¿Por qué raptar a dos jóvenes en la oscuridad de la noche? Podría llenar fácilmente un barco real de jóvenes meretrices felices por llevarse unas migajas. ¿Por qué este silencio, el terror, las mordazas? ¿Y adónde se dirigían? —preguntó, girándose hacia el Guardián.

—No a Southwark; el esquife navegaba por el centro del río, como sí se dirigiera a los solitarios lodazales del estuario —el Guardián golpeó el suelo con el bastón—. Creo que me encontré con la muerte, el asesinato, el sacrilegio y con todas las formas

de abominación aquella noche. Lo denominé «el esquite del demonio». ¡Jamás había visto nada igual en el río! —dijo, retrocediendo unos pasos—. Se lo conté a mi querido camarada Hastang, y él me trajo hasta aquí para que presenciara el horror hallado en el presbiterio. Es lo mismo que la otra vez.

—Y hay algo más, ¿no es cierto? —insistió Hastang.

—Me hablasteis de Berrington.

—¡Ah, Berrington!

—¿Lo conocéis? —preguntó enseguida De Payens.

—Sé mucho de lo que acontece en esta ciudad. Tengo mis propios espías, y el coronel a menudo comparte una copa de vino conmigo. He oído hablar de Berrington —el Guardián agarró el bastón con las dos manos, apoyándose en él, como aliviando alguna herida en una pierna—. Yo también luché con Mandeville, el gran conde de Essex, en los pantanos. Muchos hombres se congregaron bajo su estandarte, demonios encarnados en hombres. Berrington no era uno de estos. Jamás llegué a verle, pero he oído hablar de él: una persona que no gustaba mucho a Mandeville, un caballero que protestaba contra el saqueo de iglesias y la ocupación de los monasterios. Su nombre es conocido por eso, nada más. ¡Debéis recordar que cientos, e incluso miles, se reunieron bajo el escudo de Mandeville!

—¿Y Mayele? —preguntó De Payens.

El Guardián sacudió la cabeza.

—Otro nombre entre muchos otros.

—¿Y Parmenio? —dijo Hastang—. Os mencioné su nombre y recordasteis algo.

—Ah sí, Thierry Parmenio, el genovés —el Guardián tosió, aclarándose la garganta—. Templario, he viajado por casi toda la faz de este mundo. Cuando regresé de Ultramar, no lo hice por mar, tales viajes no son de mi gusto. Viajé por tierra y llegué a Lyon, una noble ciudad. Me alojé en el exterior de sus murallas y escuché muchos rumores, extrañas historias sobre un pacto que involucraba a brujas y hechiceros y a sacerdotes locales, que podrían haber demostrado tener más sentido que dejarse mezclar en los ritos oscuros. El día que llegué se celebraban en la ciudad las ejecuciones de tales bellacos. Estoy seguro de que ese nombre, Thierry Parmenio, se mencionó como alguien implicado —se dio un golpecito en la cabeza—. Yo fui bien instruido, templario. Tengo buena memoria, especialmente para los nombres. Desde luego que he oído hablar de Parmenio antes, pero no puedo decir más que eso —suspiró—. Bien, debo marchar, pero primero, vuestra bendición.

—¿Mi bendición?

—¿Por qué no? Os habéis arrodillado ante el sepulcro del Señor, ¿no es cierto? Habéis mantenido tus votos. Vuestra bendición, templario; pocos sacerdotes osan acercarse a mí.

De Payens, ligeramente avergonzado, recordó los versos pronunciados a menudo por su abuela Leonor y levantó una mano.

—Que Dios os bendiga y os proteja —murmuró—, que te muestre su semblante y

tenga misericordia de vos. Que vuelva hacia vos su rostro y os dé la paz. Que Dios os bendiga por siempre.

El Guardián hizo una reverencia.

—Y ahora, os daré yo mi bendición, templario. Actaad con justicia, amad con ternura y caminad humildemente con vuestro Dios —una vez dicho esto, se marchó, desapareciendo en la oscuridad a través de la puerta.

Hastang y De Payens abandonaron la iglesia, seguidos por dos guardianes que portaban sendas antorchas. Se internaron en el laberinto de callejones desiertos y estrechas callejas. Los halcones de la noche y los merodeadores nocturnos se apartaban a su paso. Solo algún mendigo se aproximó a ellos desde alguna puerta, gimiendo por una moneda. Estaban a punto de alcanzar la posada Obispo de Lincoln cuando escucharon el toque a rebato desde los barracones de los templarios. De Payens corrió hacia allí y se encontró las puertas del recinto completamente abiertas, antorchas encendidas, y unos ujieres patrullando la entrada con las espadas desenvainadas. Se apresuró hacia el interior, seguido del coronel, y descubrió el charco de sangre en las escaleras de la casa de invitados. En el interior del refectorio, Mayele se atendía un corte en la mano, mientras Berrington mostraba un moretón en el rostro. El sanitario se ocupaba de ambos. El olor a vinagre, áloes y bálsamos pesaba en el ambiente. Hastang envió escaleras arriba a tres de sus alguaciles para que inspeccionasen las habitaciones en busca de intrusos. De Payens se puso en cuclillas para examinar la mancha de sangre en el enlosado.

—Sicarios —dijo Mayele. Se agachó y agitó la sangre con un dedo—; eran seis —continuó, señalando hacia el refectorio, donde había una mesa volcada junto a los restos esparcidos de vino y comida.

—Berrington y yo estábamos cenando aquí, sonó una llamada en la puerta, yo me acerqué y abrí —sonrió cínicamente—. Tuve muy buena suerte. Pude haber caído bajo sus espadas, pero uno de ellos fue demasiado lento y dudó; yo no lo hice. Cerré con fuerza la puerta y llamé a gritos a Berrington. Traté de echar el cerrojo, pero empujaban la puerta con fuerza. Llegó Berrington y trató de ayudar. Decidimos intentar sorprenderlos, así que soltamos la puerta, retrocedimos con la espada en la mano y les hicimos frente.

—Seis en total —dijo Berrington, pero enmudeció al entrar Isabela en la habitación, con el rostro pálido por el temor. Corrió hacia su hermano, que simplemente la abrazó y le susurró unas palabras. Se giró y dio las gracias al sirviente que la había acompañado desde la posada Obispo de Lincoln y se derrumbó sobre un taburete, con su hermosa cabellera rubia cubriéndole el rostro—. Todos encapuchados —declaró—. Bellacos de la ciudad, bravucones comprados por unos pocos peniques. Dos resultaron heridos; el resto los recogieron, nos amenazaron con sus espadas y se retiraron... —hizo una pausa cuando Parmenio entraba en el refectorio. El genovés, aún envuelto en su capa, pronto quedó desconcertado ante la pregunta directa de Mayele de dónde había estado, a lo que respondió farfullando que

se había sentido indispuerto y que había salido en busca de medicinas. El coronel, que había estado inspeccionando el desorden de la sala, los cortes de espada en mesas y cojines, golpeó fuertemente en el suelo con el tacón de su bota.

—Esto es un asunto del dominio del Temple, no pertenece a mi jurisdicción. Señores, mi señora, debo retirarme. ¿Edmundo?

De Payens le siguió hacia la oscuridad. Hastang se detuvo y miró al templario por encima del hombro.

—¡Manteneos alerta, Edmundo! Mañana, tratad de descubrir como consiguieron entrar y salir en el recinto esos asesinos. Mientras tanto... —el coronel se fue retirando lentamente, susurrando el tono de su himno favorito, «*O puella vera et pulchra*».

De Payens volvió al refectorio, donde Parmenio había levantado los taburetes de la mesa. Berrington despidió a los ujieres y cerró la puerta tras ellos. Se apoyó sobre ella e hizo un gesto hacia la mesa.

—Comamos, bebamos, reflexionemos y tomemos una decisión. No podemos estar aquí; Walkyn, que Dios lo maldiga, puede merodear por los callejones preparando sus ataques.

—¿Y qué propones? —preguntó De Payens.

—¡Tratar de hacerle salir! —Mayele golpeó la mesa con la copa—. Abandonar Londres. Vayamos al lugar del que procede ese malvado, la casa del Borley, en Essex. Edmundo, ya estás recuperado; lo peor del invierno ya ha pasado. Allá donde vayamos, estoy seguro de que Walkyn nos seguirá.

De Payens miró a Parmenio, que asentía con la cabeza. Berrington también parecía estar de acuerdo.

—Es lógico, razonable —murmuró—. El rey abandona Londres para dirigirse a Dover. En cuanto a Walkyn, no estamos haciendo progresos aquí. Hemos concluido nuestros asuntos relacionados con el Temple en Londres. Isabela y yo debemos arreglar ciertos asuntos familiares. Así que nos iremos a Borley, y después —sonrió—, debemos volver a nuestra mansión familiar en Bruer, en Lincolnshire.

Se alcanzó un acuerdo. De Payens dio las buenas noches y volvió a sus aposentos. Sentía un pellizco de angustia. El consejo de Hastang de que examinase todo con detalle le creaba profundas sospechas, especialmente en lo concerniente a las misteriosas salidas de Parmenio. Además, de nuevo iban a tener que cabalgar a través de caminos embarrados para dirigirse a una sombría casa solariega. Dirigió su mirada hacia el crucifijo de la pared y, como ya había hecho en otras ocasiones, reflexionó sobre sus votos y su vida como caballero templario. Agitado por tales pensamientos, se desvistió, tomó de su alforja su pequeño y estropeado salmo, un legado de lord Hugo, y se arrodilló sobre el duro suelo. Acarició las pastas de cuero y el grabado de la cruz de plata, que iba perdiendo nitidez gradualmente. Las páginas de su interior estaban amarilleando, oscurecidas y grasientas por el uso. Se movió junto al haz de luz de su candil y abrió el libro por la oración del día. Recitó en alto la primera línea

del salmo: «El Señor vuelve su rostro contra los malvados, para destruir su memoria de la tierra...».

«¿Lo hace?», susurró De Payens, recordando el terrorífico cadáver de aquella joven y las revelaciones del Cazador de los Muertos. Ahuyentó sus dudas y trató de seguir leyendo, aunque su mente se escapaba hacia aquella lúgubre sacristía y el horrible cadáver que albergaba.

A la mañana siguiente, De Payens se levantó temprano. Asistió a la misa matinal, meditó durante unos instantes y desayunó en la despensa, donde los cocineros servían cuencos de cereales mezclados con leche y nuez moscada, seguidos de piezas de pan blanco untado con mantequilla y miel. Se tomó una jarra de cerveza aguada y fue a dar un paseo por el patio adoquinado. Un neófito, armado con un cubo y un trapo, lavaba las manchas de sangre de los escalones del pabellón de huéspedes. De Payens caminó junto a aquel hombre, le saludó con la cabeza y siguió el rastro de la sangre. De repente, se detuvo. No podía encontrar más restos de sangre entre el patio interior y la muralla. Intrigado, siguió examinando el suelo hasta que escuchó su nombre. Un ujier se dirigía hacia él, jadeando entre el intenso frío.

—Dómine, hay una mujer en la puerta que quiere hablar con vos y solo con vos.

De Payens salió del pabellón de huéspedes tras él. La mujer de la que le había hablado el ujier permanecía junto al puesto de un emprendedor buhonero, que había montado su negocio junto a la muralla ofreciendo carretes, dedales, agujas, alfileres e hilo. La mujer había cogido un dedal de plata y pagó por él cuando vio aproximarse a De Payens. Tenía un bello y pálido rostro y una cabellera negra trenzada con lazos de color dorado. Unos pendientes brillaban en sus lóbulos, una gargantilla de plata sobre su estilizado cuello y, mientras caminaba, agitaba los brazaletes que llevaba en las muñecas. La capucha y la capa de lana forrada con piel que llevaba eran de color azul marino. Comenzó a hablar rápidamente en inglés, pero se detuvo y esbozó una sonrisa de disculpa.

—*Mon seigneur* —dijo, cambiando a francés normando—, si me seguís, os hablaré de Walkyn —la joven observó la alarma en los ojos del templario—. No voy a llevaros a Queenhithe —susurró—. Sí, ya he oído hablar de aquello. No, será solo una distancia muy corta, una pensión en el callejón Paternóster, La Señora del Sol —se encogió de hombros—. Debo permanecer allí hasta el toque del Ángelus. ¿Y bien, señor? —dijo, dándole un suave golpe en el pecho—. Quizá queráis coger el cinto de la espada. Sea como fuere, solo hablaré con vos.

—¿Por qué?

—Sois el único que realmente va tras Walkyn, ¿no es cierto? ¿El genovés? ¿Los demás? —se encogió graciosamente de hombros—. Escucho lo que dicen las habladurías. El genovés es escurridizo; vuestros compañeros, bueno, son caballeros ingleses, pueden haber luchado al lado de Walkyn. Además —hizo un gesto señalando al Temple—, vuestros sirvientes nos observan. Dicen que sois un hombre honesto, aunque solitario. ¿No podéis dedicarme un poco de vuestro tiempo? Estaré

en la pensión. Mi nombre es Alienora —la joven se retiró, repicando sobre el empedrado con sus elegantes zapatos de tacón alto.

De Payens cerró los ojos, susurró una oración que encomendaba su suerte a Dios y volvió de prisa a su habitación. Se ajustó a la cintura su cinturón de batalla, se enfundó una pesada capa y salió apresuradamente del Temple. Conocía el callejón Paternóster; estaba a muy poca distancia de allí, era un local que tenía la reputación de alojar a la gente más distinguida. Se abrió paso entre la multitud, apartando de su camino a mendigos, borrachos y aprendices inoportunos vestidos con mantos de piel de lirón. Las pescaderas le ofrecían salmonetes, lampreas, caballas, arenques y langostas. Los tenderos le anunciaban a gritos sus cacerolas, saleros, velas, cestos, palanganas y copas. Un funcionario sobre un carro proclamaba a gritos que el carbón no podía comprarse para ser almacenado, o que no se podía poner productos en venta si no se habían satisfecho las tarifas del mercado. Era una mañana ajetreada, con las cocinas y panaderías ofreciendo empanadas y anguilas, jamón embutido, queso y ajo; un remolino de color y una mezcla de olores, desde el más soez hasta el aroma más sutil.

El templario llegó hasta Paternóster. Caminaba con dificultad, pues el empedrado de la calle se inclinaba de ambos lados hacia un sumidero que corría en el centro. Incluso a esa hora, el desagadero estaba lleno de hedionda inmundicia, que los basureros se afanaban en cubrir con paladas de acre nitrato. Llegó hasta la doble puerta que conducía a La Dama del Sol y entró a su amplio salón comedor, con el suelo cubierto de esteras y sus estrechas ventanas y blancas paredes adornadas con telas rojas y verdes.

—¿Una copa de vino de pasas? —el dueño de la pensión salió a su encuentro, limpiándose las manos en su delantal. Hablaba francés normando con fluidez, mientras observaba con sus pequeños ojos la capa y la espada de De Payens—. El vino de pasas tiene la claridad de las lágrimas de un penitente —proclamó—, golpea como un trueno, y es más sabroso que las almendras; hace que estés despierto y rápido como una ardilla y juguetón como un niño.

—¿Alienora? —demandó De Payens.

El dueño hizo una reverencia y señaló con las manos hacia la escalera.

—Seguidme, señor.

La habitación en la que entró De Payens era espaciosa, de negras vigas y decorada con los signos coloreados del zodiaco; las paredes de color crema estaban limpias y recubiertas de telas. Una pequeña ventana permanecía abierta de par en par; la otra estaba cubierta por una espesa tela amarilla. La cámara tenía algunos muebles elegantes, bien iluminados por medio de candelabros; unas espesas alfombras de lana cubrían los suelos. Alienora aguardaba sentada en la cama, cubierta con una colcha de piel de marta con figuras tejidas de pájaros, bestias y flores. Sobre un taburete cercano a ella había una jaula dorada y, en la percha de su interior, descansaba un pardillo. La joven ofrecía al pájaro trozos de fruta de un plato; cuando terminó, se

puso en pie mientras el dueño cerraba la puerta tras De Payens, anunciando en voz alta: «Un grandioso y noble visitante».

—¿Sois noble, dómine De Payens? —sonrió.

Desde algún callejón cercano se escuchó el bramido de un cuerno funerario. Alienora caminó hacia la ventana cerrada, indicándole con un gesto que se sentara junto a ella. Cogió con sus manos enguantadas un cuenco de carbón ardiente mientras observaba la procesión funeral en la calle.

—Un caballero.

Señaló al caballo sin jinete, ensillado y enjaezado; de la montura colgaban la espada, el escudo y el casco del difunto. Tras el corcel caminaba un sacerdote, que portaba en sus manos una pila de agua bendita, acompañado de monaguillos con sus incensarios y acólitos con cirios y crucifijos en las manos. Los dolientes desfilaban junto a ellos, vestidos de negro y portando ramas verdes, recitando los salmos de los difuntos.

—*In media vitae sumus in morte* —susurró Alienora.

—No sé si soy noble —replicó De Payens—, pero, ciertamente, la vida tiene dos extremos, y la muerte es uno de ellos. Mi señora, ¿queríais verme para hablarme del malhechor Walkyn?

—¿El malhechor Walkyn? —repitió entre risas—. Dómine, soy una cortesana, hija de buena familia. En mis tiempos mozos me ingresaron en un convento como novicia, así que... —se encogió de hombros—. Toda alma tiene su propia historia. Ahora vivo aquí, templario. Conozco el mundo de los hombres. Reconozco las almas de mis visitantes. Divierto a sacerdotes, clérigos, y sí, también a templarios, incluyendo a Enrique Walkyn, señor de la casa de Borley, en el condado real de Essex. Walkyn era un hombre atormentado, un templario que luchó contra la lujuria de la carne. A menudo fracasaba, y por ello me visitó varias veces en las semanas previas a que partiera hacia tierras extrañas.

—¿Y bien?

—¿Un hechicero? —se burló, pasándole el cuenco a De Payens para que se calentara los dedos—, ¿un mago?, ¿un brujo? ¿Hablamos del mismo hombre? —continuó, alzando la voz—. ¡Tonterías! Walkyn no era más que un hombre desgarrado por los apetitos carnales.

Sonrió a De Payens mientras le devolvía el cuenco. El templario miró a través de la ventana; en el otro extremo de la calle, una sombra se escondió en la boca de una alcantarilla. Alienora se sentó de nuevo en el borde de la cama, indicando con un gesto a De Payens que hiciera lo mismo. Se sentó, ruborizándose al enganchar el cobertor de la cama con la punta de su espada. Se puso en pie para desabrocharse el cinto de la espada y se sobresaltó ante una repentina llamada en la puerta.

—Señora —retumbó la voz del tabernero—, ¿un poco de vino?

—Espera... —replicó, dirigiéndose hacia la puerta.

De Payens recordó aquella figura en el callejón y el bar vacío en el piso de abajo.

¡No había pedido vino!

—¡No, deteneos! —exclamó, lanzándose al suelo.

La puerta se abrió de un brusco golpe. Dos figuras, encapuchadas y enmascaradas, irrumpieron en la habitación. Se arrodillaron y dispararon sus ballestas. Los dos proyectiles acertaron a Alienora, uno en el pecho y el otro le destrozó el rostro. De Payens gateó hasta alcanzar su espada y alzó la vista. Los dos atacantes habían desaparecido. Se puso en pie de un salto y los persiguió. Alienora estaba irreconocible; muerta instantáneamente, su cara era una masa sanguinolenta cubierta de huesos astillados y piel destrozada. Una de las cuencas de sus ojos se había vaciado. Edmundo se giró, alcanzó la puerta y bajó corriendo los escalones empapados de sangre. Los asesinos no habían mostrado piedad; el dueño de la pensión yacía en el suelo, con los ojos muy abiertos y el cuello seccionado; el bar continuaba aún desierto. De Payens observó caras horrorizadas, como una mesnada de fantasmas, mirando atónitas a través de la puerta medio abierta de la cocina. Salió corriendo hacia la calle, donde ya había algunos curiosos que se habían detenido a mirar hacia la puerta de la taberna. Se giró hacia izquierda y derecha. No consiguió ver a ningún asaltante, no había señal de asesinos vestidos de negro.

—¿Has visto...? —gritó a un mendigo, y se detuvo. Aquel hombre no podía entender su lengua.

Envainó su espada y volvió a la pensión, entrando directamente en la cocina, con su tabla para cortar carne y sus ollas burbujeando alegremente en el fuego; junto a esto observó la puerta medio abierta del horno, tras la que pudo ver una bandeja de pan recién horneado. Cocineros, criados, pinches y camareras se agacharon presas del terror. De Payens consiguió encontrar a alguien que podía entenderle y la envió hacia la casa consistorial con un mensaje urgente para el coronel Hastang. Después, aguardó en el bar, vigilando la puerta hasta que el coronel y sus alguaciles hicieron su aparición. Inspeccionaron los cuerpos mientras De Payens les explicaba lo sucedido. Se encontraba cansado y angustiado, y no hizo nada por ocultar su estado de ánimo. El coronel le cogió por el hombro.

—Edmundo —susurró—, Edmundo, o atacáis, u os retiráis.

—¿Qué queréis decir?

—Bien, podrías marcharte a Ultramar mañana, o al día siguiente.

—¿O bien?

—¿Quién actúa en vuestro entorno de manera sospechosa? Alguien os ha seguido hasta aquí.

De Payens reflexionó en su propio desasosiego sobre una terrible posibilidad que había considerado y desterrado: que Parmenio podría ser su enemigo mortal, un auténtico lobo vestido con pieles de cordero.

—Retiraos —repitió Hastang—, o atacad. ¡Debéis elegir! En cuanto a vuestro código —continuó, acercando aún más su rostro—, tratasteis de traducirlo. Los números representan letras, indudablemente —sonrió.

—¿Francés normando?

—Oh, no —el coronel agitó la cabeza—. Se lo mostré a un descifrador de códigos de la cancillería que pasa sus días como pensionista en el hospital de San Bartolomé, en Smithfield. Dice que alberga, al menos, tres lenguajes, uno de ellos, definitivamente, latín —retrocedió unos pasos y miró los dos cuerpos, cubiertos con telas e introducidos en ataúdes—. No hay nada que podáis hacer ya aquí. Informaré de que estos dos desgraciados encontraron la muerte a manos de asesinos desconocidos.

De Payens dio las gracias a Hastang y le informó de su partida inminente hacia Borley. El coronel frunció los labios.

—La morada del demonio —murmuró, agitando la mano—, el lugar donde merodeó aquel viejo demonio, *sir* Geoffrey de Mandeville. Ah sí, he escuchado las historias —dijo, extendiendo la mano—. Sed prudente y tened cuidado. Os veré antes de que partáis.

De Payens volvió hacia los dominios del Temple. Berrington y Mayele se habían desplazado a Westminster para despedirse oficialmente del rey y la corte. De Payens caminó hacia la iglesia templaria y se arrodilló ante una antigua estatua de madera de la Virgen con su hijo, tallada de uno de los árboles del jardín de Gethsemane. Depositó una rosa en la base de la estatua y dirigió la vista hacia los cirios mientras su mente recordaba su encuentro con Alienora: sus recuerdos de Walkyn, aquellos asesinos irrumpiendo violentamente en la habitación. ¿Por qué no la habían atacado antes? Edmundo respondió a su propia pregunta: ¿porque no se habían dado cuenta de que se proponía reunirse con él? Sintió un escalofrío de terror. ¿Era Alienora la que estaba destinada a morir, él, o ambos? Sus muertes podrían haberse explicado como un templario y una cortesana que habían sido sorprendidos por un celoso rival. Miró a su alrededor. El olor del incienso era suave; la llama de las velas proporcionaba cierto calor. Había jurado sus votos como templario en un lugar como ese; había jurado defender siempre la cruz. Así que, ¿qué debía hacer, atacar o retirarse?

Murmuró una oración, se puso en pie e inspeccionó el cirio que había junto al fresco de una pared que representaba la visita de Cristo a Hades. Sí, tenía tiempo. Se apresuró hacia la barbacana, a la armería, y pidió al ujier una ballesta y una aljaba de flechas. Las examinó, volvió a la iglesia y las dejó en el suelo, junto a un fresco de san Cristóbal. Seguidamente, se quitó su cinto de guerra, lo dejó en un banco junto a la entrada y esperó. Parmenio, a quien había enviado un mensaje, llegó casi inmediatamente, abriendo la puerta con una mano y adentrándose con cautela en la oscura iglesia. De Payens sonrió. Parmenio se mostraba precavido, descansando una mano en la empuñadura de su daga; se mantuvo deliberadamente en las sombras. De Payens cogió enseguida la ballesta.

—¿Edmundo? ¿Edmundo?

—Estoy aquí.

Parmenio miró a su alrededor. De Payens se movió con rapidez hacia la puerta, cargando una flecha en la saeta.

—Edmundo, por el amor de Dios.

—Quitaos el cinturón de la espada —De Payens avanzó unos pasos, bajando la ballesta—. Nos encontramos por primera vez en una iglesia. ¡Tendremos, entonces, que separarnos en una iglesia!

—¿A qué os referís?

—A vuestra muerte, quizás.

—¿Por qué, Edmundo? ¿Qué es todo esto?

—Sois una criatura de la noche —De Payens luchaba por templar su furia—. ¿Os veis como un halcón, Parmenio, volando sobre la pradera mientras yo, como un cauteloso conejo, voy saltando de arbusto en arbusto, temeroso de vuestra sombra, de vuestras poderosas garras?

—¿Edmundo? —Parmenio avanzó un paso.

—¡Quedaos donde estáis! —De Payens no se inmutó. Estaba sorprendido ante su propia ira y frustración—. Alienora. ¿Sabéis que está muerta?

—Sí, vi cómo hablabais, pero también lo hicieron muchos otros. Los rumores vuelan por los callejones como los pájaros. Fui a investigar por mi cuenta. Os vi a ti y a Hastang —la voz de Parmenio sonaba titubeante—. Edmundo, por favor, soltad esa ballesta. No soy vuestro enemigo.

—Tratasteis de matarme en Trípoli. Estoy seguro de que fuisteis vos quien disparó aquella flecha de arbalesta contra mí, en los exteriores de Ascalón; teníais que haber sido vos. Mayele estaba a mi lado. ¿Quién más podía haber sido?

—En Trípoli estaba equivocado. En Ascalón, trataba de daros un aviso.

—Estuvisteis a punto de matarme.

—No. Si hubiera querido, ese proyectil os habría despedazado el cráneo. Quería alarmaros, alertaros y hacer que despertarais.

—¿Contra qué?

—Contra los peligros que os rodeaban, ya sea Tremelay o cualquier otro: Walkyn y sus esbirros —Parmenio esbozó una sonrisa amarga—. Lo conseguí. Sois un hombre muy peligroso, Edmundo de Payens. Sois un idealista, un visionario. Pensabais que el mundo era como aparecía en vuestros sueños cuando, en realidad, es el resultado de la peor de las pesadillas. Creo que ahora sois consciente de ello. Vuestra orden está cambiando, ha dejado ya de ser aquella legión de simples y puros caballeros, de hombres que luchaban por el Señor de este mundo. No hay nada más peligroso que un idealista que despierta a la cruda realidad de la vida.

—Y eso os incluye a vos, reuniéndoos en secreto con visitantes de Venecia y otras partes. ¿Extranjeros que se deslizan hasta Londres para conspirar con vos en las oscuras esquinas de las tabernas?

—Muy bien —Parmenio extendió las manos—. Bajad la arbalesta, Edmundo, y dejad que os muestre algo —suspiró cuando De Payens le respondió con una mirada

fría. El genovés se aflojó el jubón, hurgó con una mano en el interior y sacó un trozo de pergamino doblado de un bolsillo secreto en su interior.

—Dejadlo en el suelo —ordenó De Payens—, junto con vuestro cinturón de guerra. Dad tres pasos hacia atrás y arrodillaos con los brazos cruzados.

CAPÍTULO 12



El reino de Inglaterra permanecía en este miserable estado de anarquía.

Parmenio obedeció, de payens se apresuró a coger el pergamino y retrocedió de nuevo. El papel de vitela era de la más alta calidad. La cera púrpura mostraba las llaves cruzadas del papado, del obispo de Roma; la elegante y cursiva caligrafía proclamaba: «Eugenio III, por el favor de Dios y la gracia del Espíritu Santo, siervo de los siervos de Dios, obispo de Roma, *Poiiifex Maximus*». La carta declaraba que Thierry Parmenio, ciudadano de Génova, era *legatus a latere*, legado personal del papa; *malleus maleficarum*, el azote de los hechiceros, «el instrumento elegido por Dios para la extirpación y destrucción de hechiceros, brujas, magos, nigromantes y todos aquellos que practicaban las negras artes, contrarias a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia».

De Payens le miró atónito, y Parmenio le devolvió una mirada triste. El templario relejó el mandato papal; le daba a Parmenio *totam potestatem in ómnibus casibus* poder total en todas las circunstancias.

—¿Por qué? —dijo De Payens, soltando la ballesta—. ¿Por qué no me lo contasteis?

—Permitidme que lo haga ahora —el genovés se puso cómodo—. Edmundo, soy un funcionario de la cancillería secreta del papa. Tan solo respondo ante el papa. La Iglesia —eligió con cuidado sus palabras— tiene que hacer frente a muchos problemas; la brujería es uno de ellos —dijo, tragando saliva—. Pienso, y lo repetiré aquí, en la casa de Dios, que eso que denominamos negras artes, obras del demonio, brujería, no son, en la mayoría de los casos, más que argucias, falsificaciones y estúpido folclore. Confiad en mí, Edmundo, no es nada. Muchos hombres y mujeres dicen poseer poderes oscuros para amenazar a otros, o —dijo, riendo bruscamente— se trata de una simple excusa para pasear desnudos, beber como bestias y revolcarse en todo tipo de inmundicia —suspiró profundamente—. Si quieren bailar desnudos a la luz de la luna o adorar a alguna roca ancestral —sonrió—, ¿qué más da? Nada, en realidad, son bobadas, juegos de niños. Por otra parte, desde luego, hay unos pocos que son maestros del engaño y de las pociones. Creedme, templario, puedo daros una bebida que pueda haceros pensar y sentir que voláis a lomos de un águila, bajo los rayos del sol —hizo una pausa, eligiendo con cuidado sus palabras—. Finalmente, existe un grupo limitado de auténticos maestros de la oscuridad eterna. Estos no hacen alardes, no muestran en público señal alguna de lo que realmente son. No se trata de zoquetes y farsantes, sino de hombres y mujeres que asumen sutiles máscaras con gran inteligencia. No se encuentran en sucios tugurios, lúgubres buhardillas o páramos tenebrosos, sino en la cancillería, el priorato, la abadía, el monasterio, y en casas solariegas, castillos y palacios. Son personas educadas y eruditas, hijos e hijas abiertamente devotos a la Iglesia. Son, en realidad, adoradores del demonio, muy peligrosos.

—¿Por qué?

—Porque son auténticos moradores de las tinieblas, usan todo su poder y voluntad para conseguir sus nefarios propósitos y, para ello, no dudan en matar. No se

trata de bailar en la oscuridad, sino de blasfemia, sacrilegio y asesinato. Ellos están convencidos de que si matan a un ser humano, si le rebanan el cuello a su víctima como a un cerdo y le sacan el corazón, ofreciéndoselo a los poderes de la oscuridad, recibirán alguna respuesta.

—¿Y la hay?

—Como dice un viejo proverbio: «Cuando convocas a la oscuridad, algo o alguien siempre responde».

—¿Y vos lo perseguís para arrestarlos?

—No, Edmundo, yo los persigo para darles muerte. Esos hombres están acabados. No hay vuelta atrás, no hay arrepentimiento. Lo único que puedo hacer es enviarlos para el juicio de Dios.

—¿Y aquí?

Parmenio frunció los labios.

—Ya he estado antes en Inglaterra, probablemente os habréis percatado de ello. Esta isla es un santuario de hechiceros. Dicen que Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, cayó atrapado en dicha brujería y murió mientras cazaba en el Bosque Nuevo. O Guillermo, hijo del gran Enrique I: murió ahogado en el naufragio del barco real, el *Barco Blanco*; su muerte provocó la actual guerra y el alzamiento de hombres como Mandeville. Dicen las habladurías que el naufragio fue obra de brujería.

—¿Era Mandeville un hechicero?

—No, no lo creo, pero era su protector. Saqueaba monasterios y abadías por sus riquezas, y los utilizaba como sus cuarteles. Los auténticos practicantes de las artes oscuras tuvieron su oportunidad de usar y mancillar lo sagrado. Mandeville atraía a su compañía a esas almas de las profundas tinieblas. Podían esconderse bajo su escudo y llevar a cabo sus abominaciones; ya habéis visto lo que pueden hacer con todo su horror. ¿A quién le importa si una joven campesina desaparece? ¿Quién se atrevería a investigar iglesias profanadas y desiertas en las que brillan luces en mitad de la noche?

—¿Aún así decidisteis ir antes a Ultramar que a Inglaterra?

—Me enviaron allí, Edmundo, por las mismas razones. Hace más de cincuenta años, vuestro tío abuelo y otros invadieron Jerusalén y la tomaron. Tras siglos de calamidades, recuperaron todos los lugares sagrados de la cristiandad. Los devotos y piadosos se dirigieron hacia allí para rezar.

—¿Y también lo hicieron los otros?

—Así es, desde luego. Jerusalén, la tierra santa, con sus lugares sagrados, atrae tanto a ángeles como a demonios. Los rumores comenzaron a extenderse, el papa recibió cartas del patriarca y de otros en las que se expresaba gran temor por la proliferación de la brujería y la hechicería en Jerusalén. Me enviaron allí para investigar, pero llegué demasiado tarde. Tremelay, por Dios sabe qué razón, se había movido con rapidez. La bruja Ericto, de quien ya había oído hablar, había conseguido

escapar. Después, Walkyn fue arrestado y encomendado a Berrington para que lo llevase hasta Inglaterra. Mientras tanto, Bueso Baiocis había sido convocado desde Londres.

—¿Por qué razón?

—Tremelay estaba profundamente preocupado de que los templarios protegiesen el cadáver excomulgado de Mandeville, además de que admitieran a personas como Walkyn en la orden —Parmenio hizo una mueca—. He hablado en confianza con Berrington: los informes sobre reclutamientos en los dominios templarios de Inglaterra son muy escasos.

—¿Y Baiocis era responsable de ello?

—Sí, o bien recortaba los informes para ocultar su propia estupidez, o se los llevaba a Ultramar, donde —Parmenio se encogió de hombros— los robaban o se extraviaban.

—¿Y qué ocurrió en Ultramar?

—Yo os protegí en Ascalón, Edmundo. Pensé que así confiaríais en mí, aunque, ¿por qué ibais a hacerlo? Siendo sincero, yo no confiaba en vos. Los adoradores del demonio son inteligentes y se ocultan. Actúan de una forma durante el día, y se transforman en otra criatura por la noche. Supongo que yo no soy muy distinto: soy un maestro de las lenguas, actúo bajo un disfraz, finjo ser otra persona. Puedo mezclarme con los peores e intercambiar habladorías con los mejores. Mis espías en Trípoli hablaban de que un misterioso caballero franco, quizá un templario, estaba reuniendo a un grupo de asesinos. Me informaron de la fuga de Walkyn —Parmenio bajó la mirada—. Las sombras están abandonando sus esquinas, Edmundo, debemos andarnos con cuidado.

De Payens miró la ballesta, aún cargada, junto a él. Parmenio le siguió con la mirada.

—Edmundo, no soy un sicario ni un asesino. Me desplazé hasta Trípoli, investigué y fracasé: el conde Raimundo murió asesinado. En cuanto a la masacre y el saqueo que siguió, me pregunté si había alguna razón detrás de ello. Quizá ignoré lo obvio. El conde Raimundo fue asesinado para crear confusión y caos, una excusa para saquear y desvalijar —sacudió la cabeza—. No lo sé. En cualquier caso, hui hacia aquella iglesia griega y os vi: un templario sobre su caballo, mirando a su alrededor con gesto sombrío. Yo acababa de salir de una casa donde habían degollado a una joven y habían lanzado a su bebé brutalmente contra la pared, destrozándole el cráneo. La ira se apoderó de mí. Pensaba que estabais implicado en semejante carnicería; desde luego, no era ese el caso. Tal confusión es fruto de una conspiración deliberada. En cuanto al resto —añadió, extendiendo las manos—, Tremelay tenía que confiar en mí. Le mostré mi cometido, así que no tuvo opción. El gran maestre pensaba que Walkyn había participado en el asesinato del conde Raimundo, y que el botín que el templario renegado había conseguido en Trípoli lo emplearía para regresar a Inglaterra. Tremelay mantenía una esperanza...

—¿Sobre la posibilidad de que un templario pudiera estar refugiado en Ascalón?

—Desde luego; esa es una de las razones de que se mostrase un apoyo tan vehemente al asalto de la ciudad. Se preguntaba si Walkyn, o incluso el desaparecido Berrington, podrían aún encontrarse en Ascalón. Tremelay estaba convencido de que el Temple debía poner en orden su propia casa. Indudablemente, si hubiera sobrevivido a Ascalón, nos habría enviado igualmente a Inglaterra.

—¿Por qué? —De Payens se movió para tratar de calmar una punzada de dolor en la pierna—. ¿Por qué iba a querer Walkyn regresar a Inglaterra?

—Es su país, sus esbirros se encuentran aquí. Además, él y los suyos mantienen una profunda deuda de sangre contra el rey Esteban, a quien consideran responsable de la muerte de Mandeville, su protector. En realidad, se trataba de llegar a casa y ajustar las cuentas.

—¿Y en Hedad?

—Había oído hablar de la visita de un templario a los *hassassins*. Recordad, Edmundo, las aisladas comunidades de Ultramar: católicos, ortodoxos, judíos, musulmanes y otros. Si aparece un extraño, enseguida se nota su presencia. Tuvimos suerte de sobrevivir en Ascalón. Pensad en Nisam y Tremelay recogiendo las habladurías que circulaban por Ultramar. Walkyn debe de haber tomado parte en la propagación de tales invenciones para provocar confusión, para traer el descrédito a la Orden de los templarios. Traté de escuchar las habladurías en Hedad, me sentía intrigado, pero, finalmente, no descubrí nada.

—¿Y entonces, dónde está Walkyn?

—Solo Dios lo sabe.

—¿Y viajaréis hasta Borley?

—Por supuesto, ¿qué otra opción tenemos?

De Payens se puso en pie y recogió la ballesta, manteniéndola bajada. Parmenio dio un suspiro de alivio, que interrumpió cuando De Payens alzó de nuevo la ballesta.

—¿Y los extraños con los que os reunís en las tabernas? ¿Se trata de mensajeros de Ultramar?

Parmenio miró por encima del hombro de De Payens, como si estudiase los frescos de la pared. El templario le miraba fijamente, aguardando la respuesta. Estaba seguro de que el genovés decía la verdad, pero no toda. Faltaba algo de vital importancia.

—¿Y si...? —Parmenio frunció los labios—. ¿Y si —repitió— estuviéramos persiguiendo sombras, Edmundo? ¿Está aquí Walkyn en realidad?

—Berrington así lo cree.

—¿Pero seguro que está aquí? ¿Y si no hubiese abandonado Ultramar y estuviese mandando mensajes a los suyos, en Inglaterra, mientras él se oculta en otros lugares?

—¿Qué queréis decir?

—Antes de abandonar Ascalón, pedí al gran maestro y al patriarca que buscaran minuciosamente a Walkyn; de ahí los mensajes —el tono de voz de Parmenio,

ligeramente elevado, delataba su nerviosismo. Avanzó unos pasos, con las manos extendidas—. Edmundo, no soy vuestro enemigo.

De Payens no respondió y se limitó a escrutar al enigmático genovés.

—Escucháis las habladurías —murmuró finalmente—, lo habéis admitido. Así que, habládme del anciano templario inglés Trussel. Él confiaba en mí, se estaba debilitando, pero confiaba en mí. Murió repentinamente mientras estábamos en Hedad. ¿Fue una muerte natural? ¿Qué dicen las habladurías?

—Trussel murió —Parmenio se encogió de hombros—. No le gustaba mucho Tremelay, y el gran maestre le odiaba. Trussel era una gran molestia para él. Escuché algunas cosas, como que Trussel enfermó y murió el mismo día. Tremelay, por supuesto, se apresuró a darle sepultura, sintiéndose, sin duda, aliviado al librarse de un crítico tan venerable. —Parmenio hizo una pausa—. Pero sí, Edmundo, esa muerte, en ese momento, en tales circunstancias, resulta quizá algo sospechosa. Ahora vos tenéis dudas. ¡Bien! —exclamó, con una débil sonrisa—. Para eso os disparé aquella flecha tras las murallas de Ascalón. Quería ponerlos en guardia, y lo conseguí. —Parmenio extendió la mano—. Edmundo, os lo repito, no soy vuestro enemigo.

—Parmenio —De Payens le tomó la mano—, la auténtica cuestión es: ¿sois mi amigo?

El genovés se limitó a sonreír, hizo una reverencia y se retiró. El templario disparó las flechas sobre la puerta de la iglesia y salió al exterior, se sentó y reflexionó acerca de todo lo que le había dicho Parmenio, para volver finalmente a la pregunta del genovés: ¿estaba Walkyn realmente en Inglaterra, o estaban persiguiendo a otra persona?

De Payens permanecía absorto en este problema mientras Berrington y los demás hacían los preparativos para la marcha hacia Borley. Hablaron del asesinato de Alienora, pero nadie pudo ofrecer ninguna explicación, y Berrington insistía firmemente en que debían continuar centrados en sus propios asuntos. El inglés estaba convencido de que Walkyn y sus esbirros los seguirían hacia la campiña, donde sería más fácil atraparlos y darles muerte.

Cuatro días después de la muerte de Alienora, el coronel Hastang entró disimuladamente en el Temple, acompañado de un anciano de rostro ajado y vestido con el atuendo azul y verde de los monjes de San Bartolomé, en Smithfield. Se reunieron en la alcoba de De Payens. Hastang presentó al anciano, a quien tuvo que tomar en sus brazos para subirlo por las escaleras, con el nombre de Fulberto de Hythe, antiguo funcionario jefe de la corona en la cancillería secreta. Con todos sus venerables modales, Fulberto era un hombre muy agudo, que sabía apreciar el vino de Renania y la bandeja de dulces que había llevado De Payens de la despensa. El viejo trataba de masticar con sus escasos dientes y bebía de su vino, sin apartar sus despiertos ojos ni un momento del rostro de De Payens. Mientras Fulberto comía, Hastang relataba sus noticias.

—En las luchas intestinas, el metal precioso escasea. Bien... —el coronel rebuscó en su monedero y sacó una moneda de oro puro, que De Payens reconoció como acuñada en Jerusalén. Inspeccionó la inscripción y se la devolvió a Hastang—. Monedas como esta, de plata y oro, se encuentran en el mercado de Londres.

—¿Walkyn? —preguntó De Payens.

—Quizá, y hay algo más —Hastang le dio un suave golpecito al anciano en el hombro—. Hemos estudiado los informes de la cancillería. Con toda seguridad, Mayele luchó para Mandeville, pero no se hace apenas mención de Berrington.

—Así que Mayele puede haber sido uno de los secuaces de Mandeville, pero, ¿y Berrington?

—Quizá fuera solo un caballero que luchó durante un tiempo bajo el estandarte de Mandeville, se cansó de él y le abandonó.

—Sé quién sois —interrumpió Fulberto, expulsando ligeros restos de pastel—. Conocí a vuestro tío, lord Hugo. Ah, sí —dijo alegremente—, los conocí a todos, a Godofredo de Bouillon, Bohemundo...

De Payens miró a Hastang, que sonrió.

—Maese Fulberto estuvo en el asalto a Jerusalén, hace unos cincuenta años.

—Casi me convierto en sacerdote —continuó atropelladamente Fulberto—. Trabajé en la cancillería. Quería convertirme en un monje negro, gordo y alegre, pero no pude —golpeó ligeramente la copa con los dedos—. El vino y las mujeres, especialmente las rellenitas, rollizas y deliciosas, maduras y listas para exprimir.

Hastang lanzó un guiño a De Payens.

—Pero bueno —suspiró Fulberto—. Hablemos ahora de vuestro código. Contadme más cosas sobre él. Cuando eres tan viejo, las historias rellenan tus días; esa es una de las grandes riquezas de seguir vivo.

Escuchó con los ojos cerrados la descripción de De Payens de lo ocurrido en Hedad. El anciano se mecía adelante y atrás en su silla, emitiendo extraños gruñidos de asentimiento. Cuando el templario concluyó su relato, Fulberto abrió los ojos y susurró algo a Hastang, que le entregó una estropeada bolsa de la cancillería. Fulberto extrajo su contenido y le pasó a De Payens el escrito de los *hassassins*.

—Todos los códigos... mejor dicho, la mayoría de los códigos, se basan en el alfabeto, asignando un número a cada letra. Hay muchas variantes. El número uno puede representar a la «a», el dos a la «b», y así sucesivamente. Desde luego, puede estar mezclado pero, aún así, sigue siendo fácil de traducir. Este código era muy distinto y difícil, pues Nisam no utilizó uno, sino cuatro lenguajes: griego, latín, francés normando y lengua franca. Muy listo. ¡Además, mezcló los números!

—¿Por qué?

—Porque estaba siguiendo su propio código de hospitalidad y fidelidad, aunque creo que, dómine, basándome en lo que me habéis relatado, os tenía un gran apego. Quería daros una advertencia sin traicionar la confianza de otros. Al final, expresó sus sospechas a través de ese código, pero os lo puso lo más difícil posible para

traducirlo.

—¿Y entonces? —replicó De Payens—. Si lo he conseguido traducir, ¿no será esa la voluntad de Alá?

—Precisamente. Un acertijo no resuelto por vos, sino a través del propio favor de Dios —Fulberto levantó el trozo de pergamino de su regazo—. La primera frase está en griego koiné, es una cita de los Hechos de los Apóstoles. Lo descubrí gracias a la palabra *ketra*, que significa «hostigar, acosar». El verso pertenece a la descripción de la conversión de San Pablo. Dice: «¿Tan difícil es rebelarse contra el hostigamiento?» —el anciano alzó la vista—. Esto, supongo, es una referencia a vuestras propias dudas e inseguridad. La segunda frase, en latín, es del poeta Juvenal, y la utilizó el gran Agustín en su Sermón de la Resurrección. Los guardianes de la tumba de Cristo recibieron la orden de informar de que su cuerpo había sido robado, y de que no se había alzado de entre los muertos. Agustín ridiculizó semejante historia con una pregunta; el texto es el siguiente: «*Quis custodiet ipsos custodes?*», ¿Quién vigila a los vigilantes? La tercera parte es una mezcla de francés normando y de lengua franca. Esta vez, es una cita del Libro del Apocalipsis: «Álzate y examina el templo de Dios» —Fulberto acarició la mejilla de De Payens con las heladas yemas de sus dedos—. Solo vos, domine, sabréis lo que eso significa...

—¿Estás seguro?

Ricardo Berrington, vestido con su capa y encapuchado, movía su corcel ligeramente hacia la izquierda, para que De Payens pudiera tomar su mano enguantada.

—Estoy seguro, Ricardo —De Payens le devolvió la sonrisa, y después saludó con la cabeza a Isabela, sentada sobre su yegua gris.

—Te echaremos de menos, Edmundo —Mayele, con su rostro casi oculto tras su ancho casco de guerra, entregó el estandarte moteado al capitán de los mercenarios y acercó su caballo—. Te echaremos de menos —repitió.

—No, no lo haréis —De Payens cogió la mano de su caballero hermano de armas —, solo echaréis de menos burlaros de mí —alzó la vista hacia Berrington—. Iréis directamente hacia Borley, ¿verdad? ¿Y después a tu casa de Bruer, en Lincolnshire?

Berrington asintió con la cabeza.

—Yo me quedaré aquí, con Parmenio —De Payens señaló con un gesto hacia la entrada, donde permanecía el genovés, tratando de resguardarse del frío—. Utilizaré a Hastang para inspeccionar las casas que hay a la orilla del río. Estoy seguro de que Walkyn aún se oculta aquí. Si no es así, daré por concluida la búsqueda. ¡Esta isla, este clima! Ya es el momento de que vuelva a Jerusalén —sonrió—. Nuestro gran maestro no debe esperar milagros —saludó con la cabeza a Berrington—. Pero volveremos a vernos.

La expedición a caballo partió, entre el repique de los cascos sobre los adoquines y el chirrido de arneses y estribos. Isabela alzó una mano enguantada en señal de despedida y desaparecieron tras la puerta, desdibujándose sus siluetas entre la niebla

de la mañana. De Payens permaneció inmóvil unos instantes, escuchando los sonidos que se alejaban, y caminó hacia Parmenio.

—¿Vais a romper vuestro ayuno, Edmundo?

—No, me voy a retirar a mis aposentos. Decid que me encuentro enfermo. No quiero visitantes ni interrupciones.

—¿Por qué os habéis quedado? ¿Cuál es la auténtica razón?

—Quiero quedarme aquí y continuar con mi persecución de Walkyn. Creo que puedo atraparlo.

—¿Confiáis en mí, Edmundo?

—Lo mismo que vos en mí.

Parmenio se mordió el labio.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

—Varios días. Si lo deseáis, podéis acompañar a Berrington... —De Payens no terminó su frase. Observó la niebla sobre el patio interior—. Un poco más de tiempo —murmuró—. Mientras tanto, no quiero que me molesten. Ya he hecho esto antes, durante la preparación para mi nombramiento de caballero. Quiero estar solo, ayunar durante tres días, orar, reflexionar y meditar —miró a Parmenio a los ojos—. Sí, un ayuno de tres días. Es necesario.

De Payens permaneció en su habitación, saliendo únicamente para usar el cercano retrete y para asistir a la misa de la mañana. Rechazó todo tipo de comida y de visitas, incluyendo la de Hastang. Se arrodillaba sobre su reclinatorio, en su estrecho gabinete, y recitaba los salmos. Bebía agua y masticaba pan duro. Murmuraba las palabras del *Veni Creator Spiritus*, suplicando ayuda en su búsqueda de la verdad, implorando una prueba que transformase las sospechas que albergaba en su mente en realidades. Pidió una pluma, tinta y papel de vitela. Enumeró los sucesos principales, desde el ataque en Trípoli hasta la criminal agresión sobre Alienora y sobre él, incluyendo la traducción del mensaje encriptado de los *hassassins*. Cada señal apuntaba hacia el único camino que debía seguir, con todas sus consecuencias. Rezó de nuevo, se vació de todos los espejismos, concentrándose en el problema. Se tumbó en la cama, con la mirada fija en el techo, sumiéndose de vez en cuando en un sueño irregular. Finalmente, despertó, se enjuagó la cara con agua y estudió el crucifijo sobre la pared. Había llegado a una conclusión que no podía ignorar.

—He actuado como un niño —susurró—. Ya no existirá más ese niño, inocente y ajeno a la realidad.

A la mañana del cuarto día, De Payens se rasuró la cabeza, barba y bigote y se quedó absorto contemplando su reflejo sobre un plato de acero.

—Un hombre nuevo —sonrió para sus adentros—. Cuando era niño —continuó, parafraseando a San Pablo—, hacía cosas de niño, pero ahora que soy un hombre...

Asistió a la misa de Jesucristo, tras lo cual se sentó en un banco de la despensa y comió pausadamente un delicioso cuenco de cereales, seguido de pan fresco con mantequilla y miel. A continuación, envió un mensajero hacia la ciudad y se reunió

con Parmenio que, sorprendido ante la apariencia del templario, accedió enseguida a acompañarle. Comenzó a hacerle preguntas, pero De Payens no le hizo caso.

—Seguís sin confiar en mí, Edmundo —acusó el genovés.

—¿Y vos, Parmenio, me lo habéis contado todo? —De Payens le miró fijamente—. Ya lo veremos, ya lo veremos.

El templario regresó a su cámara e inspeccionó sus armas y armadura. Abrió el bolsillo secreto en su cinto y sacó las monedas de oro puro de Ultramar, las metió en su monedero y salió hacia la puerta principal. Los habituales mercaderes pululaban por el exterior, al igual que algunos extraños, criaturas de oscuros semblantes, con sus capuchas puntiagudas echadas sobre la espalda como amplias aletas de piel de lagarto. De Payens caminó a propósito entre todos ellos, como si estuviera interesado en los destartalados puestos de los mercachifles; de repente, se giró y sorprendió las miradas de aquellos hombres de ojos profundos y mirada siniestra. Una vez satisfecha su curiosidad, volvió al Temple, donde aguardó la llegada del coronel, justo antes de la llamada del Ángelus. Hastang bromeó acerca de su aspecto de monje, pero escuchó atentamente mientras De Payens le describía lo que quería. El coronel le escuchó y susurró su descrédito; sin embargo, cogió las monedas de oro que le ofreció De Payens y le prometió contratar una comitiva de hombres de confianza. Cuando se retiró el coronel, De Payens se entregó a sus propios preparativos. Se mantuvo hermético con relación a Parmenio, manteniendo las distancias con el genovés; aquella era la mejor forma, la única forma. Debía refrenar su ira, que era tan intensa hacia su propia estupidez como hacia la de los demás.

Abandonaron el Temple cuatro días más tarde. Hastang encabezaba la marcha a través del patio empedrado, seguido de De Payens, Parmenio, seis ujieres de la ciudad, vestidos de azul y mostaza, y veinte mercenarios que había contratado Hastang con el oro del templario. Se trataba de veteranos, diestros en el manejo del caballo, con cascos de acero, tocas de cota de malla, jubones de cuero y cinturones de espada sobre la montura del caballo; el resto de su equipaje se cargó a lomos de ponis. Se dirigieron hacia el norte a través de la ciudad, entre una maraña de voces y un mar de colores cambiantes. De Payens era consciente de que semejante comitiva a caballo sería observada con atención, pero eso no le preocupaba. Se disponía a participar en un torneo; ahora conocía bien a su enemigo y, con la ayuda de Dios, conseguiría derrotarlo. Antes de partir había asistido a la misa de la mañana; seguidamente, había encendido velas en el altar de la Virgen y había orado por aquellos desafortunados que habían muerto, y por los que lo harían antes de que finalizase esa horrible pesadilla.

De Payens se alegraba de encontrarse ocupado, alerta ante todo lo que le rodeaba. Cabalgaron junto a la lúgubre prisión de Newgate, donde un loco hablaba con un cadáver que colgaba de una horca. Junto a él, una pareja de ancianos bailaba la canción que entonaba un joven gaitero, ansioso por ganar una moneda o un mendrugo de pan. Pasaron junto a las prostitutas y meretrices congregadas en las entradas de

unos callejones, que recibían los apropiados nombres de Túnel del Amor y Callejón de los Lunares Secretos. Los proxenetas, con sus capuchas de piel de rata, permanecían con sus pulgares sobre sus cinturones, echando un ojo a sus mujeres o a cualquier cliente potencial. En el interior de una jaula de hierro, junto a la taberna del Muerto, había un lunático que, atizado por su guardián, bailaba alocadamente para diversión de los paseantes. Un aguador, que había sido descubierto vendiendo su producto en mal estado, permanecía sujeto con un cepo, llevando un cencerro colgado del cuello. De Payens observaba todo esto atentamente, al igual que el rostro que había descubierto tres calles atrás, o la figura que merodeaba en las sombras cuando abandonó el Temple. Alzó la vista y contempló a un hombre de párpados medio caídos, como los ojos de un búho, que le observaba desde el resquicio de una ventana, en la taberna del Muerto. Estaba seguro de haber visto esa cara antes, pero de nuevo, ¿cuál era el peligro? Todo iba fluyendo hacia una conclusión, y estaba perfectamente protegido por Hastang y su séquito.

Siguieron avanzando, deteniéndose únicamente cuando se cruzó una fila de carros de unos comediantes en su camino a una de las iglesias parroquiales para representar una obra sobre la Pasión de Cristo. Los actores estaban ataviados con los ropajes que utilizarían en la representación: Herodes, con una brillante peluca, barba y bigote naranjas; los soldados, vestidos con túnicas de piel. A ambos los seguía un carro repleto de ángeles, vestidos con sucios disfraces blancos, con lazos dorados sobre las cabezas y, finalmente, Salomé, que sujetaba en las manos la cabeza sangrante de Juan Bautista. Cuando pasaron los carros, la cabalgada continuó su camino, atravesando Aldgate y siguiendo la vieja calzada romana que se dirigía al norte, hacia Essex. Era una cabalgada rápida, fría y dura. Los campos a cada lado aparecían cubiertos de una capa de blanca escarcha; una niebla argéntea se arremolinaba alrededor de los retorcidos árboles, cuyas negras ramas estaban abarrotadas de cuervos de brillantes plumajes. Avanzaron a medio galope entre oscuras y húmedas aldeas, que mostraban el daño causado por la guerra y la inclemente meteorología. Unos aldeanos de piel aceitunada salían a su paso, mendigando comida. Pasaron junto a iglesias con las puertas destrozadas, y divisaron columnas de humo negro y amenazante en el cielo. Pero se notaba también un cambio. De Payens no solo lo percibió en el clima, con los primeros grupos de robustas flores de primavera, sino en la creciente tranquilidad. Los caminos se habían despejado de tropas en marcha, sustituidas ahora por mercaderes, comerciantes, gitanos y peregrinos. Los campos se araban con rapidez y las calzadas se llenaban de carros repletos de productos de la tierra. Los mensajeros reales iban y venían en sus vigorosos corceles. Las tabernas y las posadas abrían sus puertas, ofreciendo su hospitalidad. La paz de Enrique Fitzempress se proclamaba en cruces de caminos, mercados, en las escalinatas de las iglesias y en los santuarios ancestrales. Hastang susurró que el rey Esteban había enfermado, e incluso agonizaba, mientras su hijo superviviente, Guillermo de Bolonia, yacía convaleciente de una grave herida en una pierna, resultado de un misterioso accidente cuando

cabalgaba en las afueras de Canterbury. Enrique Fitzempres aparentemente se hacía más poderoso cada día.

La última noche pernoctaron en un priorato, donde los buenos hermanos se mostraron muy deseosos de venderles víveres y alojamiento en su pabellón de huéspedes; finalmente, llegaron a Borley, a media mañana del día siguiente. La casa solariega se había construido sobre una suave elevación del terreno, rodeada por una empalizada y un foso seco en cuyo lado interior habían acumulado tierra. La puerta principal estaba torcida, y el patio interior estaba cubierto de barro y vasijas rotas y de cofres y arcones destrozados. Unos escuálidos pollos picoteaban el suelo, las palomas salían en picado y planeaban desde sus escondrijos repletos de estiércol, los gansos se movían ruidosamente alrededor del sucio estanque cubierto de limo. La casa parecía haber sidoalzada sobre los restos de una antigua mansión, cuyos cimientos se habían utilizado como base para una casa de fuertes pilares y gruesos muros, aunque ahora estaba en clara decadencia. La puerta giró sobre sus goznes de cuero, las compuertas de las ventanas habían desaparecido, y el techo de paja inclinado estaba estropeado y lleno de desgarrones.

De Payens bajó de su caballo y se dirigió al destartalado vestíbulo. El hedor y las paredes cubiertas de cieno le resultaban muy desagradables, pero consiguió contener un escalofrío. Había algo en ese lugar, un extraño horror, como si alguna maldad se ocultase en la profundidad de su podrida oscuridad. Hastang y Parmenio también lo habían sentido. No querían permanecer allí, así que volvieron a salir para respirar el gélido aire fresco.

—Es extraño —observó De Payens—, una mansión desierta durante un periodo de guerra. Seguro que mucha gente vendría a refugiarse aquí; ¿campesinos, forajidos? —ordenó a su escolta que inspeccionase los edificios exteriores.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó Hastang.

—Cualquier cosa extraña —replicó De Payens—, que se salga de lo ordinario.

La comitiva cumplió sus órdenes entre bromas y risas, contentos de apartarse de los caminos cubiertos de hielo aunque, mientras investigaban aquel lugar, el humor de estos endurecidos veteranos fue cambiando progresivamente. Comenzaron a sentirse angustiados, deseosos de marcharse, preguntando a voces dónde acamparían para pasar la noche. Exploraron los jardines solitarios y edificaciones anexas y, finalmente, uno de ellos corrió hacia donde aguardaba De Payens, en el pórtico de la barbacana.

—Alguien ha pasado recientemente por aquí —el hombre señaló hacia el lado opuesto del patio—. Hay excrementos frescos de caballo en los establos. También comieron en la pequeña despensa del exterior.

—Berrington y Mayele —murmuró De Payens— deben de haber pasado la noche aquí.

Parmenio se acercó hasta De Payens y le tiró suavemente de la capa.

—¡Venid! Hay algo que quiero mostrarte.

Le condujo a través del patio de la mansión hacia la pequeña capilla, no más que un establo de piedra con un pequeño campanario; un antiguo y oscuro lugar, con altas y estrechas ventanas, un tejado de pesadas vigas y el suelo de losas de piedra desgastadas por el paso del tiempo; una morada de fantasmas, sombría y llena de extraños ecos. Parmenio había encendido velas y linternas, que había sacado de su equipaje. La tenue luz no conseguía suavizar el lúgubre aspecto de aquel lugar, haciendo visible los estropeados frescos y pinturas de sus paredes. El genovés le condujo hacia el presbiterio, un semicírculo de ladrillos toscamente tallados, aunque el suelo estaba enlosado. Un altar de madera dominaba la zona central. Parmenio lo había echado a un lado y había encendido dos velas; el círculo de luz revelaba un suelo manchado y ennegrecido.

—Un fuego —susurró Parmenio—, y bastante reciente. Han utilizado madera y carbón, y observad... —alzó la vela, se desplazó hacia un lado del presbiterio y señaló con su dedo enguantado hacia una mancha oscura sobre el suelo de piedra—. Es sangre, estoy seguro.

De Payens se puso en cuclillas.

—Mayele y Berrington han estado aquí —dijo Parmenio.

—Y también —añadió De Payens con una sonrisa amarga— ha estado Walkyn.

CAPÍTULO 13



Mientras tanto, cuando la fortuna
se mostraba voluble y cambiante
hacia ambas direcciones...

De Payens inspeccionó la mancha oscura y pegajosa, murmuró una suave oración y caminó por la nave, con el eco del sonido de sus botas repicando como un tambor sobre el suelo empedrado. Bajo la luz exigua, las gárgolas esculpidas en la parte superior de las robustas columnas circulares parecían mirarle con desconfianza. Permaneció a la sombra del deteriorado porche y miró hacia el cementerio, una zona abandonada y llena de maleza donde los helechos y malas hierbas cubrían casi por completo las estropeadas lápidas de piedra y las decadentes cruces de madera. Se disponía a marcharse cuando vio algo moverse en el cementerio. Volvió a mirar. Ahora estaba seguro: alguien vestido de marrón y verde, para mezclarse con los colores apagados de los viejos tejos, los arbustos y el follaje. Miró hacia el cielo, que comenzaba a palidecer con las primeras sombras de la noche. Pronto sería la hora de los búhos, y ese lugar... Recordó una historia de fantasmas, narrada por Teodoro, de que todo cementerio estaba vigilado por un espíritu terrenal, el alma de la última persona enterrada en aquel lugar. ¿Estaría viendo visiones? Sonrió ante el débil crepitar de la maleza. ¿Sería un espectro de pesados pies? Parmenio se acercó apresuradamente.

—¿Qué ocurre? —murmuró—. He sentido...

—Es un lugar tenebroso —replicó De Payens—, el mal habita aquí, como una bestia hambrienta aguardando en la puerta, ávida de almas. No estoy seguro de quién se trata —añadió, volviendo la cara hacia el genovés—, pero alguien se oculta en la maleza. Dudo que sean hostiles, nadie se atrevería a atacar a un destacamento como el nuestro. Pero bueno —suspiró—, quizá un poco de honestidad pueda disipar la penumbra —y, sin esperar una réplica, el templario avanzó hacia el cementerio. Caminó hasta una antigua tumba tabular, desmoronada, machacada por los años, no mucho más que una losa en ruinas. Se subió encima de ella y desenvainó su espada.

—Parmenio —dijo—, si queréis traducirme...

El genovés, con una mueca de temor, se acercó a regañadientes. De Payens mantenía la espada en alto.

—Seáis quien seáis —gritó—, sea cual fuere vuestro temor, no soy vuestro enemigo. Os deseo la paz. Juro por la santa cruz, por todo lo que es sagrado, que estáis a salvo. Sí, incluso en este lugar infestado de demonios, os encontraréis a salvo —Parmenio repitió sus palabras en la tosca lengua de la isla; seguidamente, De Payens sacó una de las preciadas monedas de oro de su monedero y la sostuvo en alto, para que reflejase los últimos rayos de sol del día—. Juro por la sagrada faz que esto será vuestro si os acercáis —bajó las manos y descendió de la tumba.

La maleza se agitó y tres hombres salieron, vestidos con jubones de color verde oscuro, calzas marrones y capuchas sobre sus cabezas. Estaban armados con ballestas y dagas al cinto. Dos se quedaron donde estaban, mientras el hombre del centro caminó hacia delante con paso vacilante, echándose a la espalda la capucha para revelar un delgado rostro barbudo, ojos refulgentes por el frío y pómulos agrietados. Se acercó a De Payens con una mano extendida. El templario le ofreció la suya.

—Churchyard —declaró el hombre en un trabado francés normando—, mi nombre es Churchyard —señaló con el dedo a sus dos compañeros—. ¿Podría, podríamos tomar algo de comida, vino, carne?

De Payens avisó a Hastang, que permanecía en el pórtico. El extraño solo accedía a hablar con el templario, así que lo llevó a la despensa, donde Churchyard se acomodó al calor de unos improvisados braseros y se sirvió la comida que le llevó Hastang. Mientras comía, De Payens no dejaba de observarle. Los dedos de Churchyard estaban ennegrecidos, y su atuendo manchado y empapado de sudor, pero era perspicaz, inteligente y, según admitió, estaba instruido en diversas materias y en el Libro de los Salmos. Podría haber sido clérigo, confesó Churchyard; en vez de eso, se había convertido en el lacayo o asistente de Walkyn. Sonrió ante la mirada de sorpresa de De Payens.

—Intenté decir lo mismo a los otros que vinieron aquí, pero me echaron.

—¿Quiénes?

—Lord y *lady* Berrington —contestó Churchyard, con una mueca de desprecio—. Bueno, no fueron ellos, sino el templario del semblante de hielo. No esperamos a una segunda advertencia. Reconocí enseguida a Felipe Mayele, un experto en el manejo de la espada. Lo conocí cuando luchó para Mandeville.

—¿Luchaste tú con Mandeville?

—Por supuesto, Walkyn no tuvo opción. Ya habéis visto su casa solariega, un solitario puesto avanzado en los páramos de Essex. Los ejércitos rondaban por aquí como pulgas sobre un cadáver. ¿Qué sentido tenía labrar y sembrar estas tierras si no ibas a sobrevivir a la cosecha o, si lo hacías, alguien se llevaba tu recolección? Lord Walkyn, yo mismo y otros nos vimos empujados a la guerra, y Borley se quedó desierta —se puso en pie y caminó hacia la puerta, hablando por encima del hombro—. Habéis venido aquí para descubrir cosas sobre Walkyn, ¿no es cierto? Debe de ser eso, pues no hay nada más aquí, excepto, desde luego, los demonios.

—¿Demonios?

—Estas fueron antaño buenas tierras —Churchyard volvió y se sentó—, requerían trabajo duro, pero eran buenas. Os relataré mi historia: los parientes de Walkyn murieron y él se quedó solo. Le crio un anciano pariente que más tarde pasó a mejor vida, así que Walkyn se convirtió en el señor de una casa solariega en tiempos de guerra. Decidió entrar en guerra, y todos le seguimos.

—¿Qué tipo de hombre era?

—Un hombre corriente —replicó en tono de broma—, no más pecador que vos o yo. Le gustaba el vino y la piel suave de cualquier joven campesina que pudiera seducir; era un buen luchador, aunque un hombre débil. Nos unimos a las fuerzas de Mandeville. No éramos ni mejor ni peor que muchos otros... —se detuvo cuando De Payens alzó una mano.

—Has hablado de demonios. Dicen que los hechiceros y los brujos seguían a Mandeville.

—Es cierto, he escuchado los rumores, pero jamás me han preocupado. Todo tipo de perversidades deambulan bajo el sol. ¿Por qué debía preocuparme por eso, dómine? Ya he visto suficiente en mi vida para creer en demonios: cuerpos arrojados a los pozos balanceándose bajo horcas, árboles y vigas del techo; hombres, mujeres y niños quemados vivos; estanques humeantes cubiertos de sangre; llamas que se agitan en la negra noche.

—¿Y qué ocurrió con Walkyn?

—Terminó por cansarse de todo. Dejamos la guerra para venir hasta aquí, y solo entonces nos enteramos de lo que había sucedido. Este lugar se había convertido en una abominación: desolado, vacío, desalmado, envenenado por el mal. Nadie se atrevía a aproximarse a esta casa, ni siquiera aquellos más desesperados por un trozo de pan y un techo donde cobijarse. El hedor a maldad era tan fuerte como el de la madera quemada. Descubrimos que Borley se había convertido en el escondite de asaltantes, moradores de la noche, brujas y hechiceros, que misteriosos fuegos cruzaban el cielo en mitad de la noche, que espeluznantes alaridos atravesaban las penumbras. Exploramos a conciencia el cementerio —hizo una leve pausa— y desenterramos horripilantes restos. Jamás averiguamos sus nombres; ahora son tan solo huesos y polvo, víctimas de terrible sacrilegio y blasfemia. Borley se había transformado en la morada del mal; así es como lo describía Walkyn, que vio su hogar familiar convertido en un nido de víboras —Churchyard sorbió ruidosamente el contenido de su vaso de peltre—. Eso es lo que ocurrió durante la guerra. Ciertos castillos, iglesias y mansiones fueron tomados por uno u otro grupo. Walkyn no podía soportarlo, y se culpaba a sí mismo, se sentía culpable; pensaba que sus propios pecados terminarían por darle caza. Decidió partir hacia Londres. Hablaba de tomar la cruz en Ultramar para expiar su violencia y lujuria. Escuchamos rumores de que se había enrolado en el Temple, de que se había ido al extranjero, pero...

—¿Pero qué?

—Bueno, después de que se marchara Walkyn nos unimos a otra compañía que se internó en la campiña, saqueando y rapiñando. Nos llegaron rumores de que Walkyn había regresado. ¿Habláis de demonios? El nombre de Walkyn era uno de ellos. Me resultaba difícil de creer; escuché y traté de discernir la verdad. Se relataban horribles historias sobre que se había convertido en el cabecilla de una hermandad de hechiceros. Para entonces, dómine, ya era capaz de creer en cualquier cosa. Mandeville desataba toda su furia contra el rey y la Iglesia. Esta comarca se había convertido en un campo de batalla. Gabarras repletas de hombres armados surcaban los canales, y por sus calzadas y caminos galopaban frenéticamente hordas de jinetes. Ningún lugar estaba a salvo. Alguien de mi compañía la llamó «la comarca del infierno».

—¿Y no volvisteis a ver a Walkyn?

—Jamás.

—Pero sí reconociste a Mayele, ¿no es cierto?

—Sí, era uno de esos caballeros que cabalgaba de campamento en campamento, llevando mensajes. Era el esbirro de Mandeville, diestro en el manejo de la espada, y nada más.

—¿Y la bruja Ericto?

—Ah, he oído hablar de ese nombre. Historias, fábulas; un nombre al que se teme, pero nada más.

—¿Y Ricardo Berrington, de la casa de Bruer, en Lincolnshire?

—Dómine, no sé nada de él. Le vi a él y a su hermana cuando llegaron aquí. Mis compañeros y yo nos escondimos en la maleza y observamos cómo se marchaba. Jamás había escuchado hablar de Berrington antes, lo juro —Churchyard tomó un sorbo—. Pero bueno, la guerra continuó y Mandeville murió. Las tropas reales entraron en Essex y en otros condados del este. Mis compañeros y yo huimos hacia el bosque y nos convertimos en proscritos. Era una vida muy dura, así que decidimos volver aquí —dijo, riendo bruscamente—. Nos sentíamos como los guardianes de este lugar. Enrique Fitzempres ha proclamado ahora su paz, y es posible que la mansión deje de pertenecer al Temple y pase a otras manos. Quizá el nuevo propietario la limpie, purifique y vuelva a consagrarla.

Miró codiciosamente la moneda de oro que De Payens mantenía entre sus dedos. El templario se la dio y decidió confiar en aquel hombre. Churchyard tenía poco que ganar si mentía. Le contó exactamente todo aquello por lo que Walkyn había sido acusado, y le habló de su huida y posible regreso a Inglaterra. Churchyard le escuchó atónito. Cuando De Payens terminó se limitó a sacudir la cabeza con gesto de incredulidad.

—¡Imposible! —resopló—. O Walkyn posee dos almas en un único cuerpo, o alguien más ha asumido su nombre. Me gustaría que me dierais una descripción del Walkyn que conociste.

De Payens se encogió de hombros.

—No lo conozco. De todas formas, un hombre puede cambiar de apariencia. No importa —dijo, poniéndose en pie—. Si os apetece, podéis uniros a nuestra compañía.

Churchyard sacudió la cabeza.

—Nos llamamos guardianes. Permaneceremos aquí —se puso en pie, apretó la mano del templario y abandonó la habitación.

Hastang y Parmenio entraron para discutir lo que había dicho Churchyard. Ambos parecían sorprendidos. Hastang también se preguntó si Walkyn tendría en realidad dos almas. Discutían acerca de qué parte de la mansión deberían ocupar para pasar la noche cuando uno de los hombres de Hastang entró apresuradamente en la habitación, gritando que debían seguirlo. Atravesaron corriendo el patio. La vieja iglesia parecía aún más siniestra bajo la tenue luz del atardecer; el ruinoso cementerio parecía cobrar vida, repleto de sombras fantasmagóricas e inquietantes sonidos.

—Vuestro visitante —jadeaba el oficial mientras los guiaba, apartando a un lado

las zarzas— se unió a sus compañeros y encendieron un fuego... —rodearon un enmarañado grupo de altos tejos y entraron a través de la derruida muralla del cementerio. Divisaron un resplandor de luz entre los árboles que había en el extremo opuesto—. Trataba de ser cordial —musitó el oficial—. Era evidente que estaban hambrientos, y uno de ellos había sido aceptado por vos, señor...

Su voz se fue apagando antes de terminar la frase. Entraron en la arboleda y alcanzaron un pequeño claro en su interior. El fuego ardía ahora débilmente y, junto a él, yacían dos cuerpos boca abajo: Churchyard y uno de sus compañeros. Entre sus omóplatos, unas terribles flechas emplumadas se habían hundido profundamente en la carne; la sangre había manado de sus bocas en ese último hálito de vida que se había llevado sus almas.

—Eran tres —declaró Parmenio, mirando a su alrededor.

De Payens se puso en pie.

—El tercero sería, probablemente, un hombre de Walkyn, un espía encomendado aquí para vigilar. Mató a Churchyard por hablar con nosotros, y se llevó el oro. Va a pie, así que nosotros seremos más rápidos.

Comenzó a caminar entre los árboles, a través de la oscuridad, atento a los estremecedores sonidos que le rodeaban. El día estaba a punto de finalizar; la oscuridad se acercaba, al igual que el desenlace de todo aquel horror. De Payens recordó una oración ancestral, cerró los ojos y la susurró con fervor:

«El Señor me asista todo el día, hasta que la sombra se extienda y llegue la tarde, el bullicioso mundo se calme, se aplaque la fiebre de la vida y nuestra obra esté concluida. Entonces, Señor, en tu gran misericordia, proporcióname una morada segura, sagrado descanso y paz al fin...». Alcanzaron Bruer tras cinco días de dura cabalgada. De Payens estaba decidido a llegar antes de ser anunciado. La mansión destacaba sobre un ligero promontorio, al final de un estrecho valle que contrastaba con el sombrío y salvaje páramo. En los extremos del valle había una densa arboleda; los árboles se ceñían estrechamente al camino que conducía a la amurallada casa solariega. El día era brumoso y sombrío, la niebla giraba extrañamente sobre las copas de los árboles. El aire era gélido, el silencio solo se veía interrumpido por el graznido de los cuervos, posados sobre las heladas ramas. Ligeros destellos de luz desde la casa les guiaban como acogedoras balizas de bienvenida a través del puente tendido, bajo el pórtico fortificado y hacia el patio empedrado, donde Berrington, Mayele e Isabela los aguardaban para saludarlos. Habían recibido el aviso de un guarda, justo antes de que De Payens hubiera alcanzado la garita del guardián. Los tres se mostraban sorprendidos, pero actuaron de manera bastante cordial. Berrington, a pesar de su efusiva bienvenida, parecía algo incómodo. Isabela parecía cansada, y mostraba unos oscuros anillos bajo los ojos. Mayele, encogido para combatir el frío, aparecía tan sarcástico como siempre, con su barbudo rostro torcido hacía una leve sonrisa, aunque con una mirada vigilante como la de un lobo. Ofrecieron refrescos, que fueron educadamente declinados. Todos exclamaron su sorpresa ante la aparición

de De Payens y la presencia de Hastang y los suyos. Sin embargo, los tres siguieron actuando como atentos y dedicados anfitriones.

Mostraron a De Payens y sus compañeros el interior del recinto. Bruer era una gran mansión, con su propia capilla, dependencias exteriores e, incluso, una pequeña granja. Poco después, los guiaron hacia el solarío que había sobre el gran salón, una larga dependencia de madera cuyas paredes estaban cubiertas de telas pintadas; de las vigas del techo colgaban banderines y estandartes, y unas suaves alfombras calentaban el suelo enlosado. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea, mientras diversas antorchas y velas proporcionaban suficiente luz. En la gran mesa, que se había preparado apresuradamente, brillaban los platos y candelabros. La cocina, oculta tras una gran mampara, albergaba los hornos y los asadores, de donde provenían unos aromas dulces y fragantes. De Payens susurró unas palabras a Hastang y, tras el habitual intercambio de cortesías con sus renuentes anfitriones, supo que Berrington había llevado allí a seis de sus mercenarios. Aparentemente, había despedido a los sirvientes que estaban a cargo de velar por la casa y había contratado en total a cinco nuevos cocineros, criados y sirvientes. Berrington invitó a De Payens, Parmenio y el coronel a que ocuparan sus asientos, batiendo las palmas para atraer la atención de los sirvientes. Estaba muy nervioso, concluyó De Payens, al igual que su hermana; incluso el cínico Mayele parecía cada vez más incómodo. Habían tenido muy poco tiempo para prepararse o para ponerse de acuerdo. Esta maléfica hermandad le había considerado ingenuo, cándido, incluso un poco estúpido, el alocado caballero que cometía errores en cuanto le presionaban un poco. Bien, todo eso iba a cambiar.

De Payens dejó su cinturón de guerra sobre el suelo, junto a su silla, observando la furtiva mirada de preocupación que Berrington le dedicó a Isabela. Escucharon un ruido procedente del exterior. Los mercenarios y alguaciles de Hastang hicieron su entrada en el solarío. Isabela, visiblemente nerviosa, trataba de servir el vino. De Payens lanzó una mirada de advertencia a Parmenio y Hastang. ¡Todo estaba dispuesto! Acabaría aquí, en este cálido y perfumado solarío iluminado por el fuego parpadeante de las velas y candiles, muy lejos de aquel desierto cálido y peligroso, o de aquella puerta de Trípoli, ajada por el sol, donde había girado su caballo para hacer frente a los asesinos que se dirigían hacia él.

—¡Edmundo! —Isabela se mostraba abiertamente alarmada. La comitiva de Hastang estaba tomando posiciones alrededor de la habitación. Se escucharon unos gritos provenientes de la despensa y del vestíbulo.

—Edmundo —Mayele hizo ademán de levantarse, observando su cinturón de guerra, que colgaba de una percha, junto a la puerta.

—¡Siéntate! —la mano enguantada de De Payens golpeó con tal fuerza la mesa que los platos y vasos se cayeron ruidosamente—. Siéntate —repitió. Le invadió un sentimiento de alivio. Hastang susurró enseguida que les habían contado la verdad: sus soldados le habían informado de que las únicas fuerzas que había en la casa eran

los seis mercenarios que Berrington había traído de Londres y los cinco sirvientes recién contratados—. Por favor —De Payens alzó una mano—, Berrington, Isabela, mi, en otro tiempo, hermano Mayele, permaneced sentados. —Apenas podía soportar mirar a Isabela, que mostraba ahora un rostro tenso y vigilante. Los tres se habían agrupado en el extremo opuesto de la mesa. El genovés parecía perplejo, mordiéndose los labios sin apartar la mano de la empuñadura de su daga. De Payens miró a su alrededor. Los guerreros de Hastang, empuñando sus ballestas cargadas, vigilaban la puerta y todas las entradas.

—He encontrado a Walkyn —anunció De Payens—. Cuando llegué aquí, mencioné que pensaba que se ocultaba en York. Era mentira. ¡Se encuentra aquí!

—¿Qué? —exclamó Mayele.

—¡Tú! —replicó De Payens—. ¡Tú! —señaló a Berrington—. ¡Y tú! —dirigió un dedo acusador hacia Isabela—. Vosotros tres sois Walkyn.

—¡Tonterías! —dijo Isabela entre dientes.

—¡Es cierto! —replicó De Payens—. Enrique Walkyn, señor de la casa de Borley, en Essex, era indudablemente un pecador, un hombre que se había abandonado a la lujuria de la carne; pero su carne y sus huesos, solo Dios sabe dónde se encuentran; pudriéndose bajo el inclemente sol de Ultramar, quizá, o enterrados bajo un afloramiento rocoso, picoteados por las aves de rapiña. Lo mismo ocurre con los dos desventurados ujieres templarios que le vigilaban.

—¡Mentiras! —bufó Berrington.

—Escucha —De Payens se levantó y recorrió caminando toda la extensión de la mesa—, no sé cuándo empezó todo esto, no sé si Isabela Berrington es realmente tu hermana; o si es tu meretriz, tu prostituta!

Berrington empujó hacia atrás la silla, pero el sonido de la ballesta que Hastang alzó contra él por encima de la mesa le hizo quedarse inmóvil.

—Ella es, en realidad, la bruja Ericto —dijo, encontrando la dura mirada de la mujer a la que una vez creyó amar, idealizándola como una dama de leyenda—. Berrington y tú estáis mezclados con las negras artes, los salmos demoníacos y otras prácticas execrables. Os unisteis cuando la guerra civil estaba en su apogeo, en un momento ideal para desplegar vuestra maldad, mientras Dios y sus santos dormían. Partisteis de aquí y os unisteis a Mandeville, en Essex, formando vuestra propia fraternidad de brujos, atrayendo a gente como Felipe Mayele, cuyo rostro se había vuelto contra Dios. Pocos informes existen sobre ti, Berrington, en el séquito de Mandeville, pero estabas allí, aunque sospecho que bajo un nombre falso. Me pregunto si aquel Berrington por el que el rey y otros se deshacían en alabanzas se trataba, en realidad, de tu hermano mayor. Has dicho en alguna ocasión que eres el segundo hijo. ¡Eres el mismísimo vástago de Caín! Muchos buscaban sentarse a tu mesa durante aquella época de completa libertad para tus abominables ritos. No había defensores de la ley, ni justicia real; solo guerra, asesinato, pillaje y violación. ¿Quién iba a notarlo? ¿A quién le importaría si secuestraras a alguna joven campesina para

tus sacrificios? ¿Quién iba a preocuparse por nauseabundas ceremonias, en mitad de la noche, en santuarios antaño consagrados a la adoración de Dios? No había paz, ni ley, solo anarquía —De Payens hizo una pausa—. Pero el rey Esteban, que Dios bendiga su nombre, se opuso abiertamente a Mandeville, y el conde murió. La Iglesia se negó a ofrecer cristiana sepultura a un excomulgado, así que el Temple recibió su ataúd y lo colgó de un árbol en un cementerio cercano a su casa de Londres.

Se detuvo unos instantes al escuchar un grito en el exterior, pero no le dio más importancia. Parmenio jugueteaba con su copa de vino, sin llegar a alzarla. De Payens había dado instrucciones estrictas de no comer ni beber nada de lo que les ofrecieran en Bruer.

—Tu aquelarre —continuó, sonriendo a un Berrington aún sorprendido por el giro de los acontecimientos— comenzó a hacerse conocido, y a atraer la atención de abades y obispos, e incluso del papa de Roma. Consecuentemente, Thierry Parmenio, *malleus maleficarum*, el martillo exterminador de brujas del papa, también se alertó.

—Así que es eso lo que eres en realidad, genovés —espetó Mayele—, un despreciable espía. Debí haberlo imaginado.

—Tu fama crecía —continuó De Payens, volviendo a su asiento—, pero Essex se convirtió en un lugar peligroso. No podías continuar con tu vida secreta mientras las tropas reales deambulaban por la comarca, así que decidiste partir. Tú, Berrington, te aproximaste a Bueso Baiocis, el maestro del Temple en Inglaterra. Y Mayele también, actuando como un pecador arrepentido, como un caballero que había matado a un clérigo y al que habían ordenado tomar la cruz como penitencia. Erais caballeros veteranos sin tachadura, dispuestos a servir a la cruz en Ultramar. Baiocis estaría encantado de reclutaros. Isabela, haciendo el papel de tu devota y piadosa hermana, también os acompañaría. Vuestros deseos se cumplían. Llegasteis a Jerusalén, una ciudad donde se ocultaban muchos de vuestra calaña, y Tremelay os aceptó con los brazos abiertos. Necesitaba nuevas incorporaciones, deseoso como estaba por reforzar la orden y entusiasmado con la idea de expandir su influencia en esta isla. Se os admitió en la hermandad, mientras vuestra pretendida hermana se alojó en un convento; aunque, por supuesto, de vez en cuando, como cualquier perro, volvíais a por vuestros vómitos. La bruja Ericto volvió a aparecer: una figura grotesca, con su desgreñada melena, su rostro enmascarado y sus estrafalarias ropas, vislumbrada fugazmente, pero nunca vista con detalle —Isabela lanzó una carcajada y miró a Berrington y Mayele, como urgiéndoles a que hicieran algo—. Volvisteis a vuestros horribles ritos, eligiendo víctimas para vuestros sacrificios sangrientos...

—Una tarea fácil —Parmenio, percatándose de la deriva del alegato de De Payens, estaba ansioso por intervenir—. Una tarea fácil en Jerusalén, con sus lugares sagrados, sus niños mendigos, hordas de jóvenes y vulnerables pordioseras, pero —el genovés extendió las manos— Jerusalén no es como los crudos páramos de Essex. No había ningún Mandeville que pudiera protegeros, solo una legión de espías e informadores que merodeaban por lo que, en realidad, es una ciudad pequeña. Los

rumores comenzaron a extenderse. Tremelay me dijo que habían visto a Ericto con un templario, entrando en el recinto del Temple —Parmenio ignoró la mirada admonitoria de De Payens—. Paz, hermano. Hasta ahora, no me atrevía a confiar en ningún templario. No sabía realmente quién pertenecía a ese aquelarre y quién no. Durante nuestro viaje a Hedad, intenté estudiar a Mayele, descubrir más sobre su pasado, de ahí mi acercamiento hacia él —dijo, sonriendo—. Pero, como ahora sabemos, ¡aquello fue su mejor defensa! El cínico mercenario, con poca o ninguna fe, el rebelde al que poco importaba luchar por Dios o el demonio. Simplemente, actuaba según su guión, aunque ocultaba su lado blasfemo y asesino —giró el rostro hacia el acusado—. Ciertamente, los rumores apuntaban hacia una posible implicación de algunos templarios en ritos satánicos, y no por primera vez en la historia de vuestra orden. Tremelay se puso muy nervioso, al igual que el patriarca de Jerusalén. Reclamaron mi presencia en Roma, pero... —Parmenio hizo un gesto a De Payens para que continuara.

—Tú, Berrington, decidiste actuar. Los rumores se intensificaban. Decidiste convertir a Enrique Walkyn en vuestro chivo expiatorio, un hombre intoxicado por los placeres carnales, al que se había visto a menudo frecuentando los prostíbulos y casas de peor reputación de Jerusalén. Era inglés, señor de la desierta casa de Borley. Sin duda, tú y tus secuaces habíais usado ese lugar y su nombre para perpetrar vuestras abominables prácticas. Walkyn era vulnerable, un bebedor entregado a la vida disipada. Vosotros dejasteis aquellos artefactos en su habitación y ayudasteis a propagar el engaño. La conclusión era inevitable. Walkyn fue arrestado.

—Entonces, ¿por qué recurrió a mí Tremelay? —preguntó Berrington.

—Primero, porque eres inglés; segundo, porque desarrollaste un papel destacado en detectar a Walkyn; tercero, debes de haber explotado los temores de Tremelay de que existía una conjura dentro de la orden, quizá orquestada por caballeros ingleses. Probablemente, le convenciste de que lo mejor sería alejar a Walkyn de Jerusalén, sofocar un escándalo y mandar al bellaco de vuelta al dominio de Inglaterra para someterlo a juicio. Tremelay tenía que confiar en ti y en tu compatriota Felipe Mayele. ¿A quién más podría recurrir el gran maestro, aparte de a caballeros ingleses? ¿Cuántos hay en total? ¿En cuántos de ellos se puede confiar? Tremelay acudiría presto al señuelo. Sacaría a Walkyn de Jerusalén, acallando los rumores y previniendo el escándalo. Al mismo tiempo, sin embargo, se sentiría furioso en secreto por lo que había sucedido. Quizá, ante tu insistencia, decidió que Bueso Baiocis debía rendir cuentas. A nadie extrañó que Tremelay convocase al maestro inglés en Jerusalén, para que diese explicaciones por admitir a gente como Walkyn en la orden.

—¿Y por qué iba a estar tan interesado mi hermano en llevarse a Walkyn? —preguntó Isabela, que recobraba gradualmente la compostura.

De Payens se maravillaba con la facilidad con la que podía cambiar de una máscara a otra; ¡era una maestra de la farsa!

—Ya conoces la respuesta a tu pregunta —replicó—. Berrington y tú debéis

haberlo discutido ya muchas veces. Habíais estado fuera de Inglaterra durante algún tiempo, estabais cansados de Jerusalén, preocupados por lo pequeño y cerrado que era, por lo peligroso que se estaba volviendo para vosotros, que corríais el riesgo de ser capturados. Queríais volver a vuestro propio terreno, y os encontrabais en una posición de fuerza. Berrington y Mayele eran templarios. Una vez que regresarais a Inglaterra podríais deshaceros de Baiocis, cosa que efectivamente hicisteis, y explotar su muerte para vuestros propios propósitos secretos: el principal de ellos era vuestro profundo y ferviente deseo de venganza contra el rey Esteban, que fue el artífice de la caída de Mandeville, vuestro protector.

—¡Hermano! —dijo Mayele con socarronería.

—¡No me llames así! —De Payens hizo un gesto hacia Berrington—. Tremelay estaba encantado de encargarte a ti la misión de custodiar a Walkyn, para verle así desaparecer en Londres. Abandonaste Jerusalén; Walkyn, esposado y encadenado, iba escoltado por dos ujieres —miró a Berrington a los ojos—. ¿Era ese tu plan? ¿Pedir dos guardianes, una escasa escolta, más fácil de eliminar? Tu hermana quedó atrás, en Jerusalén. Te seguiría hasta Trípoli para unirse a ti, o eso es lo que proclamaste en público. Todo estaba planeado hasta el más mínimo detalle. ¿Quién iba a atreverse a atacar a un templario? —preguntó, agitando una mano hacia Isabela—. ¡Tú lo hiciste! Una vez en la solitaria llanura, tú, Berrington, te volviste contra los dos ujieres y los asesinaste, al igual que a Walkyn. Seguidamente, Isabela volvió hacia Jerusalén, representando el papel de la solitaria hermana, mientras su hermano quedaba libre para continuar con su conspiración.

—¿Así que seguí a mi hermano? —exclamó Isabela—. ¿Deambulé sola por el desierto?

—No he dicho tal cosa —replicó De Payens—. Puedo imaginarme ese campamento: Walkyn solo, los dos guardianes desprevenidos. ¿Le disteis a los tres algún opiáceo, un veneno? Eres experta en el manejo de las pócimas, mi señora, lo has demostrado durante nuestro viaje a Inglaterra. ¿Los drogaste antes de rebanarles el cuello? ¿No entró poco después en el campamento *lady* Isabela, acompañada por Mayele, para comprobar que todo había ido bien, para retirar armas, ropajes y caballos y para asegurarse de que Berrington estaba preparado para pasar a la siguiente etapa de vuestro plan?

—¡Yo estaba en Chastel Blanc! —gritó Mayele.

—No, no es cierto. Debías de estar en una de tus numerosas travesías como mensajero. ¿Quién iba a sospechar si tardaras uno o dos días más de lo esperado?

—Pero, ¿para qué matar a Walkyn? —protestó Berrington—. Se suponía que él era mi razón para volver a Inglaterra.

—Ah, por multitud de razones. Walkyn eran inocente. Me pregunto si Tremelay tenía sus dudas; el anciano inglés Guillermo Trussel, desde luego que sí. ¿Qué habría dicho Walkyn si le hubieran sometido a juicio? Había tenido bastante tiempo para reflexionar acerca de lo ocurrido; quizá él albergara también sus propias dudas acerca

de que le estuvieran utilizando como un mero señuelo. Debía morir. Segundo — De Payens extendió las manos— es por ello por lo que estamos aquí, ¿no es cierto? Enrique Walkyn era el mago, el hechicero, el asesino que huiría de sus captores y que participaría en la muerte del conde Raimundo, para después volver a Inglaterra buscando su venganza contra la corona. Sí, desde luego, Walkyn era mucho más valioso muerto que vivo. Se convirtió en el demonio encarnado, el siniestro y huidizo personaje al que se debía dar caza. Al llegar a oídos de Tremelay las noticias de la supuesta huida de Walkyn, el gran maestre comprendió la terrible amenaza que se cernía sobre él. Un templario malvado, perdido en esta brumosa isla, reuniendo a sus esbirros para tratar de destruir al rey. ¡Piensa en el daño que eso supondría para la reputación de la orden!

—¿Y Trípoli? —preguntó Parmenio.

—¡Edmundo, Edmundo! —Mayele aún creía que podía seguir con su juego de engaño—. Estabas conmigo en Trípoli.

—Y también Berrington —replicó De Payens—. Aquí, vuestra conspiración se volvió más intrincada. Walkyn y los dos ujieres estaban muertos; Berrington, tú y vuestra vil caterva estáis en contra de cualquier autoridad, no profesabais amor alguno por el Temple; Tremelay había acabado abruptamente con vuestro refugio en Jerusalén. Queríais causar el caos, eso os habría gustado, pero había otras razones más apremiantes.

El aire despectivo de Berrington no conseguía ocultar su miedo.

—Algunas personas son tan malvadas —interrumpió Parmenio— que su más alto sueño es ver el mundo en llamas. ¡Todo vuelto boca abajo! Las llamas de la destrucción consumiéndolo todo.

—Ciertamente, queríais vengaros del Temple —declaró De Payens—. Y, lo que era más importante, necesitabais oro y plata.

Berrington abrió la boca para pronunciar algún comentario despectivo, e Isabela hizo ademán de marcharse. Hastang, fascinado por estas revelaciones, alzó de nuevo la saeta cargada; ella y Berrington volvieron a ocupar enseguida sus asientos.

—¡Sí, riquezas! —exclamó bruscamente De Payens—. Eras un pobre caballero, un vagabundo que quería retornar a Inglaterra. En Ultramar no hay abadías que saquear, o monasterios que atacar. Actuar abiertamente, emboscando a una caravana o a algún rico mercader, sería demasiado peligroso; os expondríais excesivamente. Sin embargo, Trípoli es muy rica, y es también una ciudad donde se agitan diversas facciones; cualquier disturbio podría proporcionar múltiples oportunidades. ¿De qué otra forma ibais a recaudar las riquezas necesarias al volver a Londres para reunir a vuestros secuaces, pagar asesinos, comprar pócimas y vestir a Isabela tan seductoramente para atraer al rey? El alquiler de barcas, gabarras, caballos y mensajeros, además de la compra de armas y comidas; todo ello costaba mucho dinero. Estabais decididos a causar una revuelta en Trípoli y crear el caos, que explotaría en vuestro propio beneficio. Queríais también continuar con la farsa de

que Walkyn era el villano, aumentando los temores de Tremelay, disponiendo más al gran maestro para seguir con la persecución; aquello os llevaría a Inglaterra — De Payens hizo una pausa. Mayele se había movido ligeramente, mirando con codicia su cinturón de guerra. De Payens presentía que esto acabaría violentamente; Mayele jamás se rendiría.

—El asesinato del conde Raimundo sería el desencadenante de este caos — continuó De Payens—. Después, Berrington, hiciste algo muy audaz. Necesitabas sicarios, así que, con la cabeza y el rostro rasurados, te desplazaste hasta Hedad para hablar con Nisam, simulando ser Walkyn. El califa no notaría la diferencia, y tú podrías mantener tu farsa de ser el templario renegado al acecho.

—Eso sería muy peligroso —intervino Mayele—. Yo visité Hedad, ¿recuerdas?

—No fue peligroso en absoluto —replicó De Payens—. Los *hassassins*, a pesar de su reputación, son gente honorable. Berrington sería aceptado como un huésped, un peticionario que no suponía amenaza alguna. Le protegieron de acuerdo a sus estrictas normas de hospitalidad. Y lo que es más importante...

Parmenio alzó una mano y miró a De Payens, con gesto ya no desconfiado, sino compungido, como admitiendo su propia admiración.

—Eres un templario —dijo, señalando a Berrington—, Nisam estaría muy interesado en escucharte, aunque también, estaba decidido a no ofender al gran maestro.

—Nisam te rechazó —De Payens siguió con su acusación—. No obstante, de nuevo habías conseguido ensombrecer el nombre de Walkyn. Habías relacionado el asesinato del conde Raimundo con el templario renegado. Comenzaste a propagar ese rumor como parte de vuestro plan. Después de que te rechazaran, viajaste a Trípoli y decidiste enfrascarte en una tarea aún más peligrosa: contrataste a tus propios sicarios, bajo la promesa de un gran botín en el posterior saqueo. Utilizarías toda la fortuna que te quedaba, los dineros recibidos del Temple. Podías ocultarte tras un disfraz; sin embargo, era una arriesgada empresa. Pronto comenzaron a circular rumores de que un caballero, posiblemente templario, estaba involucrado en una horrible conspiración. Tales rumores llegaron a oídos de Parmenio, que se desplazó apresuradamente a la ciudad. Tremelay también lo escuchó y se volvió más alterado y desesperado por el huido Walkyn, enfermo de preocupación por ti, Berrington, y por tu incierto paradero. Lo que es más importante, el conde Raimundo albergaba también sus sospechas —De Payens puso en orden sus pensamientos—. No tengo pruebas de esto, pero es muy posible que el conde demandase la protección del Temple contra una amenaza inminente. ¿A quién mejor podían enviar que a Felipe Mayele, un caballero inglés, y a Edmundo De Payens, descendiente del noble fundador de la Orden templaria, como una señal de respeto, una reafirmación de los buenos deseos del Temple?

—¿Aun así murió el conde Raimundo? —habló Hastang.

—Por supuesto, no había nada que pudiera hacerse para protegerle. Mayele

formaba parte de la conspiración. Mayele, mi pretendido hermano caballero, el mensajero que viajaba a menudo entre Chastel Blanc y Jerusalén. Un hombre que indudablemente —continuó, ignorando la contenida maldición susurrada por Mayele— utilizaba tales oportunidades para reunirse en secreto con sus compañeros conspiradores, especialmente *lady* Isabela.

Isabela le miró con ojos de piedra. De Payens miró hacia la ventana; el día estaba a punto de finalizar, e hizo un gesto a Hastang.

—Envía fuera a uno de tus hombres para comprobar que todo sigue bien —el coronel obedeció. De Payens esperó a que volviese el oficial y le asintió con la cabeza.

—El conde Raimundo fue asesinado —prosiguió De Payens— y comenzó una masacre, posiblemente auspiciada por ti, Mayele. Berrington había elegido sus víctimas propiciatorias: los ricos mercaderes, con sus cofres y arcones repletos de oro, plata y piedras preciosas, fáciles de arrebatar y ocultados en lugar secreto.

—¿Y los asesinos? —preguntó Mayele.

—Ya sabes lo que les pasó, tú mismo los eliminaste. ¿Aquellos tres hombres a los que silenciaste ante la iglesia en la que me cobijaba? Ellos eran los asesinos, utilizados y después ejecutados antes de que pudiesen hablar —De Payens alargó la mano para tomar una copa con reluciente vino, pero entonces recordó y desistió—. Desde luego, siempre hay contratiempos. Tú, Berrington, abandonaste Trípoli. Decidiste buscar refugio en la ciudad de Ascalón, en poder de los turcos, donde esperabas preparar la siguiente parte de tu maquinación —De Payens sacudió la cabeza—. No sé muy bien en qué, pero estuviste muy atareado. Mientras tanto, tú, *lady* Isabela, ya habías asestado tu golpe. Visitaste al anciano Guillermo Trussel, que albergaba sus propios recelos y sospechas. En realidad, dudaba bastante de la culpabilidad de Walkyn. Tú, mi señora, posees un alma emponzoñada, negra y cruel, la de una auténtica asesina. Seguramente, le administraste alguna pócima letal...

Isabela se limitó a mirar la copa, y De Payens se preguntó si habría planeado que él muriese aquí.

—Mientras tanto —dijo, aclarando la garganta—, Berrington, en Ascalón, preparaba su historia para cuando regresase a Jerusalén de sobre cómo había escapado de los asesinos asaltantes de Walkyn: ¿quizás cayendo después en manos de merodeadores del desierto?, ¿o viéndose obligado a ocultarse? Alguna fábula para el pobre Tremelay que, desde luego, habría precedido la demanda de perseguir a Walkyn, incluso hasta Inglaterra.

De Payens dejó de hablar cuando entró en la sala el capitán de Hastang. Se detuvo y susurró unas palabras al oído del coronel. Hastang, sorprendido, murmuró algo y el soldado se retiró. El coronel miró a De Payens, señalándole que aquello tendría que esperar. Isabela lanzó una mirada de alarma a Berrington; Mayele se agitó sobre la silla. De Payens observó tensión, auténtico miedo. Aquellos hechiceros estaban atrapados; era mejor dejar los hechos en manos de Dios y llegar a una conclusión. El

juicio aguardaba. Sentía que los fantasmas se congregaban a su alrededor; todos los asesinados por aquellos sicarios del demonio se habían reunido para presenciar ese juicio.

CAPÍTULO 14



El rey cayó víctima de una ligera fiebre,
enfermó y abandonó esta vida.

—Nada bajo el sol de Dios acontece según nuestros deseos —declaró De Payens—. Tú, Berrington, preparabas tu siguiente movimiento en el tablero de ajedrez, pero las cosas se torcieron. Balduino III sitió Ascalón; Tremelay estaba allí, insistiendo en realizar el ataque. Me pregunto si el Temple, con su miríada de espías y legión de informadores, había averiguado que un templario se ocultaba en Ascalón. ¿Lo sabría Tremelay? ¿Se preguntaría si se trataba de Walkyn, o quizá de Berrington, que había desaparecido de forma tan misteriosa? El resto ya lo conoces: Ascalón cayó, pero Tremelay murió en el asalto. Tú, Berrington, emergiste entre el caos, dispuesto a llevar a cabo tu misión por otros medios. ¡Aquel era un momento oportuno! El gran maestro había muerto, al igual que Trussel. Podías contar tu historia, tejer tus mentiras. Debías partir hacia Inglaterra, y estabas decidido a llevarte a Mayele y a mí. Mayele podía mantenerme bajo tu escrutinio, para asegurarse de que no sospechaba nada de Trípoli y Hedad y, cuando llegase el momento, darme muerte. A vuestros ojos, yo era un conejo en la hierba, un necio que sería seducido por Isabela, tratado con condescendencia por Mayele y bajo tus órdenes. Mi presencia en la delegación de Inglaterra engrandecería vuestro estatus. Y, si fuera a morir aquí, sería a causa de algún desafortunado accidente; o, quizá, víctima del ataque del fugitivo Walkyn.

—Berrington dijo que deberías marcharte —gritó Mayele—. Queríais volver a Ultramar, tú y el genovés entrometido.

—Me sentía asqueado por los saqueos del príncipe Eustaquio —replicó De Payens—. Fue más bien una decisión fruto de la crispación del momento, no una decisión fríamente meditada. Ah —hizo un gesto hacia Parmenio—, el genovés entrometido, como tú le llamas, ha sido una auténtica molestia para vosotros. No teníais idea de quién era en realidad, ni de por qué vuestros maestros mostraban tal confianza en él. Estoy convencido de que si yo hubiera sufrido algún fatal accidente, él habría compartido igual suerte. Mientras tanto, podíais comprobar que yo no me comportaba como su auténtico camarada. Parmenio os era útil, y quizá, era una distracción para mí, ¿no es cierto? Habíais llegado a Inglaterra con gran éxito, así que ya no nos necesitabais a ninguno de los dos —De Payens rio abruptamente—. Si nos hubiéramos marchado, dudo mucho que hubiésemos llegado vivos a Dover. Vuestros asesinos se habrían ocupado de ello.

Su mirada recorrió la habitación. Observó los tapices, las pinturas, algunas telas pintadas y colgadas de una pieza de madera, pero no veía ningún crucifijo, ninguna señal relacionada con la Iglesia. También se preguntó qué habrían descubierto los mercenarios de Hastang en este templo de las tinieblas.

—Lo que dice De Payens es cierto —afirmó Parmenio—. He oído rumores sobre una conspiración en Trípoli, y sobre la participación en ella de un templario. Vi lo que ocurrió en aquella ciudad, y me puse tan furioso que casi hago lo que tanto habríais querido: matar a De Payens. Pensándolo bien, resultaba bastante extraño que las casas de ciertos mercaderes fueran saqueadas instantes después de la muerte del conde Raimundo. Desde luego, aquello estaba planeado.

—Sea como fuere —continuó De Payens—, Montbard estaba deseoso de enviar delegados al rey de Inglaterra. Baiocis estaría también dispuesto a partir. Durante nuestro viaje fuisteis muy astutos: no ocurrió nada. Desembarcamos en Inglaterra y comenzó la persecución del misterioso y escurridizo Walkyn. Tú, Berrington, nos preparaste con aquella fábula de que Walkyn había desembarcado en Orwell, en Essex —sacudió la cabeza—. ¡Bobadas! Comenzasteis a actuar. Baiocis fue el primero en morir, ¡debía morir! Solo Dios sabe lo que podría haber sospechado o descubierto, y los informes secretos que podría custodiar.

—¡Edmundo, Edmundo! —Mayele dio unos suaves golpes en la mesa—. Te has olvidado de un hecho muy importante. A ti y a mí nos enviaron a Hedad para pedir explicaciones al califa sobre el asesinato del conde Raimundo. ¿Por qué haría eso Tremelay si sospechase que un templario estaba implicado?

—Era lógico —De Payens aguantó la mirada desafiante de Mayele—, nadie sabía en realidad quién había sido responsable de la masacre en Trípoli. Tremelay aún pensaba, y era esa su esperanza, que podría cargar las culpas sobre las espaldas de los *hassassins*. Después de todo, se habían encontrado sus insignias, dagas curvadas, cintas rojas y el medallón. Desde luego, como dijo Nisam, esos artículos podían comprarse en cualquier bazar. Tremelay sentía curiosidad por conocer la verdad, y eso es algo que seguro recibirías con agrado. No había nada que perder y mucho que ganar en la visita a Hedad.

—¿Baiocis? —intervino Hastang—. ¿Hablabas de Baiocis?

—Ah sí, él fue el primero en morir. No fue envenenado durante el banquete, sino algo antes; se frotaba el estómago desde el principio. En medio de la confusión reinante en el refectorio del priorato, uno de vosotros emponzoñó su copa para crear la impresión de que el envenenamiento había ocurrido allí. De un golpe rápido y despiadado, habíais conseguido lo que queríais: la muerte de Baiocis, un lugar en el consejo del rey y el control del Temple en Inglaterra. El príncipe Eustaquio, Senlis y Murdac fueron igualmente fáciles de asesinar. Los seguisteis hacia vuestros antiguos territorios en los condados del este. Para entonces, usabais vuestra fortuna secreta para contactar con otros miembros de vuestra cuadrilla, contratar asesinos y comprar pócimas. En la abadía, los aposentos del príncipe estaban conectados con el jardín. Uno de vosotros entró furtivamente por la ventana y contaminó las copas, asestando un golpe devastador a la corona: el heredero de Esteban y dos de los más fervientes partidarios del rey morían asesinados a manos del malvado Walkyn. Eustaquio y Senlis adoraban el vino y vaciaron rápidamente sus copas, consumiendo todo el veneno en dos largos sorbos. Murdac de York era más comedido; su copa mostró cómo había sucedido todo. Eustaquio y Senlis murieron inmediatamente; el arzobispo no murió, pero se debilitó gravemente, rozando la muerte. ¿No lo recuerdas, Berrington? Te apresuraste a retirar la bandeja con las copas y la jarra, llevándotelas a la enfermería. Si Murdac no hubiera sido tan moderado, jamás habríamos encontrado la fuente de aquellos horribles envenenamientos —De Payens empujó a un lado su

copa—. Continuasteis con vuestra caza. ¿El segundo hijo del rey, Guillermo? Estoy convencido de que tuvisteis algo que ver en su accidente, en las afueras de Canterbury. Tuvisteis la posibilidad de organizar aquel percance: todos aquellos mensajeros supuestamente enviados a la corte, a otros cuarteles templarios o a cualquier otro sitio, eran un método perfecto para comunicaros con los miembros de vuestra pérfida fraternidad y preparar nuevas maldades, como el ataque contra mí en el bosque —señaló con el dedo a Isabela—. En cuanto a ti, con tu hermoso rostro y tu maligno corazón, flirteaste con el rey y, cuando te quedaste a solas con él, estoy seguro de que envenenaste su copa. ¿Qué nociva pócima le suministraste?, ¿un letal brebaje que le pudriera las entrañas? —miró rápidamente a Parmenio. Aún no había terminado con el genovés, pero eso tendría que esperar—. Con toda seguridad, el rey morirá —continuó De Payens—, atormentado por grandes dolores, víctima de alguna malignidad en el estómago o los intestinos; y entonces, quizá comience de nuevo la guerra civil, de la que podríais sacar un gran provecho. ¿O estabas ya satisfecho, Berrington? Tu nuevo estatus como maestro del Temple en Inglaterra te permitiría continuar con tu vida secreta. Ya he presenciado tu obra en Londres y Borley: ¡jóvenes desgraciadas, pobres almas! Sabe Dios qué horrores experimentarían. Estás inmerso en tales maldades, adicto a tus ritos secretos. Estoy seguro de que las pusiste en práctica, tanto en Londres como durante tu viaje a Essex...

Mayele comenzó a aplaudir, golpeándose las manos con fuerza. Se puso en pie, mientras el eco de sus aplausos resonaba en toda la habitación, y caminó a lo largo de la mesa. Hastang hizo ademán de moverse, pero De Payens le hizo una señal para que se reprimiese. Sospechaba lo que intentaba Mayele y lo permitió, para dar rienda suelta a su propia furia. Mayele se detuvo delante de él y se sentó sobre la mesa.

—¿Y qué prueba, qué evidencias tienes, para sostener todo esto? —dijo en tono de burla.

—Entonces, hermano Judas —replicó De Payens, devolviendo la burla—, ¿de eso se trata? —se encogió de hombros—, ¿de conseguir pruebas suficientes? Walkyn es una prueba. Un bebedor, un hombre entregado al vino y a los placeres de la carne. Alienora estaba muy sorprendida de las acusaciones que caían sobre él. Si se hubiera sometido a juicio, muchos testificarían acerca de su auténtica personalidad. Así que, ¿quién es este Walkyn?; ¿dónde se encuentra?; ¿puede un hombre así reunir el poder suficiente para realizar lo que habéis hecho entre los tres? —dio unos suaves golpes en la mesa—. ¿Dónde está Walkyn, Mayele? ¿Por qué mataste a aquellos tres hombres en Trípoli? También, tras el ataque que sufrí en Queenhithe, Isabela y tú, como era vuestra costumbre, os burlasteis de mí. Hablasteis de mi huida de aquel asalto criminal, en los bosques que rodean la abadía de San Edmundo. Describisteis mi rescate. ¿Cómo podíais conocer esos detalles? Yo no te los había contado. ¿Quién de vosotros se reunió con Baiocis antes del banquete? ¿Y quién envenenó aquella copa después de que se desplomase, cuando nadie pudiera percatarse? Y tú, Isabela —miró a la bruja con mirada cortante—, ¿cómo sabías por qué calle abandoné

Jerusalén en mi marcha hacia Hedad? Mencionaste la calle de la Cadena. ¿Cómo podías conocer semejante detalle y recordarlo, a menos que estuvieras allí, como así fue, con tu auténtico atuendo de la bruja Ericto, mirándome desde el tejado de una casa? ¿Cómo podía saber Walkyn que me encontraba en aquellos bosques, o caminando hacia la Luz de la Oscuridad, en Queenhithe, o visitando a Alienora? Es extraño: los tres estabais siempre ausentes en tales ocasiones. Además, ¿quién tenía los medios, el conocimiento y el dinero para contratar sicarios para esos criminales asaltos?

—Nosotros también sufrimos un ataque —Mayele se inclinó hacia él, como un maestro de escuela interrogando a un alumno zoquete.

—¡Mentiras! —sonrió De Payens—. ¿Qué ataque? ¿Unas pequeñas heridas autoinfligidas? ¿Un poco de sangre de cerdo derramada sobre el suelo de la residencia de invitados? Aunque —extendió las manos— ni una sola gota de sangre después de aquello, ninguna mancha de sangre sobre las murallas que debieron salvar los asesinos en su huida. Es estúpido —acercó su rostro al de Mayele—. Queríais confundirme, ¡vuestra arrogancia había crecido! Pobre De Payens, creará cualquier cosa que le cuenten. Bien —sonrió—, cometisteis otros errores también. Berrington subestimó a Nisam en Hedad. Como acto de suprema amistad, el califa me dio un mensaje, complejo y oculto. No conseguí entenderlo hasta mucho más tarde. Estaba oculto tras un verso acerca de la dificultad de revolverse contra el hostigamiento, seguido de una pregunta sobre quién vigilará a los vigilantes. Me instaba a despertar, a estar alerta, a examinar el Temple con más detenimiento. Por encima de todo, me alentaba a reflexionar acerca de alguien que estaba en guardia. Nisam, que tamiza los rumores y habladurías que recorren Ultramar, no se creyó tu historia. ¡Sabe Dios por qué! ¿Haría que te siguieran desde Hedad? ¿Investigaría en Jerusalén sobre la descripción de Walkyn y sobre la tuya? Contaba con sus palomas mensajeras, con sus caballos del aire. Los *hassassins* se enorgullecen de su conocimiento de los asuntos de los otros hombres. No tengo pruebas, pero sospecho que Nisam descubrió la auténtica realidad sobre Walkyn y recompuso toda la historia en su cabeza. Si Walkyn había sido asesinado, ¿quién estaba ocupando su lugar? No podía ser otro que el hombre que había estado vigilando a Walkyn —suspiró—. Para hallar evidencias, podríamos examinar vuestras pertenencias, podríamos torturar a vuestros sicarios a sueldo, podríamos sobornar y amenazar —esbozó una sonrisa amarga—. Todo lo que se necesita es una confesión, algún hilo suelto, y vuestro tapiz de mentiras se deshilaría. Pensabais que estabais a salvo. Queríais apartarme de vuestro camino; sin embargo, me encuentro aquí, dispuesto a tomar mi venganza. Un último asunto —De Payens giró la vista hacia Parmenio—. Mi entrometido amigo genovés ha recibido información de que los restos de Walkyn pueden haber aparecido.

—¡Imposible! —gritó Isabela, y calló enseguida, llevándose las manos a la boca.

—¿Lo ves? —De Payens sonrió a Mayele—. ¿Ves como tengo razón, Judas?

Mayele se acercó aún más.

—Debí haberte matado, Edmundo —se echó hacia atrás, como si fuera a levantarse; y entonces, lanzó la mano derecha hacia delante, tan rápido que nadie pudo detenerlo, golpeando a De Payens en la boca—. Ahí lo tienes —sonrió—. ¡Un duelo! Vamos, pequeño Edmundo, hablas de evidencias y pruebas. Yo te desafío a que resolvamos esto en batalla. Solucionémoslo con la espada.

De Payens sintió una punzada de dolor en el labio y el sabor de la sangre en la boca. La ira se apoderó de él, ignorando las advertencias de Hastang y el grito de aviso de Parmenio. Todo su mundo era ahora la sonrisa desafiante de Mayele, la sangre que saboreaba y las manos desesperadas por tomar la espada. Se lanzó hacia Mayele y le golpeó en la mejilla.

—*A l'outrance*. ¡A muerte!

Hastang y Parmenio le pidieron a gritos cautela. Los oficiales de Hastang alzaron sus ballestas; los demás blandieron espadas y dagas. Mayele había atravesado aprisa la habitación y se había abrochado ya el cinturón de guerra, desenvainando la espada y dejando caer la capa al suelo. Berrington e Isabela se habían puesto también en pie, pero Hastang les gritó que volvieran a sentarse, y así lo hicieron. Isabela se reía para sus adentros.

—Que así sea —De Payens desenvainó su espada—: un juicio de batalla, que se haga justicia en el combate. Si pierdo, Hastang y Parmenio se retirarán.

—¡Conforme! —replicó Berrington en tono de burla—. Pequeño Edmundo, hoy has vivido tu último día.

De Payens desabrochó su capa y la dejó caer. Mayele, rápido de pies, se adelantó, agarrando la empuñadura de su espada con las dos manos y moviéndose ligeramente a ambos lados. Era un consumado espadachín, un guerrero confiado en su propia pericia y fuerza. Alzó la hoja de su espada en burlona señal de saludo y comenzó a atacar, girándola con rápidos movimientos circulares como aspas de molino, dibujando arcos en el aire que De Payens bloqueaba torpemente. Retrocedió y casi tropezó contra su propio cinturón, lo que provocó una risotada de Isabela. Mayele esbozó una sonrisa perversa. De Payens dejó fluir su furia. Mientras retrocedía sentía cómo la ira se apoderaba de él; su espada serpenteaba mientras trataba de rehacerse. Sintió el agarre de sus manos sobre la amplia empuñadura, cómodo y seguro. Toda su concentración estaba en tratar de quebrar la defensa de su oponente. Su espada segaba el aire, dibujando giros y arcos, buscando alguna abertura que le permitiera perforar o desgarrar la piel de su adversario. Comenzó a avanzar, sintiendo el sudor sobre su rostro. El brillo de los candiles y el resplandor de las antorchas iluminaban su enfurecido rostro. Mayele palideció, su pecho comenzó a palpar con fuerza y su espada había dejado de ser rápida y furiosa. De Payens estaba haciendo retroceder al hombre que le había burlado, mentido y traicionado, y que había tratado de matarlo. Su furia se hizo más intensa. Se escuchó una voz: «*¡Deus vult! ¡Deus vult!*». Cegado por la ira, ya no podía seguir avanzando, no podía hacer otra cosa que golpear y cortar. Sintió que le agarraban el brazo, que unas manos tiraban de él. Se detuvo y,

bajando la punta de la espada hacia el suelo, contempló absorto a los mercenarios de Hastang, que le miraban con ojos aterrorizados. Jadeando y encendido por el esfuerzo, empapado de sudor, miró a Mayele, que caía lentamente, retorciéndose contra la pared. Las tremendas heridas en el hombro derecho de su oponente y en el lateral del cuello teñían la blanca pared de color carmesí. La sangre brotaba entre los labios de Mayele. Se derrumbó sobre el suelo, parpadeando con fuerza. Isabela gritaba aterrada; Berrington había tratado de huir y le habían capturado. Mayele, jadeando convulsivamente, alzó la cabeza y miró hacia De Payens.

—No sabía lo que hacía —su voz resonaba ronca como un graznido—, hermano, no lo sabía. Perdóname, ¿lo harás?

—No —De Payens avanzó y clavó profundamente la punta de su espada en el cuello expuesto de su enemigo—. No —repitió, observando cómo se iba la vida de sus ojos—, pero es posible que lo haga Dios, así que pídeselo a él —retiró su espada y retrocedió, viendo morir a Mayele. Hastang apoyó la mano en su hombro.

—Berserkers —susurró el coronel—, guerreros ancestrales —explicó— consumidos por la furia de la batalla. Había oído hablar de ellos, pero hasta hoy no había visto a ninguno.

De Payens asintió y señaló con su espada hacia Berrington e Isabela.

—Dios los aguarda también.

—Como hace con todos nosotros —replicó Parmenio.

—¿Y vos? —masculló—. ¿Vos, genovés?

—Edmundo, Edmundo —intervino Hastang—, deberíais ver esto.

El coronel ordenó que mantuvieran a buen recaudo a los prisioneros y, acompañado por Parmenio, dirigió al aún sudoroso y jadeante De Payens hacia el exterior del salón. Fuera, en el patio, los seis mercenarios de Berrington habían sido desarmados y estaban atados entre sí. Junto a ellos, permanecían los pocos sirvientes que también habían sido contratados. De Payens los examinó; sus rostros los delataban. Estaba convencido de que eran esbirros de la siniestra sociedad de Berrington, hombres y mujeres que le habían servido durante los días de gloria de Mandeville. El coronel le condujo a través del patio hacia una cámara de piedra parecida a un establo. Unas antorchas revelaban una amplia y sombría habitación. Hastang los guio hasta donde se erguía una losa de piedra, apoyada contra la pared. Uno de sus mercenarios montaba guardia junto a la entrada secreta que sellaba la piedra, sosteniendo una antorcha. A la orden de Hastang, los condujo por unas estrechas y empinadas escaleras hacia una mazmorra, sin ventilación y fría como el hielo. El hombre, musitando una plegaria, alzó la antorcha. Cinco cuerpos, un hombre, una mujer, dos niños y una joven, colgaban de sus cuellos de unos ganchos clavados a las vigas del techo, con rostros grotescos que reflejaban la terrible agonía de la muerte; una horrenda visión: brazos y piernas suspendidos, cuerpos oscilando ligeramente entre el crujido de las sogas. De Payens se tapó la nariz ante el terrible hedor. Tocó la mejilla de uno de los cuerpos; estaba rígida y fría como el hielo.

—¿Quiénes? —susurró—. ¿Quiénes son?

—Sospecho —murmuró Hastang, cubriéndose la boca y la nariz— que debe de tratarse de una familia que se refugiaba en esta casa desierta. Los caminos están abarrotados de estos desdichados —apartó la mano de la boca y tragó saliva—. Esta casa solariega —susurró— posiblemente mantenga la misma siniestra reputación que Borley; pocos campesinos locales se atreverían a entrar aquí. Supongo que estos vagabundos sí lo hicieron.

—¿Y por qué matarlos?

—¿Por qué no? —replicó Hastang—. Berrington no podía permitirse dejarles partir. Dios sabe qué podrían haber descubierto. Seguro que Mayele habrá disfrutado mucho con esta matanza. Edmundo, ¿qué deberíamos hacer?

El templario contempló los cuerpos, retorcidos y grotescos. Hastang repitió la pregunta. De Payens sacudió la cabeza y, sintiendo el frío que helaba su cuerpo sudoroso, decidió volver escaleras arriba. Al llegar a la superficie miró la losa de piedra, el gran pestillo y los pernos que la unían fuertemente al suelo.

—Posiblemente, los matarían después de tenerlos cautivos durante algún tiempo —murmuró—. Quizá descubrieron algo allá abajo, o en cualquier otro sitio.

—Edmundo, ¿los prisioneros?

De Payens volvió a entrar en el salón. Berrington e Isabela permanecían sentados en sillas, fuertemente maniatados; el cadáver de Mayele, bañado en su propia sangre, seguía apoyado contra la pared. De Payens ordenó que registraran a los dos prisioneros. No quiso dirigirles la palabra e, incluso, evitó mirar a Isabela, pero ordenó que retiraran el cadáver y que sacaran a los prisioneros al exterior. Volvió entonces al vestíbulo, ignorando los gritos de Isabela, las maldiciones de Berrington y el torrente de preguntas de Hastang y Parmenio. Ordenó que encerraran a Berrington y a Isabela en aquella inquietante y sombría edificación anexa, en la mazmorra subterránea, y tiraron escaleras abajo el cuerpo de Mayele como si fuera un saco de desechos.

—¡Abajo! —ordenó De Payens—. Llevaos a dos hombres, maese coronel. Inspeccionad paredes y suelos; aseguraos de que no hay otra entrada —sacó su espada, apoyando la hoja sobre su hombro—. Soy —susurró— caballero de alto rango de la casa inglesa del Temple. Tengo el poder necesario.

Hastang asintió y ordenó a Parmenio y a algunos de sus oficiales que le siguieran. De Payens, con la espada aún apoyada en su hombro, montó guardia en lo alto de las escaleras. Miró a los otros miembros de la comitiva de Hastang quienes, aunque endurecidos por la guerra, miraban atemorizados a este hombre sanguinario. Aquel lugar albergaba el mismo horror escalofriante que Borley, una presencia maligna que debía ser purificada por el fuego. Isabela seguía gritando, suplicando, pero De Payens pensó en la mancha de sangre de Borley, en aquellos desventurados cadáveres, en la pobre niña de la iglesia abandonada, en las afueras de Londres, en la agonía mortal de Murdac. Cerró los ojos. Hastang y los otros se unieron a él. No habían encontrado

ninguna otra entrada. De Payens ordenó que bajaran la losa de piedra, e insistió en asegurar personalmente los cierres. Dejó a dos hombres de guardia y salió al patio, donde llamó a los cinco sirvientes, tres hombres y dos mujeres. Estudió detenidamente sus caras, y no le gustó lo que descubrió en ellas.

—Sin duda, habéis servido a Berrington antes.

No podía entender sus atropelladas y desesperadas preguntas, pero Parmenio y Hastang tradujeron sus declaraciones de inocencia. De Payens los examinó más atentamente, ahora que la furia de la batalla comenzaba a menguar. Sintió una punzada de compasión, aunque se trataba de esbirros, criados y sirvientes de sus siniestros y malignos señores.

—¡Desnudaos! —ordenó.

Parmenio repitió la orden.

Los cinco prisioneros hicieron lo que les ordenaron hasta quedar desnudos, excepto por unos taparrabos y las deterioradas capas que ofreció De Payens a las dos mujeres.

—¡Tomadlas —ordenó—, y marchaos!

Los cinco atravesaron corriendo la puerta de salida, mientras los mercenarios de Hastang les golpeaban los traseros con el canto de sus espadas.

—Que caminen hasta la aldea próxima —murmuró De Payens— y busquen el cobijo o consuelo que puedan.

—¿Y esos? —Hastang señaló a los seis rufianes que Berrington había contratado en Londres, dos de ellos heridos.

—Llevadlos de vuelta a Londres —replicó De Payens—. Interrogadlos a fondo. Quizá puedan traicionar a otros, descubrir a más miembros de la fraternidad —apoyó el canto de su espada sobre el hombro de uno de los prisioneros—. Averiguad quién me atacó en Queenhithe. ¿Tendría alguno de estos algo que ver con aquello? ¿Me seguirían hasta Alienora para asesinarla, siguiendo las órdenes de sus jefes? Una pobre mujer horriblemente asesinada solo por lo que podría contarme... O si no —levantó su espada—, entregádselos al *sheriff*. ¡Que los cuelgue! —se giró y caminó hacia el vestíbulo.

—No podéis quedaros aquí —advirtió a Hastang—. Ni tú ni los tuyos debéis comer ni beber nada aquí. Ahora, examinemos la casa.

Había anochecido cuando De Payens, sintiéndose ya cansado, volvió a reunirse con Hastang y Parmenio en el patio. A pesar del crepitante fuego, las titubeantes llamas de las velas y los coloridos tapices, aquel seguía siendo un lugar macabro, que albergaba alguna maldad oculta y vigilante. Uno de los guardias informó de que Isabela seguía aún gritando y suplicando. De Payens reemplazó a los guardias por otros y, con la punta de su espada, removió las posesiones que él y los demás habían recogido de varias dependencias de la mansión. Se agachó y levantó un pequeño cofre con incrustaciones de perlas, diamantes y otras piedras preciosas. Alzó las talegas rellenas de monedas de oro y plata de Ultramar. Examinó la bandeja de tarros

y ampollas del cofre de Isabela; algunos eran perfumes, pero otros exhalaban un olor nocivo y siniestro.

—¡Pruebas suficientes! —Parmenio se arrodilló a su lado—. Ningún pobre templario podría ser tan rico. Esto es lo que provocó la horrible masacre en Trípoli.

De Payens asintió y giró la cabeza hacia los otros artefactos: un salterio con las pastas de cuero negro, cuyas amarillentas páginas estaban llenas de extraños símbolos y conjuros, una cruz retorcida, un antiguo puñal de piedra de obsidiana, pequeñas tallas de criaturas con aspecto de dragones alados, amuletos estampados con intrincadas tallas. Ya había visto suficiente.

—No hay duda —susurró Hastang—. Mis muchachos se quedarán con un poco de dinero.

—Se lo merecen —replicó De Payens—. Llevad a los prisioneros de vuelta a Londres, maese coronel. Entregad el tesoro al próximo maestro del Temple. Decidle que es un regalo, un ofrecimiento de sangre. Demandad que se celebren misas.

—¿Y vos? —preguntó Parmenio.

De Payens ignoró la pregunta y cogió su espada.

—Alojaos en alguna pensión, la que pasamos en el camino que conducía al valle. Usad parte de este tesoro para pagar, no os privéis de nada, disfrutad y esperad a que me reúna con vosotros.

—¿Y eso cuándo será?

—Ya lo sabréis. Me quedaré guardando vigilia hasta que los Berrington hayan muerto.

—Habéis triunfado —sonrió Parmenio—. El santo padre y el gran maestro estarán complacidos. Realmente sois un guerrero de Dios; también un oficial tan agudo como cualquiera de los que sirven en la cancillería secreta del papa.

—¿Lo he hecho?

—¿Habéis hecho qué? —Parmenio retrocedió bruscamente cuando De Payens apoyó el filo de su espada sobre el hombro del genovés, rozándole el cuello con la hoja incrustada de sangre.

—¿De verdad he triunfado?

Hastang inspiró profundamente. Parmenio hizo ademán de retroceder, pero De Payens presionó su hombro con la espada.

—Así que soy el alumno elogiado por su maestro, ¿no es cierto?

—¿Qué queréis decir?

—¡Muy listo, genovés! Seguisteis el mismo camino que yo y llegasteis a la misma conclusión, pero mucho antes, mucho más, pues sabíais más que yo.

—Yo... yo...

—Silencio —sonrió De Payens—. Es un asunto de lógica, maese Parmenio. A vuestros ojos, yo no era más que una espada que se usaría en el momento oportuno. Cumplís las órdenes del papa de dar caza a los malvados, pero tenéis otras instrucciones, mucho más secretas.

Parmenio pestañeó. Abrió la boca y suspiró ruidosamente mientras De Payens seguía haciendo presión con la espada.

—Vuestras órdenes secretas os llevaron primero a Ultramar, y después aquí. ¿De verdad le importaba el rey Esteban a nuestro gran maestre Montbard?

—Por supuesto que sí.

—¿Seguro, amigo mío? ¿Y también al papa? ¿De verdad le preocupaban Esteban y su arrogante y agresivo heredero? Desde luego que querían ver eliminados a las brujas y los hechiceros, pero, ¿de verdad le importaban Esteban y su hijo? Después de todo, Enrique Fitzempress es joven y vigoroso, un hijo leal de la Santa Madre Iglesia. Los poderes en Roma y en otras partes quieren acabar con esta salvaje e inútil guerra civil. Los obispos de Inglaterra necesitan recuperar sus dominios, el Temple está ansioso por expandirse, el papado desea ver la paz en un reino que suele serle fiel y leal. En una palabra, la Santa Madre Iglesia, en Roma y en Inglaterra, quiere la paz, que traerá consigo comercio, dinero, ganancias y el renacer del conocimiento. Así que pensad, amigo mío, como yo he hecho: ¿a quién realmente preocupa que Esteban sufra una muerte repentina; que Eustaquio, el borracho, el violento, sea silenciado antes de que pueda instigar su propia guerra civil, engendrar un heredero y representar una amenaza? Guillermo, su hermano menor, ahora herido y lisiado, ¿qué amenaza puede representar? Reflexionad, amigo mío. En el espacio de menos de un año, Esteban está agonizando, Eustaquio ha muerto y Guillermo está seriamente herido. Murdac de York y Senlis de Northampton, los más leales consejeros de Esteban, disfrutaban también del descanso eterno. Así que ya no hay más división, más lucha; ¡paz al fin! El camino ha quedado totalmente despejado. El joven Enrique Fitzempress puede emerger y tomarlo todo.

—¿Estáis implicando...? —preguntó Hastang.

—Así es. Parmenio conocía la verdad, le faltaban las pruebas, alguna evidencia firme, pero ¿qué importaba eso? Que los hechiceros camparan a sus anchas, que su sed de venganza provocara una situación por la que otros rezaban en secreto sus plegarias. ¿Cómo es aquella frase, Parmenio? ¿Dios mantiene a los malvados cerca de su mano derecha, para que pueda utilizarlos para sus secretos fines? Eso es, simplemente, lo que ha sucedido. Berrington y sus esbirros han aclarado el camino para vos, y ahora que está todo hecho, ellos también pueden morir.

—¿Qué pruebas tenéis de eso? —resopló Parmenio.

—¿Pruebas, amigo mío? ¡Vuestro rostro es prueba suficiente! Vamos —dijo, alzando su espada—, informad a vuestros superiores de vuestro éxito. Contadle cómo habéis utilizado a un templario para dar caza a los hechiceros, pero no antes de que hicieran exactamente todo aquello por lo que vuestros superiores habían estado rezando. Me pregunto cuánto sabían los otros de la verdad: ¿Tremelay, Montbard, Enrique Fitzempress? Definitivamente, hay cuatro personas que sí la conocen: vos, yo, Hastang y vuestro señor en Roma.

—No lo sabía al principio...

—Ah no, desde luego que no, pero, ¿qué importaba si se trataba de Walkyn o de Berrington? Permitirías que estas personas tuviesen su momento de maldad. Mi amigo, por pura lógica y, con el paso del tiempo, alcanzasteis las mismas conclusiones que yo, pero un poco antes. Siempre habíais sospechado de Mayele. ¿Habíais enviado a vuestros agentes en Ultramar a averiguar la verdad sobre Berrington e Isabela? ¿Y sobre Walkyn? ¿Y qué pasó realmente en Jerusalén? ¿Os informaron de todo ello en las oscuras esquinas de las tabernas de Londres? Así, más tarde, podríais contar a vuestros señores en el extranjero cómo Esteban y su casa habían sido aniquilados, que Enrique Fitzempres había ocupado la suya y que estaría muy agradecido por el apoyo de la Santa Madre Iglesia, que habíais utilizado a un templario, en el que se podía confiar, para ejecutar la venganza sobre un aquelarre de hechiceros asesinos. Cuando llegasteis a Inglaterra, no encontrasteis el rastro de Walkyn; sin embargo, los horribles envenenamientos comenzaron de todos modos. Probablemente, empezasteis a sospechar la verdad tras nuestra estancia en San Edmundo; era solo cuestión de tiempo y lógica. ¡Pero bueno! Dejémoslo pasar — De Payens envainó su espada—. Ahora es el momento de que os marchéis. Mañana, tras el amanecer, vuestros señores te estarán esperando.

El coronel Hastang esperaba en la Tumba de Abraham, una espaciosa taberna junto a la antigua calzada romana que atravesaba la agreste campiña hacia Lincoln. Mantenía maniatados a sus prisioneros en un edificio anexo y agasajaba a su comitiva, recompensándolos con parte de los tesoros recuperados de la casa de Bruer. El misterioso genovés, Parmenio, siguió su propio camino, abandonando la taberna muy temprano, desapareciendo entre la niebla, esfumándose como un ladrón en mitad de la noche. Hastang se entretenía escuchando las macabras historias sobre aquel lugar, aunque el tabernero se mostraba muy tenso cada vez que se mencionaba Bruer. El coronel aguardaba. Sabía que el enigmático templario, el hombre de la mirada infinita, como pensaba ahora de él, mantenía una vigilia mortal en aquella desolada casa. Los oficiales de Hastang hacían turnos para acampar en la entrada del valle, en guardia ante cualquier incidencia. A media mañana del sexto día, dos guardias galoparon hasta la taberna para informar de que la casa solariega estaba ardiendo como el horno de una fragua. Cuando Hastang llegó a la entrada del valle observó las inmensas llamas, retorciéndose como fuegos del infierno, acompañadas de columnas de humo negro y gris. Poco tiempo más tarde, la figura de Edmundo de Payens, vestido con su cota de malla, su casco y su gran capa blanca templaría con la gran cruz sobre los hombros, apareció a medio galope por el camino, dejando a sus espaldas las enormes llamas que provenían de la casa. Aparentaba estar preparado para una larga cabalgada: el poni que le seguía estaba cargado de alforjas y bultos. El templario tiró de las riendas, girando su caballo para observar las nubes grisáceas.

—Aún no ha llegado la primavera a su punto culminante —murmuró—, el verano será bien recibido cuando llegue.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hastang.

—Se acabó, están muertos. El fuego consumirá el resto —De Payens se irguió sobre su caballo y miró a Hastang con ojos alegres. Extendió su mano enguantada, que Hastang estrechó—. Adiós, viejo amigo —De Payens apretó la mano del coronel.

—¿Volveréis a Inglaterra, con vuestros hermanos del Temple?

—Mis hermanos no están allí, Hastang. Volveré a la abadía de San Edmundo y buscaré a mis hermanos entre la gente del bosque —guiñó un ojo y soltó la mano de Hastang—. Es el único lugar en el que he reído abiertamente.

—¿Y vuestros votos?

—Mantendré mis votos —De Payens hizo un gesto hacia las llamas—. Marchaos ahora, esto ha acabado. Me quedaré hasta que arda por completo.

Hastang le dio su última despedida y giró su caballo, indicando con un gesto a sus compañeros que le siguieran. Cabalgó sin volver la vista atrás, hasta que escuchó su nombre. De Payens, con la espada desenvainada, había movido su gran corcel de batalla, haciéndole alzar las patas delanteras y surcando el aire con sus imponentes pezuñas. El templario levantó su espada, mientras su capa se agitaba al viento.

—¡*Deus vult*, viejo amigo! —gritó—. ¡*Deus vult!*

—Sí —susurró Hastang con lágrimas en los ojos—, es la voluntad de Dios, amigo mío. Que Dios tenga misericordia de vos.

EPÍLOGO



Abadía de Melrose, Escocia

Otoño de 1314

El hermano Benedicto observaba mientras la domina De Payens dejaba el manuscrito y después se giró, como para acariciar los pergaminos de papel de vitela que se amontonaban sobre el escritorio que había junto a él.

—¿Es así como acabó? —preguntó el joven monje.

—Quizá —susurró la anciana—. ¿Has leído las cartas, las memorias, las crónicas de los monjes de la abadía de San Edmundo? Hay quien dice que fueron escritas de puño y letra por el mismísimo De Payens —sonrió—. Los buenos hermanos amaban en verdad las historias, al igual que la gente del bosque —dijo, pestañeando con rapidez—. Historias sobre un extraño caballero vestido de blanco, que los defendió contra forajidos y contra aquellos que trataban de robarles. Del mismo caballero que participó en torneos para defender sus derechos, o para ganar monedas de plata que pudieran mejorar sus vidas.

—Pero, ¿y el rey Esteban, Tremelay, los *hassassins*, el conde Raimundo?

—Es todo cierto —susurró la anciana mujer.

—¿Y De Payens jamás volvió con su orden?

—Creo que sí lo hizo. Mantuvo sus votos. ¡El paladín, el pobre caballero de Cristo! Observó sus juramentos de proteger a los débiles y defender lo sagrado. Luchó en las guerras justas. Mantuvo la fe. Al final de nuestras vidas, ¿cuántos de nosotros podremos decir tal cosa?

NOTA DEL AUTOR

La magia negra, la búsqueda de poder secreto, ha sido una obsesión de la sociedad humana en todas las culturas y todas las épocas. Los escolásticos comprendieron las limitaciones de su conocimiento y lucharon por atravesar el velo en busca de nuevas revelaciones. En la Edad Media, la magia negra y el poder político aparecían, con frecuencia, entrelazados. Acusaciones de brujería, por ejemplo, se lanzaron contra varias reinas: Isabela de Francia (1327), Juana de Navarra (1416) y, desde luego, Ana Bolena. Los reyes de Inglaterra se han descrito a menudo como practicantes, siendo el más famoso de ellos Guillermo Rufus, cuya muerte, atravesado por una flecha en el Bosque Nuevo, fue, según la antropóloga Margaret Murray, parte de un sacrificio en un rito ancestral. Algunas grandes familias nobles no escaparon impolutas. En 1362, Hugo Despenser, primer ministro y favorito de Eduardo II, fue víctima de una conjura de magia negra, organizada supuestamente por el prior de Coventry. Despenser se quejó amargamente al papado, que respondió con aspereza que debería rezar sus oraciones, reformar sus hábitos y depositar su confianza en Dios. Los grandes nobles de Inglaterra juzgaron a Juana de Arco y la quemaron, acusada de ser bruja. En realidad, la aristocracia inglesa era muy dada a representar a sus oponentes como diletantes en las negras artes; incluso Humphrey, duque de Gloucester, tío de Enrique VI, cayó también en desgracia acusado de tales cargos.

Por consiguiente, no debe sorprendernos que los templarios, al llegar su día del juicio, fueran también acusados de practicar la hechicería, una acusación que persiguió a la orden a lo largo de sus doscientos años de historia. En 1307, cuando Felipe IV lanzó su persecución contra los templarios, la brujería y la magia negra figuraban entre las principales acusaciones que se lanzaban contra ellos.

Sin embargo, aunque se librasen de estas acusaciones, los templarios siempre fueron considerados sospechosos. En Ultramar provocaron celos y aprensión por estar tan dispuestos a negociar y buscar un acercamiento con el mundo musulmán. Tales actitudes, asociadas con su secretismo y su talento natural para generar riquezas, provocaron su progresivo descrédito y, a menudo, se les acusaba de «formar un reino dentro de un reino».

Para 1152, el concepto original de la Orden los Caballeros Pobres, fundada para ayudar a los peregrinos y proteger a los viajeros que se dirigían a Jerusalén, había cambiado rápidamente por el de una orden de magníficos guerreros, con una reputación en el campo de batalla no superada por nadie. Los templarios dejaron bien claro que jamás se rendirían. En realidad, eran tan severos consigo mismos como con sus enemigos. El cronista Guillermo de Tiro nos narra una anécdota de unos

templarios que rindieron un castillo y que fueron posteriormente ahorcados acusados de cobardía.

Otras sectas y grupos florecieron también en el Medio Este; ninguna provocaba tanto pánico como la de los *hassassins*. Eran como aparecen descritos en esta novela, aunque se debe puntualizar que sus víctimas no eran, por lo general, francos, o incluso cruzados, sino líderes islámicos que se atrevían a oponerse a ellos. Guillermo de Tiro, en su *Historia de las hazañas*, describe que los templarios y los *hassassins* podían ser enemigos mortales, y combatían a muerte en sus feudos; pero, si las circunstancias cambiaban, no tenían ningún problema en firmar tratados entre sí.

La muerte del conde Raimundo en Trípoli ocurrió tal como se narra en la novela. La auténtica razón de este asesinato jamás ha sido clarificada, aunque las acusaciones y las imputaciones se lanzaban desde todos lados. Su muerte provocó ciertamente una salvaje masacre, durante la cual, según narra Guillermo de Tiro, todos aquellos que se encontraban cuyo atuendo o lenguaje diferían de los latinos, eran «pasados a cuchillo». El cronista cree que los asesinos del conde Raimundo fueron los *hassassins*, pero las auténticas víctimas de su muerte fueron las gentes de Trípoli.

El sitio de Ascalón también sucedió tal como se narra aquí. El gran maestre templario condujo aquella fatal e inútil incursión durante la brecha temporal en las murallas. Tremelay y los otros quedaron separados de los demás y fueron aniquilados; sus cuerpos ahorcados tan solo consiguieron endurecer la determinación de Balduino y del ejército franco. Ascalón se rindió con condiciones. Durante un tiempo, la Orden templaria se vio sumida en un periodo de total confusión por la muerte del gran maestre. No se dio explicación alguna a la absurda impetuosidad de Tremelay. Guillermo de Tiro sostiene que se debió a la arrogancia y la avaricia de los templarios. Yo sugiero una razón diferente.

La guerra civil de Inglaterra (1135-54) fue amarga y salvaje, espoleada por las ambiciones de los grandes señores, siendo Godofredo de Mandeville uno de los principales. Los historiadores han tratado últimamente de atenuar las horribles acusaciones que elevaron los cronistas contra Mandeville. Sin embargo, ciertos relatos, tales como la *Crónica anglosajona*, le describen como alguien que «no temía ni a Dios ni al hombre». Mandeville hizo la guerra en los condados del este, ocupando y saqueando monasterios. Murió como se describe en la novela, excomulgado y, durante años, su ataúd estuvo suspendido siniestramente entre la tierra y el cielo, en los dominios del Temple en Holborn. Más adelante, el papado transigió y le permitieron una sepultura honorable. La recepción del cadáver de Mandeville por parte de los templarios fue un acto sorprendentemente religioso; probablemente parte de la política por la que la orden, ansiosa de ganarse la aceptación de Inglaterra, se mostraba dócil ante ambos lados del conflicto. Para el año 1153, los templarios tenían ya una presencia notoria en Inglaterra, bajo un maestre conocido como Bueso. Su casa estaba en Holborn, aunque, más tarde, intercambiaron esa propiedad por otra, creando así el Nuevo Temple.

El final de la guerra civil fue, a la vez, sorprendente y rápido. Eustaquio, el hijo de Esteban, murió «asfixiado» en la abadía de San Edmundo, tras dirigir una feroz incursión a través de la campiña circundante. Senlis de Northampton y Murdac de York, los más cercanos consejeros del rey, murieron también en los mismos días, al igual que los otros. En realidad, tantos adeptos de Esteban murieron en tan corto espacio de tiempo, y tan oportunamente, que muchos historiadores, tales como T. Callahan, han sugerido el envenenamiento como la causa de la muerte. Sin embargo, David Crouch, en su tesis sobre el rey Esteban, niega esta opción y habla de una «infección bacteriana bastante potente», a juzgar por el gran número de muertes prominentes en el intervalo de un año. A pesar de esto, la lista de bajas entre los royalistas durante el periodo 1153-1154 es bastante sorprendente. El segundo hijo de Esteban, Guillermo, resultó seriamente herido en un accidente en las afueras de Canterbury; mientras, el propio Esteban, según el cronista Gervasio de Canterbury, sufrió una «afección en los intestinos acompañada de una hemorragia interna». Murió tras una breve enfermedad en Dover, el 25 de octubre de 1154, dejado expedito el camino para que Enrique el Angevino, con una salud de hierro, se hiciera con el poder.

Esteban y Matilde trataron con condescendencia a la Orden templaria, que permaneció neutral durante la guerra civil. Sin embargo, una vez que Enrique el Angevino subió al trono, la orden conoció una rápida expansión. La Corona y los grandes nobles eran generosos en sus numerosas aportaciones. Los templarios adquirieron tierras y estatus, y se convirtieron en una poderosa fuerza hasta 1308, cuando Eduardo II les volvió la espalda. La palabra «temple» aún figura en multitud de topónimos en Inglaterra.

Borley, en Essex, siempre ha tenido una macabra reputación. El cazafantasmas profesional Harry Price la denominó «la más notable casa encantada de Inglaterra». Las causas de los sucesos paranormales descritos aquí han sido objeto de discusión en muchos libros y folletos. La posibilidad de que los templarios tuvieran allí una casa solariega se ha sugerido como otra posible razón para tales fenómenos. La casa de Bruer, en Lincolnshire, tiene también una historia siniestra. W. H. St John Hope escribió un artículo en la revista especializada *Archaeologia*, en 1908 (Vol. 61). En esta publicación menciona un artículo previo de un tal Rev. G. Oliver (publicado en 1837) en el que afirma que se hallaron bóvedas secretas bajo el recinto de la antigua casa templaria. En ellas, se encontraron «numerosos restos carbonizados mezclados con huesos humanos». La veracidad de tal hallazgo jamás ha sido demostrada.

Paul Doherty

Abril de 2009

Página web: www.paulcdoherty.com



PAUL C. DOHERTY (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.